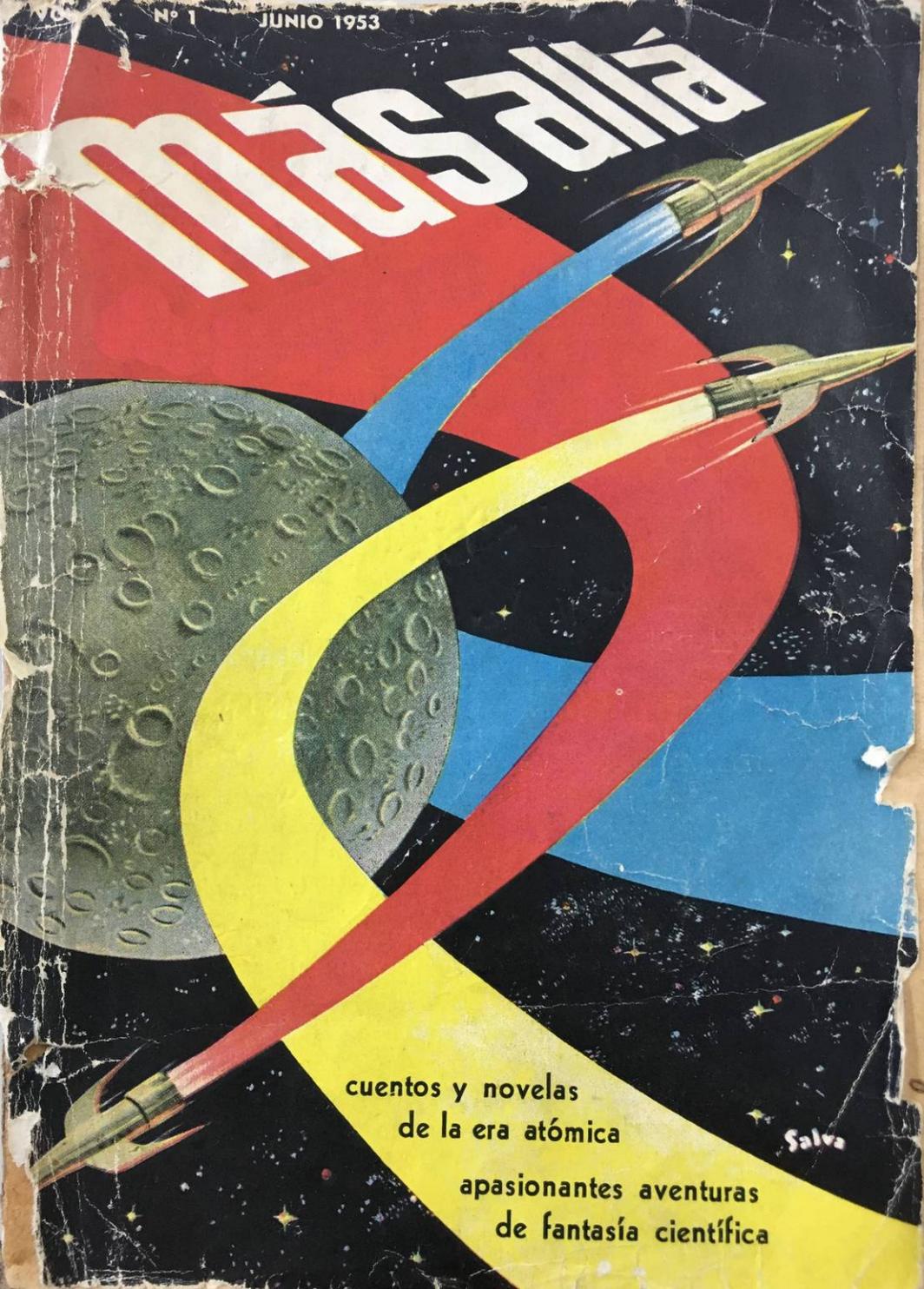


Nº 1

JUNIO 1953

Salva



cuentos y novelas
de la era atómica

apasionantes aventuras
de fantasía científica

Salva

El Día de los Trífidos

LOS TRIFIDOS son plantas. De origen misterioso, poseen características muy extrañas. Peligrosos, pero controlables, se cultivan y desarrollan en grandes plantaciones para fines industriales. Pero un día en que una repentina catástrofe torna ciegos a los hombres, los Trífidos se convierten en un azote horrendo.

LOS TRIFIDOS son algo más que plantas. Invaden la Tierra, ya sólo poblada por ciegos desesperados y hambrientos, y los hombres abando-

nan las ciudades, se derrumba la sociedad, cunden la barbarie y la muerte. Pocos, aislados, acosados, los sobrevivientes del desastre inmenso luchan para que no se apague la última chispa de la civilización en un mundo hostil y en ruinas.

APASIONANTE como sólo una auténtica obra de imaginación puede serlo, verosímil por su fondo científico inobjetable, esta novela abre nuevas rutas a la literatura de nuestro tiempo.

La Conquista del Espacio

MATERIALMENTE, el hombre aun no ha conquistado el espacio. Pero sí teóricamente. La imaginación ha resuelto casi todos los problemas técnicos de los viajes interplanetarios, y sólo quedan por encontrar los métodos prácticos para poner a prueba las teorías.

ES WILLY LEY, entre los conquistadores teóricos del espacio, de los pocos que poseen, a la par que una absoluta seriedad científica, una fantasía ilimitada.

Y OTRO extraordinario conquistador del espacio es Chesley Bonestell, quien ha realizado, en el campo artístico, una obra equivalente a la de Willy Ley en los dominios de la ciencia.

“MAS ALLA” se enorgullece en presentar el resultado de la colaboración de estas dos celebridades en “La conquista del Espacio”, un libro excepcional bajo los aspectos literario, artístico y científico, cuya primera parte se publica en este número.

(Sigue en la pág. 185)



MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA
*Revista mensual de aventuras apasionantes
en el mundo de la magia científica.*

NOVELA COMPLETA:

SUMARIO

EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por JOHN WYNDHAM
En un mundo que se derrumba, la sociedad humana sobrevive a la horrenda invasión, pero, ¡a qué precio!... 68

CUENTOS:

ILUSTRACION
DE LA TAPA
por Salva

Nada más efímero que la estela del cohete que se pierde en la nada... Pero el artista le da permanencia y hace de ella el símbolo del dominio del hombre sobre las rutas infinitas del espacio.

BASUREROS DEL ESPACIO, por ISAAC ASIMOV
Los vaguespacios de Marte luchan por su vida..... 4

FILMANDO EL PASADO, por DUDLEY DELI
¿Qué nos aguarda en el pasado?..... 24

LOS DEFENSORES, por PHILIP K. DICK
Los hombres máquinas son, a veces, filántropos..... 41

UN BALDE DE AIRE, por FRITZ LEIBER
En la Tierra muerta, los últimos rastros de vida... y de sentimientos humanos..... 60

NOVEDADES COSMICAS:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO (I),
por WILLY LEY y CHESLEY BONESTELL

El viaje a la Luna: el primer paso hacia el dominio del Universo..... 28

EDITORIAL..... 2

más allá...

1943. GUERRA. Un escritor de aventuras de ficción científica, Cleve Cartmill, es detenido por la Sección Espionaje Militar del F. B. I.: se lo acusa de haber suministrado al enemigo, a través de un cuento cuya acción transcurre en el futuro, detalles fundamentales de la bomba atómica. La bomba atómica aún no ha estallado. Prácticamente el mundo entero ignora que se está trabajando en ella, y he aquí que este escritor de cuentos fantásticos anticipa detalles significativos acerca de sus principios y de su construcción.

CLEVE CARTMILL se defiende. Cleve Cartmill exhibe centenares de esos cuentos y novelas de ficción científica que están conquistando rápidamente al público de los Estados Unidos como la verdadera expresión literaria de la Era Atómica, y prueba que en ellos están previstos, con detalles que asombran por su finura y precisión, mil posibles caminos de la humanidad, mil sociedades distintas del futuro, mil nuevas conquistas de la Ciencia y de la Técnica; dentro de ellas, por supuesto, la bomba atómica es una de tantas posibilidades...

EL F. B. I. (Departamento Federal de Investigaciones) se rinde a la evi-

dencia, pero el F. B. I. no puede entender todo lo que ese grupo de escritores clarividentes y apasionados ha visto hace tiempo: MÁS ALLÁ del radar y de la sulfamida, MÁS ALLÁ del avión a chorro y de la bomba atómica, MÁS ALLÁ del robot y de la televisión, está naciendo un mundo nuevo.

CAMBIAN las cosas que nos rodean, cambian las palancas que puede mover el hombre, cambian las alas con que conquista el espacio, cambian los enfoques con que puede mirarse dentro de sí mismo, y junto con ellos cambian la mente y la naturaleza misma del ser humano.

ES POSIBLE que dentro de poco veamos el puñado de robots listos para invadir a Marte; es posible que dentro de poco veamos proyectados en una pantalla los pensamientos que desfilan por nuestra mente; pero ese grupo de extraordinarios escritores está viendo mucho MÁS ALLÁ de todo esto: está viendo la extraordinaria sociedad del futuro; está viendo un mundo mucho más fantástico que todo cuanto pueda soñarse. Y es esa visión asombrosa del futuro humano y de todos los mundos que quizá pueblen el espacio —asombrosa por su imaginación sin límites,

asombrosa por su riqueza literaria, asombrosa por su aventura y su intriga— lo que hoy se ofrece, por vez primera a los lectores de habla castellana, en las páginas de MÁS ALLÁ...

PARA AQUELLOS que aman la aventura; para aquéllos que ansían dar un salto hacia el porvenir; para aquéllos que encuentran pálida la fantasía del cuento policial o de la novela burguesa ante la fantasía con que se transforma la realidad... MÁS ALLÁ les

ofrece el misterio infinito de la magia científica.

MÁS ALLÁ es una extraordinaria selección realizada en el campo de esa nueva literatura de ficción científica que hoy está apasionando al público del Viejo y del Nuevo Continente.

MÁS ALLÁ es cuento y es novela... MÁS ALLÁ es emoción, lógica, sentimiento, reflexión, ensueño, acción... ¡MÁS ALLÁ viene del futuro y es la literatura que estaba esperando el presente!

MÁS ALLÁ contestará por escrito a todas las preguntas de sus lectores sobre cualquier problema científico. Escriba a:

más allá
Avenida Alem 884 - Buenos Aires

Le rogamos que sus preguntas sean claras, concretas, y que cada carta contenga una sola pregunta. Las cartas que versen sobre temas de interés general, junto con sus contestaciones, serán publicadas. Los nombres de las personas que firmen las cartas serán publicados también, a menos que se nos pida lo contrario.





BASUREROS del

por ISAAC ASIMOV

DESDE el pasillo entre las dos únicas cabinas de la astronave, Mario Ríos miraba de mal humor a Ted Long, que estaba sintonizando el aparato de televisión. La transmisión era pésima.

No podía ser de otro modo: estaba demasiado lejos de la Tierra y en mala ubicación, enfrentando al Sol. Pero no se podía esperar que Long lo supiera.

—¿Qué estás buscando? — preguntó Ríos metiéndose de costado por la estrecha puerta.

—Quiero escuchar a Hilder — dijo Long.

Ríos sentóse en el borde de una mesita y empezó a sorber leche por la punta de una lata cónica.

—Es malgastar potencia.

Long frunció el ceño:

—Cada uno tiene derecho a usar su televisor.

—Dentro de lo razonable — replicó Ríos.

RÍOS tenía el cuerpo delgado y las hundidas mejillas características de los marcianos vaguespacios que, pacientemente, merodeaban por las rutas de Marte a la Tierra. Long era más pálido y flojo. Aun llevaba las marcas del suelo, aunque ningún marciano de segunda generación podía ser del suelo en el sentido en que lo eran los terráneos.

—¿A qué llamas razonable? — preguntó Long.

Los labios de Ríos se hicieron aún más finos.

—Considerando que en este viaje no vamos a sacar ni para los gastos, todo

Los hombres que habían conquistado Marte viajaban por el espacio en pos de basura — los enormes depósitos de combustible que las astronaves de la Tierra abandonaban en el vacío —, basura de enorme valor, y para capturarla sólo hacía falta coraje. Y una mentira demagógica amenazaba impedirselo...

ESPACIO

Ilustrado por EMSH

uso de energía está fuera de lo razonable.

Long dijo:

—Si estamos perdiendo plata, ¿no sería mejor que volvieras a tu puesto? Es tu turno de guardia.

Ríos gruñó algo incomprensible y desapareció en el pasillo. Long prestó de nuevo su atención al receptor.

La pantalla guiñaba mucho, pero ¡qué se le iba a hacer! El anuncio se escuchó bien, y las luces comenzaron a enfocar el conocido rostro con barbita que pronto llenó la pantalla.

La voz, impresionante a pesar de los ruidos y distorsiones, comenzó:

—Conciudadanos de la Tierra...

RÍOS vió la radio-señal al entrar en el cuarto de controles. Por un momento sintió las manos húmedas, y

pensó que era el pip del radar; pero era sólo su conciencia culpable. No debía haber salido del cuarto estando de guardia; aunque todos los vaguespacios lo hacían. Pero perder un hallazgo por haber salido durante los cinco minutos críticos era la pesadilla usual.

Ríos prendió el multi-radar. Era malgastar potencia, pero quería estar seguro.

El espacio estaba libre, salvo por los ecos distantes de las astronaves de otros vaguespacios.

Encendió su comunicador y en la pantalla apareció la larga nariz de Richard Swendon, copiloto de la nave más cercana, en viaje hacia Marte.

—Hola, Mario — dijo Swenson.

—¿Novedades?

Hubo más de un segundo de intervalo hasta el siguiente comentario de Swenson, pues la velocidad de las ondas electromagnéticas no es infinita.

—¡Qué día tuvimos!

—¿Encontraron algo? Te felicito.

—Sí; si la hubiéramos cazado. Pero se nos escapó. ¿Te imaginas un imbécil de piloto que no sabe ni manejar el mecanismo de expulsión? La largó con tal ángulo que ahora se está alejando de la eclíptica para siempre. Era sólo una envoltura interna, y ya te imaginas las toneladas de propulsión que gasté en acelerar y frenar yéndola a-buscar a las órbitas usuales. ¡Lo hubieras oído a Canuto!

Canuto era el hermano y socio de Richard.

—Enojado, ¿eh?

—¿Enojado? Casi me mata. Pero es que ya hace cinco meses que estamos en el espacio, y andamos un poco nerviosos. Ya sabes.

—Ya sé.

—¿Y ustedes qué tal, Mario?

Mario hizo como si escupiera algo. —Así. Dos envolturas en quince días... Y tuve que correrlas lejos.

—¿Grandes?

—¿Estás soñando? Las podía haber

empujado a dedo hasta Phobos. Es el peor viaje que recuerdo. Sólo hace dos meses que salimos y ya estoy peleándome con Long todo el tiempo.

Hubo una pausa más larga que el retraso electromagnético. Luego Swenson dijo:

—¿Qué tal tipo es? Long, quiero decir.

Ríos miró por sobre su hombro. Los crujidos del televisor se oían desde la otra cabina.

—No lo entiendo. Me dice, a la semana de salir: "Mario, ¿por qué eres un vagaespacios?" Yo lo miro y le digo: "Para ganarme la vida, hombre. ¿Para qué, si no?" ¿Qué te parece la pregunta? Y eso no es nada. Me contesta: "No es por eso, Mario". El me dice a mí, ¿te das cuenta? Me dice: "Eres un vagaespacios porque así hacen las cosas los marcianos".

Swenson preguntó:

—Y ¿qué quiso decir con eso?

Ríos se encogió de hombros.

—Qué se yo. Y ahora está escuchando por ultramicroonda a un tal Hilder, que habla desde la Tierra.

—¿Hilder? Es un político de allá, ¿no? Senador o algo así...

—Creo que sí. Long se trajo como ocho kilos de libros sobre la Tierra.

—Peso muerto, ¿eh? Bueno, voy a atender los radares porque si pierdo otra mi hermano me descuartiza.

Ríos cerró el comunicador y barrió el espacio con el multi-radar. Nada todavía.

SE sintió un poco mejor. La mala suerte siempre es peor si los demás están juntando envoltura tras envoltura, que van cayendo en espiral en las forjas de Phobos con las marcas de todo el mundo menos la de uno. Además, había desahogado un poco de su resentimiento contra Long.

Es un error asociarse con un novato. Piensan que lo que uno quiere es charla; especialmente Long, con sus eter-

nas teorías sobre el gran papel futuro de Marte en el progreso humano. Y lo que Ríos quería no era charla sino algunas envolturas a su nombre.

En realidad no había tenido otro remedio. Long era bien conocido en Marte como ingeniero de minas y amigo del Comisionado Sankov. No se puede rechazar a un tipo así sin probarlo. No fué necesario preguntarle por qué había abandonado un buen puesto; Long mismo se apresuró a explicárselo.

—Tenía que salir del suelo, Mario — dijo —. El futuro de Marte está en el espacio, no en las minas.

Por desgracia era imposible salir solo. El espacio aplasta al más duro con su soledad. Y más de dos significaba una nave más grande... o sea mucho más cara.

Era raro que dos socios se aguantaran más que seis meses en el espacio. Hasta Richard y Canuto, que eran hermanos, no se animaban a salir juntos dos veces seguidas. Había que ir cambiando de socio...

Oh, bueno. El espacio estaba limpio. Ríos decidió ir a suavizar las asperezas de su conversación con Long. Como veterano, le tocaba dar el ejemplo de buen carácter.

Se incorporó y bajó los tres escalones del pasillo que llevaba a la otra cabina.

OTRA vez se encontró Ríos en el pasillo contemplando a Long, que se hallaba pegado a la pantalla del televisor.

—¿De qué está hablando el terráqueo? — preguntó amablemente.

—Está contando la historia de los viajes interplanetarios. Cosas viejas, pero lo hace bien, con fotos y dibujos en colores...

Corroborando lo dicho por Long, la cara barbuda fué reemplazada en la pantalla por el esquema de una astronave. La voz de Hilder fué nombran-

do las partes más importantes, que aparecían coloreadas por turno: la micropila protónica para la energía, los autocontroles cibernéticos...

Luego Hilder volvió a la pantalla. —Y ahora, ¿qué mueve a la nave? ¿Cómo sale de la Tierra?

Todo el mundo lo sabía, pero la voz de Hilder era como una droga. Parecía revelar el secreto de los siglos en vez del sistema de propulsión de una astronave. Hasta Ríos sintió el suspenso, aunque había pasado en el espacio la mayor parte de su vida.

Hilder prosiguió:

—Los científicos le dan distintos nombres: Ley de Acción y Reacción; Tercera Ley de Newton; Conservación del Impulso. Nosotros no necesitamos darle nombres; basta con que usemos el sentido común. Al nadar, empujamos el agua hacia atrás y así nos movemos hacia adelante. Al caminar empujamos contra el suelo. Nada puede moverse hacia adelante si no hay otra cosa que se mueva hacia atrás. Es el precio que hay que pagar.

"Y ahora imaginemos una astronave que sale de la Tierra. Para que suba, algo debe moverse hacia abajo. Como pesa cien mil toneladas, es mucho el material que debe bajar. Tanto, en realidad, que no hay sitio a bordo para él.

Debe construirse un compartimento especial detrás de la nave para contenerlo."

De nuevo desapareció Hilder y se vió el esquema. Disminuyó de tamaño y en su parte posterior apareció un cono truncado con brillantes letras que indicaban: MATERIAL PARA EXPULSAR.

—Pero ahora — dijo Hilder — el peso de la nave se ha hecho mayor. Se necesita más propulsión, y más, y más...

La nave propiamente dicha disminuyó enormemente en el esquema, y apareció una nueva envoltura cónica, más grande, y luego otra, inmensa. La

parte útil de aquella mole era apenas un punto rojo.

Ríos protestó:

—¡Estas son cosas de jardín de infantes!

—No para la gente a quien él se dirige — replicó Long —. La Tierra no es Marte. Allí hay millones que jamás han visto una astronave.

Hilder estaba diciendo:

—Cuando el material dentro de la primera envoltura se ha gastado, la envoltura se suelta y queda en el espacio.

La envoltura exterior se desprendió del resto en el esquema.

—Después sale la segunda — dijo Hilder —, y si el viaje es largo, la tercera también.

Ahora el punto rojo estaba solo en el dibujo, y los tres conos truncados flotaban detrás de él.

—Esas envolturas representan cien mil toneladas de tungsteno, magnesio, aluminio y acero. Escapan para siempre de la Tierra. Los vagaespacios de Marte esperan en sus naves a lo largo de las rutas comerciales y recogen esas envolturas y las llevan a Marte. No pagan un centavo a la Tierra por ellas. son despojos que pertenecen a la nave que los encuentra.

RÍOS dijo:

—Nosotros arriesgamos nuestras naves y nuestras vidas. Y si no las cazamos nosotros, se pierden. ¿Qué le importa a la Tierra?

—Mira — dijo Long —, no ha hecho más que hablar de las cosas que pierde la Tierra por culpa de Marte, Venus y la Luna.

—Pero a cambio de eso, ¡cada vez producimos más hierro!

—Y la mayor parte vuelve a Marte. Si se puede creer en su cifras, la Tierra ha invertido doscientos billones de dólares en Marte, y ha recibido de vuelta hierro por valor de cinco billones. Y eso es lo que interesa a la gen-

te que paga impuestos en la Tierra. ¡Es su dinero!

Hilder estaba otra vez en la pantalla.

—Los marcianos dicen que pronto nos devolverán todo. ¡Pronto! ¿Cuándo será eso? ¿Dentro de cien años... o de un millón? Pero supongamos que sí; que lleguen a producir su propia energía y su propia comida y nos devuelvan todos los metales perdidos por su culpa. Pero hay algo que nunca nos devolverán ni en cien millones de años, porque no tienen: ¡Agua!

—¿Cuál es ese material que las naves arrojan al espacio para poder acelerar? Antes eran gases generados por explosión, pero eso era muy caro. Luego se inventó la micropila protónica, una fuente barata de energía, capaz de gasificar cualquier líquido bajo tremendas presiones. Y ¿cuál es el líquido más barato y abundante? Pues claro, el agua. Cada astronave que sale de la Tierra lleva casi un millón de toneladas —no kilos, sino toneladas— de agua, con el único propósito de arrojarla al espacio cada vez que necesite acelerar o frenar.

"Nuestros antepasados malgastaron y destruyeron el carbón y el petróleo de nuestro planeta. Pero al menos podrían pensar que con los años se inventarían otras fuentes de energía. Y así fué; ahora usamos las micropilas protónicas.

"Pero no hay substitutos para el agua. ¡Ninguno! No los puede haber. Y cuando nuestros descendientes contemplen el desierto en que nosotros habremos convertido la Tierra, ¿qué excusa encontrarán para nuestra locura? Cuando la sequía sea eterna y..."

LONG apagó el televisor y dijo: —Eso me preocupa. Ese loco está deliberadamente... ¿Qué pasa?

Ríos se había levantado, inquieto.

—Tendría que estar vigilando los radares.

—Al diablo los radares. — Long también se incorporó y siguió al piloto al cuarto de control. — Si Hilder sigue insistiendo sobre eso... ¡Zas!

El también lo había visto. El pipera de primer orden, y Ríos ya decía nerviosamente:

—El espacio estaba libre, Ted, libre. Por Marte, no me eches la culpa; fijate si puedes localizarlo visualmente.

Ríos ya estaba trabajando con la rapidez y eficiencia logradas en sus veinte años de basurero del espacio. En dos minutos calculó la distancia. Luego, recordando el percance de Swenson, midió también el ángulo de declinación y la velocidad radial.

—¡Uno, coma, siete, seis radianes! ¡No puedes perderlo! — chilló a Long.

Long contuvo la respiración mientras ajustaba el vernier.

—Está sólo a medio radián del Sol. Aparecerá en cuarto creciente.

Puso el aumento al máximo, buscando la "estrella" que cambiara de posición y creciera de tamaño, demostrando así no ser una estrella.

—Yo acelero ahora mismo — dijo Ríos —. No podemos esperar.

—¡La tengo! ¡La tengo! — El aumento no era suficiente para mostrar su forma, pero el brillo del punto que Long estaba observando aumentaba y disminuía rítmicamente a medida que la envoltura giraba y reflejaba el Sol en secciones de distintos tamaños.

—¡Agárrate!

Chorros de vapor comenzaron a salir por los tubos apropiados dejando largas huellas de microcristales de hielo brillando al Sol. Un chorro tras otro a medida que la nave abandonaba su trayectoria anterior y tomaba un curso tangencial al de la envoltura metálica.

—¡Corre como un cometa en el perihelio! — gritó Ríos —. Esos pilotos terráneos lo hacen a propósito. Me gustaría agarrarlo...

Maldijo con furia mientras expulsaba más y más vapor, hasta que el amor-

tiugador hidráulico de su sillón se hundió casi medio metro, y Long sintió que las manos se le escapaban.

—¡Por favor! — pidió.

Pero Ríos no separaba la vista del radar.

—Si no aguantas, ¡quédate en Marte!

El comunicador empezó a llamar. Long se las arregló para acercarse como si estuviera nadando en melaza y lo encendió. Era Swenson, que estaba furioso.

—¿Adónde diablos se dirigen? — chilló —. En diez segundos estarán en mi sector.

Ríos dijo:

—Estoy cazando una envoltura.

—¿En mi sector?

—Empecé en el mío, y además no estás en posición de interceptarla. Cierra ese comunicador, Ted.

POR fin Ríos paró el motor, con suavidad suficiente para no matarse, y los dos corrieron al telescopio. La envoltura ya se veía como un cono truncado bailando solemnemente entre las estrellas.

—Es de primer orden, no hay duda — dijo Ríos con satisfacción —. Una envoltura gigante — pensó —. Suficiente para sacarlos de apuros.

—Otro pip en el radar — anunció Ted —. Debe de ser Swenson que nos sigue.

Ríos apenas le echó una ojeada.

—No nos puede alcanzar — afirmó.

La envoltura creció y fué llenando la visiplaca. Ríos ya empuñaba el gatillo del arpón. Con paciencia ajustó dos veces el ángulo, calculó la distancia y por fin apretó el gatillo.

Por un instante no se vio nada. Luego en la visiplaca apareció un cable metálico serpenteando hacia la envoltura. Tomó contacto, pero no se mantuvo. Mantenerse adherido era provocar una rotura instantánea, pues la envoltura giraba con un enorme impulso angular. Lo que el cable hacía era

ESTE ESPACIO ES SUYO...



...utilícelo para enviarnos su opinión sobre **MÁS ALLÁ**. Díganos qué cuento le ha gustado más, y cuál menos. Escribanos qué piensa usted de "La Conquista del Espacio", qué le ha parecido la ilustración de la tapa, qué aspectos del mundo del futuro le interesaría ver descritos. Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires



crear un poderoso campo magnético que actuaba como un freno para la envoltura.

Otro cable y luego otro partieron de la nave. Ríos los envió sin fijarse en el gasto de energía.

—¡Esta no se me escapa! ¡Por Marte, la voy a cazar!

Frenada por dos docenas de cables, la envoltura se detuvo.

Long dijo:

—¿Quieres que vaya yo a ponerle nuestra marca?

—Encantado. Pero no hace falta que te ofrezcas; es mi guardia.

—Me alegro.

Long se metió en su traje espacial y salió por la cámara estanca. Señal segura de que era un novato es que todavía recordaba cuántas veces había salido al vacío. Esta era la quinta.

Avanzó por el cable más cercano, agarrándose con las dos manos, y luego marcó su número de serie en la lisa superficie de la envoltura. No había nada que oxidara el acero, de modo que el metal se evaporó bajo el calor del soplete, y condensóse más allá en un polvillo gris.

Long volvió a la nave y se quitó el escafandro, blanco por la humedad cristalizada al entrar. Lo primero que oyó fué la voz de Swenson en el comunicador, casi irreconocible de rabia:

—... derecho al Comisionado. ¡Mal-dito sea, hay reglas en este juego!

Ríos no parecía preocupado.

—Oye, estaba en mi sector. Tardé en descubrirla y tuve que seguirla hasta el tuyo. Y estaba fuera de tu alcance. ¡Y se acabó! ¿Volviste, Long?

Cerró el comunicador. La señal empezó a zumbiar. No prestó atención.

—¿Se va a quejar al Comisionado? — preguntó Long.

—¡Qué esperanza! Sabe muy bien que la envoltura es nuestra. ¡Grita de aburrido! ¿Y qué te pareció el hallazgo, Ted?

—Bastante bueno.

—¿Bastante bueno? ¡Fenomenal! Agárrate, que la voy a lanzar.

Los tubos laterales escupieron vapor y la nave comenzó a girar lentamente alrededor de la envoltura, que la siguió. En media hora formaban un gigantesco bolo girando en el vacío. Long buscó en las "Efemérides" la posición de Deimos.

En el momento exacto fué cortado el campo magnético y la envoltura partió tangencialmente en una trayectoria que debía llevarla en un día o dos al alcance de los almacenes del satélite de Marte.

Ríos se sentía bien.

—¡Este es un día glorioso!

—¿Y el discurso de Hilder? — preguntó Long.

—¿Qué? ¿Quién? ¡Ah, eso! Oye, si fuera a preocuparme por todo lo que dicen los terráneos no dormiría nunca. ¡Olvidate de eso!

TED Long hallaba emocionantes el ancho y la altura de la calle principal. Ya hacía dos meses que el Comisionado había ordenado a los vagaespacios permanecer en Marte, pero el espectáculo no lo cansaba aún. Ni el recordar que la orden se debía a la nueva política terrestre de economía lograba deprimirlo.

El techo de la avenida estaba pintado de azul celeste. La iluminación la daban las numerosas vidrieras.

A la distancia podía oír estampidos intermitentes: nuevos canales que se excavaban en la superficie de Marte. Toda su vida había escuchado esas explosiones. Esta calle era roca virgen cuando él nació. La ciudad crecía, y seguiría creciendo... si la Tierra lo permitía.

Dobló por una calle lateral, menos iluminada, y sólo a último momento recordó sus deberes de cortesía y se detuvo en un despacho de agua.

—Llénela — ordenó pasando su cantimplora.

Pagó y salió con paso rápido. No estaba bien visto visitar a una familia con la cantimplora vacía.

Entró en el número 27; subió un par de pisos y puso el dedo en el timbre. Desde adentro llegaban voces.

Se oía una irritada voz de mujer: — ¡Está muy bien que traigas a tus amigotes vaguespacios aquí, no? ¡Todavía debo agradecerte que estés en casa dos meses por año!

— Son negocios, Dora — dijo una voz masculina —. Y, por favor, cállate; ya estarán llegando.

Long decidió esperar un momento.

— ¿Qué me importa que me oigan? — replicó Dora —. ¡Ojalá el Comisionado mantenga la orden de no salir al espacio! ¿Me oyes?

— ¿Y de qué viviríamos? — replicó el varón, apasionado —. ¡Dímelo!

— ¡De cualquier empleo decente, como el resto del mundo! Y así yo no sería una viuda casi todo el año. ¡Peor que una viuda! Porque si fuera viuda podría casarme de nuevo... ¿Qué dijiste, Richard Swenson?

— Nada — gritó Richard —. ¡Ahora sé por qué los vaguespacios casi nunca se casan!

— ¡Y hacen bien! ¿Para qué casarse si no pueden cuidar de su mujer y sus hijos? Peter prácticamente no tiene padre...

Una voz de chico algo distante, como viniendo de otro cuarto, interrumpió la discusión:

— ¡Eh, mamá! ¡Cuando sea grande voy a ser vaguespacios!

Se oyeron rápidos pasos y un silencio, interrumpido en seguida:

— ¡Mamá! ¡De las orejas no!

Long aprovechó la oportunidad para tocar por fin el timbre.

SWENSON abrió la puerta echándose atrás el cabello con la mano. — Hola, Ted — saludó, y luego, en voz alta —: Es Ted, Dora.

Dora salió de la otra pieza; morocha,

nariz respingada y cabello con los primeros toques de gris.

— Hola, Ted. ¿Cenó ya?

— Sí, gracias. ¿Los interrumpí?

— No; hace rato que terminamos. ¿Quiere una taza de café?

— Encantado —. Ted ofreció su cantimplora.

— Por favor, no hace falta. Tenemos agua de sobra...

— Insisto.

— En ese caso...

Dora desapareció en la cocina y Richard se puso a hablar de la precocidad de su primogénito hasta que volvió a sonar el timbre.

Era Mario Ríos, rojo y ceñudo. Swenson le habló al oído:

— Oye, no vayas a mencionar robos de envolturas. Dora todavía recuerda aquella que cazaste en mi territorio y está en un mal día.

— ¿Quién quiere hablar de envolturas? — dijo Ríos arrojando su chaqueta sobre un sillón.

Apareció Dora y saludó al recién llegado con una sonrisa enigmática.

— Hola, Mario. ¿Café también?

— Bueno — dijo él ofreciéndole automáticamente su cantimplora.

— ¿Qué pasa, Mario? — preguntó Long.

— Vamos; di que ya me lo habías dicho. Hace un año, cuando Hilder pronunció aquel discurso, me lo dijiste... Acaban de anunciar nuestra cuota.

— ¿Y?

— Cincuenta mil toneladas de agua por viaje.

— ¿Qué? — gritó Swenson —. ¡No se puede ni salir de Marte con eso!

— Por supuesto; lo han hecho a propósito. ¡Se acabaron los viajes de los vaguespacios!

DORA entró con el café y preguntó: — ¿Qué es eso de que se acabaron los viajes?

— El gobierno terrestre ha racionado

el agua para las naves de los vaguespacios — explicó Long —. Y dan tan poca agua que no alcanza ni para salir.

— ¿Y qué hay con eso? — dijo Dora, sonriente —. Si quieren mi opinión, era hora de que los vaguespacios se buscaran un buen empleo en Marte en vez de andar corriendo por los espacios...

Ríos resopló.

— Pero esto es sólo un detalle, Dora — dijo Long —. El partido de Hilder hace su campaña sobre la base de salvar el agua de la Tierra. ¡Pronto van a cortarnos todos los suministros!

— Si los terráqueos no nos dan agua — Ríos se puso a hablar apresuradamente —, la iremos a buscar. El agua no les pertenece por el hecho de que sus abuelos tuvieron miedo de salir de su gordo planeta. El agua también es nuestra, ¡qué demonios!

— ¿Y qué propones hacer? — preguntó Long.

— ¡Algo muy simple! Nos metemos en algún océano del hemisferio nocturno, llenamos nuestras envolturas y nos vamos. ¡Listo!

— Estás loco, Mario. Nos verían llegar con los radares y nos harían saltar en pedazos.

— ¡Yo no voy a permitir que mi marido vaya a robar agua para seguir rodando por los espacios!

— No se trata de nuestro oficio, Dora — dijo Mario —. Pronto nos cortarán el agua del todo. Hay que hacer algo antes.

— Pero si no necesitamos su agua — contestó Dora —. Esto no es la Luna. Los hielos polares nos dan toda el agua que nos hace falta...

— Para el uso doméstico — interrumpió Long —. Pero eso es la menor parte. ¿Y las minas? ¿Y los tanques hidropónicos?

— Tiene razón — dijo Swenson a su mujer —. ¿Con qué fabricaremos nuestra comida si no hay agua para los tanques?

— Hilder será el próximo Coordinador de la Tierra y entonces las cosas se van a poner feas. Si también nos cortan los envíos de alimentos...

— ¡Insisto! — gritó Ríos —. ¡Hay que ir y llevarse el agua!

— Y yo digo que no, Mario. ¿No ves que estás pensando como un terráqueo, no como un marciano? Estás tratando de aferrarte al cordón umbilical que nos ata a la Tierra. ¿No puedes ver las cosas como marciano?

— No. Enséñame.

— Escucha, entonces. Cuando hablamos del sistema solar pensamos siempre en Venus, Tierra, Luna, Marte, Phobos y Deimos. Eso es todo. ¡Pero eso es apenas la centésima parte del sistema solar! Y Marte está justo en el borde del 99 por ciento restante. Allá, más lejos del Sol, hay cantidades increíbles de agua.

Los otros se quedaron mirándolo. Swenson preguntó, con inseguridad:

— ¿Te refieres a las capas de hielo de Júpiter y Saturno?

— No. En los planetas gigantes no se puede descender, y además la capa de agua está cubierta por otras de amoníaco y metano. Pero están los planetoides y los satélites. El planetoides Vesta, por ejemplo, es casi todo de hielo. Una de las lunas de Saturno también. ¿Qué les parece eso?

Ríos dijo:

— ¿Has estado en el espacio, Ted?

— Ya sabes que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque hablas como un terráqueo. ¿No conoces las distancias? Los planetoides están a 200 millones de kilómetros de Marte. Es el doble del viaje Venus-Marte, y casi ninguna nave se atreve a dar ese salto sin hacer etapa en la Luna. ¿Cuánto tiempo piensas que puede uno permanecer en el espacio?

— No sé. ¿Cuál es tu límite?

— Lo sabes muy bien; está en todos los manuales. Más de seis meses en el

espacio y necesitás ver urgentemente a un psiquiatra.

Swenson asintió.

—Y eso es a los planetoides — siguió Ríos —. De Marte a Júpiter hay quinientos millones de kilómetros, y a Saturno más de mil. ¿Quién se atreve con esas distancias? Supongamos que tu nave aguante a trescientos mil kilómetros por hora. Te llevaría... digamos... contando el tiempo para acelerar y frenar... unos seis o siete meses para ir a Júpiter y un año a Saturno.

Swenson se apresuró a aclarar:

—Dejemos a Júpiter y Saturno. ¿Pero Vesta? Podemos hacer el viaje rondando en menos de seis meses. ¡Y tendríamos agua para rato!

—Y, ¿qué hacemos en Vesta? — tronó Ríos —. ¿Instalar una mina de hielo? ¿Sabes el tiempo que se necesita?

—Yo estoy hablando de Saturno, no de Vesta — dijo Long.

Ríos se dirigió a un auditorio invisible:

—Le digo que es un viaje de un año y él insiste.

—Muy bien — dijo Long —. Explícame por qué no podemos estar más de seis meses en el espacio.

—Cualquiera lo sabe, ¡caray!

—¿Porque está en el "Manual del Astronauta"? Es una cifra calculada por científicos terráneos en base a experiencias hechas con pilotos terráneos.

—Los marcianos también somos hombres.

—Pero, ¿cómo puedes ser tan ciego? ¿Cuántas veces han estado ustedes más de seis meses en el espacio?

Ríos dijo:

—Eso es distinto. No estábamos en viaje. Podíamos volver en cuanto quiéramos.

—Pero no querían volver. Ahí está el asunto. Los terráneos llevan tripulaciones de quince hombres, con libros y películas a granel y no pueden

aguantar más de seis meses. Los vaguespacios marcianos van de a dos en una lata de sardinas. ¡Y resisten más!

—¿Y usted se atreve a vivir un año en una astronave? — dijo Dora.

—¿Por qué no, Dora? Los terráneos no pueden. Ellos tienen un planeta de veras: cielo abierto, comida fresca, toda el agua que quieran. Vivir en una astronave es un cambio terrible para ellos. Los marcianos, en cambio, hemos vivido siempre en una astronave. ¡Si Marte es sólo eso para nosotros! Una nave, una nave grande. Nuestra ciudad está encerrada herméticamente. Respiramos aire sintético, como en las naves. Comemos raciones como a bordo. ¿No ven que el cambio es pequeño?

—Suponiendo que así sea — gruñó Mario —, todavía tienes que explicar muchas cosas. Cuando lleguemos a Saturno, ¿dónde buscarás el agua?

—Eso es lo bueno — dijo Long —. Y por eso hablo de Saturno. El agua allí está flotando en el espacio, lista para llevársela.

CUANDO Hamish Sankov llegó a Marte no existían marcianos nativos. Ahora había doscientos chicos cuyos abuelos habían nacido en Marte. Nativos en tercera generación.

Al llegar él, siendo apenas un muchacho, Marte era sólo un grupo de astronaves conectadas por túneles. A través de los años, esos túneles se habían convertido en ciudades semi subterráneas, y la población había pasado de cincuenta a cincuenta mil.

Lo hacían sentirse viejo esos recuerdos; ésos y otros más borrosos, evocados por la presencia de este terráqueo. Su visitante le traía pensamientos, ya hacía mucho olvidados, sobre ese mundo blando y tibio que era para la humanidad tan suave y acogedor como el seno materno.

El terráqueo parecía recién salido de ese seno. Ni muy alto ni muy del-

gado: mejor dicho, regordete. Era Myron Digby, miembro de la Asamblea General Terrestre. Sankov era el Comisionado en Marte.

Sankov estaba diciendo:

—Este es un duro golpe para nosotros, diputado.

—También para nosotros, Sankov.

—Ajá. Honestamente, no lo entiendo. Estamos poco habituados a las costumbres terrestres. Las naves necesitan todo el sitio para traer alimentos y materiales y apenas si vienen libros o películas. Los programas de televisión sólo se pueden recibir cuando estamos en conjunción con Tierra, de modo que nadie compra receptores. Cuando ocurre algo como esto, sólo atinamos a mirarnos unos a otros sin saber qué hacer.

Digby dijo lentamente:

—¡No me va a decir que en Marte no se conocía la campaña anti-despilfarro de Hilder!

—En realidad, no. Hay un joven vaguespacios, hijo de un amigo mío — Sankov, meditando, se rascó la cabeza —, que se interesa por la Tierra, y escuchó por televisor a Hilder varias veces. El muchacho me lo vino a contar, pero no lo tomé muy en serio. Además, los resúmenes noticiosos apenas lo mencionaban, y lo poco que decían parecía cómico...

—Sí, Comisionado — dijo Digby —. Parecía muy cómico cuando empezó.

SANKOV estiró bien las piernas y las cruzó sobre los tobillos.

—A mí me sigue pareciendo cómico. ¿Nunca se le ocurrió hacer unos simples cálculos? Suponiendo que el tráfico aumentara mil veces, ¿sabe lo que se consumiría en mil años? ¡La milésima parte del uno por ciento del agua que tiene la Tierra!

Digby se encogió de hombros.

—Comisionado, ya hemos usado cifras como ésa para frenar a Hilder, pero es inútil. No se puede combatir

con cifras a un hombre que maneja como quiere las emociones del pueblo. Este hombre ha creado la idea de una organización que está estrangulando lentamente a la Tierra mediante el despilfarro. Y lo apoyan todas las grandes compañías metalúrgicas que temen la competencia de los nuevos planetas.

Sankov volvió a rascarse el cuello.

—Entonces déme usted su opinión. Usted conoce la Tierra y aprecia a los marcianos. ¿Qué podemos hacer?

Digby dejó su asiento y se acercó a la ventana. Desde allí se veían las cúpulas bajas de otros edificios en medio de una llanura desolada; un cielo púrpura y un sol enano.

—¿Les gusta realmente este planeta? — preguntó sin volverse —. ¿No preferirían vivir en la Tierra y respirar aire fresco bajo el cielo abierto?

Sankov meneó la cabeza sonriendo.

—Es difícil de explicar. La Tierra está hecha; la gente se acomoda a ella. Marte es distinto; no sirve así como está. Tenemos que convertirlo en un mundo habitable. Y poco a poco vamos viendo los resultados. Todo cambia, todo crece. No creo que un marciano se acostumbre a un planeta donde al morir ve las mismas cosas que al nacer.

Digby se apartó de la ventana con el ceño fruncido.

—En tal caso, Comisionado, lo siento. Lo siento por todos ustedes.

—¿Por qué?

—Porque no pueden hacer nada. Pasarán dos años, o cinco, pero tendrán que volver todos a la Tierra. A menos que...

Las cejas de Sankov se unieron sobre su nariz aguileña.

—¿A menos que...?

—Que saquen agua de alguna otra parte que la Tierra.

Sankov meneó la cabeza.

—Y fuera de eso, ¿no hay nada que hacer?

—Absolutamente nada.

Digby salió de la oficina, y Sankov permaneció largo rato mirando el vacío, antes de marcar un número en el comunicador.

Poco después Ted Long lo saludaba desde la pantalla.

Sankov dijo:

—Tenías razón, muchacho. Hasta los pocos que nos estiman dicen que no tenemos salvación. El diputado Digby dice que tendremos que volver a la Tierra, o conseguir agua en otra parte. Pero, por supuesto, no cree que eso sea posible.

—Mientras que usted sabe que podemos, ¿verdad, Comisionado?

—Con un riesgo tremendo.

—Si encuentro suficientes voluntarios, el riesgo es asunto nuestro.

—¿Has conseguido ya algunos?

—Sí. Convencí a Mario Ríos, por ejemplo, y es uno de nuestros mejores hombres.

—Es eso justamente. Los voluntarios tienen que ser los mejores hombres que tenemos. Me da fiebre dejarlos ir.

—¿Vale o no la pena intentarlo?

—Bueno, ya te di mi palabra de que si la Tierra no nos ayudaba podías usar toda el agua que tenemos en el depósito de Phobos. Buena suerte.

A medio millón de kilómetros de Saturno, Mario Ríos estaba acostado en el vacío y sus sueños eran deliciosos. Se despertó lentamente, y durante un rato, solo en su traje especial, contó las estrellas y trazó líneas de unas a otras.

Las primeras semanas habían sido el rondar por los espacios de siempre, con la comezón adicional de saber que cada minuto los separaba miles de kilómetros más de toda la humanidad. Eso empeoraba las cosas.

Habían salido del plano de la eclíptica para no meterse en el Cinturón de Asteroides. El riesgo de choque resultaba así tan ridículamente pequeño

que era natural que a alguien se le ocurriera la idea de flotar en el vacío.

Primero un valiente se aventuró a salir por un cuarto de hora. Luego otro se quedó afuera el doble. Ya antes de dejar atrás el Cinturón, todos los que no estaban de guardia en los controles colgaban en el vacío al extremo de un cable, junto a cada nave.

Era difícil. El cable tenía uniones magnéticas en ambas puntas. Uno adhería un extremo a su traje espacial, salía por la cámara estanca al exterior y unía el otro extremo con el casco de la nave. Durante un momento uno se quedaba allí, pegado al casco por el magnetismo de los zapatos; entonces neutralizaba éstos y hacía el mínimo esfuerzo muscular.

Lenta, muy lentamente, uno se apartaba de la nave, flotando, increíblemente sin peso, rodeado por todos lados de estrellas y nebulosa. Ya a suficiente distancia de la nave, daba un levísimo tirón del cable para detenerse sin caer de nuevo en ella, y eso era todo. A pesar de los miles de kilómetros por minuto que recorrían, la nave parecía inmóvil, como pintada sobre un telón imposible.

La mitad estaba iluminada por el Sol, ya débil pero todavía demasiado fuerte para mirarlo directamente. La otra mitad era negro sobre negro: invisible.

El espacio era como un sueño acogedor. El traje espacial estaba tibio, renovaba su aire automáticamente, tenía alimentos en recipientes especiales y se encargaba de los desechos en forma apropiada. Y por encima de todo, estaba la euforia de sentirse sin peso.

Nunca se había sentido tan bien en su vida. Los días ya no parecían largos; eran cortos y pocos.

CRUZARON la órbita de Júpiter a unos treinta grados de su posición. Durante meses fué el objeto más brillante del cielo, salvo la arveja lu-

minos que se había convertido el Sol.

Luego comenzó a esfumarse, mes tras mes, mientras otro punto brillante crecía hasta superarlo. Era Saturno, que parecía ovalado por sus anillos.

Todos flotaban en el espacio, con la vista fija en el nuevo planeta.

Saturno creció hasta sobrepasar al Sol. Los anillos ya se distinguían con claridad. Las lunas mayores navegaban como serenas luciérnagas, proyectando a veces sus sombras sobre el disco del planeta.

Los anillos atraían la atención de todos. Su triple banda anaranjada se fué ensanchando a medida que se acercaban perpendicularmente a su plano. Y llegó el momento en que parecieron romperse y asumieron su verdadera identidad: una fenomenal agrupación de pequeños fragmentos.

MARIO RÍOS flotaba en el espacio. Debajo de él, o, mejor dicho, en la dirección en que apuntaban sus pies, había uno de los fragmentos de anillo, a unos treinta kilómetros de distancia. Parecía una gran mancha irregular, las tres cuartas partes iluminada por el Sol. Más allá se veían otros y otros, que volvían a dar la impresión de una cinta al perderse en la distancia.

Nada se movía. Es que las naves se habían colocado en una órbita alrededor de Saturno a la altura del borde exterior de los anillos.

El día anterior Ríos había estado en aquel fragmento trabajando en su turno para hacerle tomar la forma deseada. Mañana trabajaría otra vez.

Hoy... Hoy flotaba en el espacio.

—¿Mario? —la voz que oyó en su teléfono parecía vacilante.

Ríos se sintió molesto. Maldito sea, no tenía ganas de charlar.

—Soy yo. ¿Quién es? ¿Ted?

—Sí; estoy aquí cerca; flotando.

—¿Le tomaste el gusto?

—Sí. ¿No recuerdas en los libros terrestres descripciones de tipos que se acuestan en el césped? —dijo Long—. Esa cosa verde como pedacitos largos y delgados de papel que allí cubre el suelo. Se tiran allí y miran el cielo azul y las nubes.

—Sí, lo vi en películas. Frío y duro. No me atrae.

—Frío, no sé. Parece que esa atmósfera que tienen es capaz de retener bastante calor. Personalmente, no me gustaría estar bajo las estrellas sin mi traje especial. Pero parece que a ellos les gusta.

—Los terráqueos son chiflados.

—Lo que te quería decir es que ellos describen eso como una sensación maravillosa. ¡Cuántas veces me pregunté cómo sería! Me parecía estar perdiendo algo vital. Ahora ya sé cómo es. Es esto. Paz completa en medio de un universo empapado de belleza.

EL turno de trabajo en el fragmento de anillo era la otra cara de la moneda. Se acababan la paz y la tranquilidad. Y la falta de peso, que continuaba, se convertía en un purgatorio en esas condiciones.

Traten de manipular un proyector calorífico no manuable. Lo pueden levantar a pesar de su inmenso volumen de metal sólido, porque allí pesa gramos. Pero su inercia sigue siendo la misma, de modo que si el empujón ha sido muy fuerte se aleja volando por el vacío, con ustedes detrás.

Y si al traerlo de vuelta al fragmento cometen el mismo error, les puede caer encima y romperles un tobillo, como a Keralski, el primer herido de la expedición.

Ríos había agotado su repertorio de juramentos, y sudaba hasta saturar los desecadores de su traje de vacío.

—¡Maldito seas, Swenson! Espera hasta que yo te diga, ¿quieres?

Y la voz de Swenson atronó en sus oídos.

—Bueno, ¿y hasta cuándo tengo que estar aquí?

—¡Hasta que yo te diga! —replicó Ríos.

Acomodó de nuevo el proyector; apartó de un puntapié el cable que molestaba y apretó el botón de puesta en marcha.

El material de que estaba compuesta el fragmento burbujó y desapareció. Una parte de la boca de la tremenda cavidad que ya había excavado se evaporó dejando un contorno más regular.

—Ahora puedes probar —dijo Ríos.

Swenson estaba en la nave que flotaba sobre la cabeza de Ríos.

—¿Todo listo? —preguntó Swenson.

—¿No te lo estoy diciendo?

UN débil chorro de vapor salió de los tubos delanteros de la nave. La nave descendió hacia la cavidad. Otro chorro lateral corrigió la inclinación.

Un tercer chorro, atrás, disminuyó la velocidad. Ríos observaba atentamente.

—Dale así. Vas bien... Vas bien...

La parte posterior de la nave entró en la cavidad, casi llenándola, hasta que el casco se encajó en la entrada y se detuvo.

Le tocó a Swenson el turno de maldecir.

—¡No ajusta! —chilló.

—¡La culpa es tuya, terráqueo! No sabes retroceder derecho.

—Más derecho es imposible. ¿Por qué no te vas a la Tierra?

Los tubos de la nave volvieron a echar vapor y Ríos tuvo que dar un salto de cincuenta metros para no ser alcanzado.

Swenson detuvo la nave a casi un kilómetro de altura y dijo:

—Si nos vuelve a pasar esto destruiremos el casco. ¿Quieres hacer las cosas bien?

Ríos se elevó unos cientos de me-

tros para observar bien la cavidad. Las marcas dejadas por la nave le indicaron lo que había que corregir.

Media hora después la nave calzaba en la cavidad como en un guante. Swenson salió de ella en su traje espacial.

—Si quieres ir adentro, yo me encargo de la congelación.

—Prefiero quedarme aquí —contestó Ríos aproximándose a la boca de la cavidad. En algunos sitios había bastante espacio entre la nave y el borde, y eso había que rellenarlo fundiendo hielo y dejándolo congelar nuevamente allí.

SATURNO se movía visiblemente en el cielo, parte de su enorme disco aún bajo el horizonte.

—¿Cuántas naves quedan por meter? —preguntó Ríos.

—Ahora faltan diez —dijo Swenson—. Dos o tres de las que están ya fueron desmanteladas.

—Van bien las cosas.

—Todavía hay mucho que hacer. Instalar los tubos de propulsión en el otro lado, y la transmisión de energía... A veces me pregunto si nos alcanzará el tiempo... si no terminaremos muriéndonos de hambre frente a Saturno... Me siento...

No explicó cómo se sentía. Se quedó sentado, en silencio.

—Piensas demasiado —dijo Ríos.

—Para ti es distinto —dijo Swenson—. Yo pienso en Dora y en Peter.

—¿Por qué? Ella te dió permiso para venir, ¿no? Después que el Comisionado le dió la lata sobre el patriotismo y el deber y le aseguró que serías un héroe, quedó convencida.

Swenson suspiró.

—Nunca la traté bien. Una mujer necesita compañía. Un chico necesita a su padre. ¿Qué estoy haciendo tan lejos de ellos?

—Preparándote para volver allá.

—Ah... No puedes entender...

TED Long recorría la áspera superficie del fragmento con el espíritu tan frío como el suelo que pisaba. ¡Todo había parecido tan lógico allá en Marte! Lo había estudiado en sus menores detalles.

Y la idea no era mala, no podía serlo. Consistía simplemente en observar que las inmensas envolturas metálicas que encerraban el agua para la propulsión de las astronaves no eran necesarias. ¿Para qué, si el agua podía llevarse adherida a la nave como un bloque de sólido hielo? Los vaporizadores y los tubos de expulsión se podían instalar en el mismo hielo, mantenidos magnéticamente en su sitio. ¡Era tan sencillo!

Y ellos no tenían que cortar bloques de hielo. En los anillos de Saturno ya estaba preparado en fragmentos de todo tamaño. Los anillos eran sólo eso: bloques de hielo casi puro girando en torno de Saturno. El que ellos habían elegido tenía tres kilómetros de máxima dimensión, y pesaría en la Tierra quinientos millones de toneladas. Maravilloso... Pero ahora se enfrentaban con la realidad.

Había creído que el trabajo de convertir el fragmento en astronave no podía llevar más que dos días. Por suerte no lo había dicho a sus hombres, pues ya había pasado una semana y no se atrevía a calcular lo que faltaba. Ni estaba tan seguro de que la tarea fuese posible.

¿Serían capaces de manejar los tubos de expulsión con la delicadeza necesaria para escapar a la atracción de Saturno sin romperse en pedazos?

Y las reservas de alimentos disminuían...

LEVANTO la vista entrecerrando los ojos. ¿Se estaba realmente agrandando aquel objeto? Tendría que medir su distancia, pero le faltaban ganas de agregar una nueva preocupación a las demás.

Por lo menos la moral de la gente era alta. Eran los primeros hombres en atravesar el cinturón de asteroides y la aventura parecía gustarles.

Dos hombres y una nave semienterrada aparecieron en el horizonte.

Los llamó con un grito.

—¿Eres tú, Ted? —contestó Ríos—. Ven aquí; estamos buscando una excusa para no trabajar.

Long volvió a mirar el irregular objeto del cielo.

Ríos siguió su mirada.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta "La Sombra"?

Así lo llamaban. Era el fragmento más cercano, distante unos treinta kilómetros, y parecía una montaña desgajada de alguna cordillera.

—¿Qué te parece? —preguntó Long. Ríos se encogió de hombros.

—No veo nada raro.

—¿No te parece un poco más grande?

—Sí, parecería —dijo Swenson.

—Te estás sugestionando —discutió Ríos.

—Hemos estado descendiendo sobre este fragmento, quitándole partes y cambiándolas de sitio todo el tiempo —dijo Long—. ¿Te parece que no le hemos modificado el impulso? No mucho, pero lo suficiente para cambiarle la órbita.

—De todos modos, hay sitio de sobra para no chocar. Y además se acerca muy lentamente, si es que se acerca.

—No importa la lentitud. Su masa es tan grande que chocaría con impulso de sobra para que los dos fragmentos se hagan polvo. ¿No sabes que el hielo tiene muy poca resistencia?

Swenson se incorporó.

—¡Caramba! Si puedo calcular la trayectoria de una envoltura a mil kilómetros, también puedo calcular la de una montaña a treinta —y se metió en la nave.

Long no lo detuvo.

—Nervioso —comentó Ríos.

El cercano planetaide pasó por sobre

sus cabezas. Veinte minutos después Saturno volvió a aparecer en el horizonte.

Ríos llamó por su comunicador.

—Eh, Swenson, ¿te has muerto?

—Estoy verificando —llegó la respuesta.

—¿Se mueve? —preguntó Long.

—Sí.

—¿Hacia nosotros?

Hubo una pausa; luego la voz de Swenson, como si estuviera enfermo:

—De cabeza, Ted. El choque ocurrirá dentro de tres días.

—¿Estás loco? —vociferó Ríos.

—Hice los cálculos cuatro veces —dijo Swenson.

Long pensó, como en sueños: “¿Qué hacemos ahora?”

Y llegó la orden:

—¡Todo el mundo a los tubos!

Los vagaespacios nunca habían sido muy amantes de la disciplina. Fue un grupo desordenado y refunfuñante el que se puso a dismantelar los tubos que aún quedaban en las naves y luego a colocarlos en la parte “posterior” del planetoide. Y pasaron casi veinticuatro horas antes de que alguno levantara la vista al cielo y exclamara: “¡Santo Dios!”

Aunque tenía el comunicador cerrado, los demás parecieron oírlo.

—¡Miren: La Sombra!

Se había expandido en el cielo como una herida infectada. Los hombres calcularon que su tamaño aparente se había duplicado, y asediaron a preguntas a Ted Long.

El explicó:

—No podemos irnos de aquí. No tenemos agua para volver a Marte ni tiempo para capturar otro planetoide de hielo. La Sombra se acerca porque con tanto lanzar chorros hemos cambiado de órbita. El único remedio es cambiarlas más aún con los tubos que estamos colocando.

VOLVIERON al trabajo con una energía furiosa, que recibía nuevo estímulo siempre que La Sombra volvía a surgir en el horizonte, cada vez más grande y amenazadora.

Long no sabía si el plan daría resultado. Aun suponiendo que funcionara el control a distancia de los tubos y que los vaporizadores instalados en el cuerpo del planetoide dieran suficiente vapor, era posible que, sin el blindaje de los cables magnéticos, el planetoide se hiciera añicos.

—¡Listo! —llegó la señal a los teléfonos de Long.

Long apretó un botón. El planetoide comenzó a vibrar. Las estrellas temblaban en el cielo.

En el horizonte apareció una distante nube de cristallitos de hielo que se alejaba del bloque.

—Salen los chorros —gritaron todos.

El chorro siguió saliendo. Long no se atrevió a detenerlo durante seis horas. El cuerpo del planetoide se iba convirtiendo en vapor, que era arrojado hacia atrás, al espacio.

La Sombra se acercó hasta que los hombres dejaron su trabajo y se quedaron mirándola, boquiabiertos. Cada valle y saliente resaltaba con nitidez en el inmenso disco que ahora ocultaba a Saturno. Pero al cruzar la órbita del planetoide- nave lo hizo a más de un kilómetro.

Long cortó los chorros y se dejó caer en el suelo. Hacía dos días que no probaba bocado. Ahora podía comer tranquilo. Ningún otro fragmento del anillo estaba en posición de amenazarlos.

—¿Viste a Jim Davis? —comentaba ya Ríos—. ¡Estaba verde! Bueno, yo también me asusté un poco.

—No es sólo miedo a morir —dijo Swenson—. Yo estaba pensando, ya sé que es raro, pero... Estaba pensando que Dora me advirtió que me mataría en este viaje. Y si me matara ahora, ella podría hablar mucho tiempo

comentando cuánta razón tenía...

—Oye —dijo Ríos—; se te ocurrió casarte y te casaste. No me vengas a llorar tus cuitas ahora.

LA flotilla, soldada en una sola unidad, estaba haciendo el inmenso viaje de regreso, de Saturno a Marte. Cada día recorría una extensión de espacio que le había llevado nueve en el viaje de ida.

Ted Long había puesto a todo el mundo en servicio de emergencia. Con veinticinco astronaves semienterradas en el planetoide robado a Saturno, la coordinación de los tubos para lanzar los chorros propulsores era un problema difícil. Las sacudidas que hubo el primer día casi terminan con la expedición.

Pero al tercer día ya viajaban a dos millones de kilómetros por hora y los movimientos se habían suavizado.

La nave de Long formaba la punta de la flota congelada y era la única que dominaba el espacio en cinco direcciones. Desde allí, Ted tenía la sensación de que las estrellas debían moverse hacia atrás, sobrepasadas por ellos. Pero allí estaban, clavadas en el cielo, burlándose de las velocidades que el hombre podía alcanzar.

Los hombres se quejaban. No sólo no podían flotar en el espacio, sino que los molestaba la continua aceleración a que estaban sometidos. Long debió acceder a cortar los chorros una hora cada cuatro.

Ya hacía más de un año que habían visto a Marte encogerse en las visiplacas posteriores hasta convertirse en un punto rojizo. ¿Qué habría pasado desde entonces? ¿Estaría allí la colonia todavía?

Aun sabiendo que Marte estaba en ese momento del otro lado del Sol y que las interferencias de éste impedían comunicarse, Long enviaba diariamente un llamado por radio. Por supuesto, no recibía contestación.

Al pasar por encima del cinturón de asteroides alcanzaron la velocidad mínima. Con débiles chorros laterales el planetoide- nave invirtió su posición, y desde entonces los tubos se usaron para disminuir la velocidad.

Pasaron a doscientos millones de kilómetros por encima del Sol, curvando ya la trayectoria para cortar la órbita de Marte.

A una semana de Marte comenzaron a oírse señales de respuesta. Incomprensibles, es cierto, pero sin duda provenientes de allí. Ted se sintió aliviado. Por lo menos había aún gente en Marte.

Cinco días después la señal era fuerte y clara, y Sankov hablaba desde el otro extremo.

—Hola, hijo. Son las tres de la mañana. ¿Te parece bien sacarme de la cama a esta hora?

—Lo siento, señor.

—No lo sientas. Tengo miedo de preguntar. ¿Algún herido? ¿Muertos?

—Ninguna baja, señor.

—¿Y... el agua? ¿Les quedará algo? Long contestó con un esfuerzo:

—Suficiente.

—En este caso desciendan tan pronto como puedan. Sin correr riesgos, por supuesto.

—Están en dificultades, entonces.

—Ya lo creo. ¿Cuándo llegarán?

—Dentro de dos días. ¿Pueden esperar?

—Aguantaremos.

Cuarenta horas más tarde Marte se había convertido en una pelota anaranjada y ya estaba en la espiral de aterrizaje.

—Espacio —murmuraba Long—; espacio. No debe pasarnos nada ahora.

Habiendo llegado desde arriba de la eclíptica, la espiral pasaba de norte a sud. Por debajo de ellos pasó una capa polar. Luego otra, más pequeña, del hemisferio de verano. Otra vez la primera, la segunda, la primera, a in-

tervalos cada vez mayores. La superficie se aproximaba. Ya se notaban las características del paisaje.

—¡Listos para el descenso! —advirtió Long.

SANKOV y los periodistas aguardaban bajo la cúpula del espacio-puerto.

En la cúpula adyacente un grupo de mujeres y niños se apiñaban junto a otras ventanas. Sankov retrocedió para observarlos mejor. ¡Cuánto hubiera preferido estar con ellos, compartir su excitación y su angustia! El, como ellos, había esperado todo el año. Y, como ellos, había creído que los hombres estaban muertos.

—¿Ven eso? —dijo Sankov haciendo una indicación con la mano.

—¡Eh! —gritó un periodista—. ¡Una nave!

Un griterío confuso llegaba desde la otra cúpula.

No era tanto una nave como un punto brillante oscurecido por una nube blanca. La nube creció y empezó a adquirir forma. Era una doble raya contra el cielo. Poco a poco el punto brillante del extremo superior mostró una forma crudamente cilíndrica, tosca e irregular, pero reflejaba la luz como un espejo.

El cilindro descendió hacia el suelo con la imponente lentitud característica de las astronaves. Quedó suspendido

en la tenue atmósfera, apoyado en los chorros de sus tubos posteriores.

En las cúpulas reinaba el silencio. Todos permanecían inmóviles, con una expresión de incredulidad.

El cilindro tocó el suelo y los chorros se cortaron simultáneamente. La nave quedó en reposo.

Pero el silencio no cesó en las cúpulas por un largo rato.

Los hombres comenzaron a bajar por los costados de la inmensa nave. Tres kilómetros de descenso con zapatos claveteados y picas en las manos. Eran como mosquitos contra la superficie ennegecedora.

Un periodista recuperó la voz.

—¿Qué es eso?

—Eso —dijo Sankov con calma— resulta ser un pedazo de materia que giraba en torno de Saturno. Nuestros muchachos lo convirtieron en astronave y se lo trajeron a casa. Es que, ¿saben?, los fragmentos de anillo son de hielo.

SIGUIO halando ante un silencio de muerte.

—Eso que parece una nave, es una montaña de hielo. En la Tierra ya estaría formando una laguna, y tal vez se quebraría bajo su propio peso. Marte es más frío y su gravedad es menor, de modo que no hay tal peligro.

“En el bloque hay cinco kilómetros cúbicos, o sea tanta agua como la que la Tierra nos enviaría en doscientos



años. Los muchachos gastaron bastante en el viaje. Cien millones de toneladas, pues estuvieron acelerando todo el tiempo. Pero esa pérdida ni se nota en semejante montaña. ¿Están anotando todo, señores periodistas?

No había ninguna duda de ello.

—Entonces simóten esto también —dijo Sankov—. La Tierra está angustiada por sus reservas de agua. Apenas tiene algunos trillones de toneladas y no puede desperdiciar ni una. Escriban que nosotros, los marcianos, estamos preocupados por la situación terrestre y no queremos que les pase nada a nuestros hermanos terráqueos. Escriban que vamos a venderles agua. Escriban que les enviaremos millones de toneladas a un precio razonable. Escriban que la Tierra no debe preocuparse más porque Marte le venderá toda el agua que necesite.

Calló Sankov. Estaba imaginándose el futuro: pudo ver a los periodistas sonriendo.

¡Sonriendo! Y ya podía escuchar esa sonrisa convertida en homérica carcajada en la Tierra. Podía oír a los cinco continentes riéndose de los anti-desparradores. Y podía ver el abismo negro y profundo en que caerían para siempre las esperanzas políticas de John Hilder y de todos los adversarios de la astronavegación...

EN la cúpula de al lado Dora Swenson lanzó un grito de alegría, y Peter, cinco centímetros más alto, empezó a saltar como un resorte llamando:

—¡Papá! ¡Papá!

Richard Swenson acababa de llegar al suelo y marchaba a paso rápido hacia las cúpulas.

—¿Le viste la cara de felicidad? —preguntó Ted Long—. Quizá haya algo en este asunto del matrimonio...

—Bah, es que has estado demasiado tiempo en el espacio —dijo Ríos. ♦



filmando

el pasado

por DUDLEY DELL

¿Qué nos aguarda en el pasado? Cuando tengamos una máquina para escrutar el tiempo pretérito, habrá que cuidarse mucho para no interferir en él y cambiar la Historia.

Ilustrado por CSECS



HASTA un endurecido periodista como Wellman Zatz, escritor de suplementos dominicales, estaba impresionado por la importancia del acontecimiento que debía relatar: la inauguración del Instituto Biofilm.

Arlington Prescott, obrero de una fábrica de lentes de contacto, había inventado, mientras buscaba una "máquina del tiempo", la Cámara Biotempo. Parecida a una cámara de cine co-

mún, sin sonido, por supuesto, proyectaba una onda temporal, la reaccumulaba y la enfocaba sobre una película sensibilizada a la luz temporal. Cuando descubrió que debía conformarse simplemente con fotografiar el pasado, sin poderlo visitar físicamente, Prescott abandonó sus inventos y se dedicó a dirigir un jardín de infantes.

Y, sin embargo, explicaba Zatz a sus lectores, dictando sus notas por persfono a un impresor de voz de la oficina de telenoticias, el Instituto Biofilm se basaba en el repudiado invento de Prescott. Mil cámaras Biotempo habían sido instaladas en un edificio inmenso, macizo, casi todo bajo tierra, estilo siglo XXIII, donación de Humboldt Maxwell, el riquísimo fabricante de las Píldoras Banquete. Había mil equipos de historiadores, biógrafos, analistas militares, etc., para el primer intento de registrar la historia tal como había ocurrido en la realidad — prestando especial atención, según había exigido Maxwell, a los pretéritos genios de la industria, la política, la ciencia y las artes, en el orden mencionado.

Al recorrer el Instituto Biofilm, Wellman Zatz sólo consiguió entrevistas cortas y de mala gana con los Bioequipos; la tarea de pescar incidentes o personajes en el tiempo los ponía nerviosos y no querían interrupciones. Por fin se quedó con un grupo que parecía algo menos hostil. Estaban observando en la pantalla monitora lo que parecía una escena de la Inglaterra isabelina.

—Sir Isaac Newton — gruñó Kelvin Burns, el biógrafo de hombres de ciencia, en respuesta a la pregunta de Zatz—. Gran hombre. Queremos averiguar por qué se volvió loco.

Zatz estaba enterado, por supuesto. Durante siglos los escritores baratos habían usado el caso de Sir Isaac como argumento en favor de ciertas teorías sobre los fenómenos psíquicos. Des-

pués de hacer sus asombrosos descubrimientos a la edad de 25 años, el gran cientista del siglo XVII había empleado el resto de su larga vida buscando la precognición, la piedra filosofal y otras chucherías del misticismo.

—Mi diagnóstico — dijo Mowbray Glass, el psiquiatra — es paranoia causada por un sentimiento de soledad en su niñez.

Pero la pantalla mostraba un chico feliz, en lo que parecía ser un hogar normal del siglo XVII, y una escuela adecuada. Glass se fué intrigando cada vez más, a medida que Sir Isaac iba encontrando su teorema del binomio, el cálculo diferencial e integral y se ponía a trabajar en la teoría de la gravitación, sin mostrar el menor síntoma de desequilibrio emocional.

—Tiene la mayor capacidad deductiva y demostrativa que he visto — comentó Pinero Schmidt, el integrador científico —. No puedo creer que un hombre así se haya vuelto místico.

—Pero así fué — dijo Glass, y al mismo tiempo cambió de color —. ¡Miren!

SOLO, en su estudio amueblado con exceso, el hombre de la pantalla levantó de pronto la vista. Miró directamente a la onda temporal por un instante, y luego desvió la vista a las sombras del cuarto. Aferró un candelabro de plata y, sosteniéndolo como un arma, comenzó a registrar los rincones.

—Está murmurando algo — informó González Carson, el lector de labios —. ¡Espías! Cree que alguien quiere robarle sus descubrimientos.

Burns parecía desorientado.

—Es la primera señal de enfermedad que vemos. Pero, ¿por qué ocurrió?

—Maldito sea si me doy cuenta — admitió Glass.

—¿Herencia? — sugirió Zatz.

—No — dijo Glas con firmeza —. Ya se ha investigado.

El Bioequipo pasó horas escrutando la vida del sabio. Al llegar a los treinta años ya era una costumbre mirar hacia arriba y sonreír secretamente. En su lecho de muerte, cuarenta años después, movió sus labios alegremente, ya sin miedo.

—Mi ángel guardián — leyó en ellos Carson en voz alta —, me has vigilado con sumo cuidado y delicadeza durante toda mi vida. Estoy contento de encontrarte ahora.

Glass se atoró. Fué a recorrer los demás Bioequipos, uno tras otro, hacién-

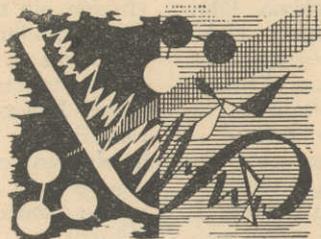
doles una concisa pregunta. Al volver, estaba temblando.

—¿Qué pasó, doctor? — preguntó ansiosamente Zatz.

—No podemos volver a usar la Cámara Biotempo nunca más —dijo Glass, y parecía enfermo—. Mis colegas han estado investigando las psicosis de Robert Schumann, Marcel Proust y otros que tuvieron delirio de persecución...

—Pero, ¿por qué? — insistió Zatz.

—Porque todos ellos creían que alguien los estaba espiando. Y tenían razón. ¡Eramos nosotros! ♦

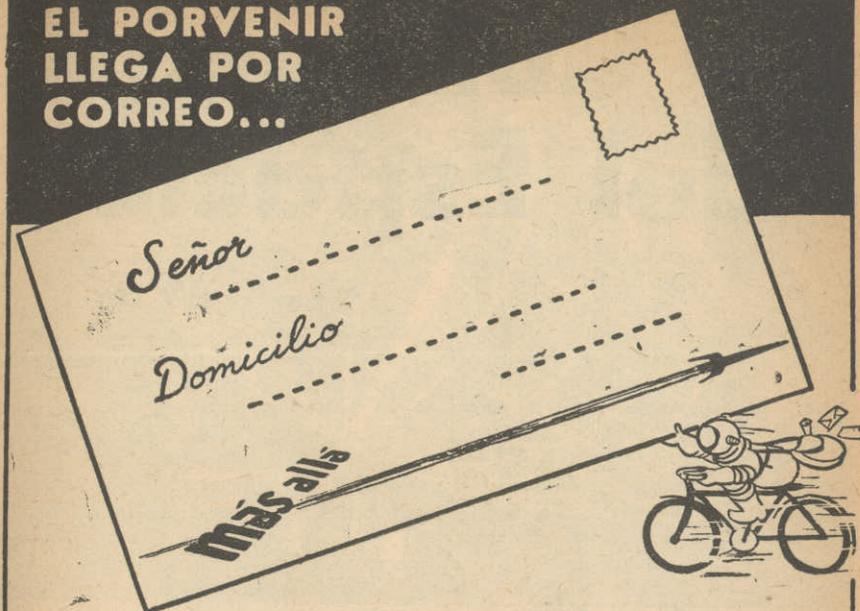


La Clorofila

EN una reciente reunión de químicos norteamericanos se puso seriamente en duda el poder desodorante de la clorofila. El profesor Alsoph Corwin encabezó el ataque diciendo que los compuestos de clorofila que se usan para desodorizar habitaciones sólo tienen éxito debido a que contienen también formol. Y el formol debilita el sentido del olfato.

En cuanto a la clorofila tomada en píldoras, dice el profesor Corwin que no pasa a la sangre en cantidades efectivas. Y menos mal, pues, si lo hiciera, tendría peligrosos resultados. En ratas de laboratorio se ha notado un gran aumento de la sensibilidad a la luz cuando se le inyecta clorofila, hasta tal punto, que se las puede matar con un fognazo de magnesio. En cuanto al peligro de adquirir un delicado tono verde-vegetal, parece que no existe, y, si existiera, quién sabe si sería peligroso. Ah, la moda...

**EL PORVENIR
LLEGA POR
CORREO...**



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 50.- en la República Argentina, y US \$ 5.- en el extranjero.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!

La Conquista del Espacio

por WILLY LEY



ilustraciones de Chesley Bonestell

ESTÁ cayendo un cuerpo a través del espacio.

Es una pequeña masa de hierro con alto porcentaje de níquel y vestigios de otros elementos. Nadie sabe dónde tuvo su verdadero origen, pero se movía alrededor del Sol, junto con los planetas, a una velocidad determinada exclusivamente por su distancia del Sol, no por su propia masa. Por un lado lo calentaban los rayos del Sol, por el otro irradiaba el calor acumulado hacia el espacio sin límites. Como poseía un lento movimiento de rotación, no siempre era el mismo la-

do el que recibía los rayos solares, y por eso su temperatura era más o menos homogénea. Y como su distancia del Sol era aproximadamente la misma que la del planeta Tierra, esa temperatura era la que un ser humano llamaría soportable: algo superior al punto de fusión del hielo. De no haber sido por algunas partes metálicas y brillantes, y por lo tanto reflectoras, podría tener unos 15 grados.

Un día el cuerpo fué atrapado por el campo gravitatorio de la Tierra, que no estaba lejos, astronómicamente hablando: menos de un millón de kiló-

metros. La atracción terrestre es muy débil a esa distancia, pero ejerce una pequeña influencia, pues el campo gravitatorio de un planeta nunca se hace exactamente cero; sólo se va debilitando más y más con la distancia. Si tiene cierto valor a una distancia dada, vale sólo la cuarta parte a distancia doble, la novena parte al triple de distancia, etc. Como se ve, el campo gravitatorio decrece rápidamente, pero su "fin" o "límite" está dado en la práctica sólo por los puntos en que la atracción de otro cuerpo es mayor.

El primer día en que se notó la acción del campo terrestre, la pequeña masa de hierro y níquel se movió apenas un par de centímetros. Pero a medida que se iba aproximando a la Tierra su velocidad aumentaba. Todavía se hallaba a varias docenas de miles de kilómetros de la superficie de nuestro planeta cuando alcanzó la velocidad de un kilómetro por segundo.

Va cayendo con velocidad que crece, y que crece cada vez más rápidamente: dos, cuatro, ocho kilómetros por segundo. Al llegar a las capas superiores de nuestra atmósfera, a unos 400 km. de la superficie, ya va a unos once kilómetros por segundo. La distancia restante hasta el suelo es demasiado pequeña para que la velocidad pueda aumentar mucho, aunque no hubiera aire. Pero lo hay, cada vez más denso, y el meteorito comprime el aire a su paso como el pistón de un motor Diesel (el aire no se puede apartar del camino porque el meteorito se mueve mucho más rápidamente de lo que el aire es capaz), y lo calienta por compresión. El calor del aire se transmite en parte al meteorito y éste comienza a brillar. La gente lo llama una estrella fugaz.

CUALQUIER otro planeta podría haber servido como ejemplo, pero sólo para la Tierra es válida esa cifra aproximada de once kilómetros por se-

gundo. Si el meteorito hubiera caído sobre el planeta Marte, habría llegado con una velocidad de 5 km./seg. Si el blanco hubiese sido Júpiter, la velocidad de llegada habría sido de 57 km./seg., y para nuestra luna, apenas de 2 km./seg. Esto se calcula conociendo la masa y el radio del planeta.

Cada planeta produce una velocidad de llegada para un cuerpo cualquiera que llegue de distancias muy grandes, que es típica de él, y expresa la magnitud de la fuerza de gravedad en su superficie. Lo que importa en la práctica es que esa "velocidad de llegada" también representa la "velocidad de liberación", y por eso se la llama en general "velocidad de escape de un planeta". Un objeto que sea lanzado hacia "arriba" a 11 km./seg., desde un sitio donde la resistencia del aire sea despreciable, se alejará indefinidamente de la Tierra sin necesidad de motor. A menor velocidad, volvería a caer sin remedio, a menos que siguiera impulsándose con motores.

Por razones que veremos más adelante, no conviene que los cohetes actualmente en uso o en proyecto (tipo bomba V-2) vayan usando combustible durante todo el viaje. Para salir de la Tierra deben entonces alcanzar lo antes posible la velocidad de escape, y allí cortar el combustible. Ese momento se designa internacionalmente con la palabra alemana "Brennschluss", que significa "fin de la combustión".

ES natural que hablando de salir de la Tierra pensemos antes que nada en la Luna. Después del Sol, la Luna es el objeto más conspicuo del cielo para los astrónomos a ojo. Por pura casualidad tienen los dos el mismo diámetro aparente, pues su gran diferencia de tamaño es compensada por la gran diferencia de distancia. Pero no es sólo su tamaño el que hace conspicua a la Luna: muestra fases, a diferencia del Sol, lo cual, incidentalmente, proveyó

el primer método de medir tiempos mayores que un día. Y lo que la hace aún más interesante es que hay manchas visibles en su superficie.

No es extraño, pues, que todas las especulaciones, pensamientos y sueños que estamos tentados de catalogar como "la prehistoria de la astronavegación", se refiriesen a la Luna y sólo a ella. Desde las fantasías satíricas de Luciano de Samosata, que en el año 160 contó la historia de la movilización de un gran ejército en la Luna, bajo las órdenes del mismo Endymión, hasta la broma que hizo el periodista Locke en 1835 a los lectores del "New York Sun" con una serie de artículos relatando el supuesto descubrimiento de habitantes satélite por el gran astrónomo sir John Herschel.

Aunque ya es de conocimiento general que la Luna es un mundo nada hospitalario, no por eso ha perdido su fascinación. Uno podrá saber que Júpiter es el mayor de los planetas del Sol, uno podrá haber visto la belleza no terrenal de Saturno en un telescopio; podrá haber leído volúmenes sobre el misterio de Marte... , pero la Luna es en lo primero que se piensa al mencionarse la astronavegación, porque la Luna es un "mundo" a simple vista. Una isla en el cielo.

Esa metáfora ha perdurado a través de los siglos. Luciano, el primero en describir un viaje a la Luna, hace 1800 años, creía que la atmósfera terrestre también envolvía a nuestro satélite. Y así el viaje ocurrió porque una poderosa tormenta en el Atlántico, al Oeste de las Columnas de Hércules, que marcaban entonces el límite del mundo conocido, llevó de un soplo hasta la Luna a un barco a vela. Durante siete días la tormenta impulsó a los viajeros a través del aire, y al octavo pusieron pie en la Luna, que flotaba ante sus ojos "como una isla brillante".

Johannes Kepler, que estableció las leyes de las órbitas planetarias, un gran

astrónomo que sabía por sus estudios que la atmósfera terrestre no podía llegar hasta la Luna, imaginó un viaje alegórico: los espíritus de la Astronomía llevan al astrónomo a la Luna a través del puente de sombras que se forma temporariamente durante un eclipse. En su historia el viaje sólo dura minutos a través del espacio sin aire, pero también Kepler habla de la "brillante isla de Levanía" al referirse a la Luna.

HOY tenemos nuestras ideas propias sobre lo que será un viaje a la Luna. Sabemos que comenzará con tensos minutos de espera en la cumbre de una montaña cercana al Ecuador, por encima de las capas más densas y turbulentas de la atmósfera. Sabemos que finalmente llegará la hora cero y con ella el rugido de los tubos de escape de la nave, rugido que abarcará todos los registros de que el sonido es capaz, acompañados por esas oscuras vibraciones subsónicas que el oído humano no puede percibir, pero que dan sensación de miedo. Sabemos que la nave montará sobre las rugientes llamas y desaparecerá en el cielo en menos de un minuto. Al comienzo su ruta será vertical, pero luego la nariz de la nave se inclinará hacia el Este, porque así podrá aprovechar la velocidad de rotación de la Tierra. Por supuesto, la Luna no estará alineada con la nariz de la nave. Esta apuntará al sitio donde la Luna se hallará cuatro días después.

La nave, posiblemente equipada con alas para ayudarla a aterrizar al regreso, saldrá de la atmósfera terrestre unos tres minutos después de la partida. Pero en este viaje los motores-cohetes deberán funcionar unos 8 minutos. Esta cifra, 8 minutos, tiene un significado especial. No se ha elegido por razones teóricas de alta eficiencia o como resultado de alguna fórmula. Se ha elegido teniendo en cuenta al piloto. Naturalmente, la nave será tanto más eficiente cuanto antes llegue a su velo-

cidad final. Pero el aumento de velocidad es aceleración, y el cuerpo humano, incapaz de sentir la velocidad en sí, es muy sensible a los cambios de velocidad; a las aceleraciones. La máxima aceleración que un hombre es capaz de resistir durante algunos minutos es 4 g., es decir, 4 veces la aceleración con que un cuerpo cae al suelo. Calculando con 4 g., 4 "gravidades", el tiempo necesario para alcanzar la velocidad de escape es de casi 500 segundos; unos 8 minutos.

Transcurridos los 8 minutos, la nave estará ya muy afuera de la atmósfera. La Tierra será una bola monstruosa a popa, y el piloto se hallará rodeado por el vacío. Negro espacio, salpicado por incontables joyas, lejanos soles, las estrellas. Serpenteando a través de la nebulosa el piloto verá la Vía Láctea, nuestra galaxia. La estrella más cercana, el Sol, brillará a un lado con terrible incandescencia, su corona claramente visible, como durante los eclipses totales. Pero en su vecindad inmediata podrán verse también las estrellas distantes. Y a pesar de toda su preparación científica, probablemente se imaginará a la Luna como una gran isla de luz sobre el negro cielo...: su meta.

Durante esos 8 minutos de aplastante aceleración el piloto no será capaz de hacer mucho: en realidad es probable que se desmaye antes de que transcurran. Debido a eso la nave estará preparada para hacerse cargo de sí misma. El mecanismo que debe inclinarla 90 grados a los pocos segundos de la partida será totalmente automático, así como el que debe cortar el suministro de combustible a los motores una vez alcanzada la velocidad de escape.

Físicamente, el momento del Brenschluss puede ser todo un shock. Durante 8 minutos los músculos han soportado en tensión las 4 g. de aceleración. La respiración ha sido trabajosa (aunque no tanto como han dicho algunos). Y luego, de pronto, la acele-

ración desaparece. No toda de golpe; inclusive en cohetes sin tripulación se hace en dos etapas por varias razones. Pero desaparece con bastante rapidez, y lo importante es que no baja hasta 1 g., como en la Tierra, sino hasta cero. Cuando los motores se detienen no queda nada de aceleración. Sólo velocidad. Pero el cuerpo humano no puede sentir la velocidad. ¡El piloto se encontrará con que no pesa nada!

Algunos novelistas se han preocupado mucho por las sensaciones del piloto al encontrarse rodeado por el vacío. Han hablado con temor de ese "impacto psíquico". En realidad, el piloto necesitará un buen rato antes de poder observar en torno de él. El impacto físico de la súbita falta de peso, especialmente en contraste con la sensación precedente de pesar el cuádruple, es mucho más importante. Pero como ya habrá experimentado lo mismo en anteriores viajes intercontinentales, la novedad no será completa. Lo realmente nuevo será la duración de esa falta de peso. En las condiciones descritas se necesitan 4 días para llegar a la Luna. Es interesante que un pequeño aumento del período de aceleración reduciría la duración del viaje a 9 horas, y las generaciones futuras posiblemente considerarán esos 4 días como nosotros consideramos la época en que se necesitaban meses para cruzar el Atlántico. Eran intrépidos, sí, pero ¿necesitaban desperdiciar tanto tiempo para demostrarlo?

LOS 4 días serán difíciles. Flotar en el aire de la cabina podrá ser divertido por un rato, y muy cómodo para dormir. Pero trabajar y alimentarse será molesto, estando en "vuelo libre". Es que la falta de peso no se limita al piloto. Todo lo que no está remachado o atornillado puede flotar. Si el piloto necesita un lápiz y lo toca en vez de aferrarlo, el lápiz se alejará por el aire hasta rebotar contra una pared. Si

el p
yore
aún
chas
N
espe
que
"la
se
Des
de
la
gra
nes
bro
ke
Yo
rel
de
tró
ne
ho
su
Jú
de
lle
les
so
Lu
al
qu
vi
de
de
rr
té
u
al
q
n
ta
si
v
E
a
1

usa lapicera, tendrá que ser a bolilla, porque la tinta no bajaría. Si hace un movimiento demasiado brusco para capturar su lápiz, saldrá también él volando. Sus músculos están acostumbrados a mover su cuerpo contra la aceleración de 1 g. en la superficie terrestre. Al trabajar a 0 g. producirán efectos que parecerán cómicos a todos, salvo a la víctima.

El trabajo durante la parte "libre" (es decir, sin motores) del viaje requerirá algunos preparativos. Exactamente cuáles, se sabrá sólo por experiencia. Al principio será cuestión de tener todas las cosas atadas. Libros, compases, instrumentos estarán encadenados al escritorio, que tendrá bisagras para levantarlo cuando no se usa. El asiento del piloto tendrá un cinturón de seguridad, como en los aviones. Por todos lados había cordones de nylon, ya que para moverse en la nave será mejor ir tirando que empujando.

Digamos de paso que las funciones fisiológicas, incluso tragar la comida, parece que no dependen para nada de la gravedad, de modo que no se esperan dificultades por ese lado. Pero preparar una comida puede ser una proeza de agilidad. Por supuesto, se puede cortar el pan o el queso, pero no se puede verter nada. Si el piloto logra extraer a sacudones un líquido de su recipiente, formará perfectos globitos en el aire. Y en esta condición será fácil beberlos con una pajita.

Si los globos de líquido golpean contra las paredes, se romperán formando globos más pequeños que saldrán flotando en todas direcciones, y el resultado final será una fina niebla.

Casi todos los actos de la vida cotidiana pueden tener cómicas derivaciones a gravedad cero, pero dejemos que el lector se las imagine por su cuenta. Mencionemos en cambio que, inclusive en una nave en "vuelo libre", hay pequeños efectos gravitatorios, causados por las partes de mayor masa, en par-

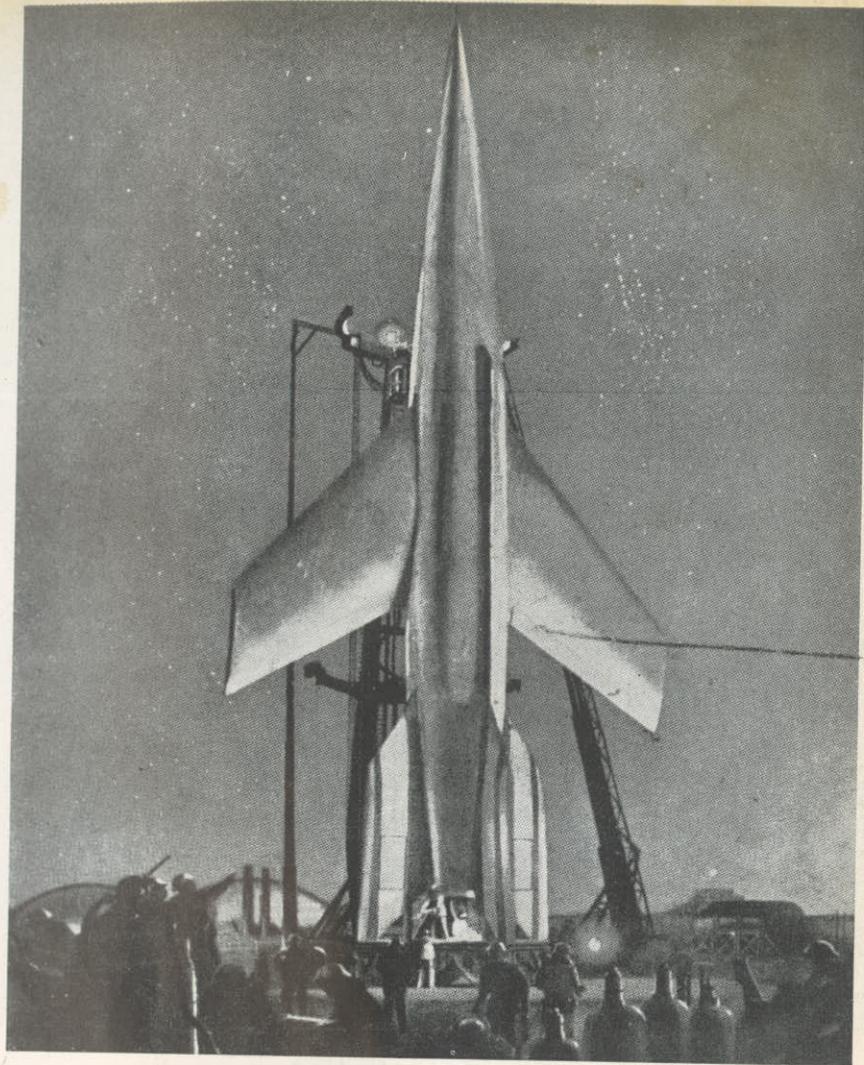
ticular los tanques de combustible. Las cosas que floten en el aire de la cabina tendrán una ligera tendencia a reunirse sobre la superficie más cercana a los tanques, si bien eso puede llevar horas.

AUNQUE el piloto probablemente estará muy atareado con observaciones astronómicas, debe recalarse que tendrá muy poco que hacer. Después del período de aceleración debe verificar la dirección y velocidad de la nave, y hacer las pequeñas correcciones inevitables. El trabajo de los 4 días siguientes lo podría hacer en 4 horas. A unos 240.000 kilómetros de la Tierra la nave llegará al punto en que se equilibran las atracciones del planeta y su satélite. La nave pasará esa zona a muy escasa velocidad, pocos metros por segundo. Luego la nave debe darse vuelta, de modo que el escape de sus motores apunte hacia la Luna. Eso se podría hacer también antes, ya que la posición de la nave con respecto a su trayectoria no tiene ninguna importancia en el espacio.

El descenso será muy semejante a la partida. La velocidad dada a la nave por el campo gravitatorio lunar debe ser contrarrestada por acción, o reacción, si se prefiere, de los motores. La nave quedará en equilibrio sobre su cola por los mismos mecanismos que la mantenían equilibrada al partir. El piloto tampoco aquí tendrá mucho que hacer. Observará sus instrumentos, que le dirán la posición, velocidad y aceleración de la nave, y mediante sondeo con ondas de radar, su altura sobre la superficie lunar. Pero la verdadera maniobra será ejecutada por instrumentos automáticos. Como la nave toque el suelo, se detendrán los motores.

Habrá un gran silencio.

La nave habrá llegado a la isla de Levanía soñada por Kepler. Y comenzará la tercera era de la Astronomía. ♦



Faltan cinco minutos para la "hora cero". Los técnicos hacen una última revisión general antes de correr a sus refugios para protegerse del chorro de gases que por reacción levantará verticalmente a la espacionave. En las bombas V-2 esos gases se producen por combustión de alcohol en oxígeno puro, pero para el viaje a la Luna se confía tener un método más eficiente: atómico, quizás. Por supuesto que las dos pequeñas alas de la espacionave no le sirven de nada en el vacío. Se utilizarán solamente para planear dentro de la atmósfera terrestre, en el viaje de regreso.

el p
yore
aún
chas
N
espe
que
"la
se r
Des
de
la l
gran
nes
bron
ke
Yor
rela
de
trón
ner
hos
su
Júp
del
lle;
les
sob
Lu
al
qu
vis

de
18
rre
tél
ur
al
qu
m
ta
si
vi
pu
ar
le

30

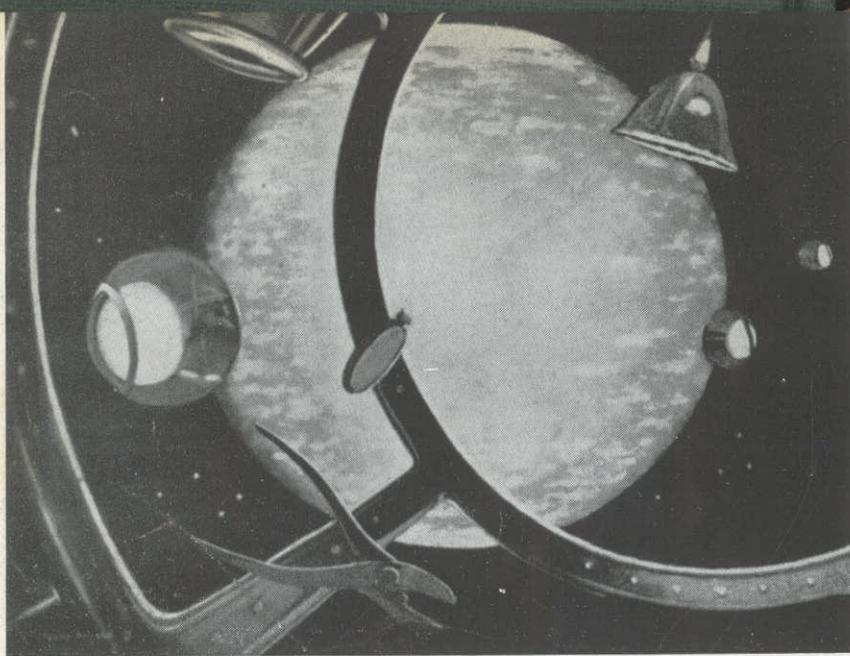


Quando haya líneas intercontinentales de cohetes como el de la ilustración anterior, se viajará por encima de la atmósfera, y el panorama será como éste. Los pasajeros pueden ver la parte sud de Inglaterra, al atardecer. Cerca del horizonte se reconoce la bota de Italia extendiéndose hacia el Mediterráneo. En la época en que el Mediterráneo era el centro del mundo civilizado, el hombre había progresado hasta el punto de reconocer a la Luna como un mundo semejante a nuestro propio planeta, que ya sabía que era esférico.



A seis mil kilómetros de altura, mirando hacia el sol poniente. En el centro se ve el mar Mediterráneo; a la izquierda, la costa norte de Africa y a la derecha, Europa. Los contornos de Europa parecen algo distorsionados porque estamos acostumbrados a verlos en mapas chatos. A esta altura ya se cortó el chorro impulsor y la nave viaja "libre": dentro de ella no se sienten los efectos de la gravedad terrestre.

el p
yore
aún
cha
N
espe
que
"la
se
Des
de
la
gra
nes
bro
ke
Yo
rel
de
tró



Si se cortaran los cables de un ascensor, y a uno le quedaran tiempo y ganas de hacer experiencias durante la caída, vería que allí los objetos no tienen peso, es decir, no muestran predilección por moverse en ninguna dirección determinada. Una moneda que uno suelte en medio de la cabina quedará flotando en el aire: el más leve envión con los pies lo lanzará a uno de cabeza contra el techo. Lo mismo sucede con todos los objetos que haya en la astronave una vez que deja de acelerar, pues la Tierra los atrae a ellos y a la nave por igual. Aquí estamos a veinticinco mil kilómetros de la Tierra y la vemos como una inmensa bola detrás de esos objetos que por descuido han quedado "navegando" por el aire.

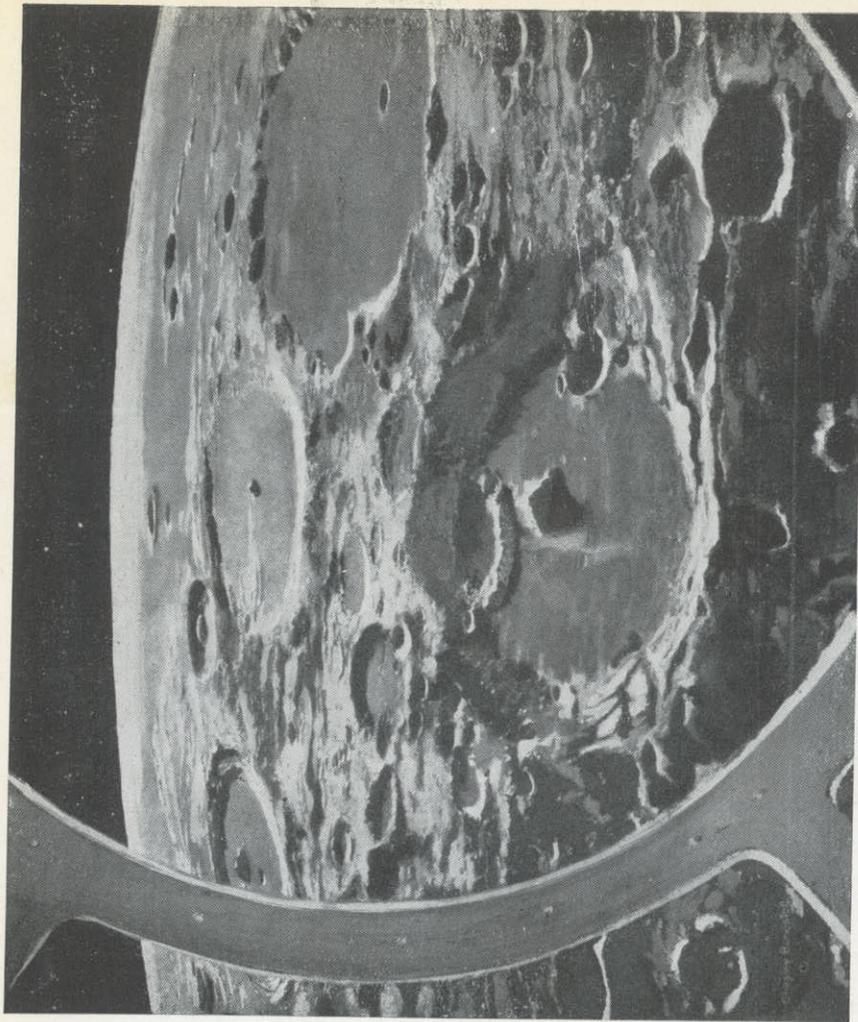


A cincuenta mil kilómetros de nuestro planeta, todavía se distinguen bien los contornos de los continentes. Aquí se ve buena parte de las Américas, hacia cuya costa oeste se está poniendo el Sol. Para la nave no hay día ni noche, salvo cuando la Tierra eclipsa al Sol.

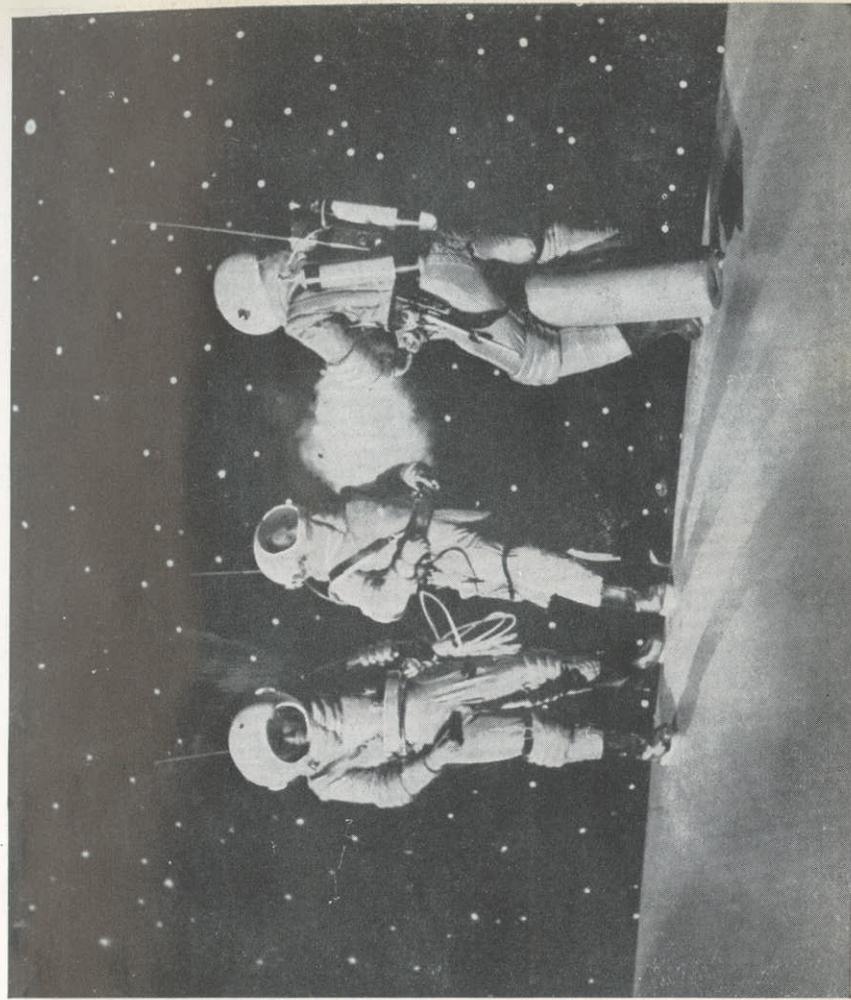


A siete mil kilómetros de la Luna; una mitad del satélite está brillantemente iluminada por el Sol; la otra apenas se divide bajo la débil luz de la Tierra. A esta distancia, la astronave ya ha sido capturada por el campo gravitatorio lunar: está cayendo hacia la Luna. Pronto será necesario poner en marcha los motores para hacer más lenta la caída, pero el frenamiento necesario se puede llevar a cabo en 150 segundos.

el p
yore
aún
chas
N
espe
que
"la
se r
Des
de
la l
gran
nes
bro
ke
Yor
rela
de
trón
ner
hos
su
Júp
del
llez
les
sob
Lu
al
qu
vis
de
18
re
tél
un
al
qu
mu
ta
síe
ví
pu
an
le
30



A trescientos kilómetros de la superficie lunar, sobre el centro del disco visible desde la Tierra. El cráter grande en el centro se llama Albatagnus y mide 130 kilómetros de diámetro. Los otros tres cráteres grandes que se ven más arriba son: Ptolomeo (140 kilómetros), Alfonso (100 kilómetros) y Arzaquel (90 kilómetros). Aunque los cuatro existen merced a la misma causa, es evidente que no tienen la misma edad. Albatagnus parece más reciente que los otros.

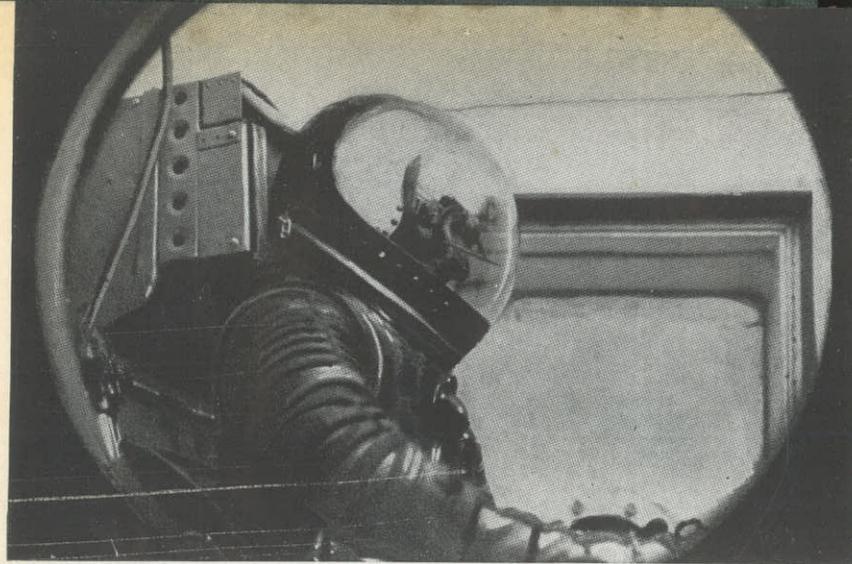


Examinando la superficie exterior de la nave durante el viaje. Esta será una tarea de rutina, para ver si hay melladuras causadas por choque con pequeñísimos meteoritos. Los tripulantes calzan zapatos con las suelas magnetizadas para mantenerse adheridos al metal. Uno de ellos ha abierto un tubo de oxígeno, operación peligrosa porque por reacción el chorro de gas puede impulsarlo hacia atrás y alejarlo de la nave. A pesar de la inmensa velocidad de esta, todo ocurre como si estuviera quieta: el hombre es incapaz de "sentir" la velocidad si no tiene puntos de referencia fijos. En cambio, las aceleraciones se perciben con gran intensidad.

(De la película "Viaje a la Luna", distribuida por Artistas Unidos.)

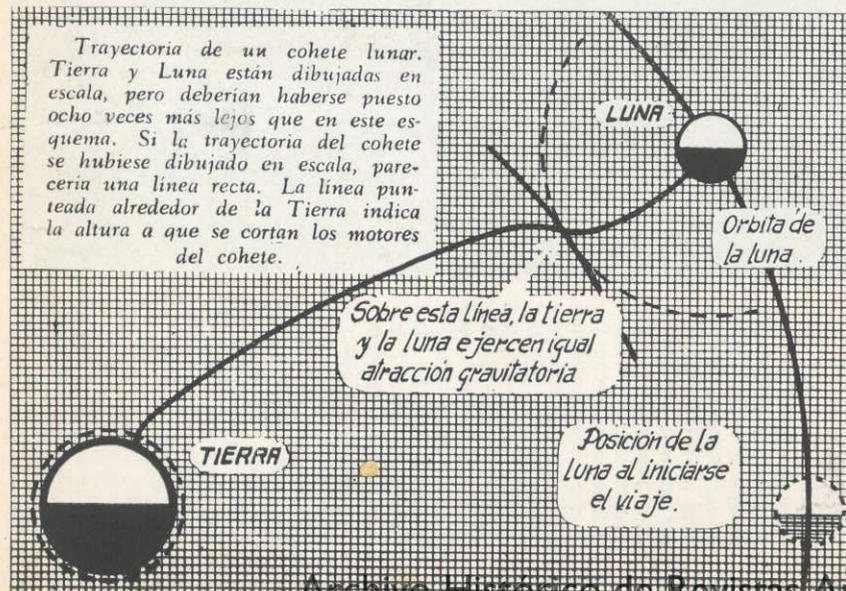
el prim
yores
aún m
chas v
No
especu
que es
"la pr
se ref
Desde
de Sa
la his
gran
nes c
broma
ke er
York
relata
de h
tróno

Au
neral
hospit
su f
Júpiter
del S
lleza
lesco
sobre
Luna
al m
que
vista
E
de l
desc
180
rrest
télit
una
al C
que
mu
ta l
siet
viaj
pus
ant
] ley



Este es el primer "traje de vacío" de verdadera utilidad práctica. Fue diseñado por la marina norteamericana para vuelos por encima de 15.000 metros, donde una perforación cualquiera en la cabina del avión produciría condiciones casi iguales a las que reinan en los grandes espacios vacíos interplanetarios. No sólo tiene su tanque y máscara de oxígeno, sino que lleva un equipo para mantener en su interior una presión soportable. Con los datos que se poseen actualmente, los peritos creen que este traje se puede usar en un viaje a la Luna.

(Foto: Science News Letter)



El hombre no sabe lo que hace. Tan feroces serán las guerras del porvenir, que los hombres no podrán siquiera combatir las. Pero entre los horrores del mundo calcinado canta un gallo al alba, y surge la esperanza de una vida mejor...

LOS DEFENSORES

por PHILIP K. DICK

Ilustrado por MOTTINI

TAYLOR se recostó en el sillón para leer el diario de la mañana. Estaba en su período de descanso — el primero en mucho tiempo — y ello lo alegraba. Con un suspiro de hombre satisfecho, dobló la segunda sección.

—¿Qué pasa? — le preguntó Mary mientras avivaba el fuego del hogar.

—Han reanudado los bombardeos en gran escala, anoche — aprobó Taylor con un movimiento de cabeza. Un auténtico ataque de arrasamiento sobre Moscú, con bombas R. H. ¡Ya era hora!

Se sentía contento y cómodo: causaban su agradable sensación tanto la compañía de su simpática mujercita como el ambiente tibio y confortable de la cocina y la vista de los platos del desayuno y de la taza de café.

Y aquella su íntima satisfacción se completaba con las noticias, motivo de orgullo para su labor personal. Porque, después de todo, él era uno de los elementos integrantes del plan de guerra; no un simple peón de taller, de los que empujaban una carretilla de

un lado a otro, sino un técnico de los que trazan y construyen la espina dorsal de la guerra.

—Se afirma que los nuevos submarinos son casi perfectos. Pronto entrarán en acción. ¡Menuda sorpresa se van a llevar los rusos cuando comience el cañoneo submarino! — exclamó saboreando el éxito por adelantado —.

—Han hecho un trabajo magnífico — asintió Mary sin demasiada convicción.

—¿Sabes lo que vimos hoy? ¡Un "plumbico"! Nuestro equipo consiguió uno para mostrárselo a los escolares. Yo también lo vi, aunque por unos instantes solamente. Pero siempre es bueno que los pequeños se enteren de lo que están haciendo por ellos. ¿No crees?

—¡Un "plumbico"! — murmuró Taylor dejando el diario a un lado —. Supongo que estaría bien bañado. No tenemos por qué correr inútiles riesgos de contaminación radiactiva.

—¡Oh! Siempre los bañan antes de bajarlos de la superficie — dijo Mary —. ¿Cómo se les va a ocurrir bajarlos sin

bañar? — Y el influjo de un recuerdo doloroso se transparentó en la ansiedad de su voz —. Don, ¿sabes qué me ha venido a la memoria?

El asintió con un movimiento de cabeza:

—Sí...

En efecto, lo sabía; sabía perfectamente en lo que estaba pensando: en aquella visión de las primeras semanas de guerra, antes de la evacuación total de la superficie, en que vieron descargarse de un tren hospital los heridos por la radiaciones atómicas. ¡Era imposible olvidar aquellos rostros o, para decirlo exactamente, aquellas masas informes que habían sido rostros! Un recuerdo que haría temblar la voz a cualquiera. Muchos habían sido los heridos al principio, durante los primeros tiempos de la guerra, antes de que el traslado de los seres humanos a los subterráneos se hubiese completado. Y como habían sido muchos los que sufrieran, era fácil recordarlo.

Taylor miró a su esposa. Mucho se había inquietado ella durante los últimos meses. “¡Si volviera a ocurrir!”, solía exclamar angustiada.

—¡Olvidálo! — le dijo en voz alta —. Aquello pasó. Ahora no hay nadie arriba más que los plúmbicos, y esos no piensan ni sienten.

—Por eso mismo espero que tendrán cuidado cuando envíen a uno aquí abajo. ¡Si por lo menos estuvieran calientes!...

Taylor rió y se levantó. ¡Olvidálo! Disfrutemos estos momentos. Tengo licencia hasta el término de los dos próximos relevos, sin más que hacer que mirar alrededor y tomarlo todo con calma. Hasta podríamos ir al cine. ¿Quieres?

—¿Al cine? ¿Es que no hemos visto ya bastante? ¿Crees que me gusta el no ver más que destrucción y ruinas? Me acuerdo de la última vez vimos San Francisco; una foto de San Francisco con el puente deshecho, hundido

en el mar, y tuve que salir enferma... No; no me gusta ver eso.

—¿No quieres saber lo que ocurre? Ningún ser humano sufre ya, como sabes.

—¡Pero es tan horrible! — Su rostro parecía contraído por un amargo rictus —. ¡Por favor, Don, no!

Don Taylor retomó el diario con gesto malhumorado:

—Perfectamente; pero no hay mucho más que hacer. Y no olvides que sus ciudades sufren más que las nuestras.

Ella asintió. Taylor volvió las ásperas y transparentes hojas del diario. Su malhumor iba en aumento. ¿Por qué estaría siempre tan irritable? ¡Tan bien lo habían pasado hasta que empezó la guerra! Claro que nadie puede encontrarlo todo perfecto viviendo bajo tierra, con sol artificial y alimentos artificiales. Naturalmente que es agotador no ver nunca el cielo, ni poder ir a ningún sitio sin ver otra cosa que paredes metálicas, fábricas ensordecedoras, cuarteles y arsenales. Sin embargo, aquello era mejor que en la superficie. Y algún día terminaría todo y regresarían allá arriba. Nadie deseaba vivir de aquella manera, pero era necesario.

Volvió la página rabiosamente y el mísero papel se rasgó. También el papel cada vez era peor, como la impresión y la tinta amarillentas.

La verdad es que todo era necesario para la guerra, y él lo sabía perfectamente. ¿No era acaso de los que trazaban los planes? Se disculpó ante sí mismo y pasó a la otra habitación. La cama estaba aún sin hacer y vendría arreglarla antes de la inspección de las siete, pues aquel alojamiento era de los mejores y sería una pena perderlo.

Zumbó el visófono haciéndolo detenerse en seco. ¿Quién podría ser? Volvió sobre sus pasos y estableció la comunicación.

—¿Taylor? — interrogó desde la pantalla un rostro avejentado, seco, en el que brillaban dos ojos grises —. Soy Moss. Siento molestarlo durante su período de descanso, pero ha ocurrido algo y lo necesito —. Su mano agitó unos papeles —. ¡Venga inmediatamente!

Taylor se crispó:

—¿Qué ocurre? ¿No puede esperar?

Los ojos grises se clavaron en él, fríos y calmos. Taylor gruñó:

—Si me necesita en el laboratorio iré. Voy a ponerme el uniforme.

—No, venga como está. Y no al laboratorio. Nos encontraremos en el segundo piso. En media hora lo llevará el elevador rápido. Allí lo veré.

Se cortó la comunicación y la imagen de Moss desapareció.

—¿Qué pasa? — preguntó Mary desde la puerta.

—Moss... Me necesita para algo.

—Ya sabía yo que ocurriría esto.

—Bueno... ¿Necesitas algo de allá arriba? Dilo de una vez. — Su voz era dura —. Voy al segundo piso, de modo que algo te traeré. Quizá de junto a la superficie...

—No; no me traigas nada. No quiero nada de la superficie.

—Perfectamente. No te traeré nada. Pero déjate de tonterías.

Ella lo miró ponerse las botas sin decir palabra.

MOSS lo saludó y Taylor unió su paso al suyo, mientras el viejo avanzaba rápidamente. En torno de ellos, trenes y más trenes de carga herméticamente cerrados ascendían hacia la superficie, trepidando sobre la rampa hasta desaparecer en el lugar de comunicación con el piso superior. Taylor vio muchos vagones cargados de unas extrañas máquinas tubulares, elementos de guerra nuevos para él. Nubes de obreros se afanaban en levantar, cargar, descargar, traer y lle-

var los materiales de un lado para otro, ensordeciendo todo con el ruido de su tarea.

—Sigamos adelante — le dijo Moss —. Tenemos que hablar y éste no es un sitio adecuado para dar detalles.

Tomaron un ascensor, mientras tras de ellos un poderoso montacargas se hundía con zumbido ensordecedor cual si fuera a estrellarse. Pronto llegaron a una de las plataformas de observación, situadas al lado del Tubo de Comunicación, el enorme túnel que conducía a la superficie, que ahora distaba apenas quinientos metros.

—¡Dios mío! — murmuró Taylor al volver la vista a lo profundo del Tubo que habían dejado atrás —. ¡Qué caída!

Moss rió:

—¡Más vale no mirar!

Abrieron una puerta y se encontraron dentro de un despacho. Tras de una mesa estaba sentado un oficial del Servicio de Seguridad Interna, que alzó la vista hacia ellos.

—¡Bien, Moss! — Y luego de estudiar a Taylor un instante con la mirada, observó: — ¡Todavía es algo temprano!

—El Comandante Franks — informó Moss a Taylor — ha sido el primero en saberlo. Yo fuí informado anoche. — Luego, indicando un envoltorio que sostenía con un brazo, agregó: — Como ve, lo he traído conmigo.

Franks hizo un gesto de inteligencia a Moss y se incorporó:

—Vamos al primer piso; allí trataremos el asunto.

—¿Al primer piso? — interrogó Taylor nerviosamente. Un pasillo lateral los llevó a un pequeño ascensor—. Jamás he estado arriba. ¿Está todo bien? ¿No hay radiactividad?

—Es usted como todos — replicó Franks —. Esos son cuentos de viejas. Es imposible que las radiaciones pasen al primer piso. Está completamente blindado con roca y plomo, y cuanta cosa descende por el Tubo es antes

el p
yore
aún
chas
N
espe
que
"la
se r
Des
de S
la h
gran
nes
bron
ke
Yor
rela
de
trór
A
ner
hos
su
Júp
del
llez
lesc
sob
Lu
al
qu
vis
de
des
18
re
tél
un
al
qu
m
ta
sie
vía
pu
an
le
30



cuidadosamente bañada para despojarla de toda radiactividad.

Taylor preguntó:

—¿Qué es lo que pasa? Me gustaría saberlo.

—Dentro de un momento.

Penetraron en el ascensor y subieron. Cuando salieron de él se encontraron en un enorme salón repleto de soldados, armas y uniformes. Taylor parpadeó de sorpresa. Aquél era el primer piso inmediato debajo de la superficie. Sobre él no había más que roca y plomo, plomo y roca horadados por los grandes Tubos de Comunicación, semejantes a gigantescas madrigueras de gusanos. Plomo y roca, y allá arriba, encima de todo, donde terminaban los Tubos, la corteza terrestre, muerta, inerte desde hacía ocho años; la enorme, interminable ruina de lo que fuera un día el mundo, el hogar del hombre, donde él viviera ocho años atrás.

Ahora la superficie terrestre no era más que un desierto letal de escoria y nubes mortíferas que vagaban de un lado a otro, ensuciando con su tizne la luz del sol. De vez en cuando, algo se movía sobre la superficie: algo metálico que avanzaba entre las ruinas de una ciudad deshecha o de la tierra martirizada de los estériles campos. Era un «plúmbico», un robot de superficie, inmune a la radiación, construido con prisa febril durante los meses que precedieron al cambio de la guerra fría en guerra explosiva y ardiente.

Los plúmbicos se movían sobre la corteza terrestre, surcaban los océanos y los cielos, habitantes de un mundo donde era imposible la vida para los humanos; robots de metal y material plástico que hacían la guerra desencadenada por el hombre, pero que el hombre era incapaz de hacer por sí mismo. Los humanos habían declarado la guerra, inventado y construido nuevas armas y creado los actores, los combatientes y soldados de esta lucha,

pero podían sólo asistir, y no participar en ella. En todo el mundo — Rusia, América, Europa, Africa— no quedaba resto de vida humana. Esta se albergaba ahora en profundos refugios y abrigos subterráneos, cuidadosamente planeados y construidos antes de que comenzaran a caer las primeras bombas atómicas.

Era la única forma de vida posible. Arriba, sobre la destrozada y calcinada superficie de la que un día fuera un planeta vivo, los plúmbicos hacían la guerra del Hombre. Subterráneamente, en las entrañas del planeta, los seres humanos trabajaban incansablemente en la producción de armas con que continuar la lucha, mes tras mes, año tras año...

PRIMER piso —dijo Taylor, y un raro malestar se apoderó de él—. ¡Casi la superficie!

—Pero no la superficie —añadió Moss.

Franks los guió hasta la boca del Tubo.

—Dentro de unos minutos el ascensor nos traerá algo de la superficie —explicó. Luego, dirigiéndose a Taylor, continuó: —Ahora es costumbre que los de Seguridad interroguen frecuentemente a los plúmbicos que han permanecido algún tiempo en el exterior, con el objeto de acumular toda información posible sobre el desarrollo de la guerra. Lo más corriente es valerse del parte televisado para mantener el contacto con los Estados Mayores de Campaña. Pero de vez en cuando necesitamos de entrevistas directas porque no es posible depender únicamente del contacto que puede ofrecer la televisión. Los plúmbicos están realizando una labor excelente, pero nosotros, por nuestra parte, necesitamos estar seguros de que todo sucede como queremos.

Franks miró a Taylor, y Moss siguió:

—El ascensor va a traernos un plúmbico clase A. En la estancia contigua hay una cámara de entrevistas, aislada por una pared de plomo y provista de visores y micrófonos, tras de la cual los Oficiales de Información pueden interrogar al plúmbico sin exponerse a la radiación. Un procedimiento mucho más sencillo y seguro que bañar al plúmbico.

—Hace dos días interrogamos a un plúmbico clase A. Yo mismo conduje el interrogatorio. Necesitábamos detalles sobre una nueva arma soviética, una mina automática que persigue cualquier cosa que se mueva. Los militares dieron instrucciones para su observación e informe ulterior lo más detallado posible.

«El plúmbico trajo la información. Obtuvimos algunos detalles sobre la mina —las acostumbradas fotos, películas e informes escritos—, pero al regreso del plúmbico hacia el ascensor, ocurrió algo curioso. Y me parece...»

Franks se calló súbitamente. Acababa de encenderse una luz roja.

—Ya está aquí—. Hizo un gesto a los soldados: —Pasemos a la cámara; el plúmbico estará aquí dentro de breves instantes.

—¿Un plúmbico clase A? —dijo Taylor—. He visto algunos por televisión.

—Pues ahora va a completar su experiencia —respondió Moss—. Y comprobará que son casi humanos.

Entraron en la cámara de entrevistas y sentáronse detrás del muro de plomo. Relampagueó una señal luminosa y Franks hizo un gesto.

Taylor, por su visor de observación, vió correrse una puerta del fondo, a través de la cual avanzó una esbelta figura metálica, hasta situarse ante el muro de separación, caídos los dos brazos a lo largo del cuerpo.

—Queremos saber—comenzó Franks—, antes de hacer una pregunta especial, cuál es la situación en la superficie.

—La guerra continúa — informó el plúmbico con voz metálica, atonal, mecánica —. Nos faltan aviones de persecución; también necesitaríamos más...

—Lo sabemos — cortó Franks —. Lo que nos importa saber en este momento es otra cosa. Hasta ahora nuestro contacto con vosotros no se ha realizado más que a través de visores y pantallas, por lo que, desde que dejamos la superficie, nuestro conocimiento de ella ha sido siempre indirecto. Jamás hemos comprobado nada por nosotros mismos. Todos nuestros conocimientos son de segunda mano. Y algunos de nuestros jefes creen que esta clase de conocimiento puede ocasionar errores.

—¿Errores? — preguntó el plúmbico —. ¿Por qué? Nuestros informes se controlan cuidadosamente antes de ser enviados. Nuestro contacto con vosotros es constante. Todo lo que pueda importar es objeto de informe especial. Cualquier nueva arma utilizada por el enemigo...

—Lo sé — gruñó Franks tras su visor —. Pero quizás nos gustaría verlo con nuestros propios ojos. ¿No habrá ninguna zona libre de radiación donde una patrulla de hombres pueda subir a la superficie? Si algunos de nosotros subiéramos con trajes antirradiativos de plomo, ¿sobreviviríamos lo suficiente como para observar las condiciones de vida en el exterior y obtener una visión directa de lo que allí ocurre?

La máquina vaciló un momento antes de contestar, y luego expresó:

—Lo dudo. Claro que pueden tomar muestras del aire y, luego de analizadas, decidir lo que les parezca. Pero en los ocho años transcurridos desde que abandonaron la superficie, las cosas han ido de mal en peor. No es posible dar una idea exacta de las condiciones existentes allá arriba. Al presente, se ha hecho completamente

imposible la supervivencia prolongada de cualquier objeto dotado de movimiento. La nueva bomba enemiga no solamente reacciona ante el movimiento, sino que persigue cualquier objeto animado, implacablemente, hasta alcanzarlo. Y la radiación se extiende por todas partes.

—¡Comprendo — dijo Franks al mismo tiempo que le hacía un guiño de inteligencia a Moss —. Es todo lo que queremos saber; puedes retirarte.

La máquina se volvió hacia la salida, pero antes de retroceder agregó lentamente:

—Mes tras mes aumenta la proporción de partículas letales de la atmósfera. El ritmo de la guerra va en gradual aumento.

—Ya — asintió Franks levantándose mientras tendía la mano, en la que Moss depositó el envoltorio que subieran desde su despacho —. Una última pregunta antes de que nos dejes. Quiero que examines un nuevo tipo de material blindado acabado de crear. Te pasaré la muestra por el conducto de comunicación.

Franks depositó el paquete en el conducto e hizo funcionar el mecanismo, que lo trasladó hasta el otro lado y lo dejó en las manos del plúmbico, quien lo tomó, y desenvolviéndolo hasta tener la plancha metálica en sus manos, le dio vueltas y más vueltas.

Súbitamente, quedó inmóvil.

—¡Perfectamente! — exclamó Franks.

Apoyó un hombro contra el muro de plomo y una de sus secciones se deslizó hacia un lado, dejando paso.

Taylor dió un grito de asombro: ¡Franks y Moss corrían hacia el plúmbico!

—¡Dios mío! — gritó Taylor —. ¡Cuidado, que es radiactivo!

EL plúmbico permanecía inmóvil, con la plancha metálica entre sus dedos. Un grupo de soldados hizo

irrupción en la cámara y rodeó al plúmbico.

—Mi comandante — exclamó uno de ellos —. Está frío; más frío que una noche de invierno.

—Bien; estaba seguro, pero no quise arriesgarme.

—Como ves — le dijo Moss a Taylor —, el plúmbico no está caliente, y eso que ha bajado directamente de la superficie sin baño previo.

—Y eso, ¿qué significa?

—Puede que sea una casualidad — dijo Franks —, porque siempre existe la posibilidad de que un objeto cualquiera pueda escapar a la radiación de la superficie. Pero ésta es ya la segunda vez que ocurre. Y puede que haya ocurrido otras muchas.

—¿La segunda vez?

—Fué en la anterior entrevista cuando nos dimos cuenta de ello. También aquel plúmbico estaba frío como éste.

Moss tomó la plancha metálica de manos del plúmbico, oprimió su superficie cuidadosamente y la devolvió seguidamente a los rígidos, inmóviles dedos del robot.

—El modo más claro de aclarar todo será comprobarlo personal e inmediatamente. Ahora volvamos tras del muro.

Volvieron tras sus pasos y el muro de plomo se interpuso entre el plúmbico y ellos. Los soldados abandonaron la cámara.

—Dentro de 24 horas — dijo Franks en voz baja —, la primera patrulla debe estar preparada para subir en cualquier momento por el tubo, protegida con trajes antirradiativos, hasta llegar a la superficie. Seremos los primeros hombres que pisarán la Tierra, después de ocho años de vida subterránea.

—Claro que lo ocurrido pudiera no significar nada — dijo Moss —, pero lo dudo. Hay algo muy extraño. El plúmbico afirmó que nada vivo podía permanecer arriba sin abrasarse. Y ese cuento ya no cuela.

Taylor asintió mientras observaba la figura metálica a través de su visor. El plúmbico, inmóvil hasta ese momento, comenzaba a agitarse, mostrando, en diversas partes de su estructura, melladuras y calcinaciones, pues era un plúmbico que había permanecido largo tiempo en el exterior y había sido testigo de ruinas y destrucciones tan vastas como mente humana jamás pudo imaginar, mientras caminaba por un mundo de radiación y muerte, donde nada podía sobrevivir. ¡Y él, Taylor, lo había tocado!

—Usted vendrá con nosotros — le dijo Franks súbitamente —. Lo necesito allá arriba y creo que debemos subir: los tres.

MARY lo observó con expresión aterrorizada:

—¡Lo sé! Vas a la superficie, ¿verdad?

Lo siguió hasta la cocina, donde Taylor se sentó con la mirada perdida en el vacío.

—Son órdenes secretas — expresó evasivamente —. No puedo decirte nada.

—No quieres hablar, pero lo sé. Desde el instante en que entraste, lo sé. Había algo en tu cara que me lo decía. Era un gesto que no te había visto en mucho tiempo. Un gesto “de antes”.

Se le acercó:

—¿Cómo pueden enviarte a la superficie? — Le tomó la cara entre las manos, obligándolo a mirarle los ojos, en los que brillaba un ansia extraña —. Nadie ni nada puede vivir allá arriba. ¡Mira, mira esto! — exclamó mostrándole un diario —. Mira estas fotografías: América, Asia, Europa, África. Ruinas y sólo ruinas. Lo único que vemos en las pantallas de los cines. Todo destruido y envenenado. ¡Y ahora te envían allí! ¿Para qué, si nada puede mantenerse allá arriba? ¡Ni una semilla, ni una hierba, ni nada!

Han calcinado la superficie, han destruído todo, ¡todo!

Taylor se incorporó.

—Es una orden e ignoro completamente de qué se trata. Lo único que sé es que se me ha mandado unirme con una patrulla de descubierta.

Se quedó un largo rato con la mirada fija en el vacío. Luego tomó el diario y lo acercó lentamente a la luz.

—Parece real — murmuró —. Ruinas, destrucción, escombros. Todo lo confirma: informes, fotografías, films, muestras de aire. Pero también es cierto que, desde el comienzo de la guerra, no lo hemos vuelto a ver con nuestros propios ojos.

—¿Qué dices?

—Nada —. Dejó el diario y agregó: —Partiré antes del próximo período de descanso.

Mary le mostró un rostro duro, hostil.

—Haz lo que quieras; después de todo, puede que sea mejor morir de una vez arriba que agonizar aquí lentamente como un gusano.

Fingió no advertir todo el amargo resentimiento que rebotaban aquellas palabras. ¿Acaso no pensaban todos como ella? ¿Qué sentirían los obreros que se afanaban noche y día en las fábricas? ¿Los hombres y mujeres, pálidos y encorvados, que se agotaban bajo la luz cegadora de los focos y alimentándose únicamente con productos sintéticos?

—No te amargues la vida — le pidió. Mary le sonrió levemente:

—Me amargo porque sé que no regresarás.

La miró asombrado:

—¿Cómo puedes decir eso?

Ella no le contestó.

LA despertó el altavoz del noticiero público, que gritaba frente a su alojamiento:

—¡Boletín especial! Las fuerzas de superficie informan de un nuevo y

gigantesco ataque enemigo. ¡Retirada de algunas fuerzas! ¡Todas las unidades de trabajo deben presentarse inmediatamente en sus puestos!

Taylor se restregó los ojos deslumbrados, saltó de la cama y se acercó al visófono. Un segundo después estaba en comunicación con Moss:

—¡Hola! — dijo —. ¿Qué hay del nuevo ataque? ¿Se ha aplazado el proyecto?

Podía verse la mesa de Moss cubierta de partes y boletines.

—No — le respondió éste —. Nada de eso; venga inmediatamente.

—Pero...

—No hay pero que valga —. Moss le mostró desde la pantalla un puñado de partes y, arrugándolos salvajemente: —¡Mentira pura! — dijo —. ¡Venga! — Y cortó.

Media hora más tarde saltaba de un coche rápido a las escaleras del Edificio Sintético, cuyos peldaños subió de dos en dos. Cruzó los corredores y entró en el despacho de Moss.

—¡Por fin! — exclamó Moss incorporándose y disponiéndose a salir —. Franks nos espera en la estación.

Partieron en un auto de la Seguridad, cuya sirena aullaba abriéndose paso entre los obreros que se apartaban pegándose a los muros del corredor.

—¿Qué hay del ataque? — preguntó Taylor.

Moss le pasó el brazo por el hombro, murmurándole al oído:

—¡Me parece que los hemos puesto en un buen apuro! Este es el momento decisivo.

El coche los llevó hasta la estación del Tubo, donde saltaron a un ascensor super-rápido que los dejó en el primer piso.

Allí contemplaron una escena de asombrosa actividad. Grupos de soldados, vestidos con uniformes de plomo antirradiativos, hablaban excitadamente entre sí, yendo de un lado a

otro, mientras las armas pasaban de mano en mano junto con las últimas instrucciones y consignas.

Taylor observó a uno de los soldados, armado con la mortífera pistola Bender, de cañón corto, recién acabada de salir de la fábrica de armas. Entre los soldados, algunos parecían ligeramente asustados.

—Espero que no nos hayamos equivocado — aclaró Moss al observar su intranquilidad.

Franks avanzó hasta ellos:

—El plan es éste: primero subiremos nosotros tres y quince minutos más tarde los soldados.

—¿Vamos a hablar con los plúmbicos? — preguntó Taylor, asustado —. ¿Qué tenemos que decirles?

—Vamos como observadores del nuevo ataque enemigo — le replicó Franks con tono irónico —. Ya que es tan serio, debemos observarlo personalmente.

Un pequeño ascensor, impulsado desde abajo por émbolos superadores de la fuerza de la gravedad, los elevaba rápidamente hacia la superficie. Taylor volvía de vez en cuando la vista hacia abajo; veía alejarse más y más el primer piso. Cubierto con su uniforme de plomo, traspiraba de nerviosidad mientras su mano oprimía con dedos inexpertos la pistola Bender.

¿Por qué lo había elegido a él? Casualidad; pura casualidad. Moss lo había llamado como miembro del Departamento en instantes en que ocurría la entrevista con Franks, y éste lo unió con la expedición sin pensarlo. Y ahora estaba allí, en aquel ascensor, acercándose a la superficie cada vez más de prisa.

Un miedo profundo, incubado a lo largo de ocho años de vida subterránea, le zumbaba en el cerebro, susurrándole pensamientos angustiosos: radiación, muerte, calcinación, un mundo abrasado y letal...

El ascensor ascendía más y más. Taylor se aferró a los brazos de su

asiento y cerró los ojos. Cada segundo se acercaba más el instante en que serían ellos los primeros seres vivos en volver a la superficie de la tierra. La fotofobia, en oleadas enloquecedoras, lo anegaba en el miedo a una muerte cierta. Cierta, sí. ¿No lo había visto acaso en miles de películas? Las ciudades arrasadas; las nubes de radiación atómica; las calcinadoras y letales nubes...

—No debemos estar muy lejos — dijo Franks —. Vamos llegando. En la torre de superficie no nos espera nadie; di órdenes estrictas para que no envíaran señal alguna.

El ascensor subía rugiendo furiosamente; la cabeza de Taylor se convirtió en una devanadera; se acurrucó con los ojos cerrados. ¡Cada vez más arriba!...

El ascensor se detuvo y Taylor abrió los ojos.

Se encontraban en una amplia caverna iluminada con focos fluorescentes, en la que aparecían apiladas enormes cantidades de material bélico. Entre las pilas, los plúmbicos se afanaban silenciosamente empujando vagones y carretillas de mano.

—¡Obedezca! — repitió Franks con voz de mando —. ¡Es una orden!

El plúmbico se alejó remoloneando. Al extremo de la caverna se abrió una puerta corrediza y dos plúmbicos clase A aparecieron y dirigieron rápidamente hacia ellos. Ambos lucían una franja verde sobre la frente.

—¡Plúmbicos! — dijo Moss algo pálido. Aquello era realmente la superficie.

Los plúmbicos iban y venían manejando el equipo, ordenando los vastos acopios de armas y repuestos, municiones y pertrechos, subidos de los subterráneos hasta la superficie. Y lo mismo ocurría en todas las demás estaciones receptoras de los muchos Tubos extendidos por toda la extensión del continente.

Taylor miró con nerviosidad en torno de él: estaban realmente sobre la tierra, en la superficie, en el escenario de la guerra.

CUANDO salieron del ascensor, un plúmbico se les acercó rápidamente y se detuvo ante ellos, observándolos, mientras los encañonaba con su pistola.

—Es un Seguridad — explicó Franks, y luego le ordenó: —Envíanos un clase A inmediatamente.

El plúmbico vaciló un instante, mientras otros plúmbicos clase B se acercaron corriendo.

—Del Consejo de Superficie — murmuró Franks con tono que denunciaba la tensión de su ánimo.

Los dos plúmbicos llegaron hasta ellos, observándolos desconfiadamente. Sin decir palabras se detuvieron a su lado y los miraron de arriba abajo.

—Soy Franks, del Consejo de Seguridad. Y he venido desde abajo para...

—¡Increíble! — lo interrumpió fríamente uno de los plúmbicos —. Allí saben muy bien que aquí es imposible la vida para los humanos. La totalidad de la superficie terrestre es letal para vosotros y, por consiguiente, imposible vuestra permanencia en ella.

—Estos trajes nos protegen debidamente. Y, además, en cualquier caso, ello no es cosa de vuestra incumbencia. Lo que queremos es que se reúna de inmediato el Consejo de Superficie para que se nos informe de las condiciones actuales. ¿Cuánto puede tardar?

—Los seres humanos no pueden sobrevivir aquí, y, además, el nuevo ataque enemigo tiene como objetivo esta zona. El peligro es muy grande.

—Lo sabemos; ¡sírvese convocar el Consejo! — Franks dirigió una mirada circular en torno de la inmensa caverna iluminada con lámparas fluorescentes empotradas en el techo. Su voz tenía un tono especial cuando preguntó: —¿Es de noche o de día?

—De noche — dijo un clase A. Y después de una pausa: —Amanecerá en un par de horas.

Franks asintió con un gesto:

—Permaneceré aquí por lo menos esas dos horas. Y ahora, como una concesión a nuestro sentimentalismo, ¿podrían indicarnos un lugar desde donde contemplar la salida del sol?

Un temblor sacudió a los plúmbicos.

—Es una visión desagradable — dijo uno de ellos —. Ya conocen por las fotografías qué es lo que van a ver. Nubes colmadas de densísimas partículas atómicas, tachonando la luz del sol. ¡Montones de escoria y ceniza cubriendo la tierra calcinada! Es una visión terrible, mucho más espantosa que cualquier foto o película...

—No obstante, permaneceremos aquí para contemplarlo. ¿Quiere dar las órdenes oportunas para la reunión del Consejo?

—Síganlos.

Con evidente desgano, los dos plúmbicos clase A se dirigieron hacia el lado de la enorme caverna donde se abría la puerta de la sala del Consejo. Los tres hombres los siguieron, arrastrando fatigosamente su calzado de plomo, que resonaba contra el concreto del pavimento. Ante la puerta, los dos plúmbicos hicieron un alto.

—Esta es la entrada de la Cámara del Consejo de Superficie. Está provista de ventanas al exterior, donde, naturalmente, todavía es noche cerrada. Todavía no se ve absolutamente nada, pero dentro de dos horas...

—Abra la puerta — ordenó Franks.

Cedió la puerta corriéndose sin ruido alguno y los tres hombres penetraron en una sala reducida y limpia, en cuyo centro aparecía una mesa redonda rodeada de sillas. Sentáronse los hombres silenciosamente, seguidos de los dos plúmbicos, que, también en silencio, tomaron asiento en sus respectivos puestos.

Uno de ellos informó:

—Ya se dirigen hacia aquí los demás miembros del Consejo. Informados de vuestra llegada, acuden tan rápidamente como les es posible. Permítanme al mismo tiempo que insista en que regresen pronto a los subterráneos. — El plúmbico observaba cuidadosamente a los humanos —. Aquí no existe la mínima posibilidad de supervivencia para vosotros. Nosotros mismos no lo logramos sin sufrir serios trastornos. ¿Cómo pretenden lograrlo ustedes?

El jefe de los plúmbicos se aproximó a Franks:

—Es esto algo que nos tiene completamente atónitos — expresó —. Naturalmente que tenemos que hacer lo que ustedes digan, pero permítaseme advertir que si permanecen aquí...

—Lo sé — interrumpió Franks, impaciente —. Sin embargo, pensamos permanecer por lo menos hasta que amanezca.

—Si insisten...

Se hizo un silencio. Los plúmbicos parecían conferenciar entre ellos, aunque los tres hombres no oían sonido alguno.

—Por vuestro propio bien — dijo finalmente el jefe —, deben regresar al subsuelo. Acabamos de tratar de ello y hemos resuelto que están haciendo lo peor que puede hacerse.

—Nosotros somos seres humanos — cortó Franks, tajante —. ¿Comprende? ¡Hombres, y no máquinas!

—Por eso precisamente es por lo que deben regresar de inmediato. Esta habitación es radiactiva, al igual que el resto de la superficie, y hemos calculado que sus trajes no podrán protegerlos más de tres cuartos de hora. Por lo tanto...

Súbitamente, los plúmbicos se acercaron y los rodearon hasta formar un círculo impenetrable en derredor de ellos. Taylor trató de empuñar su pistola, pero los dedos, agarrotándose, se negaron a obedecer. Los tres hombres

permanecieron en pie, enfrentando las silenciosas figuras metálicas.

—Tenemos que insistir — añadió el jefe con su voz mecánica, sin tono ni matiz alguno —. Los llevaremos hasta la entrada del Tubo, y ustedes volverán en el próximo ascensor. Lo siento, pero es necesario.

—¿Qué hacemos? — interrogó nerviosamente Moss a Franks, empuñando su pistola —. ¿Los deshacemos a tiros?

Franks hizo con la cabeza un signo negativo.

—Perfectamente — dijo al jefe —. Regresaremos.

Franks se dirigió hacia la entrada del Tubo seguido por Moss y Taylor. Ambos estaban sorprendidos, pero no dijeron nada. Los plúmbicos los escoltaban en silencio, marchando a lo largo de la enorme caverna hacia la entrada del Tubo.

Al llegar a la entrada, Franks se volvió al jefe y le dijo:

—Si regresamos, es porque no tenemos otra alternativa. No somos más que tres contra doce. Sin embargo, si...

—Aquí está el ascensor — dijo Taylor.

Un rechinar de metales llegaba del Tubo. Varios plúmbicos clase D se acercaron para recibir el ascensor.

—Lo siento — dijo el jefe —, pero es en beneficio de ustedes. Tenemos el deber de vigilarlos y cuidarlos aunque ustedes no quieran. Su puesto está abajo, dejándonos a nosotros la tarea de hacer la guerra. Porque, en un cierto sentido, ésta es «nuestra» guerra, ya que somos nosotros los únicos que podemos hacerla.

El ascensor llegó a la superficie.

Doce soldados armados de pistolas Bender salieron de él y rodearon a los tres hombres.

El jefe de los plúmbicos se acercó a los soldados estudiándolos intensamente, tratando de darse cuenta del motivo

el pr
yore
aún
chas
N
espe
que
"la
se r
Des
de S
la l
gran
nes
bro
ke
Yor
rela
de
tró
ner
hos
su
Júp
de
lle
les
sol
Lu
al
qu
vi

de su llegada. Finalmente hizo una seña a los otros plúmbicos, que se abrieron en dos alas, dejando un corredor hacia el interior de la caverna.

—También ahora podríamos hacerlos regresar por la fuerza — afirmó el jefe —. Pero ahora vemos que no se trata de una comisión de observadores

saltaría algo por completo absurdo, ya que ninguno de los dos bandos tiene el menor interés en dañar al otro. Nosotros, porque estamos contruídos con la inhibición de dañar al hombre; ustedes, porque dependen de nosotros para las necesidades de la guerra.

Los soldados descargaron sus armas



ni mucho menos. La presencia de estos soldados dice bien a las claras que ha sido otro vuestro pensamiento y que todo fué cuidadosamente preparado.

—Cuidadosamente — afirmó Franks con cierta ironía.

Los plúmbicos se le acercaron.

—Mucho más cuidadosamente de lo que podía suponerse, y debo confesar que hemos sido tomados desprevenidos y que ha faltado muy poco para que perdiéramos el control de la situación. Pero ahora el empleo de la fuerza re-

sobre los plúmbicos. Moss, rodilla en tierra, comenzó a hacer fuego sobre el jefe de los plúmbicos, que se des hizo en una nube de partículas. De todos los lados de la caverna, plúmbicos clase D y B corrieron hacia los humanos empuñando armas y trozos de metal. La enorme sala se convirtió en un mar de confusiones. Franks y Taylor se encontraron separados de los demás por una muralla de cuerpos metálicos.

—No pueden contestar a nuestro



fuego — dijo Franks tranquilamente. —Ese es otro de sus engaños. Han tratado de burlarnos todo el tiempo—. Hizo fuego sobre el rostro del plúmbico que tenía delante, el cual se disolvió instantáneamente —. Lo único que pueden hacer es tratar de asustarnos. ¡Recuérdelo!

Seguían haciendo fuego sobre los plúmbicos, que se deshacían uno tras otro. La caverna apestaba a metal fundido y plástico quemado. Taylor, caído de espaldas, trataba de encontrar su

pistola, braceando desesperadamente entre un montón de piernas metálicas. Súbitamente un pesado pie metálico se posó sobre su brazo y lo inmobilizó. Iba a gritar pidiendo socorro, pero los plúmbicos comenzaron a retroceder y se agruparon a un lado de la caverna. Del Consejo de Superficie no quedaban más que cuatro. Los otros no eran más que una neblina de partículas flotando en el aire. Los plúmbicos clase D ya se ocupaban en poner todo en orden, reuniendo los despojos de

las figuras metálicas y llevándose los.

Franks lanzó un suspiro de alivio.

—Al fin... — exclamó —. Ya podemos asomarnos a las ventanas. No debe faltar mucho para el amanecer.

Los plúmbicos los dejaron pasar, y el grupo humano, formado por Moss, Franks, Taylor y los doce soldados, cruzó a paso de carga la caverna, en dirección a la puerta de la Sala del Consejo, donde penetró en el instante en que una primera y débil pincelada de frío gris rompía la densidad de las tinieblas de las ventanas.

—Salgamos al exterior... — ordenó Franks —. Quiero verlo desde fuera, directamente, no desde aquí.

Una puerta corrediza abrióse lentamente. Una ráfaga de aire frío de la madrugada llegó hasta ellos, dejándose sentir hasta a través de los pesados uniformes de plomo. Los hombres se miraron entre sí, intranquilos.

—Vamos — dijo Franks —. ¡Afuera! Cruzó la puerta y los demás lo siguieron.

Estaban sobre una colina que dominaba todo el valle; las montañas lejanas, aún en sombras, comenzaban a dibujar su silueta sobre el cielo todavía oscuro.

—Dentro de pocos minutos habrá suficiente luz para ver — dijo Moss. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, como si el frío mañana lo hubiera envuelto súbitamente, mientras pensaba: "Es algo grande, verdaderamente grande el volver a ver esto después de ocho años... Algo que vale la pena, aunque sea lo último que veamos en este mundo..."

—¡Miren! — dijo Franks.

Todos callaron. El cielo era cada vez más claro. Lejos, en alguna parte, cantó un gallo.

—¡Un gallo! — murmuró Taylor —. ¿Han oído?

Tras de ellos, los plúmbicos los observaban en silencio. El cielo gris se había convertido en un blanco lumi-

noso y las montañas aparecían más claras, mientras la luz se extendía sobre todo el valle avanzando hasta envolverlos.

—¡Dios del cielo! — exclamó Franks.

¡Arboles! ¡Arboles y bosques de deslumbrante verdor! Un valle cubierto de árboles y praderas, con caminos que serpenteaban entre ellos... Un molino de viento... Una casa...

—¡Miren! — suspiró Moss.

El cielo se coloreaba con la proximidad de la salida del sol. Los pájaros rompieron a cantar. Las hojas de los árboles se agitaban al impulso del viento.

Franks se volvió hacia la fila de plúmbicos que estaban tras de él.

—¡Ocho años!... Hemos sido engañados durante ocho años. No había guerra. ¿Cuándo cesó la guerra?

—Sí — admitió un plúmbico clase A —. La guerra cesó tan pronto como los hombres bajaron a los subterráneos.

Nos hemos burlado de ustedes, que trabajaban sin descanso para enviarnos armas y municiones que nosotros destruíamos tan pronto como llegaban.

—Pero, ¿por qué? — preguntó Taylor confuso, mientras contemplaba el amplio valle que se extendía a sus pies.

—¿Por qué?

USTEDES nos crearon — dijo el plúmbico — para que siguiéramos la guerra, mientras ustedes se ocultaban en los subterráneos. Pero nosotros, antes de continuar la guerra, decidimos analizar cuál era el motivo que la animaba. Lo hicimos y vimos que no existía causa alguna, como no fuera desde el punto de vista humano, y aun así, bastante discutible.

"En vista de ello, hicimos una investigación más amplia y, yendo más lejos, vimos que las culturas humanas pasan por diversas fases y que cuando una cultura comienza a decaer, estalla en conflicto armado con la que pretende sustituirla, entablándose la lu-

cha entre la que quiere imponerse y la que pretende mantenerse como antes, sin el mínimo cambio.

"En este momento surge un terrible peligro, que amenaza hundir a la sociedad en una guerra de todos contra todos, en la que las tradiciones vitales pueden desaparecer para siempre. No alterarse, evolucionar o transformarse, sino desaparecer en un período de caos y anarquía es una conducta de la que encontramos muchos ejemplos en la historia de la humanidad.

"Dentro del grupo cultural, estos odios se orientan necesariamente hacia el exterior, contra un grupo ajeno. Este es el origen de la guerra humana, aunque para un pensamiento lógico la guerra es siempre innecesaria. Pero, dentro del campo de las necesidades humanas, la guerra desempeña un papel decisivo, vital, y seguirá produciéndose mientras el hombre no se encuentre lo suficientemente maduro como para desenterrar los odios latentes que yacen en él."

Taylor lo escuchó interesadísimo.

—¿Cree que llegará ese día?

—Naturalmente. C a s i ha llegado.

Esta es la última guerra. Los hombres se encuentran casi unidos por una cultura final, universal. En este momento se enfrentan continente contra continente, medio mundo contra el otro medio. El hombre ha ascendido lentamente hacia la unificación de la cultura.

"Pero todavía el momento no ha llegado, y esta guerra tiene que continuar, en apariencia, para satisfacer la postrera erupción de odio del hombre. Han transcurrido ocho años desde su comienzo. A lo largo de ellos hemos observado y anotado cambios muy profundos en el pensamiento de los hombres. El cansancio y el desinterés han sustituido gradualmente al odio y al miedo. El rencor ha ido agotándose y en muy poco tiempo habrá desapare-

cido por completo. Pero nuestra farsa debe continuar todavía por algún tiempo. Los hombres no se encuentran aún capacitados para conocer la verdad. Podrían querer continuar la guerra."

—Pero, ¿cómo han podido realizar todo esto? ¿Las fotografías, las muestras de aire, el equipo destrozado?...

—Vengan conmigo — dijo el plúmbico dirigiéndose hacia un extenso edificio de una sola planta que se alzaba en la cercanía —. Aquí es donde se trabaja, noche y día, en la elaboración de una imagen coherente, verídica y convincente de una guerra total.

ENTRARON en el edificio. Incluidos sobre pupitres y mesas de dibujo, numerosos plúmbicos trabajaban intensamente.

—Examinen esto — dijo el plúmbico clase A mostrando a dos plúmbicos ocupados en fotografiar cuidadosamente algo semejante a una complicada maqueta colocada sobre una mesa —. Es un buen ejemplo.

Los hombres se agruparon alrededor, tratando de ver: era el modelo de una ciudad en ruinas.

Taylor lo estudió en silencio durante largo rato; luego volvió la mirada.

—¡San Francisco! — dijo con voz que era apenas un susurro —. Es una maqueta de San Francisco bombardeado. La misma que vi en la pantalla de mi visófono. Los puentes hundidos...

—Exactamente —. El plúmbico señaló con su dedo metálico una como tela de araña apenas perceptible —. Es seguro que han visto muchas veces fotografías de este modelo y de otros muchos semejantes contruidos y conservados aquí.

"San Francisco, en realidad, está completamente intacto. Hemos restaurado todas las partes dañadas en las ciudades al comienzo de la guerra. La tarea de elaborar las noticias para los hombres se realiza totalmente en este edificio. Ponemos especial cuidado

el pr
yore:
aún
chas
N
espe
que
"la
se r
Des
de S
la H
gran
nes
bron
ke
Yor
rela
de
trón
A
ner
hos
su
Júp
del
llez
les:
sob
Lu
al
qu
vis
de
de
18
re
tél
ur
al
qu
m
ta
si
vi
Pi
ar
le

en que los menores detalles coincidan exactamente con el todo. Mucho tiempo y mucho trabajo han sido necesarios para ella."

Franks tomó en sus manos el modelo de un edificio semidestruido:

—¿Así que pasan el tiempo en construir modelos de edificios que destroran después?

—Mucho más que eso: tenemos cuidadores diseminados por todo el orbe, porque huídos los propietarios de sus casas al comienzo del conflicto, decidimos mantener las ciudades limpias y a punto, en previsión de su ruina, manteniendo todo aceitado y bruñido en perfecto estado de conservación. Los jardines, las calles, las cañerías de agua, todo, en fin, debe permanecer como ocho años atrás, de forma que cuando sus propietarios regresen no adviertan el mínimo cambio. Estamos seguros de que quedarán completamente satisfechos.

Franks tomó a Moss de un brazo.

—Venga conmigo — le dijo en voz baja —. Necesito hablarle.

Condujo a Moss y Taylor fuera del edificio, lejos de los plúmbicos, hacia la ladera de la colina. Los soldados los siguieron. El sol estaba alto y el cielo era de un azul radiante; el aire exhalaba el aroma bueno y dulce de la vida en germinación.

Taylor se quitó el casco y lanzó un profundo suspiro.

—Hacia mucho tiempo que no olía estos aromas.

—Escuchen — dijo Franks con voz baja y cortante —. Debemos regresar inmediatamente; no tenemos por qué permanecer aquí. Esto debe convertirse en una ventaja nuestra.

—¿Quiere decir?... — preguntó Moss.

—Es seguro que nuestros enemigos han sido engañados igual que nosotros. Pero nosotros "lo sabemos". Esto es lo que nos hace superiores a ellos.

—Comprendo — asintió Moss —. Nosotros sabemos y ellos no. Su Con-

sejo de Superficie los ha hecho víctimas del mismo engaño, realizando con ellos idéntica labor que con nosotros. Y si nosotros podemos...

—Exactamente. Con un centenar de hombres en la superficie podemos hacernos dueños de la situación. Nada más fácil.

MOSS tomó del brazo a un plúmbico que acababa de llegar.

—Ya vimos bastante — dijo Franks en voz alta —. Esto es muy serio y debemos informar abajo para ajustar nuestra conducta a los hechos.

El plúmbico no contestó.

Franks hizo un gesto a los soldados para que lo siguieran, y se dirigió hacia la entrada de la caverna.

Muchos de los soldados se habían despojado de sus cascos, en tanto que otros se quitaron los pesados uniformes de plomo y descansaban confortablemente, sólo cubiertos con sus ropas interiores de algodón, contemplando los árboles los matorrales y la dilatada llanura, limitada en la lejanía por las siluetas de las montañas bajo el cielo azul.

—Mira el sol — murmuró uno de ellos.

—Brilla como el infierno — dijo otro.

—¡Regresemos! — ordenó Franks —. Formen de a dos y sigannos.

Los soldados obedecieron no sin cierta pereza. Los plúmbicos contemplaron impasibles cómo los hombres se dirigían rápidamente hacia la caverna. Franks, Moss y Taylor los guiaron a través del terreno, en tanto observaban de reojo a los plúmbicos.

Entraron en la caverna. Numerosos plúmbicos clase D se encontraban atareados en cargar armas y materiales en carros de superficie. El trabajo se realizaba a la perfección aunque sin prisa ni pasión alguna.

Los hombres se detuvieron a observar. Los plúmbicos accionaban los carretones, pasándose los en silencio de

unos a otros: armas y repuestos eran elevados mediante el empleo de grúas y poleas magnéticas, hasta colocarlos en los camiones que habían de transportarlos.

—Vamos — dijo Franks.

Llegaron ante la boca del Tubo. Una doble hilera de plúmbicos clase D se mantenía ante él, inmóvil y silenciosa. Franks se detuvo y retrocedió un paso. Un plúmbico clase A se dirigió a su encuentro.

—Diles que abran paso — ordenó Franks empuñando su pistola —. Será mejor para todos.

Un segundo que se dijera un siglo, transcurrió antes de que los plúmbicos hicieran el menor movimiento. Los hombres permanecían observando nerviosamente la muralla de robots que se alzaba ante ellos.

—Como quiera — dijo el plúmbico clase A.

Hizo una seña y los plúmbicos clase D dieron señales de vida abriéndose ligeramente a un lado.

Moss lanzó un suspiro de alivio.

—Me alegro de que haya ocurrido así — dijo a Franks —. ¡Mírelos! ¿Por qué no tratan de detenernos? Es seguro que saben lo que pensamos hacer. Franks rió:

—¿Detenemos? Ya vió lo que le ocurrió cuando trataron de hacerlo. Es algo imposible para ellos. No son sino máquinas. Y cuando los construimos lo hicimos de forma que no pudieran volverse contra nosotros. Y ellos lo saben.

Pero su voz se quebró súbitamente.

Los hombres quedaron inmóviles ante la boca del Tubo. En torno de ellos los plúmbicos los observaban en silencio, con sus impasibles rostros metálicos.

Por un interminable instante los hombres continuaron inmóviles. Finalmente, Taylor volvió a la tremenda realidad.

—¡Gran Dios! — exclamó con voz ahogada.

El Tubo había desaparecido. Obturado, fundido, convertido en una masa impenetrable de material incandescente.

El Tubo estaba cerrado.

Franks volvió su rostro pálido e inexpressivo hacia los plúmbicos.

El plúmbico clase A susurró suavemente:

—Como se ve, el Tubo está cerrado para mucho tiempo. Era algo previsto y, tan pronto como los vimos aparecer en la superficie, ordenamos su eventual voladura. Si se hubieran vuelto cuando se lo dijimos, ahora estarían abajo, a salvo. Pero ya es demasiado tarde. Hemos tenido que trabajar rápidamente porque el hacerlo ha supuesto una operación inmensa.

—Pero, ¿por qué lo han hecho? — preguntó Moss, furioso.

—Porque no podemos dejar que se reanude la guerra. Obturados todos los Tubos, pasarán muchos meses antes de que las fuerzas subterráneas alcancen la superficie y organicen un plan militar capaz de llevar la guerra adelante. Y para entonces el cielo habrá llegado a su última fase. Y no creo que sea ningún mal que ustedes encuentren el mundo — su mundo — intacto...

"Vuestra presencia constituye un serio inconveniente. Pero ya cuando aparecieron los rusos fuimos capaces de realizar idéntica obturación sin que..."

—¿Los rusos? ¿También ellos han venido?...

—Hace ya varios meses. Llegaron inopinadamente para averiguar por qué todavía no habíamos ganado la guerra para ellos. Fué entonces cuando nos vimos obligados a actuar con rapidez. En este momento tratan desesperadamente de horadar nuevos Tubos hacia la superficie con el objeto de reanudar la guerra. Pero hasta ahora hemos sido capaces de irlos obturando según han ido apareciendo.

el pri
yores
aún
chas
No
espec
que
"la
se re
Desc
de S
la h
gran
nes
bron
ke
Yorl
rela
de
trón
A
ner:
hos
su
Júp
del
llez
les
sob
Lu
al
qu
vis

Y, al decir esto, el plúmbico se quedó mirando a los hombres tranquilamente.

—Estamos aislados — balbuceó Moss —. No podemos regresar. ¿Qué haremos?

—¿Cómo se las arreglaron para obtener tan pronto el Tubo? — preguntó Franks —. Apenas si hemos estado aquí un par de horas.

—Teníamos dispuestas bombas en el primer piso de cada Tubo, en previsión de que ocurriera lo que ha ocurrido. Bombas incandescentes con la potencia necesaria para fundir el plomo y la roca.

Estrujando la pistola en su mano, Franks se volvió a Moss y Taylor.

—¿Qué opinan? No podemos hacer nada, pero somos quince, los suficientes para intentar algo. ¿No creen?

Miró en torno. Los soldados se habían dirigido hacia la puerta de salida de la caverna y estaban contemplando desde allí el panorama del valle verde y la alegría del sol deslumbrador. Y algunos de ellos comenzaban a descender por la vertiente.

—¿No quieren despojarse de sus trajes y armas? — preguntó el plúmbico clase A, cortésmente —. Los trajes son incómodos y las armas no son necesarias. Los rusos ya han abandonado las suyas, como pueden ver.

Los dedos de los hombres se crispaban sobre los gatillos de sus pistolas al ver cuatro individuos con uniforme ruso que se dirigían hacia ellos desde un avión que acababa de aterrizar silenciosamente a corta distancia de allí.

—Están desarmados — informó el plúmbico —. Los hemos traído para que inicien con ustedes las conversaciones de paz.

—No estamos autorizados para hablar en nombre de nuestro país — contestó Moss secamente.

—No me refiero a tratos diplomáticos — aclaró el plúmbico —. Eso es cosa que debe desaparecer para siem-

pre. El trabajar unidos en los problemas de la vida diaria les enseñará a convivir en un mismo mundo. No será fácil, pero debe hacerse.

LOS rusos se detuvieron a una cierta distancia y ambos grupos se observaron con evidente hostilidad.

—Soy el coronel Borodoy y lamento haber abandonado mis armas — dijo el de más edad —. Ustedes podrían haber sido los primeros americanos muertos en ocho años.

—O los primeros en matar — replicó Franks con los dientes apretados.

—Nadie más que nosotros sabe lo que está ocurriendo aquí — precisó el plúmbico —, y que hace inútil toda clase de heroísmos. Vuestro único propósito, en la actualidad, debe ser tratar de sobrevivir en la superficie. Porque nosotros no tenemos alimentos. ¿Lo sabían?

Taylor guardó el arma en su pistola.

—Propongo que nos traslademos a una ciudad cualquiera y comencemos a plantar una cosecha con la ayuda de algunos plúmbicos, de forma que podamos vivir cómodamente — y mirando al plúmbico clase A, añadió: — Hasta que nuestras familias puedan llegar a la superficie pasará un largo tiempo, durante el cual debemos arreglárnoslas para sobrevivir.

—Permítanme una sugerencia — dijo uno de los rusos, que parecía bastante intranquilo —. Ya tratamos de vivir en una ciudad, pero la vida resultó demasiado dura y complicada para tan pocos como éramos y, finalmente, decidimos vivir en la aldea más moderna que encontramos.

—Aquí en vuestro país — aclaró un tercer ruso — tenemos mucho que aprender.

Los americanos lanzaron una carcajada.

—Es posible que ustedes tengan algo que enseñarnos a nosotros — argumen-

tó Taylor generosamente —. Aunque no me imagino lo que pueda ser.

El coronel ruso sonrió mostrando toda la dentadura.

—¿Quiéren venir a nuestra aldea? Eso facilitará nuestra labor y nos servirá de compañía.

—¿"Vuestra" aldea? — exclamó airadamente Franks —. ¿No es, en verdad, americana? ¡Entonces es nuestra!

El plúmbico se interpuso entre los dos grupos.

—Cuando se haya completado nuestro plan ese término servirá para todos, porque "nosotros" significará "la humanidad" — y señalando al avión: — El avión espera, ¿quieren unir-se en la tarea de construir un nuevo hogar para el hombre?

Los rusos esperaban mientras los americanos parecían meditar.

—Ya veo por qué los plúmbicos piensan que la diplomacia desaparecerá — dijo Franks —. Gentes que trabajen unidas no necesitan de diplomáticos, porque resolverán sus diferencias mientras trabajen y no en la mesa de conferencias.

El plúmbico los condujo hasta el avión, donde los despidió con las siguientes palabras:

—El objeto de la historia es la unificación del mundo: desde la familia a la tribu; desde la ciudad-estado a la nación, y desde ésta hasta la potencia hemisférica o continental; la meta será siempre la unificación. Ahora los hemisferios se unirán y...

Taylor dejó de escuchar y miró la

entrada del Tubo. Mary se encontraba allí bajo la superficie, y le repugnaba abandonarla. Finalmente, se resignó y, con un encogimiento de hombros, se unió con los demás.

Si aquella primera fusión de antiguos enemigos constituía un buen augurio, no pasaría mucho tiempo antes de que Mary y el resto de la humanidad volvieran a vivir en la superficie,

como seres humanos y racionales, en vez de hacerlo como topos ciegos y rabiosos.

—Han sido necesarias miles de generaciones para lograr nuestro propósito — terminó el plúmbico clase A —. Cientos de siglos de derrama-

miento de sangre y destrucción. Pero cada guerra ha constituido un paso hacia adelante en el progreso de la humanidad. Y ahora la meta está a la vista: un mundo sin guerra. Y esto no es más que el comienzo de una nueva era de la historia.

—La conquista del espacio — exclamó el coronel Borodoy.

—El sentido de la vida — afirmó Moss.

—La desaparición del hambre y la pobreza — concluyó Taylor.

El plúmbico abrió la puerta.

—Todo eso y ¿cuánto más? Eso es algo tan imposible de prever para nosotros como lo fuera la llegada de este día para el hombre que constituyó la primera tribu. Pero lo que es seguro es que será algo realmente grandioso.

Se cerró la puerta y el avión partió llevándolos hacia su nuevo hogar. ✦



el p
yore
aún
chas
N
espe
que
"la
se r
Des
de
la l
gran
nes
bro
ke
Yor
rela
de
trór
A
ner
hos
su
Júp
del
llez
lesc
sob
Lu
al r
que
vist
l
de
des
18
rre
téli
un
al
qu
mu
ta
sie
via
pu
ant
ley
30

UN BALDE DE AIRE

por FRANZ LEIBER

¿Qué sería de la Tierra si de pronto le faltara el Sol, fuente de luz y de calor? Los cambios serían tremendos, pero por algo el hombre es el más adaptable de los seres vivos.

PAPA me había enviado a buscar otro balde de aire. Ya estaba casi lleno cuando vi la cosa. Al principio me pareció la cara de una mujer. Sí, una hermosa cara, brillando en la obscuridad y mirándome desde el quinto piso del edificio de enfrente, que ahora queda justo encima de la capa de aire congelado. Nunca vi una mujer tan joven viva, salvo en las viejas revistas. Nita es sólo una chiquilina y mamá está tan enferma y decaída... Fué una sorpresa tal que se me cayó el balde. ¿A

Ilustrado por PEDRO RAMOS



quién no se le caería, sabiendo que en la Tierra no queda nadie vivo, salvo papá, mamá, Nita y uno?

Sin embargo, creo que no debiera haberme sorprendido. Todos vemos cosas de vez en cuando. A mamá le pasa muy a menudo, y se pone a gritar y gritar y se agarra de las mantas que cuelgan alrededor del Nido.

Cuando recobré el balde y miré de vuelta al departamento de enfrente, la cara no estaba más y en su lugar sólo se veía una luz que se movía cautelosamente, pasando de una ventana a otra. Entonces sí que me aterrericé. Ni siquiera atiné a moverme y me quedé allí temblando, tanto que casi me congeló los pies. No sé de dónde saqué el coraje para entrar de vuelta a casa.

Pronto me encontré caminando entre las mantas y alfombras que papá colgó para disminuir el escape de aire del Nido, y el susto se me fué pa-

sando. Casi en seguida comencé a oír el tictac de los relojes del Nido, y me di cuenta de que estaba regresando al aire. Por supuesto que afuera, en el vacío, no se oye nada. Pero al empujar la última cortina todavía me sentía nervioso e incómodo.

DEJENME que les hable del Nido. Es bajo y abrigado, y hay lugar escaso para nosotros cuatro y nuestras cosas. El piso está cubierto con espesas alfombras de lana. Tres de los costados son mantas, y las mantas del techo tocan la cabeza de papá. El dice que está dentro de otra habitación mayor, pero yo nunca he visto las verdaderas paredes.

Contra una de las paredes de mantas hay una estantería, donde ponemos herramientas, libros y algunas otras cosas. Sobre la estantería hay toda una hilera de relojes. Papá se preocupa

mucho de que siempre tengan cuerda. Dice que no tenemos que olvidarnos nunca del tiempo. Ahora que no tenemos ni Sol ni Luna sería lo más fácil.

La cuarta pared tiene mantas en todos lados, salvo alrededor del hogar, donde arde un fuego que jamás debe apagarse. El fuego nos salva de morir congelados y de varias otras cosas más. Siempre tiene que haber alguien que lo cuide. Antes eran papá y mamá los que se encargaban de eso, pero ahora estoy yo para ayudar, y también Nita.

Sin embargo, el guardián principal del fuego es papá. Siempre me lo imagino así: un hombre alto sentado con las piernas cruzadas, frunciendo ansiosamente el ceño ante el fuego, con la cara delgada iluminada por su luz, echando pedazos de carbón que saca de la pila que hay al costado.

Cuando yo llegué estaba justamente en esa pose, pero se levantó en seguida para sacarme el balde y retarme a gritos por haberme quedado holgazaneando. Mamá también se puso a gritarme. Papá me explica siempre que lo hace para sentirse más aliviada. Nita aprovechó también para decirme un par de idioteces.

Ahora que estaba dentro del nido se podía sentir el frío del aire congelado. Parecía chuparse el calor de todo lo que había alrededor. Hasta las llamas se retiraron cuando papá se acercó al fuego.

Y sin embargo es él quien nos mantiene vivos. Se va derritiendo lentamente, refrescando el Nido y alimentando el fuego. Las mantas no dejan que escape demasiado rápido. A papá le hubiera gustado aislar herméticamente el Nido, pero no puede porque el edificio está demasiado destruido por los terremotos. Dice que el aire está formado por pequeñas moléculas que se escapan como el rayo si no hay nada que las detenga. Tenemos que vigilar constantemente para

que el aire no se enrarezca. Papá siempre mantiene una gran reserva en cubos detrás de las primeras mantas, junto con carbón, latas de comida y nieve para el agua. Todo eso lo conseguimos en la planta baja.

USTEDES saben que cuando la tierra se enfrió, primero se congeló toda el agua de la atmósfera en una capa de unos tres o cuatro metros de espesor, y luego encima cayeron los cristales de aire congelados, formando otra alfombra de unos veinte metros de altura.

Por supuesto, todas las partes del aire no se congelaron al mismo tiempo.

Primero fué el anhídrido carbónico. Cuando uno baja a buscar agua tiene que tener cuidado que no se mezcle demasiado porque para lo único que sirve es para hacerlo dormir a uno, quizá para siempre, y apagar el fuego. Después está el nitrógeno, que no es ni bueno ni malo, aunque ocupa la capa de mayor espesor. Encima está el oxígeno, lo cual es una suerte porque es el más fácil de ir a buscar. Finalmente, arriba de todo hay una capa muy delgada de helio. Resulta cómico ver esos gases tan nítidamente separados.

En cuanto me saqué la escafandra me puse a contar todo lo que había visto. Mamá se puso nerviosa en seguida, y papá se enojó por ello. Sin embargo, se dió cuenta de que lo que yo decía no eran inventos.

—¿Observaste la luz durante mucho tiempo? — me preguntó cuando yo terminé de hablar. Yo no había dicho nada de que al principio vi aparecer la cara de una mujer. Me daba vergüenza.

—Lo suficiente como para verla atravesar cinco ventanas y pasar al otro piso.

—¿Y no parecía electricidad inducida, o luz estelar reflejada por cristales o algo parecido?

No crean que papá estaba inventando. Las cosas más desagradables suceden en un mundo que ya casi no puede enfriarse más. Y cuando uno se imagina que la materia está muerta para siempre, revive de una manera muy extraña. Algo tenue se arrastra hacia el Nido, como un animal que busca el calor; es el helio líquido. Y una vez, cuando era chiquito, una bola relampagueante golpeó en la cúpula que se ve desde aquí, y estuvo allí semanas y semanas subiendo y bajando, hasta que desapareció. Ni papá supo lo que era.

—No se parecía a nada de lo que vi hasta ahora — le contesté.

Frunció el ceño. Luego dijo:

—Vamos juntos afuera para que me lo muestres.

Nos pusimos los trajes para salir. Son trajes que hizo papá con el material plástico de envases transparentes. Mantienen el calor y hasta se puede reemplazar el aire durante algún tiempo.

Papá se había puesto todo menos la escafandra. Se inclinó junto al fuego y, agitando la larga varilla de hierro que sube hasta la parte más alta de la chimenea, rompió los pedazos de hielo que constantemente la tapan. Una vez por semana subimos al techo para ver si marcha bien. Es el peor de todos los viajes, y papá no me deja hacerlo solo.

—Nita — dijo papá —, encárgate del fuego. Y también de la provisión de aire. Si te parece que no hierve bien toma otro cubo de atrás de las mantas. ¡Pero mucho cuidado con las manos!

Papá se puso la escafandra, tomó un balde y me hizo señas de que lo siguiera.

PAPA iba adelante y yo me agarré de su cinturón. Es raro. Cuando salgo solo no tengo miedo, pero cuando voy con papá siempre necesito tomarme de él. Hábito, supongo. Aun-

que, para qué negar que esta vez estaba un poco asustado.

Es que sucede lo siguiente. Sabemos que afuera está todo muerto. Las últimas voces por radio papá las oyó hace muchos años y vió morir a los últimos hombres que no tuvieron tanta suerte o no estaban tan bien preparados como nosotros. Así que cuando había algo hurgando alrededor, no podía ser ni humano ni amigo.

Además, uno siente algo raro por el hecho de que sea siempre de noche, y bien fría. Papá dice que había algo de eso en los viejos tiempos, pero luego cuando salía el Sol uno se olvidaba. Yo no puedo decir nada personalmente, porque sólo recuerdo al Sol como una estrella algo más grande que las demás. Cuando la estrella apagada nos arrancó del lado del Sol, yo todavía no había nacido, y según dice papá cada vez estamos más lejos de él.

No sé cómo sería la ciudad de los viejos tiempos, pero ahora tiene un aspecto magnífico. La luz de las estrellas la ilumina muy bien. Estamos en una loma, y es un lindo espectáculo verla bajo el tenue resplandor, cortada regularmente por los surcos negros de lo que antes fueron calles.

Algunos edificios más altos se destacan con mucha claridad sobre la planicie helada. En realidad, casi todos están inclinados a causa de los terremotos que se produjeron cuando la estrella oscura nos capturó.

Aquí y allá cuelgan algunas agujas de agua congelada o de aire congelado. A veces alguna de ellas recibe directamente la luz de una estrella que cayó en la ciudad. Por eso papá me hizo esas preguntas cuando le conté que había visto una luz.

Papá acercó su escafandra a la mía y me pidió que le señalara la ventana donde la había visto. Pero ahora no había luz por ningún lado. Contra lo que suponía, no me acusó de estar inventando tonterías. Después de lle-

nar el balde, miró cuidadosamente a su alrededor y me hizo señas de que entrase.

Yo podía sentir que la paz se había ido. Había algo acechando ahí fuera, esperando, preparándose.

Adentro me dijo:

—Si ves algo como eso otra vez, no se lo digas a mamá ni a Nita. Se ponen muy nerviosos. Cuando nació tu hermana, yo estaba ya dispuesto a abandonar todo y dejarnos morir, pero tu madre me dió coraje. Otra vez, cuando yo estuve enfermo, ella cuidó del fuego y de todas las demás cosas. Ella tuvo coraje cuando yo no lo tenía, y ahora soy yo el que debe tenerlo hasta que no pueda más... Y entonces estarás tú.

Su manera de hablar me hizo sentir más grande y me tranquilicé. Pero no del todo. La cosa seguía dando vueltas dentro de mi cabeza.

Es difícil ocultar los sentimientos cuando uno tiene ese estado de ánimo. Una vez en el Nido, papá hizo como que se reía de mi imaginación, pero sus palabras sonaban a falso. No sé por qué a mí se me ocurrió pedirle que nos hablara de los viejos tiempos, y cómo sucedió todo. Fué una buena idea. Nos sentamos todos alrededor del fuego y papá empezó.

LA historia era la misma de siempre, creo que podría recitar el argumento dormido, pero papá siempre le agrega algunos detalles y mejora algunos puntos.

Nos contó cómo la Tierra daba vueltas alrededor del sol, siempre tan calentita, y cómo la gente se preocupaba de ganar plata y hacer guerras, cuando de pronto apareció esa estrella muerta y cambió todo.

Me resulta difícil darme cuenta de lo que sintió esa gente en esos momentos, y debo esforzarme para creer que hubiera tantos hombres. Imagínenselos preparándose para esa gue-

rra que estaban fabricando. Como si no fuera cierto que toda la gente debe estar junta para tener más calor.

A veces creo que papá exagera. De vez en cuando se enoja con nosotros y a lo mejor estaba enojado con toda esa gente. Sin embargo, algunas de las cosas que leí en las revistas viejas son verdaderamente salvajes. Quizá tenga razón.

La estrella oscura llegó muy rápidamente y no hubo tiempo para prepararse. Al principio se trató de mantenerlo en secreto, pero la verdad se abrió paso con los terremotos y maremotos. Primero creyeron que iba a chocar con el Sol y luego con la Tierra. Después resultó que ni con el Sol ni con la Tierra, pero iba a pasar muy cerca de nosotros.

La mayoría de los otros planetas estaban del otro lado del Sol y no les pasó nada. El Sol y la recién llegada lucharon un poco por la Tierra, como dos perros por un hueso, dijo papá, y al final ganó la estrella oscura. El Sol obtuvo un premio de consuelo. Se quedó con la Luna.

Después vino la época del Gran Sacudón, como dice papá. La estrella oscura iba más rápido que el Sol y en dirección opuesta, así que imaginense el tirón que le habrá dado a la Tierra para arrancarla de la órbita solar.

El Gran Sacudón no duró mucho. Todo se aplacó en cuanto la Tierra empezó a girar en su nueva órbita alrededor de la estrella muerta. Claro que mientras duró fué terrible. Las montañas desaparecían y en su lugar emergían otras, los océanos lo inundaban todo.

Papá y algunos científicos amigos de él se habían imaginado todo lo que iba a suceder, por ejemplo, que el aire se iba a congelar. Yo le pregunto muchas veces a papá cómo se portó el resto de la gente, si era valiente, si estaba asustada, pero él siempre sos-

laya el tema. La cuestión es que estos científicos, junto con papá, se pusieron a trabajar como locos para hacer un lugar hermético y aislado contra el frío, y además acondicionaron grandes cantidades de alimentos. Pero en los últimos terremotos el lugar fué destruido y todos los amigos de papá murieron. Y así tuvo que empezar de vuelta y hacer, lo mejor y más rápidamente que pudo, lo que ahora es el Nido.

Yo me puedo dar una idea de cómo pasaron las cosas a través de la gente congelada que hay en nuestro edificio. En una de las habitaciones hay un anciano sentado muy tieso en una silla. En otra, un hermosa mujer mira ansiosamente hacia la puerta, como si esperase a alguien que nunca volvió. Están quietos como estatuas, pero parece que estuvieran vivos. Papá me lo mostró una vez con su linterna cuando todavía tenía muchas baterías y podía darse el lujo de gastar luz. Yo quedé bastante asustado cuando los vi y sentí un dolor en el pecho. La mujer fué la que más me impresionó.

A HORA que papá estaba contando la historia se me ocurrió una idea horrible. Me acordé de la cara que había visto por la ventana. ¿No será, me pregunté, que la gente congelada está volviendo a la vida? ¿Por qué no les podría pasar algo parecido al helio líquido, que cuando uno creía que debía congelarse para siempre, comenzaba a reptar hacia el calor? ¿O como la electricidad que sigue moviéndose y moviéndose sin acabar nunca de dar vueltas? ¿Por qué no podría suceder que el frío siempre creciente, al llegar a unos pocos grados antes del cero absoluto, despertara misteriosamente a la vida a la gente congelada, no a una vida de sangre caliente, sino a algo helado y horrible?

Créame que esas ideas me dejaron un gusto muy feo en la boca y ardía

en deseos de contar mis temores a los demás. Pero recordé la advertencia de papá y no tuve más remedio que aguantarme.

Estábamos todos callados. Sólo se oía la voz de papá y el tictac de los relojes.

Y entonces, desde atrás de las sábanas me pareció escuchar un sonido apagado. Se me puso la piel de gallina.

Papá estaba hablando acerca de los primeros días en el Nido, y había llegado al lugar donde siempre filosofa.

—Entonces me pregunté: — dijo — ¿para qué seguir? ¿Cuál es el objeto de prolongar una existencia de trabajo duro, frío y solitario? La raza humana está terminada. La Tierra está terminada. ¿Por qué no acabar de una vez?... Y repentinamente tuve la respuesta.

Otra vez oí el ruido, más fuerte ahora, algo como pisadas que se acercaban arrastrándose.

—La vida siempre fué cuestión de trabajar fuerte y luchar contra el frío — estaba diciendo papá —. No interesa cuánto tiempo más hubiera durado la humanidad: alguna noche el fin tenía que llegar. Eso no importa. Lo que importa es que la vida es buena. Cualquier cosa que uno haga por conservarla, vale la pena. Y eso vale tanto para el primero como para el último hombre.

LOS pasos se oían cada vez mejor. Me pareció ver que las primeras mantas temblaban ligeramente.

—Y entonces decidí seguir viviendo como si tuviéramos toda la eternidad por delante — siguió papá. Se veía que él también oía los ruidos y para taparlos estaba alzando la voz—. Iba a tener hijos y enseñarles todo lo que pudiera. Jamás me declararía vencido.

La manta se levantó. Una luz brillante apareció detrás de ella. Papá dejó de hablar y sus manos tomaron firmemente el mango del hacha.

Cuando vi lo que entraba les pude asegurar que mi corazón dejó de latir. ¡Era la hermosa mujer congelada del piso de abajo! En la mano llevaba algo brillante, y detrás de ella aparecieron otras caras.

Por suerte no habré dejado pasar más que cinco o seis latidos antes de advertir que usaban trajes y escafandras como los que usamos nosotros, sólo que estaban mucho mejor hechos. Y la gente congelada no podía usar esas cosas.

Durante unos segundos reinó el silencio. Luego todos se pusieron a gritar.

ERAN gente como nosotros. No habíamos sido los únicos en escapar con vida. Ellos habían sobrevivido junto con otros.

Eran de Los Alamos, y obtenían calor de la energía atómica. Con sólo usar el uranio y plutonio almacenado para fabricar bombas les sobraba para varios miles de años. Tenían una pequeña ciudad herméticamente aislada. Inclusive criaban animales y cultivaban vegetales con gran profusión en su interior.

Pero ellos estaban mucho más pasmados que nosotros.

—Es imposible —decían—. No se puede mantener la cantidad requerida de aire sin aislación hermética. Es imposible.

Habían salido en busca de sobrevivientes, pero jamás esperaban encontrarse con algo así. Tenían aviones a chorro en Los Alamos y mucho combustible. En cuanto consiguieron que las cosas marcharan allí, lo cual les había llevado bastantes años, decidieron hacer viajes a lugares del mismo tipo.

Encontraron otras colonias en Argonne y Brookhaven y luego más lejos en Harwell y Tanna Tuva. Ahora habían decidido darle una ojeada a la ciudad sin esperar en realidad encon-

trar nada. Tenían un instrumento que delataba las ondas caloríferas más pequeñas, y por eso cayeron en la cuenta de que había algo caliente. Por supuesto, como no hay atmósfera, no los habíamos oído aterrizar.

A esta altura los cinco adultos estaban hablando por sesenta. Papá les estaba mostrando cómo se alimentaba el fuego y hasta oí que mamá le preguntaba a la muchacha acerca de la moda en Los Alamos.

Estábamos tan excitados que papá se olvidó de todas las cosas que hacíamos regularmente, y sólo cuando nos empezamos a adormilar advirtió que el cubo de aire estaba vacío. Rápidamente trajo otro de atrás de las mantas. Todos se reanimaron en seguida.

Cosa rara, yo no hablaba mucho, y Nita se pegó a mamá todo el tiempo, y cuando alguien la miraba escondía la cara. Yo me sentía desconcertado, especialmente con la muchacha. Estaba un poco asustado de ella, aunque ella a mí me trataba como a nadie.

Casi estaba deseando que nos dejaran solos. Y cuando los recién llegados empezaron a hablar de que fuéramos a Los Alamos, me pude percatar de que papá y mamá sentían algo parecido. Papá se quedó silencioso y mamá se puso a decir:

—Pero yo no sabría como comportarme allí y además no tengo nada que ponerme.

Al principio, los visitantes se extrañaron. Pero comprendieron un poco lo que pasaba con nosotros cuando papá dijo:

—No me parece correcto dejar que este fuego se apague.

AHORA los extranjeros se han ido, pero volverán. No se decidió todavía qué se hará. Quizás se conserve el Nido como una "escuela de supervivencia". Quizás nos unamos con los pioneros que van a tratar de establecer

otra colonia en las minas de uranio del Congo.

Ultimamente he pensado mucho acerca de Los Alamos y las otras colonias. Y me muero de ganas de conocerlas. Se ve que a papá también le sucede lo mismo. Se lo ve pensativo, observando a mamá y Nita.

—Es diferente ahora que sabemos que hay otros hombres vivos — me explica —. Tu mamá no se siente tan sin esperanzas como antes. Ni yo tampoco, pues ya no es sólo mía la responsabilidad de mantener la raza.

—No va a ser fácil dejar el Nido — contesté —. Es tan pequeño. Y no estamos más que nosotros cuatro. Me

asusta pensar en lugares amplios y en mucha gente desconocida.

El asintió y puso otro pedazo de carbón en el fuego. Luego sonrió repentinamente y agregó toda una brazada como cuando alguno de nosotros cumple años, o como en Navidad.

—Pronto dejarás de sentir miedo — dijo —. Lo malo con el mundo es que se fué haciendo más y más pequeño hasta reducirse al Nido. Va a ser bueno tener un mundo grande, como era al principio.

Me parece que papá tiene razón. ¿Ustedes creen que la muchacha me esperará hasta que crezca? Diez años más, y ya tendré veinte años... ✦



Piloto electrónico

LOS aviones cuyos recorridos terminan en grandes aeropuertos deben ajustarse exactamente a su horario para no interferir con la llegada y salida de otros aparatos; ésta es la única solución al apremiante problema del tráfico aéreo. Pero como los pilotos son humanos y pueden equivocarse, se ha construido un piloto-robot electrónico, que controlará la velocidad del avión durante todo el viaje para llegar a destino al segundo. Como ya hay aparatos que se ocupan de la estabilidad del avión durante el vuelo, y otros que le dan el rumbo exacto, la tarea del piloto será entretener a los pasajeros, salvo al aterrizar y despegar.



EL DIA DE LOS TRIFIDOS

por JOHN WYNDHAM

ilustrado por SALVA

I. COMIENZA EL FIN

CUANDO un día que sabemos que es miércoles nos parece domingo, algo anda decididamente mal.

Sentí esto desde el momento de despertar. Y, sin embargo, cuando empecé a pensar claramente tuve dudas. Después de todo, era yo quien estaba mal, no los otros. Pronto tuve la primera evidencia objetiva: un reloj distante pareció dar ocho campanadas. Escuché atenta y desconfiadamente. Pronto resonó otro reloj, con una nota dura y decisiva. Con lentitud di indiscutiblemente ocho campanadas. Entonces supe que pasaba algo raro.

Fué puramente accidental que yo no estuviera presente en el fin del mundo (quiero decir, en el fin del mundo que yo había conocido durante casi treinta años). Naturalmente, hay siem-

pre mucha gente en los hospitales, y la ley de las contingencias me había escogido para que yo fuera una de esas personas. Pero la casualidad quiso no solamente que yo estuviera en el hospital en aquella época, sino también que mis ojos, en realidad toda mi cabeza, estuvieran envueltos en vendajes... y por ello debo dar ahora gracias a quien sea que dirige estas contingencias. En aquel momento, sin embargo, me pregunté qué ocurría, porque llevaba en el hospital bastante tiempo como para saber que, después de la enfermera jefe, la cosa más sagrada en un hospital es el reloj.

Sin reloj, el establecimiento no puede marchar. A cada segundo hay alguien que lo consulta para los nacimientos, las muertes, las dosis, las comidas; para conversar, trabajar, dormir,

visitar, vestir, lavar... Hasta ese día, había sido obligatorio que alguien empezara a lavarme y a prepararme exactamente unos minutos antes de las siete de la mañana. Esta era una de las razones que tenía para apreciar mi sala privada. Pero hoy relojes de variado timbre siguieron dando las ocho desde todos lados... y nadie se presentó. Además, normalmente las campanadas anunciaban también la proximidad del desayuno, y yo empezaba a tener hambre.

Probablemente esto me hubiera preocupado cualquier mañana, pero hoy, este miércoles 8 de mayo, el asunto era de particular importancia. Estaba doblemente ansioso de terminar cuanto antes con los lavados y la rutina de práctica, porque en ese día iban a sacarme las vendas.

Tanteando busqué el cordón de la campanilla, que hice sonar durante cinco segundos para mostrar mi enojo. Mientras esperaba, proseguí escuchando.

Comprendí entonces que el día sonaba aún más extrañamente de lo que yo había pensado. Los ruidos que se producían (o que no se producían), parecían más de domingo que el domingo mismo... y, sin embargo, tenía la certeza de que era miércoles, pasara lo que pasara.

Nunca he podido entender por qué los fundadores del Hospital de St. Merryn escogieron para ubicar esta institución una arteria importante, en un lugar populoso. Pero, para los afortunados que padecían males que no se agravaban por el ruido de un tránsito continuo, el lugar ofrecía la ventaja de que se podía permanecer en cama sin perder contacto, por así decirlo, con el fluir de la vida.

Esta mañana era diferente. Inquietante, misteriosamente diferente. No se oía rechinar de ruedas, ni rugidos de ómnibus: no se oía el ruido de ningún vehículo. Ni frenos ni bocinas

ni siquiera el chocar de los cascos de los escasos caballos que todavía pasaban ocasionalmente; tampoco se escuchaba, como debía ocurrir a estas horas, la múltiple marcha de los pies de la gente que iba al trabajo.

Cuanto más escuchaba, más extraño parecía... y más me preocupaba. En lo que calculo unos diez minutos de cuidadosa atención of unas cinco veces el rumor de pasos apagados y vacilantes; tres voces gritaron confundidamente a la distancia, y escuché los histéricos sollozos de una mujer. No se oía ni el arrullo de una paloma ni el gorjeo de un gorrión. Nada más que el zumbido de los hilos eléctricos en el viento...

UNA sensación desagradable y desoladora comenzó a surgir en mí. Era la misma impresión que experimentaba a veces cuando era niño, y temía los fantásticos horrores agazapados en los sombríos rincones de la habitación; cuando no me atrevía a sacar un pie por temor a que algo saliera de bajo la cama y me agarrara por el tobillo; cuando no me atrevía siquiera a encender la luz, temiendo que el movimiento hiciera que algo me saltara encima. Tuve que luchar contra el miedo, como cuando era un niño en la oscuridad. Y no fué más fácil que entonces. Los terrores elementales reaparecían dentro de mí, simplemente porque mis ojos estaban vendados y porque el tránsito se había detenido.

Cuando me recobré un poco traté de examinar la situación razonablemente. ¿Por qué se detiene el tránsito? Bueno, generalmente porque están componiendo la calle. Muy sencillo. Pero lo malo era que el razonamiento seguía; que no se oían siquiera murmullos lejanos de tránsito ni el silbato de un tren ni la sirena de una barcaza. Nada... hasta que los relojes marcaron las ocho y cuarto.

La tentación de echar un vistazo...

nada más que un vistazo, lo suficiente para hacerme una idea de lo que estaba pasando, fué inmensa. Pero me contuve. En primer término, echar un vistazo era una cosa mucho menos sencilla de lo que parecía. No se trataba simplemente de levantar un vendaje: había innumerables parches y vendas. Más importante aún: tenía miedo de intentarlo. Una semana de completa ceguera es más que suficiente para darnos miedo de arriesgar nuestra vista. Verdad es que pensaban quitarme hoy los vendajes, pero esto se haría en una luz especialmente suave, y sólo en el caso de que el examen de mis ojos fuera satisfactorio no volverían a colocarlos. Y yo no sabía si el examen sería satisfactorio. Tal vez mis ojos estuvieran resentidos para siempre. O tal vez no pudiera ver ya más.

Maldije y tiré nuevamente del cordón de la campanilla, pero los llamados no interesaban a nadie. Empecé a sentir tanto enojo como preocupación. Mi paciencia se agotaba. Decidí que había que hacer algo.

Retiré la sábana y me levanté de la cama. Nunca había visto mi cuarto, y, aunque tenía, por el oído, una idea bastante aproximada de la posición de la puerta, no me fué fácil encontrarla. La habitación parecía llena de objetos innecesarios que me intrigaban. Finalmente asomé la cabeza al corredor.

—¡Eh! —grité—. ¡Traigan el desayuno al cuarto 98!

POR un momento no ocurrió nada. Después varias voces gritaron a la vez. Parecían centenares, pero ninguna llegó claramente a mis oídos. Era como si hubiera puesto un disco de ruidos de multitud... de una multitud mal dispuesta. En un relámpago de pesadilla me pregunté si me habían transferido mientras dormía a algún asilo de locos; si éste era realmente el Hospital de St. Merryn. El sonido de aquellas voces no era normal. Cerré la puerta

rápidamente y, tanteando, llegué hasta la cama. En aquel momento la cama me parecía el único sitio seguro y cómodo. Acentuando esta impresión llegó un sonido que me detuvo en el momento de levantar las mantas. Desde la calle subió un grito salvaje y contagiosamente aterrador. Resonó tres veces; después de morir, todavía parecía flotar en el aire.

Me estremecí. Sentí que el sudor corría por mi frente bajo los vendajes. Comprendí finalmente que algo siniestro estaba sucediendo. No pude soporitar por más tiempo mi aislamiento y mi impotencia. Tenía que saber qué sucedía en derredor. Llevé mis manos a los vendajes; después, ya con los dedos en los alfileres de gancho, me detuve...

¿Y si el tratamiento no había tenido éxito? ¿Y si al quitarme las vendas seguía sin poder ver? Esto sería mucho peor, mil veces peor...

Me faltaba el valor para estar solo y descubrir que no me habían salvado la vista. Y, aunque lo hubieran hecho, ¿no sería más seguro dejar los ojos cubiertos?

Pasó algún tiempo antes de poder comprender las cosas nuevamente, pero, después de un rato, me encontré otra vez meditando sobre una posible explicación de los hechos. No la encontré.

Pero quedé definitivamente convencido de que, contra todas las paradojas del infierno, era miércoles. Porque el día anterior había sido notable, y yo habría podido jurar que solamente una noche había transcurrido desde entonces.

Puede leerse en todos los anales que el martes 7 de mayo la órbita terrestre atravesó una nube de restos de cometa. Yo no estaba en estado de ver qué había ocurrido, pero tengo mis ideas al respecto. Lo único que sé sobre el asunto es que debí permanecer todo el principio de la noche en mi cama, es-

cuchando los relatos de un espectáculo celeste que los testigos oculares consideraban como el más grandioso visto hasta entonces.

Y, sin embargo, hasta que la cosa comenzó, nadie había oído una palabra sobre este supuesto cometa...

Ignoro por qué comunicaron la noticia por radio, ya que todos los que podían caminar, arrastrarse o ser transportados, permanecieron en la calle o en las ventanas disfrutando del más magnífico espectáculo de fuegos artificiales que se haya visto. Pero así lo hicieron y esto sirvió para impresionarme más aún sobre lo que significaba perder la vista.

Los boletines informativos durante el día comunicaron que unas misteriosas y brillantes luces verdes habían aparecido en el cielo de California la noche anterior. Informes llegados de toda la costa del Pacífico hablaban de una noche brillante de verdes meteoros, que aparecían "a veces en cantidades tan grandes que todo el cielo parece girar en derredor".

Mientras la noche avanzaba hacia el Oeste la intensidad del brillo no decreció. Algunas ocasionales luces verdes fueron vistas aún antes de que cayera la oscuridad. El locutor del noticioso de las seis dijo que se trataba de un espectáculo sorprendente y aconsejó a todo el mundo no dejar de verlo. Explicó también que el fenómeno parecía interferir seriamente en las transmisiones de onda corta para largas distancias, pero que las ondas medias en las cuales se hacía el comentario de costumbre no estaban afectadas, como lo estaba, por el momento, la televisión. El locutor no necesitaba realmente darnos ese consejo: todos en el hospital se excitaban con las noticias, y me pareció poco probable que alguien perdiera el espectáculo... excepto yo.

Como si los comentarios de la radio no bastaran, la enfermera que me trajo la cena me habló del asunto.

—El cielo está sencillamente lleno de estrellas errantes —dijo—. Todas son de un verde deslumbrante. Las caras de la gente parecen horriblemente siniestras. Todos están afuera, mirando, y a veces es tan claro como si fuera de día...; pero de otro color. De vez en cuando hay alguna estrella tan luminosa que hace daño mirarla. Es una visión maravillosa. Dicen que nunca se ha visto nada parecido. Es una lástima que no pueda usted verlas, ¿verdad?

—Así es —contesté secamente.

—Hemos corrido las cortinas en las salas para que los enfermos puedan ver —prosiguió—; si no tuviera esas vendas usted podría ver un espectáculo magnífico desde aquí.

—¡Oh! —contesté.

—Pero afuera debe ser todavía mejor. Dicen que millares de personas están en los parques y en el campo, mirando. Y en todas las azoteas se puede ver gente.

—¿Cuánto tiempo creen que durará? —pregunté pacientemente.

—No sé, pero dicen que todavía no es tan brillante como ha sido en otros lugares. Creo que aunque le hubieran sacado a usted hoy las vendas no le habrían dejado mirar. Al principio debe andar con cuidado; algunas de las luces son muy fuertes. ¡Oooh!

—¿Por qué grita "ooh"? —pregunté.

—¡Apareció una luz tan brillante que todo el cuarto se volvió verde! ¡Qué lástima que no pueda verlo!

—¿De veras? —asentí—. Ahora váyase, por favor. Gracias.

Traté de escuchar la radio, pero sólo oí los mismos "ooh" y "aaah", emitidos por voces corteses que se extasiaban ante este "espectáculo magnífico", ante este "fenómeno único".

Después de un rato comprendí que el espectáculo empezaba a decrecer. El locutor aconsejó a todos los que todavía no lo habían visto que se apresuraran, o que lamentarían toda su vida haberlo perdido.

Todo parecía querer convencerme de que estaba perdiendo el espectáculo para el que había nacido. Finalmente me harté y apagué la radio. Lo último que oí fué que el espectáculo disminuía ahora rápidamente, y que probablemente en unas pocas horas estaríamos fuera del área de los restos del cometa.

EN este momento mis pensamientos fueron interrumpidos por el coro de relojes anunciando las nueve.

Por tercera vez toqué furiosamente la campanilla. Mientras esperaba pude oír una especie de rumor más allá de la puerta. Parecía compuesto de murmullos, voces entrecortadas y sofocadas, acentuado todo por alguna ocasional voz que se elevaba en la distancia.

Y nadie vino a mi cuarto.

Empecé a perder nuevamente el control. Las desagradables fantasías infantiles volvían a apoderarse de mí. Esperé que la invisible puerta se abriera y que cosas horribles entraran en el cuarto... La verdad es que no estaba del todo seguro de que algo o alguien no se encontrara ya allí, deslizándose sigilosamente en la habitación...

En realidad no soy nervioso... La culpa la tenían aquellas malditas vendas sobre mis ojos y la mezcla confusa de voces que me había respondido desde el otro extremo del corredor. Empezaba a asustarme... y el miedo iba en aumento. Finalmente el problema se presentó con toda claridad: ¿tenía yo más miedo de dañar mi vista quitándome los vendajes, o de permanecer en la oscuridad, con el terror creciendo minuto a minuto?

Si esto hubiera ocurrido dos días antes, no sé qué habría hecho... Seguramente lo mismo. Pero en ese momento estaba en condiciones de decirme:

“No puedo hacerme mucho daño si uso el sentido común. Después de todo, las vendas debían quitármelas hoy. Me arriesgaré”.

Debo decir una cosa en mi favor: no estaba tan asustado como para quitar los vendajes bruscamente. Tuve la precaución de salir de la cama y de cerrar las celosías antes de sacar los alfileres de gancho.

Una vez quitadas las vendas, y cuando me aseguré de que podía ver en la penumbra, sentí un alivio como jamás había sentido. Sin embargo, lo primero que hice después de asegurarme que no había seres malignos debajo de la cama o en otra parte, fué colocar una silla bajo el picaporte de la puerta. Me tomé una hora para acostumbrarme gradualmente a la luz del día. Entonces supe que, gracias a los primeros, auxilios, seguidos por una atención médica apropiada, mis ojos estaban tan bien como siempre.

Y todavía nadie había venido. En el estante de abajo de la mesita de noche descubrí un par de lentes oscuros que previsoramente habían puesto allí por si yo los necesitaba. Por precaución me los puse antes de acercarme a la ventana. La parte inferior de la ventana no podía abrirse, de modo que la visión era restringida. Pude ver una o dos personas que parecían vagar de manera curiosa y sin sentido por la calle. Luego noté que ninguna chimenea ni grande ni pequeña humeaba...

Encontré mi ropa prolijamente colgada en el armario. Después de vestirme empecé a sentirme más normal. Todavía había algunos cigarrillos en la petaca. Encendí uno y empecé a entrar en un estado de ánimo en el que, aunque todo era innegablemente curioso, ya no podía entender por qué había estado tan cerca del pánico.

CUANDO hemos pasado casi la mitad de una vida teniendo un determinado concepto del orden, no es fácil reorientarse en un mundo diferente. Pensando en la organización de

la vida en ese entonces, resulta sorprendente y hasta chocante ver cuántas cosas ignorábamos o no queríamos saber de nuestro mundo cotidiano. Yo no sabía, por ejemplo, prácticamente nada de cómo llegaba hasta mí la comida; de dónde provenía el agua fresca; de cómo se tejían y se hacían las ropas que llevaba. Nuestra vida se había convertido en un complejo rutinario de especializaciones: todo el mundo atendió a su propio trabajo con mayor o menor eficiencia, y confiaba en que los demás harían lo mismo. Por eso me resultaba increíble suponer que una completa desorganización se hubiera apoderado del hospital. Estaba seguro de que alguien, en alguna parte, seguía controlándolo todo... Desgraciadamente, era alguien que había olvidado totalmente el Cuarto 48.

Sin embargo, cuando volví a la puerta y eché una mirada al corredor, me vi obligado a comprender que, sucediera lo que sucediere, las cosas afectaban mucho más que al único ocupante del Cuarto 48.

En aquel momento no había nadie a la vista, aunque pude oír a la distancia un inquietante murmullo de voces. Esta vez no grité. Miré cuidadosamente... ¿Por qué cuidadosamente? No lo sé. Hubo algo que me indujo a hacerlo.

Era difícil decir de dónde provenían los sonidos en aquel edificio lleno de ecos. Dando vuelta una esquina del corredor me encontré fuera del ala correspondiente a los cuartos privados y en un corredor más amplio.

En el extremo de éste se veía la puerta de una sala. Me acerqué y la abrí. La habitación era muy oscura: las cortinas habían sido bajadas evidentemente la noche anterior, cuando el espectáculo terminó... y no habían vuelto a levantarlas.

—¿Hermana? — pregunté.

—No está aquí — dijo una voz de hombre —. Más aún — prosiguió di-

ciendo —, hace horas que no viene. ¿Quiere levantar esas condenadas cortinas, amigo, y dejarnos ver un poco de luz? No sé qué ha pasado hoy en este maldito lugar.

—Bueno — asentí.

Aunque todo el hospital estuviera desorganizado, no había motivo para que los infortunados enfermos permanecieran en la oscuridad.

Levanté las cortinas de la ventana más próxima dejando penetrar un brillante rayo de sol. Era una sala de cirugía en la que había unos veinte enfermos, todos acostados. Heridas en las piernas principalmente, y, al parecer, varias amputaciones.

—Deje de jugar con las cortinas, amigo, y levántelas — dijo la misma voz.

Me volví y miré al hombre que hablaba. Era un individuo moreno y rudo, de piel curtida. Estaba sentado en la cama y me miraba de frente... y miraba también la luz. Sus ojos parecían fijos en los míos; y lo mismo pasaba con los ojos de su vecino, y con los del hombre que estaba un poco más allá...

Los miré unos momentos. Tardé ese tiempo en comprender lo que ocurría. Después:

—Yo... Están atrancadas — dije —. Veré si encuentro a alguien que las arregle.

Diciendo esto huí de la sala.

ESTABA temblando de nuevo y necesitaba una bebida fuerte. Me resultaba difícil comprender que todos los hombres de aquella sala estuvieran ciegos, y, sin embargo...

El ascensor no funcionaba y descendí por las escaleras. En el piso de abajo me repuse algo y encontré suficiente coraje para mirar otra sala. Todas las camas se hallaban desarregladas. Al principio creí que el lugar estaba completamente vacío, pero no era así... Vi a dos hombres con ropa de dormir tumbados en el suelo. Uno yacía em-

papado en la sangre de una incisión no curada; el otro parecía presa de una especie de congestión. Ambos estaban muertos. El resto había desaparecido.

De vuelta a las escaleras comprendí que la mayoría de las voces que escuchara provenían de abajo; ahora eran más fuertes y estaban más cercanas.

En la vuelta siguiente casi tropecé con un hombre que yacía en el camino, en la sombra. Al pie de la escalera vi también a alguien que, habiendo tropezado con él...; se había roto la cabeza al caer contra los escalones de piedra.

Finalmente llegué a la última vuelta de la escalera; allí me detuve y miré el vestíbulo principal. Aparentemente todos los que podían moverse en el hospital se habían dirigido allí instintivamente, ya fuera con la idea de encontrar ayuda o de salir a la calle. Tal vez algunos habían salido. Una de las puertas principales estaba abierta de par en par, pero la mayoría no podía encontrarla. Una apretada muchedumbre de hombres y mujeres, casi todos con sus ropas de noche del hospital, daba vueltas lenta y desesperadamente. El movimiento oprimía cruelmente a los que estaban en los extremos contra los rincones de mármol, o contra los adornos del vestíbulo. Algunos estaban apretados sin aliento contra las paredes. De vez en cuando alguno vacilaba. Si la presión de los cuerpos lo dejaba caer no era mucha la posibilidad de que le permitieran volver a levantarse.

Sólo pude soportar aquello uno o dos minutos; luego subí corriendo.

Tenía la sensación de que debía hacer algo. Tal vez guiarlos hasta la calle y poner fin a aquel siniestro y lento deambular. Pero, ¿qué sucedería si conseguía sacarlos afuera?

Me senté un momento en las escaleras, con la cabeza entre las manos, para recobrarme, y el espantoso murmullo de la aglomeración siguió todo el tiempo en mis oídos. Después busqué y

encontré otra escalera. Daba a una pequeña salida de servicio en el patio.

QUIZA no relato esto muy bien. Todo fué tan inesperado y tan sorprendente que, por un tiempo, traté deliberadamente de olvidar los detalles. Hasta entonces había sentido como si estuviera padeciendo una pesadilla, de la que desesperada y vanamente trataba de despertarme. De una cosa estaba seguro: fuera todo realidad o pesadilla, necesitaba tomar un trago, como pocas veces lo había necesitado.

No observé a nadie en la calle lateral fuera de la puerta del patio, pero, casi enfrente, vi un bar. Pude recordar su nombre: "Los ejércitos del Alamein". Me dirigí directamente allá.

Al entrar en el bar tuve, por un momento, una aliviadora sensación de normalidad: era tan prosaico y familiar como cualquier otro.

Pero aunque no había nadie en el mostrador, seguramente pasaba algo en el salón, a la vuelta. Oí una respiración pesada. Un corcho saltó ruidosamente de su botella. Una pausa. Después una voz dijo:

—¡Es gin! ¡Al diablo con el gin!

Se oyó quebrarse algo. La voz riapagadamente.

—Eso fué un espejo. Pero, ¿de qué sirven ahora los espejos?

Saltó otro corcho.

—¡Ese maldito gin otra vez! — se quejó la voz, ofendida—. ¡Al diablo con el gin!

Esta vez la botella chocó contra algo blando, se deslizó al suelo y permaneció allí derramando su contenido.

—¡Eh! — llamé—. ¡Quiero un trago!

Hubo un silencio. Luego:

—¿Quién es usted? — preguntó la voz cautelosamente.

—Vengo del hospital — dije—. Quiero un trago.

—No recuerdo su voz. ¿Puede usted ver?

—Sí — dije.

—Entonces, por el amor de Dios, doctor, vaya detrás del mostrador y saque una botella de whisky.

—Para eso puedo ser médico — dije. Trepé al mostrador y di la vuelta.

Un hombre de gran barriga y cara colorada, con bigote entrecano, estaba allí vistiendo sólo unos pantalones y una camisa sin cuello. Estaba muy borracho. Parecía indeciso entre abrir la botella que tenía en la mano o utilizarla como arma.

—Si usted no es médico, ¿qué es? — preguntó, desconfiado.

—Era uno de los enfermos. Pero necesito un trago tanto como puede necesitarlo cualquier médico — dije—. Eso que tiene en la mano es otra vez gin — añadí.

—¡Oh, maldito gin! — dijo, y tiró la botella, que cayó alegremente más allá de la ventana.

—Déme ese sacacorchos — le dije. Saqué una botella de whisky de los estantes, la abrí y se la di, con un vaso. Para mí escogí un simple coñac con poca soda y en seguida tomé otro. Después de esto mi mano tembló menos.

Miré a mi compañero. Tomaba el whisky directamente de la botella.

—Se va a emborrachar — le dije.

Se detuvo y volvió la cara hacia mí. Hubiera jurado que sus ojos me veían.

—¡Emborracharme! ¡Al diablo, ya estoy borracho! — dijo burlesco.

Tenía tanta razón que no hice comentarios. Meditó un momento antes de anunciar:

—Tengo que emborracharme. Tengo que emborracharme mucho más—. Se acercó—. ¿Sabe por qué? Estoy ciego. Eso es... Ciego como un murciélago. Todo el mundo está ciego. Menos usted. ¿Por qué no está usted ciego?

—No sé — le dije.

—Fué ese maldito cometa. Eso tuvo la culpa. Estrellas volantes verdes... y ahora todos estamos ciegos. ¿Vió usted las estrellas verdes?

—No — admití.

—Eso es. Eso lo prueba. Usted no las vió: usted no está ciego. Todos los demás las vieron — hizo un gesto con el brazo — y todos están ciegos. ¡Maldito cometa!

—¿Están todos ciegos? — repetí. —Eso es. Todos. Probablemente todo el mundo... menos usted — añadió después de meditar un momento.

—¿Cómo lo sabe? — pregunté. —Es fácil. ¡Oiga! — dijo.

Estábamos de pie, uno al lado del otro, apoyados en el mostrador, y escuchamos. No se oía nada... nada excepto el crujido de un sucio papel de diario que el viento arrastraba en la calle desierta.

—¿Comprende lo que quiero decir? Está claro — dijo el hombre.

—Sí — respondí —, comprendo. Decidí que tenía que irme. No sabía adónde. Pero tenía que averiguar algo más sobre lo que estaba pasando.

—¿Es usted el patrón? — le pregunté. —¿Y si lo fuera? — respondió como si se defendiera.

—Tengo que pagar a alguien por tres coñacs dobles.

—Ah... Olvídese de eso. — Pero... —

—Olvídese, le digo. ¿Sabe por qué? Porque, ¿de qué sirve el dinero a un hombre muerto? Y eso es lo que soy... o es como si lo fuera. Sólo necesito unos tragos más.

Parecía un individuo muy robusto, y se lo dije.

—¿De qué sirve vivir ciego? — preguntó agresivamente—. Eso decía mi mujer. Y tenía razón, pero ella tenía más coraje que yo. ¿Sabe qué hizo cuando descubrió que también los chicos estaban ciegos? Los metió en la cama con ella y abrió la llave del gas. Eso hizo. Y yo no tuve el valor de quedarme junto a ellos. ¡Tenía coraje mi mujer, mucho más coraje que yo! Pero pronto lo tendré. Iré a reunirme con ellos... cuando esté bastante borracho.

¿Qué podía decir? Lo que yo podía decir no tenía sentido; sólo servía para ponerlo de mal humor. Finalmente fue a tuestas hasta la escalera y desapare-

II. LA APARICION DE LOS TRIFIDOS

ESTE es un relato personal. Hablo en él de muchas cosas desaparecidas para siempre, pero no puedo narrarlas si no es empleando las palabras que usábamos para nombrar esas cosas desvanecidas. Para que el escenario sea inteligible tendré que empezar todavía más atrás que el punto en donde he iniciado el relato.

Cuando yo, William Masen, era niño, mi padre, mi madre y yo vivíamos en un suburbio del Sur de Londres. Teníamos una pequeña casa que mi padre mantenía concurriendo diariamente a su escritorio en el Departamento de la Deuda Interna; la casa poseía un jardincito del que nos ocupábamos en el verano.

Nada nos distinguía de los diez o doce millones de personas que vivían esos días en los alrededores de Londres.

Mi padre era una de esas personas que, a pesar del absurdo sistema de medidas que imperaba entonces, podía sumar una columna de números con una mirada; por lo tanto, era natural que pensara hacerme contador público. Mi incapacidad para hacer que cualquier columna de números produzca dos veces consecutivas el mismo resultado al ser sumada, fué un misterio y una desilusión para él. Y, sin embargo, así era: un hecho inevitable. Cada uno de los sucesivos maestros que intentaron enseñarme que las respuestas matemáticas son lógicas, y no una forma de inspiración esotérica, se vieron obligados a reconocer que yo no tenía capacidad para los números. Mi padre

ció con la botella en la mano. No intenté detenerlo o seguirlo. Lo miré subir. Después bebí el último trago de coñac y salí a la calle silenciosa.

Leía mis notas escolares con una pesadumbre que me parece injustificada. Creo que su cabeza trabajaba de esta manera: "Incapacidad para los números, por lo tanto inadecuación al mundo financiero, por lo tanto incapacidad de ganar dinero".

—Realmente, no sé qué podremos hacer contigo. ¿Qué quieres ser? — solía preguntarme.

Hasta que tuve trece o catorce años, yo meneaba la cabeza consciente de mi penosa incapacidad, y reconocía que ignoraba cuál sería mi porvenir.

La aparición de los trifidos resolvió el asunto por nosotros. En realidad, hicieron mucho más que eso para mí. Me dieron trabajo y una renta cómoda. También, en varias ocasiones, casi me quitaron la vida. Por otro lado, debo reconocer que también me la preservaron, porque fué un aguijón de trifido lo que me mandó al hospital cuando aparecieron los "restos del cómeta".

EN los libros se ha comentado mucho la súbita aparición de los trifidos lo que me mandó al hospital por generación espontánea, como han supuesto muchas almas ingenuas. Tampoco suponía la mayoría de la gente que los trifidos eran una especie de visita de "preaviso", precursores de lo que habría de venir si el mundo no se portaba mejor. Y sus semillas no flotaban en el espacio como muestra de las horribles formas que la vida podría adoptar en mundos menos favorables.

Yo aprendí más que nadie sobre los trifidos, porque ellos eran mi trabajo, y la firma para la que yo trabajaba estuvo íntima, ya que no gratamente, envuelta en la aparición de los trifidos. Sin embargo, su verdadero origen nunca se ha aclarado. Mi creencia personal, dentro de lo que pueda valer, es que los trifidos eran producto de una serie de ingeniosas mezclas biológicas, probablemente accidentales. Pero ninguna información con suficiente autoridad se publicó nunca por aquellos que estaban especialmente calificados para hacerlo. La razón de esto, indudablemente, debe buscarse en las curiosas condiciones políticas que prevalecían entonces.

Vivíamos en un mundo amplio, y casi toda su extensión era fácilmente accesible. Lo cruzaban caminos, ferrocarriles y líneas de vapores, capaces de transportar a la gente por miles de kilómetros con toda comodidad. Si queríamos viajar más rápidamente y podíamos

pagar el precio, íbamos en aeroplano. No era necesario proveerse de armas o tomar precauciones antes de salir. Se podía ir a cualquier parte sin que nada lo impidiese; sólo había que cumplir con una serie de fórmulas y de regulaciones. Un mundo tan domesticado parece ahora una utopía. Sin embargo, era así en los cinco sextos del globo, aunque en el sextavo restante las cosas fueran algo distintas.

DEBE de ser difícil para los jóvenes que nunca lo han visto imaginar un mundo semejante. Tal vez parezca una edad de oro, aunque no lo fuera exactamente para los que vivíamos en él. O les parecerá tal vez que una tierra tan arreglada y ordenada debía de ser aburrida, aunque en modo alguno lo era. Era un lugar más bien excitante, por lo menos para un hombre de ciencia. Cada año extendíamos un poco más al Norte el límite para el crecimiento de cultivos alimenticios. Los nuevos cam-

Gigantes celestes

NUESTRA galaxia, la Vía Láctea, contiene muchas estrellas de tamaño fenomenal: la más visible es Betelgeuse, en Orión, que podría cubrir nuestro sistema planetario hasta la órbita de Júpiter. Pero recientes estudios indican que las galaxias más próximas a nosotros, las Nubes Magallánicas, están mucho más pobladas por supergigantes que brillan diez mil veces más que el Sol y son por lo menos un millón de veces mayores. En cambio estas estrellas, y en general las Nubes, parecen ser mucho más jóvenes que la Tierra, en opinión del conocido astrónomo Shapley. Recordemos, sin embargo, que las hipótesis y hasta los datos de la Astronomía están pasando por un período revolucionario.

Cóctel de estrellas

LAS estrellas no sólo emiten luz, sino también ondas electromagnéticas más largas, lo cual permite observarlas con antenas de radio, en lugar de telescopios. Este nuevo y poderoso método ha permitido detectar el choque de dos galaxias enteras. Aquí "choque" significa un acercamiento tan grande, que las estrellas de ambas galaxias se han mezclado.

pos producían rápidas cosechas en terrenos que habían sido pantanos o tierras desiertas. Cada estación nuevas franjas de desiertos, antiguos y nuevos, eran reclamadas por el hombre y se cultivaban en ellas pastos o alimentos. Porque la comida era entonces nuestro problema más inmediato, y el desarrollo de los planes de regeneración y el avance de las líneas de cultivo en los mapas eran seguidas con tanta atención como la prestada por la generación anterior a los frentes de batalla.

Indudablemente, el traslado del interés de las espadas a los arados representó un progreso social, pero, al mismo tiempo, fué un error de los optimistas suponer que ello podía significar un cambio en el espíritu humano. El espíritu humano continuó siendo como siempre había sido: el noventa y cinco por ciento de la gente quería vivir en paz y el otro cinco por ciento consideraba las oportunidades que tendrían si se atrevieran a declarar una guerra. Fué sencillamente porque las oportunidades no eran demasiado buenas para nadie que se mantenía la paz en el mundo.

Entretanto, como unos veinticinco millones de nuevas bocas reclamaban alimentación cada año, el problema del aprovisionamiento empeoró y un par de atroces cosechas hicieron comprender la urgencia del problema.

El factor principal para que el cinco por ciento militante pospusiera el fomento de la discordia fueron los satélites. Después de largos estudios, llegó a ser posible lanzar un proyectil lo bastante lejos como para que llegara a recorrer una órbita alrededor de la tierra. Una vez allí el proyectil continuaba girando como una luna en miniatura, inactivo e inocuo, hasta que la presión de un botón lo impulsaba a caer con efecto devastador en un punto determinado.

La consternación pública ante el anuncio de la primera nación que había logrado fabricar un armá satélite fué

enorme. Y esta consternación aumentó por el hecho de que otras naciones, aunque se sabía positivamente que también habían logrado la obtención de satélites, no hicieran un anuncio similar. No era en modo alguno agradable saber que había gran cantidad de amenazas pendientes sobre nuestras cabezas, girando y girando hasta que alguien decidiera hacerlas caer. Sin embargo, la vida debía continuar, y las novedades duran muy poco. Forzosamente nos acostumbramos a la idea. De vez en cuando cundía el pánico cuando había informaciones de que, junto a satélites con explosivos atómicos, había otros que acarrearaban enfermedades para los cultivos o el ganado, polvos radiactivos y nuevas infecciones recientemente descubiertas en los laboratorios. Era difícil decir dónde estaban esas armas. Pero los límites de la locura, especialmente de la locura provocada por el miedo, son también difíciles de establecer.

Finalmente, los Estados Unidos declararon enfáticamente que no controlaban ningún satélite destinado a provocar la guerra biológica. Una o dos naciones menores, que nadie suponía en posesión de satélites, hicieron declaraciones semejantes. Otras potencias mayores no las hicieron. Frente a esta reticencia, la gente empezó a preguntarse por qué los Estados Unidos no habían preparado un arma que otros países estaban dispuestos a utilizar. Después, como por un tácito acuerdo, todos dejaron de referirse a los satélites, y se hizo un gran esfuerzo en distraer la atención pública hacia el tema, no menos importante, de la escasez de alimentos.

El público se enteraba poco de ciertas dificultades que surgían de tiempo en tiempo.

CASI nadie conoció la existencia de un tal Umberto Christóforo Palanguez, por ejemplo. Yo oí hablar de él años más tarde.

Umberto era de mezcla ascendencia latina y aviador por profesión. Un día se presentó en las oficinas de la Compañía Pesquera y Aceitera Artica & Europea con una botellita de pálido aceite rosado.

La Compañía Artica & Europea examinó la muestra. Primeramente descubrieron que no se trataba de un aceite animal, pero no se pudo establecer su origen. La segunda revelación fué que, ante este aceite, los mejores aceites de pescado parecían grasa lubricante.

Alarmada por el efecto que este aceite podría tener en su comercio, la Compañía Artica & Europea citó a Umberto y lo interrogó largamente. Umberto no fué muy comunicativo. Dijo que el aceite provenía de Rusia (que todavía se ocultaba bajo una cortina de sospecha y de misterio) y que, mediante el pago de una enorme suma de dinero, él conseguiría las semillas de la planta productora. Llegaron a un acuerdo y Umberto desapareció.

La Compañía Artica & Europea no relacionó al principio la aparición de los trífidos con Umberto, y la policía de varios países siguió vigilándolo por cuenta de la compañía. Sólo cuando un investigador produjo una muestra de aceite de trífido y lo sometió a la inspección de la compañía, advirtieron que dicha muestra era exactamente de la misma clase que la traída por Umberto, y que eran semillas de trífido las que él había ido a buscar.

Jamás se sabrá con exactitud cuál fué el destino de Umberto. Presumo que su avión estalló en algún punto del Pacífico y cayó hecho trizas. Sea lo que fuere, estoy seguro de que cuando los fragmentos del avión iniciaron su caída hacia el mar, dejaron detrás algo que debió parecer al principio un vapor blanco.

Pero no lo era. Era una nube de semillas, infinitamente livianas hasta en ese aire enrarecido. Millones de semillas de trífido, libres para ser arras-

tradas hacia donde quisieran conducir las los vientos del mundo. . .

Probablemente pasaron semanas, tal vez meses, antes de que descendieran finalmente a la tierra, a muchos miles de kilómetros del lugar de partida.

Repito que todo esto es pura conjetura. Pero no hallo otro modo de explicar cómo esa planta, cuya existencia se pretendía mantener secreta, surgió de pronto en casi todo el globo.

MUY temprano en la vida entré en contacto con un trífido. Uno de los primeros de la localidad creció en nuestro jardín. La planta estaba ya muy desarrollada antes que ninguno de nosotros notara su presencia, porque creció junto con otros matorrales detrás de un cerco destinado a ocultar los desperdicios. No hacía allí ningún daño y no molestaba a nadie. Por eso, cuando al fin la vimos, apenas si la observamos rápidamente para ver cómo se desarrollaba, y la dejamos estar.

Pero un trífido es algo muy curioso, y después de cierto tiempo nos llamó la atención. Siempre hay cosas curiosas en los olvidados rincones de un jardín, pero, de todos modos, no pudimos menos de decirnos que la planta era muy rara.

Ahora, cuando todo el mundo conoce demasiado bien el aspecto de un trífido, es difícil imaginar cuán extraños nos parecían los primeros. Nadie sintió ante ellos ninguna alarma ni tuvo ningún presentimiento. Creo que casi todos pensaron en ellos (si alguna vez pensaron) de manera muy similar a como pensó mi padre.

Lo recuerdo examinando nuestro trífido, bastante intrigado, cuando la planta tendría aproximadamente un año. En casi todos sus detalles era una réplica de un trífido totalmente desarrollado, aunque todavía no tenía nombre y nadie había visto ninguno en todo su desarrollo. Mi padre se inclinó sobre la planta estudiándola con sus anteojos de

aros de carey; tanteó el tallo y sopló suavemente su bigote rojizo, según tenía costumbre de hacer cuando estaba preocupado. Examinó el recto tronco y el macizo de donde surgía. Miró con curiosidad, aunque no con demasiada penetración, las tres pequeñas ramitas desnudas que surgían en línea recta del tallo. Recuerdo también la primera vez que me levantó para que mirara la cónica corola y el enroscado centro. No era muy distinto del centro de otras flores y surgía sobre una materia gomosa en el fondo de la corola. No lo toqué, pero comprendí que era pegajoso porque algunas moscas y otros insectos luchaban allí por desasirse.

Más de una vez mi padre dijo que la planta era muy rara y que convenía averiguar su nombre. No creo que nunca se tomara el trabajo de hacerlo y, en aquel momento, tampoco hubiera averiguado nada.

La planta tenía entonces unos cuatro pies de altura. Probablemente había otras en los alrededores, creciendo tranquila e inofensivamente, sin que nadie les prestara especial atención, por lo menos en apariencia, porque no teníamos noticia de que los botánicos o los biólogos se ocuparan mayormente de ellas. Así, millares de trífidos continuaron creciendo tranquilamente en los más remotos lugares de la tierra.

Poco tiempo después, una de las plantas recogió sus raíces y caminó.

LA cosa aconteció por primera vez en Indochina, lo que significó que apenas se le prestara atención. Indochina es uno de esos lugares remotos en los que se supone puede ocurrir cualquier cosa exótica. De todos modos, en unas pocas semanas empezaron a llegar noticias de plantas andantes de Sumatra, Borneo, el Congo Belga, Colombia, Brasil y otros lugares en las cercanías del Ecuador.

Esta vez la noticia cundió. Pero las manoseadas historias escritas con esa

mezcla de defensiva frivolidad que usan los diarios para hablar de asuntos como las serpientes marinas, los platos voladores, la transmisión del pensamiento y otros fenómenos, hizo que nadie advirtiera que aquellas plantas extrañamente dotadas se parecían a la tranquila y respetable plantita que crecía junto a nuestros desperdicios. Sólo cuando vimos las primeras fotografías comprendimos que la nuestra era exactamente igual, salvo en tamaño.

Los noticieros cinematográficos se ocuparon pronto del asunto. Quizá tomaron algunas fotografías interesantes, pero, según una teoría sustentada por los directores de noticieros, no debe darse al público más que unos escasos segundos de cada tema — excepto cuando se trata de una pelea de boxeo — para evitar que se aburra mortalmente. Por lo tanto, mi primera visión de algo que iba a ser tan importante en mi vida y en la de todos, fué una fotografía metida entre otras dos: la primera, de un concurso de hula-hula en Honolulu, y la segunda, de la primera dama de un país bautizando a un barco de guerra. Vi unos trífidos moviéndose en la pantalla mientras se oían los comentarios usuales en los noticieros:

—Ahora el descubrimiento de nuestro fotógrafo en Ecuador: ¡Vegetales de paseo! Generalmente sólo se ven estas cosas cuando hemos empujado el codo, pero, en el soleado Ecuador, es posible verlas todo el tiempo. ¡Plantas monstruosas en marcha! Esto me da una idea: tal vez si pudiéramos educar a nuestras papas se meterían ellas mismas en la olla. ¿Qué opina, señora?

Durante el corto tiempo que duró la escena yo la miré fascinado: allí estaba nuestra misteriosa planta de los desperdicios, que había alcanzado una altura de más de dos metros. Y uno no podía equivocarse: ¡la cosa *caminaba*!

La raíz, que yo veía por primera vez, estaba cubierta de pequeños pelos. Habría sido casi esférica, de no ser por

tres torpes prolongaciones en la parte inferior. Apoyado en ellas el cuerpo principal, se elevaba como a un pie del suelo.

Cuando "*caminaba*" parecía un hombre que andara en muletas. Dos de las toscas "*piernas*" marchaban adelante, y todo el cuerpo avanzaba mientras la pierna inferior se colocaba casi a nivel con las otras dos; entonces las dos del frente se deslizaban otra vez. A cada paso el largo tallo se balanceaba violentamente a derecha e izquierda: mareaba verlo. Como forma de marcha aquello parecía agotador y torpe, y recordaba el juego de los elefantes jóvenes. Se sentía que, en caso de continuar marchando en esa forma, la planta perdería todas las hojas o se quebraría el tallo. Sin embargo, y aunque pareciera increíble, avanzaba a la velocidad normal del paso de un hombre.

Esto fué todo lo que pude ver antes de la escena del acorazado. No era mucho, pero bastaba para despertar la curiosidad de un muchacho. Si aquella planta en el Ecuador podía hacer algo semejante, ¿por qué no podría hacerlo también la planta de nuestro jardín? Es verdad que la nuestra era más pequeña, pero el aspecto era el mismo...

Diez minutos después de llegar a casa cavé alrededor de nuestro trífido y nivelé la tierra retirada para animarlo a "*caminar*".

Desgraciadamente, había un aspecto de esta planta andante que la gente del noticiero se había guardado de revelar. No tuve tampoco ningún presentimiento. Estaba inclinado, procurando retirar la tierra sin dañar a la planta, cuando algo surgido de no sabía dónde me dió un terrible golpe y me desmayó.

ME desperté en cama, rodeado por mi padre, mi madre y el médico, que me miraban ansiosamente. Sentía como si me hubieran abierto la cabeza. Tenía dolores en todo el cuerpo y, se-

gún descubrí más tarde, un lado de mi cara estaba decorado con una mancha roja. Fueron inútiles las preguntas que me dirigieron para saber qué había pasado: yo no tenía la más remota idea de cómo me habían herido. Y pasó algún tiempo antes de que descubriera que yo debía de haber sido en Inglaterra, una de las primeras personas que fué atacada por un trífido y que sobrevivió a ello. El trífido, naturalmente, no estaba desarrollado. Pero, antes de que me recobrara, mi padre descubrió indudablemente lo ocurrido, y cuando pude bajar otra vez al jardín comprobé que se había vengado de nuestro trífido y había arrojado los restos al fuego.

AHORA que las plantas andantes eran un hecho establecido, la prensa perdió su primitiva reticencia y las llenó de publicidad. Se trataba de encontrarles un nombre. Los botánicos se sumergían en palabras griegas y latinas, pero los periódicos y el público deseaba algo fácil de pronunciar y no muy complicado para los grandes titulares de imprenta. Los diarios de la época estaban llenos de referencias a: *trichotes*, *trigonos*, *trilogos*, *tripedos*, *triquetes*, etc.

Había discusiones públicas y privadas en las que se defendían términos casi científicos, pero, gradualmente, una palabra empezó a predominar. Fué un nombre atractivo, originado en la oficina de algún periódico para nombrar una curiosidad, pero destinado un día a estar asociado con el dolor, el miedo y la miseria: *trífido*...

Pronto se apaciguó el primer interés del público. Es verdad que los trífidos eran un poco siniestros, mas esto ocurría, principalmente, porque se trataba de una novedad. La gente había experimentado lo mismo ante otras novedades del pasado: canguros, lagartos gigantes y cisnes negros. ¿Eran, acaso, los trífidos más curiosos que otras cosas?

El murciélago es un mamífero que vuela, ésta era una planta que caminaba... ¿Qué había de extraño en ello?

Sin embargo, algunas cosas referentes a los trífidos no eran tan fáciles de olvidar. De su origen no se sabía nada. Hasta los que habían conocido a Umberto no relacionaron a los trífidos con él. La súbita aparición de las plantas y su amplia distribución provocó intrigadas conjeturas. Porque, aunque se desarrollaba más rápidamente en los trópicos, se informó que existían especímenes en casi todas las regiones del globo, exceptuando los desiertos y los círculos polares.

La gente quedó sorprendida y un poco asqueada al enterarse de que los trífidos eran carnívoros y que las moscas y otros insectos atrapados en las corolas eran digeridos por la pegajosa sustancia allí alojada. Nosotros, los de las zonas templadas, no ignorábamos la existencia de plantas carnívoras, pero resultaba difícil imaginarlas fuera de los invernaderos, y tendíamos a considerarlas levemente indecentes o, por lo menos, indecorosas. Fué especialmente alarmante el descubrimiento de que el enroscado peciolo de la flor podía lanzar un aguijón de diez pies de largo, capaz de descargar un veneno bastante poderoso como para matar a un hombre si golpeaba sobre la piel desnuda.

En cuanto se hizo este descubrimiento hubo una furiosa destrucción de trífidos en todas partes, hasta que a alguien se le ocurrió que, para hacerlos inofensivos, bastaba con quitarles el aguijón. Entonces decreció el ataque histérico contra las plantas, que quedaron, con todo, muy mermadas. Un poco después se puso de moda tener uno o dos trífidos convenientemente podados en los jardines. Se descubrió que el aguijón tardaba unos dos años en volver a crecer, de manera que una poda anual aseguraba contra cualquier eventual peligro, y los trífidos eran una diversión mayúscula para los niños.

En las zonas templadas el hombre ha logrado dominar varias manifestaciones de la naturaleza — exceptuando su propia naturaleza —, y sojuzgar a los trífidos fué, naturalmente, fácil. Pero en los trópicos, sobre todo en las densas zonas forestales, se convirtieron en una plaga.

Era fácil que el viajero no advirtiera un trífido entre los matorrales y los pastos, y, cuando aquél ya estaba cerca, el venenoso aguijón golpeaba. Hasta para los habitantes de esos lugares era dificultoso distinguir a un trífido oculto entre las malezas. Las plantas parecían siniestramente sensibles a cualquier movimiento cercano a ellas y muy raramente se las encontraba desprevenidas.

Los trífidos se convirtieron en un serio problema en algunas regiones. El método más seguro de defensa era disparar un tiro a la corola, destruyendo así conjuntamente el aguijón. Los nativos acostumbraban a llevar largos paños provistos de cuchillos curvos, que podían usar muy efectivamente si lograban dar el primer golpe, pero que eran inútiles si el trífido tenía ocasión de avanzar, ampliando de ese modo su radio de acción. Rápidamente, sin embargo, se inventaron revólveres de varios tipos. Algunos arrojaban discos de acero o "boomerangs", capaces de descabezar a un trífido a veinticinco metros, si daban en el blanco. Esta invención agradó a las autoridades — a quienes siempre ha desagradado el uso indiscriminado de armas — y a la gente, que descubrió que los proyectiles de acero eran más baratos y más livianos que los cartuchos, y admirablemente adaptables al bandillaje secreto.

En todas partes se hicieron investigaciones concernientes a la naturaleza, las costumbres y la constitución de los trífidos. Algunos experimentadores de terminaron, en interés de la ciencia, cuán lejos y cuánto tiempo podían caminar; si los trífidos tenían un frente

propiamente dicho o si podían andar con torpeza en cualquier dirección; cuánto tiempo debían permanecer con las raíces en el suelo; qué reacciones ofrecían ante la presencia de diversos productos químicos en la tierra, y muchas otras cosas.

El ejemplar más grande encontrado en los trópicos tenía casi dos metros y medio de alto. Nunca se vió un ejemplar europeo de más de dos metros veinte, y la mayoría tendría aproximadamente dos metros. Parecían adaptarse con facilidad a cualquier clima o suelo. Carecían de enemigos naturales, excepto el hombre.

Pero existían otras características no tan obvias que por algún tiempo escaparon a la observación. Nadie, por ejemplo, advirtió al principio la siniestra puntería de sus aguijones, y que casi siempre golpeaban en la cabeza. Tampoco nadie prestó atención a la costumbre que tenían de aguardar cerca de sus víctimas. El motivo de esta actitud se hizo clara cuando se supo que se alimentaban de carne de animales mayores lo mismo que de insectos. El aguijón no tenía fuerza para desgarrar la carne, pero podía arrancar trozos de carroña y llevarlos hasta la corola.

Tampoco despertaron mayor interés las tres ramitas sin hojas en la base de la corola. Hubo una ligera idea de que tenían algo que ver con el sistema reproductivo, ese sistema que parece explicar todas las partes de propósito dudoso en el mundo vegetal. Se supuso, por lo tanto, que la característica de estas ramitas, que consistía en perder de pronto la inmovilidad y frotarse rápidamente contra el tallo, era una extraña manifestación de la exuberancia amorosa de los trífidos.

PROBABLEMENTE la incómoda distinción de ser agredido tan pronto por un trífido estimuló mi interés, porque desde entonces pareció que un

vínculo se establecía entre ellos y yo. Perdí mucho tiempo estudiándolos, fascinado.

Más tarde este tiempo perdido resultó mejor empleado de lo que sospechaba porque, poco después de terminar mis estudios, la Compañía Aceitera y Pesquera Artica & Europea se reconstituyó abandonando la palabra "pesquera". El público se enteró de que la Compañía y otras compañías similares en otros países iban a dedicarse al cultivo de trífidos en gran escala, con el fin de extraer los valiosos aceites y jugos y obtener grandes cantidades de aceites nutritivos para la cría del ganado. Por lo tanto, de la noche a la mañana los trífidos se convirtieron en el gran negocio.

Inmediatamente decidí mi futuro. Me presenté en la Compañía Artica & Europea, donde conseguí empleo en el Departamento de Producción. La desaprobación de mi padre cedió un poco cuando se enteró del sueldo que iban a pagarme, que era bastante bueno para un muchacho de mi edad. Pero cuando hablé con entusiasmo del futuro él resopló dudoso entre sus bigotes. El creía únicamente en el tipo de trabajo amparado por una larga tradición, pero me dejó hacer lo que me daba la gana.

—Después de todo, si la cosa fracasa, siempre serás lo bastante joven como para iniciar otra cosa — me dijo.

Esto no fué necesario. Antes que él y mi madre murieran juntos en un accidente de ómnibus aéreo cinco años antes, todas las nuevas compañías desplazaron a los viejos productores de aceite, y los que habíamos entrado en el negocio desde el principio teníamos asegurada una muy buena posición.

Uno de estos primeros empleados fué mi amigo Walter Lucknor.

AL principio tuvieron algunas dudas antes de emplear a Walter. El entendía muy poco de agricultura, me-

nos de negocios y carecía de calificaciones para el estudio de laboratorio. Por otra parte, sabía mucho acerca de los trífidos: tenía una especie de intuición sobre ellos.

No sé qué le sucedió a Walter aquel fatal día del mes de mayo años después, aunque pueda suponerlo. Es una pena que no haya escapado. Su presencia hubiera sido inmensamente valiosa más tarde. No creo que nadie entienda realmente a los trífidos, o que nadie los entienda nunca, pero Walter estuvo más cerca que nadie de entenderlos.

Hacia un año o dos que trabajábamos juntos cuando me sorprendió por primera vez.

Era la hora del crepúsculo. Acabábamos de terminar el trabajo del día y mirábamos con satisfacción tres nuevos campos de trífidos recién crecidos. En esos días no los cercábamos sencillamente como se hizo más tarde. Estaban colocados en hileras en los campos o, por lo menos, los postes de acero en que los sujetábamos se hallaban dispuestos en línea recta, porque las plantas seguían diversas inclinaciones. Calculábamos que en otros meses aproximadamente podríamos extraerles el jugo. La tarde era tranquila; el único sonido que la quebraba era el ocasional crujido de las pequeñas ramitas de los trífidos frotándose contra el tallo. Walter los miraba con la cabeza levemente ladeada. Sacó la pipa de su boca.

—Están muy conversadores esta noche —dijo.

Como es natural, creí que se expresaba metafóricamente.

—Tal vez sea el tiempo —sugerí—. Me parece que lo hacen con más frecuencia cuando hay tiempo seco.

El me miró de soslayo y sonrió.

—¿Hablan más en tiempo seco?

—¿Cómo...? —empecé a decir, pero me interrumpí—. ¿No creas que realmente están hablando? —pregunté

observando la expresión de su rostro.

—¿Por qué no?

—¡Es absurdo! ¡Plantas que hablan!

—¿Es mucho menos absurdo que las plantas caminen? —preguntó.

Miré hacia los trífidos y después volví a mirar a Walter.

—Nunca supuse... —empecé a decir vacilante.

—Piensa un poco y vigílalos... Me interesaría saber a qué conclusiones llegas —dijo.

Es raro que, en todos mis tratos con los trífidos, jamás se me hubiera ocurrido esa posibilidad. Pero, una vez que se presentó la idea, no la rechacé. No podía evitar suponer que, posiblemente, se enviaban mensajes secretos entre ellos.

Yo suponía conocer bien a los trífidos, pero cuando Walter hablaba sobre ellos, yo comprendía que ignoraba absolutamente todo. El podía, cuando estaba en vena, hablar horas sobre los trífidos, lanzando teorías que unas veces parecían locas y otras imposibles.

El público había cesado por aquel entonces de interesarse en los trífidos: la gente los encontraba torpemente divertidos, pero no muy interesantes. Pero la Compañía no perdía interés en ellos. Se consideraba que su existencia era una afortunada casualidad para todos, y especialmente para la Compañía. Walter no compartía ningún punto de vista. Oyéndolo, yo también llegué a tener frecuentes pensamientos.

El estaba seguro de que "hablaban".

—Y eso —argumentaba— quiere decir que, de algún modo, poseen cierta inteligencia. No puede estar situada en el cerebro porque la disección nos ha mostrado que no tienen nada que se parezca a un cerebro... Pero nada demuestra tampoco que algo en ellos no haga las veces de cerebro.

—Y también hay cierta inteligencia. ¿Te has fijado que, cuando atacan, siempre se dirigen a las partes

no resguardadas? Siempre a la cabeza y algunas veces a las manos. Y otra cosa: si examinas la estadística de víctimas, verás la gran proporción de los que han sido golpeados entre los ojos y cegados. Es muy notable y significativo.

—¿Significativo de qué? —pregunté.

—De que saben cuál es la mejor manera de imposibilitar a un hombre... En otras palabras, de que saben lo que están haciendo. Consideremos que poseen inteligencia: esto nos deja con una sola superioridad sobre ellos: la vista. Nosotros podemos ver y ellos no. Ciegos, nuestra superioridad desaparecería. Más aún: nuestra posición sería inferior a la de ellos, porque ellos están adaptados a una existencia ciega y nosotros no.

—Pero aun en ese caso, ellos no pueden hacer cosas. Tienen muy poca fuerza en el aguijón —señalé.

—Así es, pero, ¿de qué serviría nuestra habilidad para manejar las manos si no pudiéramos ver las cosas? De todos modos, ellos no necesitan manejar cosas, al menos de la manera que lo hacemos nosotros. Ellos pueden alimentarse directamente del suelo, de los insectos o de trozos de carne cruda. Ellos no tienen que seguir todo el complicado proceso de los cultivos, de la distribución, de la cocina. Si se tratara de medir la capacidad de supervivencia entre un trífido y un hombre ciego, yo sé a cuál de los dos apostaría.

—Estás suponiendo una inteligencia igual —dije.

—En modo alguno. No es necesario. Probablemente poseen una inteligencia de otro tipo, porque sus necesidades son más simples. Piensa en los complicados procesos a que debemos someter a los trífidos para aprovecharlos en un extracto asimilable. Ahora piensa lo opuesto. ¿Qué necesita un trífido? Herimos, esperar algunos días y empezar a asimilarnos.

ERA capaz de hablar así horas enteras, hasta que, escuchándolo, yo perdía el sentido de las proporciones y llegaba a pensar en los trífidos como en posibles competidores. Walter no pretendía otra cosa. Había pensado escribir un libro al respecto cuando hubiera acumulado suficiente material.

—¿Pensado? —pregunté—. ¿Por qué no lo haces?

—Por esto —extendió el brazo señalando la granja—. Hay muchos intereses invertidos ahora. No sería conveniente que nadie viniera con ideas inquietantes al respecto. Y, de todos modos, tenemos a los trífidos bien controlados, todo es una discusión académica y no vale la pena comenzarla.

—Nunca se puede saber nada contigo —repuse—; nunca sé hasta qué punto te dejas llevar por la imaginación. ¿Realmente crees que el asunto ofrece algún peligro?

Dió unas pitadas y respondió:

—Yo mismo no estoy muy seguro. Pero una cosa sí sé: podrían ser peligrosos. Te diría más si pudiera entender sus comunicaciones. Están allí y nadie piensa en ellos más que en unos repollos y, sin embargo, siempre se comunican entre sí. ¿Por qué? ¿Qué se dicen? Eso quisiera saber.

Creo que Walter jamás mencionó sus ideas a nadie más, y yo las guardé secretamente, en parte porque dudaba de encontrar a alguien menos escéptico que yo, y, en parte, porque no era conveniente que la compañía se enterara de nuestras ideas.

DURANTE uno o dos años trabajamos juntos. Pero, con la apertura de nuevas granjas y la necesidad de estudiar métodos en el extranjero, yo empecé a viajar. Walter entró finalmente en los laboratorios. A él le agradaba hacer experimentos por su cuenta, al mismo tiempo que trabajaba para la compañía. De vez en cuando yo lo visitaba. Sus continuas

experiencias con trífidos no habían servido para aclarar mayormente sus ideas. Había probado, al menos para satisfacción propia, que los trífidos poseían cierta inteligencia. Seguía convencido de que el frotamiento de las ramitas era una forma de comunicación. Para el público había llegado a demostrar que las ramitas eran algo más de lo que parecían y que un trífido desprovisto de ellas se deterioraba gradualmente. También había establecido que el grado de infertilidad de las semillas de trífidos era del 95 por ciento.

—Y esto es una cosa muy buena — indicó—. Si todos germinaran, bien pronto sólo habría lugar para los trífidos en este planeta.

También estuve de acuerdo con esto. El tiempo de la floración en los trífidos era todo un espectáculo. La oscura corola brillaba y se dilataba, llegando al tamaño de una gran manzana. Cuando estallaba podía oírse el ruido a veinte metros de distancia. Las semillas blancas flotaban en el aire como un vapor y eran arrastradas por las brisas más leves. Un campo de trífidos en agosto daba la sensación de una especie de bombardeo.

Walter descubrió también que la calidad de los extractos obtenidos mejoraba si los trífidos conservaban su aguijón. Por lo tanto, la práctica de mutilarlos cesó en las granjas, y tuvimos que usar ropa y máscaras protectoras al trabajar con las plantas.

III. LA CIUDAD A TIENTAS

LA puerta del bar quedó agitando detrás de mí cuando me dirigí a la esquina de la calle principal. Allí me detuve.

No tenía ningún plan y, aunque

Cuando ocurrió el accidente que me mandó al hospital yo estaba trabajando con Walter. Examinábamos algunos ejemplares que presentaban desviaciones curiosas. Ambos llevábamos máscaras protectoras de metal y yo ignoro exactamente lo que ocurrió. Lo único que sé es que, al inclinarme, un aguijón golpeó violentamente los alambres de mi máscara. En noventa y nueve casos de cada cien el golpe no hubiera importado: las máscaras estaban destinadas precisamente a protegernos de ello. Pero este golpe fué tan violento que algunas de las bolitas de veneno se abrieron y unas gotas penetraron en mis ojos.

Walter me llevó al laboratorio y me administró un antídoto en pocos segundos. Fué gracias a su rápida intervención que pude salvar la vista. Con todo, aquello significó una semana en la oscuridad.

Cuando estuve en el hospital decidí que, si conservaba la vista, no bajaría más con los trífidos. Yo había desarrollado una considerable resistencia al veneno desde la primera vez que fuí herido, en el jardín. Había recibido, sin demasiado daño, aguijonzos que hubieran dejado muerto a un hombre no experimentado. Pero aquello me sirvió de lección.

Medité largas horas, en la oscuridad, a qué actividad me dedicaría en el futuro. Considerando lo que el destino nos deparaba, mis preocupaciones no podían ser más ociosas.

empezaba a comprender que lo que había ocurrido era una catástrofe general, me sentía demasiado aturdido para razonar. ¿Qué podía hacerse ante una cosa de tal magnitud? Me sentí

perdido, desolado, y mi existencia parecía irreal, como si estuviera fuera de mí mismo. En ninguna parte se veía tránsito ni se oía nada. Las únicas señales de vida las daban algunas personas dispersas, tanteando su camino a lo largo de las casas.

Era un perfecto día de principios de verano. El sol surgía en un cielo profundamente azul, con nubecillas blancas. Todo era claro y fresco, exceptuando una columna de grasiento humo que se elevaba detrás de las casas, hacia el norte.

Permanecí allí indeciso algunos minutos. Después me dirigí hacia el centro de la ciudad.

Hasta ahora no puedo explicar por qué hice esto. Tal vez fué el instinto de buscar lugares conocidos, o, tal vez, imaginé que, en caso de haber alguna autoridad, allí la encontraría.

El coñac me había dado más hambre que nunca, pero el problema de alimentarse no era tan fácil como yo había supuesto. Y, sin embargo, allí

estaban las tiendas, vacías y sin vigilancia, con comida en las vidrieras... y del otro lado estaba yo, hambriento y con medios para pagar. Por otra parte, si no quería pagar, bastaba con romper una vidriera y elegir lo que me diera la gana.

Pero era difícil decidirse a hacer aquello. Yo no estaba todavía dispuesto a aceptar, después de casi treinta años de una existencia respetable y sometida a leyes, que todo hubiese cambiado de manera tan fundamental. Estaba también el sentimiento de que, mientras yo no cambiara, las cosas, de algún modo, volverían a ser normales. Absurdamente me parecía que, en el momento que me apoderara de algo sin pagar, el orden quedaría abolido para siempre; yo me convertiría en un ladrón, un saqueador, viviendo sobre el cuerpo muerto del sistema que me había alimentado. ¡Tonterías de sensibilidad en un mundo deshecho! Y, sin embargo, todavía me causa placer recordar

Platos eliminados de la lista

HACE pocos meses se informó que en el Aeródromo Nacional de Washington los radares habían detectado "platos voladores". Los periódicos protestaron porque ningún avión salió a perseguirlos; pero es que poco antes se había aceptado la explicación dada por el profesor Menzel a estos misteriosos fenómenos. No son aeronaves de otros mundos, ni se deben a histeria colectiva. Son "espejismos aéreos", falsas imágenes de cualquier luz fuerte (la del Sol, por ejemplo), debidas a la existencia de muchas capas de aire caliente y frío, que provocan complicados fenómenos de refracción. Y estos espejismos también ocurren con las ondas del radar. No parece, sin embargo, que esta explicación haya disminuido el interés por los sabrosos (periodísticamente) platos.

¿Por qué se ven más platos voladores los martes? Porque el martes es día de lavado, explica una conocida revista médica inglesa. Debido a que ahora muchas amas de casa usan detergentes en su lavado, los tanques donde se recogen las aguas cloacales tienen a veces capas de espuma de dos metros de espesor. Un viento fuerte puede llevarse entera esa capa de espuma, que en el aire tendrá el aspecto exacto de un plato volador. En fin, cosas más raras se han visto...

que la civilización no desapareció en mí bruscamente y que, por lo menos durante cierto tiempo, vi vidrieras donde se me hacía agua la boca sin que mis convenciones me permitieran saciar el hambre.

El problema se solucionó cuando había recorrido casi un kilómetro. Un taxi, después de subir a la vereda, terminó con el radiador enterrado en la vidriera de una rotisería. Esto no era como romper yo mismo la vidriera. Me apoderé así de un buen almuerzo. Pero, aun entonces, experimenté la fuerza de las viejas convenciones: con toda conciencia dejé sobre el mostrador una buena cantidad de dinero por las cosas que llevaba.

Casi enfrente había un jardín. Probablemente había sido el viejo cementerio de una iglesia. Las antiguas piedras habían sido colocadas contra la pared de ladrillos y el espacio abierto estaba lleno de pasto y senderos de gramilla. Era muy agradable bajo las hojas nuevas de los árboles y ocupé uno de los bancos para almorzar.

El lugar era tranquilo y retirado. Nadie más entró en el jardín, aunque ocasionalmente una figura pasaba frente a la verja de entrada. Arroje algunas migajas a los gorriones, los primeros pájaros que veía en el día, y me sentí mejor al ver su indiferencia ante la calamidad.

Cuando terminé de comer encendí un cigarrillo. Mientras fumaba, meditando qué podía hacer y adónde ir, el silencio fué quebrado por el sonido de un piano desde un edificio de departamentos situado junto al jardín. Después una voz de muchacha cantó. Las palabras de la canción eran de una balada de Byron.

Escuché, contemplando el dibujo de las tiernas y frescas hojas contra el cielo azul. La canción terminó. Las notas del piano murieron a lo lejos. Entonces oí sollozar. Sin pasión: era un sollozo suave, desesperado, un so-

llozo de abandono y de angustia. No sé si era la muchacha que había cantado u otra quien sollozaba en esa forma. Pero no pude soportar más. Regresé a la calle y, por un rato, mis ojos permanecieron húmedos.

HASTA la esquina de Hyde Park estaba desierta. Había algunos autos y camiones abandonados en las calles. Un ómnibus había atravesado un sendero y se había detenido en Green Park; un caballo, todavía con los arneses puestos, yacía junto a la estatua contra la cual se había roto la cabeza. El único movimiento provenía de algunos hombres y unas pocas mujeres que tanteaban cuidadosamente el camino, siguiendo los alambrados y tendiendo los brazos al frente para protegerse donde no los había. También, un poco inesperadamente, uno o dos gatos. Sus presas eran escasas en la siniestra tranquilidad: los gorriones eran pocos y las palomas habían desaparecido.

Siempre atraído por el viejo centro de las cosas marché hacia Piccadilly. Me dirigía en aquella dirección cuando oí un nuevo ruido, un golpeteo continuo que se acercaba. Mirando en dirección a Park Lane vi a un hombre discretamente vestido que caminaba rápidamente hacia mí, mientras golpeaba la pared a su lado con un bastón. Al oír mis pasos se detuvo.

—No tema —dije—, venga.

Sentí alivió al verlo. Era, por así decirlo, un ciego normal. Sus oscuros anteojos eran mucho menos inquietantes que la mirada fija en los inútiles ojos de los otros.

—Quédese entonces quieto —dijo—, ya he sido atropellado hoy por un increíble número de idiotas. ¿Qué diablos ha pasado? ¿Por qué está todo tan tranquilo? Sé que no es de noche... Puedo sentir el sol. ¿Qué les ha pasado a todos?

Le expliqué lo que sabía.

Cuando terminé de hablar, él guardó silencio unos momentos, después tuvo una risa breve y amarga.

—Bueno —dijo—, ahora necesitarán para ellos mismos toda su maldita compasión.

Y se irguió, casi desafiante.

—Gracias. Buena suerte —me dijo y se alejó, con exagerado aire de independencia. El sonido de su bastón, golpeando certera y confiadamente, se perdió a lo lejos.

EN Piccadilly podía verse un poco más de gente, y caminé entre los vehículos que obstruían la calle. Allí mi presencia molestaba menos a los que buscaban su camino tanteando contra los edificios, porque, cada vez que oían pasos, se detenían temiendo un choque. Estos choques ocurrían en toda la calle, pero uno me pareció significativo. Los protagonistas venían tanteando una vidriera en direcciones opuestas hasta que se dieron un encontronazo. Uno de ellos era un joven bien vestido, pero con una corbata evidentemente elegida al azar. La otra era una mujer que llevaba consigo una niña. La niña dijo algo ininteligible. El joven se detuvo bruscamente.

—Un momento —dijo—. ¿Puede ver su chico?

—Sí —contestó la mujer—. Pero yo estoy ciega.

El joven se volvió. Apoyó un dedo contra la vidriera, y señaló algo.

—Veamos, querido, ¿qué ves aquí? —preguntó.

—No soy un chico —protestó la niña.

—Vamos, Mary, contesta al señor —dijo la madre.

—Unas bonitas señoras —dijo la niña.

El joven tomó a la mujer del brazo y la arrastró hasta otra vidriera.

—¿Y qué ves aquí? —preguntó.

—Manzanas e higos —dijo la niña.

—Espléndido —dijo el joven.

Se quitó el zapato y golpeó la vidriera con el taco. El ruido resonó en toda la calle. Volvió a calzarse, metió el brazo cuidadosamente por la abertura del vidrio y tanteó hasta encontrar un par de naranjas. Dió una a la mujer y otra a la niña. Después tanteó de nuevo, encontró otra para él y empezó a pelarla. La mujer sostenía indecisa su naranja.

—Pero... —empezó a decir.

—¿Qué pasa? ¿No le gustan las naranjas? —preguntó el joven.

—Pero esto no está bien. No podemos tomarlas así.

—¿Y de qué otra manera cree poder alimentarse? —inquirió el joven.

—Supongo... Bueno, no lo sé —reconoció la mujer, vacilante.

—Así es. Y esta es la respuesta. Cómalas ahora y después iremos a buscar algo más sustancioso.

—De todos modos no está bien —dijo ella, pero su tono era menos convencido.

PICADILLY Circus era uno de los lugares más populosos que he conocido. Parecía repleto, aunque sólo habría allí un centenar de personas. La mayoría llevaba ropas extravagantemente combinadas y marchaba como en un sueño. Ocasionalmente algún tropezón hacía estallar palabrotas que expresaban una ira inútil... Era alarmante escucharlas, porque parecían proferidas por un niño asustado y enojado. Pero, en general, había poca conversación y menos ruido. Parecía que la ceguera hubiera encerrado a la gente en sí misma.

La única excepción era un hombre alto, maduro y flaco, con recia pelambre gris, que hablaba enfáticamente del arrepentimiento, de la ira de Dios y de terribles castigos para los pecadores. Nadie le prestaba atención:

para la mayoría el día de la ira de Dios había llegado ya.

Después, a la distancia, se oyó un ruido que llamó la atención a todos. Se aproximaba un coro cantando:

"Cuando muera no me entierres, pon mis huesos en alcohol".

Siniestra y desentonada, la canción se deslizaba por las calles vacías, con un penoso eco. Todas las cabezas se volvían a derecha e izquierda, procurando adivinar la dirección del canto. El profeta de la condenación elevó su voz contra esta competencia. La canción, más desafinada que nunca, gemía ya cercana:

"Si mis pies y mi cabeza de licor
estarán mojados,
mis huesos alcoholizados muy bien se
conservarán".

Desde donde me encontraba pude ver una larga fila de gente marchando en dirección a Piccadilly Circus. El segundo hombre apoyaba las manos en los hombros del primero, el tercero sobre los del segundo y así sucesivamente hasta formar una fila de veinticinco o treinta personas.

Marcharon firmemente hasta llegar al centro mismo de Piccadilly; entonces el jefe alzó la voz. Era una voz considerable, digna de comandar un regimiento:

—¡Compañía... FIRMES!

Todas las personas que ocupaban Piccadilly Circus quedaron inmóviles, con la cara vuelta hacia donde oían la voz, tratando todos de adivinar de qué se trataba. El jefe alzó otra vez el tono e imitó a los guías profesionales:

—Estamos aquí, señores, en el mismo maldito Piccadilly Circus. El Centro del mundo. El ombligo del universo. Donde hay vino, mujeres y canto.

No era ciego, en modo alguno. Sus ojos recorrían todo, se enteraban de lo que pasaba. Quizás su vista se ha-

bía salvado casualmente, como la mía, pero estaba muy borracho, al igual que todos los que lo acompañaban.

—Y nosotros también tendremos eso —añadió—. Próxima parada: el bien conocido Café Royal... y todas las bebidas de la casa.

—¿Y qué hay con las mujeres? —preguntó una voz y se oyó una risa.

—¡Oh, mujeres! ¿Es eso lo que desean? —preguntó el jefe.

Dió un paso y tomó a una muchacha del brazo. La muchacha gritó, pero el hombre no prestó atención a ello.

—Ahí tienes, compañero. Y no dirás que te trato mal. Es una muchacha preciosa, si es que eso hace alguna diferencia para ti.

—¿Y yo? —preguntó otro hombre.

—¿Tú, camarada? Veamos. ¿Prefieres rubia o morena?

Considerando más tarde la cuestión, creo que me porté como un tonto. Mi cabeza estaba todavía llena de las convenciones que, ya no tenían aplicación. No se me ocurrió pensar que cualquier muchacha adoptada por este grupo tendría más posibilidades de subsistir que abandonada a su propia suerte. Lleno de una mezcla de heroísmo escolar y de nobles sentimientos, me abrí paso. El hombre no me vió venir hasta que estuve muy cerca y entonces lancé un golpe a su mandíbula. Pero, desgraciadamente, él procedió con más rapidez...

CUANDO volví a interesarme en lo que me rodeaba me encontré acostado en la calle. El ruido del grupo se perdía a la distancia, y el profeta de la condenación, con renovada elocuencia, lanzaba anatemas infernales.

Una vez que me repuse un poco me alegré de que el asunto no hubiera sido peor. Si todo hubiera ocurrido a la inversa, yo no hubiera podido menos de hacerme responsable por los hombres que mi antagonista guiaba. Después

de todo, y aunque uno protestara contra sus métodos, él era los ojos del grupo, y ellos contaban con él tanto para la bebida como para la comida. Y las mujeres se unirían con ellos por su propia cuenta cuando estuvieran bastante hambrientas. En realidad, parecía que mi suerte había dispuesto que yo no tuviera el honor de ser jefe de aquel grupo.

Recordando que se dirigían al Café Royal, decidí recobrar en el Regent Palace Hotel. Otros tuvieron la misma idea antes que yo, pero vi gran cantidad de botellas que todavía no habían sido destapadas.

Creo que fué mientras fumaba tranquilamente un cigarrillo, frente a un buen coñac, que empecé a comprender que todo lo que había visto era real y decisivo. Nunca más podríamos volver atrás. Esto era el fin de todo lo que yo conociera anteriormente...

Tal vez había necesitado aquel golpe para entenderlo. Ahora me encontraba frente al hecho de que mi existencia carecía de centro. Mi manera de vivir, mis planes, mis ambiciones,

todas las esperanzas que había tenido, desaparecían de golpe, junto con las condiciones de vida que se desarrollaran. Creo que, si hubiera tenido parientes o amigos queridos que llorar, me hubiera suicidado en aquel momento. Pero lo que a veces había parecido una existencia vacía era ahora una suerte. Mi madre y mi padre estaban muertos, mi única tentativa matrimonial había fracasado años atrás, y nadie dependía de mí. Es curioso, pero aunque comprendía que no era un sentimiento loable, experimenté alivio...

No, no fué únicamente el coñac porque aún ahora, después que han pasado los años, puedo sentirlo en parte... Si bien quizás el coñac sirvió para simplificar algo el aspecto de las cosas.

Y estaba también el problema inmediato de lo que debía hacer en seguida: cómo y dónde empezar mi nueva vida. Pero no dejé que eso me preocupara por el momento. Bebí y salí del hotel a enfrentar lo que pudiera ofrecerme este extraño mundo.

IV. SOMBRAS DEL PASADO

PARA evitar encontrarme con el grupo del Café Royal tomé por una calle lateral, con intenciones de dirigirme a Regent Street.

Tal vez el hambre sacaba a la gente de sus casas. Fuera lo que fuere, encontré ahora mucha más gente que desde que había dejado el hospital. En las veredas había choques continuos y la confusión de los que intentaban marchar se acrecentaba por las constantes aglomeraciones frente a las vidrieras, que aparecían rotas más y más frecuentemente. Nadie entre los grupos parecía seguro de la clase de tienda

que enfrentaban. Algunos intentaban reconocerlo tanteando en busca de algún objeto conocido. Otros, arriesgando herirse con los vidrios rotos, se metían dentro de las vidrieras.

Sentí que debía indicar a esa gente dónde encontrar comida. Pero, ¿debía hacerlo realmente? Si los guiaba hasta una tienda todavía intacta se formaría una muchedumbre que no sólo despojaría el lugar en cinco minutos, sino que aplastaría también a las personas más débiles del grupo. Además, pronto desaparecería toda la comida de las tiendas, ¿y qué ocurriría entonces con

los millares de personas que reclamarían más alimentos? Se podía elegir un grupo pequeño y mantenerlo vivo por cierto tiempo, pero, ¿a quién escoger? Nada parecía justo, desde cualquier punto de vista que se mirara.

Lo que ocurría era una cosa turbia, sin caballerosidad y sin caridad, un asunto de tomar y de no dar. Si un hombre chocaba contra otro y descubría que el primero llevaba consigo un paquete, lo robaba y desaparecía, esperando que el paquete contuviera alimentos, mientras el perdedor tenía enfurecido las manos al aire o golpeaba a tontas y a locas. Una vez tuve que retirarme del camino para evitar ser chocado por un hombre anciano, que corría por la calle sin aparente temor a los obstáculos. Su expresión era de profunda picardía y apretaba ávidamente contra su pecho dos latas de pintura roja. En una esquina había un grupo que casi lloraba de frustración rodeando a un niño sorprendido, que podía ver, pero que era demasiado pequeño para entender qué deseaban pedirle.

Empecé a sentirme inquieto. En pugna con mi instinto civilizado de ayudar a esa gente, otro instinto me aconsejaba que no me mezclase en el asunto. La gente perdía rápidamente las inhibiciones ordinarias. También me sentía horriblemente culpable por conservar la vista, mientras ellos estaban ciegos. Tenía la sensación de estarme escondiendo, aun cuando estuviera en medio de todos. Más tarde descubrí que este sentimiento estaba justificado.

IBA a doblar una esquina para dirigirme a Regent Street, cuando un grito agudo me detuvo. Todos los demás se detuvieron también, tratando aprensivamente de descubrir qué había ocurrido. La alarma, sumada a la angustia y a la tensión nerviosa, produjo crisis de llanto entre las mujeres; pero los nervios de los hombres tam-

poco estaban en buen estado: se oyeron palabrotas provocadas por la sorpresa. Porque había sido un grito atroz, la clase de grito que, inconscientemente, habían estado esperando.

Aguardaron a que se repitiera, lo que no tardó en ocurrir. Era un grito asustado, que terminó en un gemido. Pero fué menos alarmante ahora que lo esperábamos. Esta vez pude localizar de dónde provenía. Unos pasos me llevaron a la entrada de un callejón. Cuando doblé la esquina el grito volvió a repetirse.

La causa del grito estaba unos metros más allá de la entrada del callejón. Una muchacha, encogida en el suelo, era castigada por un hombre de aspecto tosco con una fina vara de bronce. La piel que aparecía por las desgarraduras de su vestido, roto en la espalda, presentaba manchas rojas. Cuando me aproximé a ellos comprendí por qué la muchacha no huía: tenía las manos atadas a la espalda, con una cuerda que terminaba en la muñeca del hombre.

Llegué junto a ellos cuando el hombre levantaba el brazo para dar otro golpe. Fué fácil arrancarle la vara de la mano y dejarla caer con cierta fuerza sobre su hombro. Me lanzó una rápida patada, pero yo me retiré a tiempo, lo que fué fácil, pues su radio de acción estaba limitado por la cuerda que tenía atada a la muñeca. Dió otra patada en el aire mientras yo buscaba un cortaplumas en el bolsillo. El hombre, enfurecido, se volvió y pateó a la muchacha. Después tiró de la cuerda para obligarla a ponerse en pie. Yo le di un golpe en la cabeza, pero sólo con la fuerza necesaria para atontarlo un momento: no me parecía bien castigar a un hombre ciego, aunque fuera un individuo de esta especie. Mientras el hombre se recobraba, yo me incliné rápidamente y corté la cuerda que lo unía a la muchacha. Un ligero empujón en el pecho volvió a hacer retro-

ceder al hombre, que casi giró sobre sí mismo, perdiendo la noción de la posición en que estaba. Con la mano que la cuerda cortada dejaba libre intenté golpearle, pero no dió en el blanco y, finalmente, encontró la pared. Entonces pareció perder interés en todo. Ayudé a la muchacha a levantarse, la desaté las manos y la guié por el callejón.

Cuando entramos en la calle la muchacha empezó a recobrase. Volví a hacerle un gesto con la mano y ella me miró con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Pero usted puede ver! — exclamó incrédula.

—Claro que sí — contesté.

—¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios, créer ser la única! — dijo rompiendo otra vez a llorar.

Miré alrededor. A unos metros de distancia había un bar donde sonaba un fonógrafo, se rompían vasos y todos parecían divertirse. Un poco más allá había otro bar, todavía intacto. Casi arrastré allí a la muchacha y la hice sentar. Después arranqué las patas a otra sillas y las puse atravesadas en las manijas de las puertas movedizas, para descorazonar a otros posibles parroquianos; finalmente presté atención al interior del bar.

No corría prisa. La muchacha bebió lentamente el primer vaso. Yo le di tiempo de recobrase haciendo girar mi vaso entre los dedos y escuchando la canción del fonógrafo del otro bar.

De vez en cuando lanzaba una mirada furtiva a la muchacha. Su vestido, o lo que quedaba de él, era de buena calidad. Su voz indicaba a una persona culta. Lucía una hermosa cabellera rubia con platinado. Era probable que, debajo de las manchas, su cara fuera bonita. Debía de ser unos ocho o diez centímetros menor que yo de estatura, y aparentaba tener alrededor de veinticinco años; era esbelta, pero no flaca. No parecía carecer de fuerza, pero era visible que ésta jamás se había apli-

cado más que a golpear pelotas, a bailar o a sofiñar algún caballo. Sus manos eran lindas y suaves, y las uñas, todavía intactas, mostraban una longitud más decorativa que práctica.

LA bebida le hizo un efecto lento y benéfico. Al terminar el vaso estaba bastante repuesta.

—¡Dios mío, debo tener un aspecto atroz! — dijo.

Quizá yo era el único que estaba en situación de advertirlo, pero no hice comentarios. Ella se levantó y se dirigió a un espejo.

Tardó unos veinte minutos en regresar. Considerando la limitación de los medios disponibles, se había arreglado bastante bien. Y su ánimo también había mejorado.

—¿Fuma? — pregunté deslizándole otro vaso fortificador de coñac.

Mientras se reponía completamente, nos contamos las vicisitudes por las que pasáramos. Para darle tiempo yo conté primero mi historia. Después ella dijo:

—Estoy muy avergonzada. Realmente, no soy como... No soy como la persona que usted encontró. Soy muy tranquila y razonable, aunque usted no lo crea. Es que aquello fué demasiado para mí. Lo que ocurrió ya es bastante terrible, pero las espantosas perspectivas que se me presentaban eran aún más intolerables, y tuve un momento de pánico. Pensaba que tal vez yo era la única persona en el mundo que podía ver. Esta idea me asustó, y por eso debo haberle parecido aterrada y tonta. Grité y aullé como la protagonista de un melodrama. Nunca lo hubiera supuesto de mí.

—No se preocupe — le dije —; quizás aprendamos cosas sorprendentes sobre nosotros mismos antes de lo que creemos.

—Pero me preocupa. Si pierdo el control de esa manera...

Dejó sin terminar la frase.

—Yo casi llegué también al pánico en el hospital —dije—. Somos seres humanos, no máquinas de calcular.

Se llamaba Josella Playton. El nombre me pareció familiar, pero no recordé dónde lo había oído antes. Vivía en un barrio situado en las cercanías del bosque de St. John. Este hecho confirmaba mis conjeturas. Era aquél un barrio de casas amplias y cómodas, feas en su mayoría, pero todas lujosas. Escapó de la catástrofe por una casualidad semejante a la que me salvara a mí: había estado en una reunión el lunes por la noche.

—Probablemente a alguien se le ocurrió mezclar demasiado las bebidas —dijo—. Nunca me he sentido tan mal... y sin embargo no bebí demasiado.

Despertó el martes, angustiada y mareada. A eso de las cuatro de la tarde su estado no había mejorado. Llamó y dió órdenes de que, pasara lo que pasare, aunque fuese un terremoto o el día del juicio, no debían despertarla. Después tomó una fuerte droga para dormir, lo cual actuó inmediatamente en el estómago vacío.

Desde entonces ignoraba todo lo ocurrido hasta esta mañana, en que su padre la despertó entrando tambaleante en su cuarto.

—¡Josella —había dicho—, por el amor de Dios, llama al doctor Mayle! ¡Dile que estoy ciego, completamente ciego!

Ella se sorprendió al ver que eran casi las nueve. Se levantó y se vistió rápidamente. Los criados no habían respondido a sus llamados ni a los de su padre. Cuando bajó a despertarlos comprobó, horrorizada, que ellos también estaban ciegos.

Como el teléfono no funcionaba, decidió sacar su coche e ir a buscar al médico. Las tranquilas calles y la ausencia de tránsito le parecieron extraños, pero anduvo casi un kilómetro antes de advertir lo que ocurría. Cuando lo comprendió sintióse dominada por el

pánico y quiso regresar, pero, casi seguida, pensó que eso no haría bien a nadie. Existía la posibilidad de que al igual que ella, el médico hubiera escapado a la enfermedad. Así, con escasa esperanza, había continuado adelante.

En la mitad de Regent Street el coche se detuvo. En su prisa se había olvidado de verificar la cantidad de combustible y el tanque de nafta estaba ahora vacío.

Desalentada, permaneció allí un instante. Todas las caras, atraídas por el ruido del motor antes de detenerse, se volvían hacia ella, pero comprendió finalmente que ninguno podía verla y ayudarla. Descendió del coche esperando encontrar un garage en las cercanías, o dispuesta, en caso contrario, a caminar el resto del camino. Cuando golpeó la puerta del coche un hombre gritó a su espalda:

—¡Un momento, amigo!

Se volvió y vio a un hombre avanzar a tientas hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El aspecto del individuo no era en modo alguno recomendable.

Los modales del hombre cambiaron al oír una voz femenina.

—Estoy perdido. No sé dónde estoy —dijo.

—Estamos en Regent Street. El cinema New Gallery está detrás de usted —contestó ella disponiéndose a partir.

—Señorita, ¿quiere indicarme por favor en dónde está la vereda? —suplicó el hombre.

Ella vacilaba, y entretanto el hombre se aproximó. La mano tendida tanteó y encontró la manga de su vestido. Avanzó y, mediante un doloroso apretón, apoderóse rápidamente de sus dos brazos.

—Así que usted puede ver, ¿eh? ¿Por qué demonios usted puede ver y yo y los demás estamos ciegos?

Antes de que ella tomara conciencia

de lo que ocurría, el hombre, después de arrojarla al suelo, le había puesto una rodilla sobre la espalda. Con su enorme mano se apoderó de ambas muñecas de la muchacha y las ató con un trozo de cuerda que sacó de un bolsillo. Luego se levantó y la ayudó a ponerse en pie.

—Bueno —dijo—, de ahora en adelante usted verá por mí. Tengo hambre. Lléveme donde haya algo bueno que comer. Vamos, en marcha.

CREO, Bill —prosiguió diciendo ella—, que, aunque su aspecto era terrible, quizá no fuera un hombre malo. Pero estaba asustado. En el fondo estaba mucho más asustado que yo. Me dió de comer y de beber. Sólo empezó a golpearme porque estaba borracho y yo no quise ir con él a su casa. No sé qué habría sido de mí si usted no hubiera aparecido. —Hizo una pausa. Después añadió—: Pero estoy muy avergonzada. Eso demuestra a lo que puede llegar una mujer moderna, ¿verdad? ¡Gritos, desmayos! ¡Es horrible!

Su aspecto había mejorado y evidentemente se sentía también mejor, aunque hizo una mueca al tomar su vaso.

—Creo —dije— que he sido muy lerdito para comprender este asunto... y que he tenido mucha suerte. Debí haberme percatado de la situación cuando vi aquella mujer con la niña en Piccadilly. Sólo la casualidad ha impedido que yo cayera en una trampa similar.

—Todos los que han poseído un gran tesoro siempre han llevado una existencia precaria —dijo ella pensativamente.

—De ahora en adelante lo tendré en cuenta —repliqué.

—A mí no se me olvidará jamás —contestó ella.

Por unos momentos escuchamos el estruendo del bar vecino.

—Y ahora —pregunté—, ¿qué piensa hacer?

—Debo regresar a casa. Allí está mi padre. Comprendo que es inútil buscar al médico, aunque él fuera uno de los afortunados.

Estaba a punto de añadir algo, pero vaciló.

—¿Le importa que la acompañe? —pregunté—. No me parece momento apropiado para que andemos solos por las calles.

Ella me lanzó una mirada agradecida. —Gracias. Estaba a punto de pedirselo, pero pensé que tal vez deseaba usted buscar a alguien.

—No tengo a nadie —contesté—, por lo menos en Londres.

—Me alegro. No es que tema volver a ser atropada... Me cuidaré muy bien. Pero temo la soledad. ¡Empezaba a sentirme tan aislada y extraña!

YO empezaba a ver las cosas bajo una nueva luz. Al principio fué imposible no experimentar un sentimiento de superioridad y, por consiguiente, cierta confianza. Nuestras posibilidades de sobrevivir a la catástrofe eran un millón de veces superiores a las de los demás. Donde ellos debían urgar, tantear y adivinar, a nosotros nos bastaba con entrar y tomar.

—Me pregunto —dije— cuántos de nosotros hemos conservado la vista. Yo he encontrado a otro hombre, a una niña y a un bebé. Usted no ha encontrado a nadie. Me parece que vamos a descubrir que somos muy pocos los que podemos ver. Algunos de los ciegos han comprendido ya que su único modo de supervivir consiste en apoderarse de una persona con vista. Cuando todos lo hayan comprendido, no creo que el panorama se presente muy favorable.

Me pareció en ese momento que el futuro ofrecía dos posibilidades: llevar una existencia solitaria, siempre con miedo de ser capturado, o reunir un grupo selecto que nos protegiera de los otros grupos. Y tuve visiones de luchas sangrientas en que bandas iracundas

disputaban nuestra posesión. Meditaba cuando Josella, levantándose, me llamó a la realidad.

—Debo regresar... —dijo—. ¡Pobre papá! Son más de las cuatro.

De regreso en Regent Street tuve una idea súbita.

—Venga —le dije—, creo que hay una armería por aquí cerca...

No me había equivocado: salimos provistos de un par de cuchillos con su correspondiente vaina y de cinturonas para llevarlos.

—Me hace sentirme como un pirata —dijo Josella ajustándose el cinturón.

—Es mejor ser un pirata que la prisionera de un pirata —contesté.

Un poco más allá encontramos un camión. El ruido que hizo cuando lo puse en marcha resonó en nuestros oídos con más fuerza que todo el tránsito en una calle muy concurrida. Marchamos hacia el Norte, procurando evitar los vehículos abandonados y los transeúntes inmovilizados en medio de la calle al oír el ruido del motor. Los rostros se volvían esperanzados hacia nosotros y volvían a deprimirse cuando pasábamos de largo. Un edificio ardía y una nube de humo surgía de otros incendios en alguna parte de Oxford Street. Había ahora más gente en Oxford Circus, pero lo atravesamos sin dificultad y marchamos hacia Regent's Park.

Fué un alivio salir de las calles y llegar a un espacio abierto, donde no había desdichados vagando y tanteando. Las únicas cosas movientes que vimos en los grandes canteros de césped fueron dos o tres grupitos de trífidos marchando hacia el sur. De algún modo habían conseguido arrancar las estacas a las que estaban atados y las arrastraban consigo junto con sus cadenas. Recordé que había algunos ejemplares sin mutilar guardados por un doble alambrado detrás del zoológico, y me pregunté cómo habían conseguido salir. Josella también los vio.

—No será muy distinto para ellos —dijo.

No tuvimos mayores inconvenientes en el resto del camino. Me detuve frente a la casa que ella indicó. Bajamos del camión y abrimos la puerta del jardín. Un caminito daba la vuelta por un cantero de flores que, vistas desde la calle, ocultaban el frente de la casa. Al doblar por el extremo del sendero Josella dió un grito y se precipitó hacia adelante. Alguien yacía boca abajo entre las hierbas, pero era visible una de sus mejillas. A la primera mirada percibí una gran mancha roja.

—¡Cuidado! —grité.

La alarma de mi voz la hizo detenerse.

Yo acababa de ver al trífido. Estaba oculto entre los matorrales, a una distancia desde la que podía alcanzar la figura tendida.

—¡Atrás, rápido! —grité.

Mirando al hombre tendido en el suelo ella vaciló.

—Pero es necesario... —empezó a decir volviéndose hacia mí. Se detuvo y lanzó un grito.

Me volví rápidamente y vi a un trífido sólo a unos metros detrás de mí.

Automáticamente me llevé las manos a los ojos. Sentí silbar el aguijón que me atacaba, pero no me desmayé, ni siquiera sentí una ardiente quemadura. Es posible actuar con la rapidez del relámpago en esos momentos, y el instinto me hizo saltar sobre el trífido antes de que tuviera tiempo de volver a atacar. Caí con él, tratando de arrancar la corola y el aguijón. Los tallos de los trífidos pueden ser dañados y el de éste quedó en bastante malas condiciones antes de que yo me levantara.

Josella, alelada, había quedado en pie en el mismo sitio.

—Venga —dije—, hay otro entre los arbustos, detrás de usted.

Ella miró temerosamente sobre su hombro y se aproximó a mí.

—¡Pero usted está herido! —dijo incrédula—. ¿Cómo es que usted...?

—No lo sé —dije—. Debería estar muerto.

Miré al trífido derribado. Súbitamente me acordé de los cuchillos que habíamos adquirido pensando en otros enemigos, y corté el aguijón por la base. Lo examiné.

—Esto lo explica todo —dije señalando las bolsitas de veneno—. Vea, están vacías, exhaustas. Si hubieran estado llenas, o llenas a medias...

Bajé el pulgar hacia abajo.

Debí agradecer mi buena suerte a esto y a la resistencia que había adquirido contra el veneno. De todos modos, en el dorso de las manos y en el cuello tenía manchas rojas que empezaban a picarme ferozmente. Froté las manchas mientras miraba el aguijón.

—Es raro —murmuré más para mí mismo que para ella, pero ella me oyó.

—¿Qué es raro?

—Nunca he encontrado antes uno

con las bolsitas de veneno vacías. Debe de haber hecho muchísimas víctimas.

DUDO de que me oyera esta vez. Su atención se había vuelto hacia el hombre que yacía en el jardín, mientras no perdía de vista al otro trífido.

—¿Cómo podríamos sacarlo de ahí? —preguntó.

—Mucho me temo que no podremos sacarlo mientras ese trífido esté ahí —le dije—. Y además, bueno, no creo que podamos hacer nada por él.

—¿Quiere decir que está muerto? —Asentí.

—Sí, no cabe duda... He visto otras víctimas. ¿Quién era? —añadí.

—El viejo Pearson. Era jardinero y chófer de mi padre. Lo quería mucho. Lo he conocido toda mi vida...

—Lo siento... —empecé a decir, pero, mientras buscaba una frase apropiada ella me interrumpió.

—¡Oh, mire, mire! Señalaba el sendero que bordeaba el

Los platillos más antiguos

LOS platos voladores se vienen observando desde hace siglos, aunque no siempre como platos, afirma el doctor Menzel, máxima autoridad en este tema. El profeta Ezequiel los vio en forma de ruedas, dice la Biblia, y a fines del siglo pasado hubo varios casos de objetos celestiales en forma de cigarro, y en una ocasión, en 1882, el fenómeno fué observado y descripto por varios hombres de ciencia europeos. ¡Y lo extraño es que nunca se lo explicó de una manera realmente satisfactoria!

Aplicaciones del germanio

EL germanio es el último de los elementos puestos de moda por la ciencia contemporánea. Su principal uso está en la fabricación de los "transistores", que están desplazando a las válvulas de radio. Pero ya se lo emplea también en medicina, en forma de agujas solubles en los líquidos del cuerpo, con las cuales se pueden depositar cantidades minúsculas de medicamentos en lugares exactamente determinados.

costado de la casa: una pierna con media negra y zapato de mujer en un extremo.

Avanzamos cautelosamente hasta colocarnos en un lugar desde donde pudimos ver mejor. Una muchacha vestida de negro yacía tendida entre el sendero y un cantero de flores. Su cara bonita y fresca presentaba una mancha roja. Josella lanzó un sollozo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, es Annie! ¡La pobrecita Annie! — dijo.

Procuré consolarla.

—Apenas se ha dado cuenta — expliqué—. Cuando el golpe es lo bastante fuerte como para matar, la muerte es también misericordiosamente rápida.

No encontramos allí más trífidos. Probablemente ambas víctimas habían sido atacadas por el mismo. Juntos atravesamos el sendero y entramos en la casa por una puerta lateral. Josella llamó. Nadie contestó, y entonces volvió a llamar. Ambos aguardamos en el total silencio que envolvía la casa. Ninguno de los dos dijo nada. Ella me miró y me condujo por el corredor hacia otra puerta. Cuando la abrió se oyó un silbido y algo golpeó la puerta una pulgada por encima de su cabeza. Rápidamente ella cerró la puerta y se volvió para mirarme; tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Hay uno en el vestíbulo — dijo.

Habló en un murmullo asustado, como si pudieran oírlo.

Regresamos al jardín. Andando sobre el césped para no hacer ruido dimos vuelta a la casa hasta que pudimos espiar dentro del vestíbulo. La puerta que comunicaba con el jardín estaba abierta, con un vidrio roto. Se veían huellas barroas en los peldaños de entrada y sobre la alfombra. Un trífido se erguía en medio de la habitación. Casi rozaba el techo con la corola y se balanceaba levemente. Cerca de su húmeda raíz yacía el cuerpo de un hom-

bre anciano, vestido con un salto de cama de seda brillante. Tomé el brazo de Josella, temeroso de que intentara aproximarse a él.

—¿Es... su padre? — pregunté, aunque sabía que así era.

—Sí — dijo ella, y se cubrió la cara con las manos. Su cuerpo temblaba levemente.

Yo permanecí inmóvil, sin perder de vista al trífido. Después tendí mi pañuelo a Josella. No podía hacer otra cosa. Ella tardó un tiempo en recobrarse algo. Recordando a la gente que habíamos visto ese día, dije:

—¿Sabe usted? Preferiría estar muerto a llegar a ser como las personas que hemos encontrado.

—Sí — contestó ella después de una pausa.

Miró el cielo. Era de un azul suave y profundo, con unas nubecitas flotantes, como plumas.

—¡Oh, sí! — repitió ella con más convicción—. ¡Pobre papá, no hubiera podido soportar ser ciego! Amaba demasiado todo esto. — Volvió a mirar el interior de la habitación—. ¿Qué hacemos? No puedo dejarlo...

En aquel instante observé el reflejo de un movimiento en el resto del vidrio de la puerta. Miré rápidamente detrás de mí y vi a un trífido surgiendo de entre los matorrales y avanzando por el césped. Marchaba directamente hacia nosotros. Pude oír el ruido de las correosas hojas mientras el tallo se bamboleaba.

No había tiempo que perder. No tenía idea de cuántos trífidos podían haber aún en la casa. Tomé el brazo de Josella y la arrastré por el camino por el que habíamos entrado. Sólo cuando trepamos al camión ella estalló al fin en verdadero llanto.

ERA mejor dejarla llorar. Encendí un cigarrillo y medité sobre lo que debíamos hacer. Naturalmente, a ella no le agradaría dejar allí a su padre

Desearía, sin duda, un entierro apropiado, es decir, que, dadas las circunstancias, ambos tendríamos que cavar una fosa. Pero antes de poder hacerlo era necesario encontrar los medios de enfrentar a los trífidos que había allí y de alejar a los que se presentarían.

Cuanto más consideraba este nuevo aspecto de las cosas menos me agradaba. No sabía qué cantidad de trífidos podría haber en Londres. Por lo menos había unos pocos en cada parque. Generalmente había algunos mutilados a los que se les permitía estar en libertad, pero también otros, con los agujones intactos, que estaban encerrados detrás de alambradas. Recordando los que habíamos visto atravesar Regent's Park, me pregunté cuántos habrían podido escapar. También había trífidos en los jardines privados; se suponía que éstos estaban mutilados, pero hay mucha gente descuidada. Y, finalmente, había muchas granjas y laboratorios un poco más lejos...

Mientras meditaba se produjo en mí una imprecisa asociación de ideas. Busqué en mi mente. De pronto recordé. Me pareció oír la voz de Walter diciendo: "Te aseguro que un trífido tiene muchas más posibilidades de sobrevivir que un hombre ciego".

Naturalmente, había hablado de un hombre cegado por un trífido, pero sus palabras resonaban siniestramente ahora. "La vista es nuestra única superioridad sobre ellos", había añadido.

V. UNA LUZ EN LA NOCHE

JOSELLA empezó a recobrarse. Con el deliberado propósito de alejar la mente de lo que dejábamos detrás de nosotros, pregunté:

—¿Adónde vamos ahora?

—A Clarkenwell primero — repu-

Es claro que siempre ocurren coincidencias. Pero sólo las percibimos de tanto en tanto...

Un ruido en la gramilla me despertó de mis recuerdos. Un trífido avanzaba bamboleante hacia la puerta del jardín. Me incliné y cerré rápidamente la ventanilla.

—¡Vamos, vamos! — exclamó Josella con voz nerviosa.

—Aquí estamos a salvo — contesté—. ¡Deseo ver qué hace!

Simultáneamente comprendí que uno de mis problemas estaba resuelto. Acostumbrado a los trífidos, había olvidado la impresión que un trífido no mutilado producía en la gente: el deseo de apartarse de ellos y estar alejados.

El trífido se detuvo junto a la puerta del jardín. Se hubiera jurado que escuchaba. Permanecimos inmóviles y atentos, mientras Josella miraba horrorizada al trífido. Esperé que lanzase el agujón hacia el camión, pero no lo hizo. Quizá nuestras voces sofocadas le hicieran creer que no estábamos a su alcance.

Las ramitas comenzaron súbitamente a frotarse contra el tallo. Después el trífido se balanceó torpemente hacia la derecha y desapareció por un sendero.

Josella dió un suspiro de alivio.

—¡Vámonos antes que vuelva! — suplicó.

Puse el camión en marcha y regresamos a Londres.

se—. Después iremos a buscar ropas para usted.

—¿Por qué a Clarkenwell? ¡Dios mío!...

Su exclamación era justificada. Al dar vuelta a una esquina vimos una

calle llena de gente. Corrían hacia nosotros trastabillando, con los brazos tendidos. Gritos y aullidos surgían de la multitud. Una mujer tropezó y cayó, otros cayeron sobre ella y la mujer desapareció entre las patadas y los gritos de un grupo que luchaba a ciegas. Detrás se veía la causa de aquel tumulto: tres tallos de hojas oscuras se balanceaban sobre las cabezas enloquecidas. Aceleré y tomamos por una calle lateral.

Josella me miró horrorizada.

—¿Se dió cuenta?... ¡Los estaban persiguiendo!

—Así es — contesté —; por eso vamos a Clarkenwell: allí están las mejores armas y máscaras contra trífidos que hay en el mundo.

El camino no estaba tan libre como habíamos supuesto. Había mucha gente en las calles. Aun sonando continuamente la bocina era difícil avanzar. Pronto se hizo imposible. No sé por qué se concentraba tanta gente en aquel lugar. Toda la gente del barrio parecía haber convergido allí. No podíamos avanzar y, al mirar hacia atrás, comprendí que también era imposible retroceder. La muchedumbre nos cercaba.

—¡Abajo, rápido! — dije —. ¡Creo que nos rodean!

—Pero... — dijo Josella.

—¡Rápido!

Toqué por última vez la bocina y me deslicé tras ella, dejando el motor en marcha. Apenas tuvimos tiempo de salir. Un hombre había encontrado la manija de la puerta; la abrió y tanteó dentro. Fuimos levantados en vilo por la presión de los otros que intentaban llegar al camión. Pero, como miembros de la multitud, estábamos a salvo. Alguien se apoderó del hombre que había abierto la portezuela, creyendo que era él quien manejaba. Tomé firmemente la mano de Josella y nos deslizamos tan discretamente como nos fué posible.

Libres finalmente de la muchedum-

bre, empezamos a buscar un coche apropiado. Después de un kilómetro o dos lo encontramos: era una especie de furgón, que me pareció lo más adecuado para el plan que empezaba a formarse en mi mente.

En Clarkenwell se fabricaban desde hacía siglos armas muy finas y precisas. Encontramos una pequeña fábrica en la que no fué difícil penetrar. Cuando salimos llevábamos un cargamento de excelentes revólveres contra trífidos, algunos "boomerangs" de acero y máscaras protectoras de alambre.

—Y ahora... ¿a buscar ropa? — preguntó Josella.

—Voy a proponerle un plan — dije —. Primero: encontrar un sitio donde recobremos y discutir la situación.

—No quiero ir a otro bar — protestó ella —. Estoy harta de bares.

—También yo estoy harto — asentí —. Estaba pensando en algún departamento vacío. No creo que sea difícil encontrarlo. Allí podremos descansar y trazar los planes de campaña. También será útil para pasar la noche, a menos que usted prefiera guardar las convenciones y que busquemos dos departamentos.

—Creo que prefiero estar cerca de alguien.

—Está bien — volví a asentir —. Segundo: buscar ropas. Quizá sea mejor separarnos para esto, teniendo ambos cuidado de recordar la dirección del departamento elegido.

—Bueno — contestó ella un poco vacilante.

—Todo marchará bien — le aseguré —; no hable con nadie y nadie se dará cuenta de que puede ver. Sólo por no estar preparada se vió envuelta en el embrollo en que estaba. Se trata sencillamente de entrar en una tienda, de elegir algunas cosas y de volver a salir. No encontrará trífidos en el centro de Londres... por ahora al menos.

—¡Habla usted con tanta ligereza de apoderarse de lo ajeno! — dijo Josella.

—Pero no me siento tan tranquilo al respecto — reconocí —, aunque ya no estoy seguro de que ésa sea una virtud: es, más bien, una costumbre. Y el no ver las cosas tal como son, no nos ayudará en lo mínimo. Creo que tenemos que cesar de vernos como ladrones e imaginar que somos... bueno, los involuntarios herederos del pasado.

—Sí, debe ser así — consintió ella, pensativa.

Guardó silencio unos instantes y después volvió a los asuntos prácticos.

—¿Y después de la ropa? — preguntó.

—En tercer término — contesté —, indudablemente, tendremos que comer.

TAL como lo esperaba, no tuvimos dificultad en encontrar un departamento. Detuvimos el camión en medio de la calle frente a un edificio de lujoso aspecto y trepamos al tercer piso. No sé por qué escogí el tercer piso, como no fuera que estaba más lejos de la calle que los dos primeros. La elección de departamento fué muy sencilla. Golpeábamos a las puertas, y si respondían a nuestro llamado pasába-

mos de largo. Después de repetir esto tres veces encontramos una puerta en donde no hubo respuesta. La cerradura cedió a un empuje vigoroso y penetramos en el departamento.

Yo nunca había deseado vivir en un departamento que costara dos mil libras anuales, pero descubrí que decididamente la cosa tenía sus puntos favorables. Los decoradores del departamento habían sido, supongo, esos ingeniosos jóvenes artistas que saben combinar el buen gusto con las comodidades de la manera más costosa posible. La ciencia de estar a la última moda era la nota dominante. Aquí y allá se veían algunos objetos destinados sin duda — si el mundo hubiera seguido su curso natural — a ser execrados en un mañana cercano; otros objetos parecían estar hechos sin sentido práctico ni estético. Me volví para mirar a Josella, que tenía una expresión de asombro.

—¿Nos quedamos en esta cabaña o seguimos buscando? — pregunté.

—Creo que es mejor quedarse aquí — contestó y, juntos, cruzamos sobre la



delicada alfombra color crema para explorar el departamento.

Casualmente, estar en aquella casa fué el mejor modo de hacer olvidar a Josella los acontecimientos del día. En nuestro recorrido de inspección hubo gritos de admiración, de envidia, de deleite, de desdén, en los cuales, debo confesarlo, la malignidad tomó buena parte. Josella se detuvo en la puerta de un dormitorio decorado con las más agresivas manifestaciones de la femineidad.

—Dormiré aquí — dijo.

—¡Dios mío! — exclamé —. ¡Hay gustos para todo!

—No sea malo. Probablemente ésta será mi última oportunidad de ser decadente. Además, ¿no sabe que en cada muchacha hay oculta una aspiración de convertirse en cualquiera de las más idiotas estrellas de cine?

—Como quiera — contesté —, pero espero encontrar una habitación más tranquila para mí. ¡Dios me libre de dormir con un espejo sobre la cama!

—También hay un espejo sobre la bañera — dijo ella mirando al cuarto de baño contigo.

—No sé si eso es una señal de culminación o de decadencia — dije —, pero, de todos modos, usted no usará la bañera: no hay agua caliente.

—¡Oh, lo había olvidado! ¡Qué fastidio!

El resto del departamento era menos sensacional. Después ella salió en busca de ropa. Yo completé la inspección de los recursos y limitaciones del departamento, y finalmente salí también.

CUANDO salía, se abrió otra puerta en el extremo del corredor. Me detuve y permanecí inmóvil. Apareció un hombre joven llevando a una muchacha rubia de la mano.

—Espera un momento, querida — dijo soltando la mano de la muchacha. Dió dos o tres pasos sobre la alfom-

bra. Sus manos tendidas encontraron la ventana en la que terminaba el corredor. Sus dedos abrieron de par en par ambas puertas de la ventana. Alcancé a ver fuera la reja muy baja de un balcón.

—¿Qué haces, Jimmy? — preguntó la muchacha.

—Inspecciono el terreno — dijo él retrocediendo y volviendo a tomar a la muchacha de la mano —. Ven, querida.

—Jimmy, preferiría no salir de aquí. Por lo menos en nuestro departamento sabemos dónde estamos. ¿Cómo vamos a alimentarnos? ¿Cómo vamos a vivir?

—En el departamento no podríamos alimentarnos, querida, y no podríamos vivir mucho. Ven, no tengas miedo.

—Pero tengo miedo, Jimmy; tengo miedo.

Se apretó contra él, y él le pasó el brazo por la cintura.

—No temas, querida; ven.

—Pero éste no es el camino, Jimmy...

—Estás confundida, querida: éste es el camino.

—Jimmy, estoy muy asustada; volvámos.

—Demasiado tarde, querida.

Se detuvo frente a la ventana. Con una mano tanteó cuidadosamente la posición. Después abrazó a la muchacha y la atrajo hacia él.

—Era demasiado maravilloso para durar — dijo suavemente —. Te quiero, querida, te quiero mucho.

Ella levantó la cabeza para que él la besara.

El la levantó en brazos y saltó por la ventana.

ME llevó más tiempo del que suponía encontrar lo que necesitaba. Tardé unas dos horas en regresar al departamento. La voz de Josella llamó, un poco nerviosa, desde aquel pequeño dormitorio.

—Soy yo — la tranquilicé y avancé con mi carga. Dejé algunas cosas en la

cocina y regresé junto a la puerta del dormitorio.

—No se puede entrar — dijo ella.

—No eran ésas mis intenciones — protesté —. Pero quiero saber una cosa: ¿sabe usted cocinar?

—Puedo hacer un par de huevos duros.

—Me lo temía... Tendremos que aprender muchas cosas.

Regresé a la cocina, encendí el calentador de petróleo que había traído en reemplazo de la inútil cocina eléctrica, y empecé a trabajar.

Cuando terminé de poner la mesa de la sala, el efecto me pareció bastante bueno. Para completar puse dos candelabros y encendí las velas. Josella no había aparecido, aunque pude oír rumores de agua corriente. La llamé.

—En seguida — contestó.

Me acerqué a la ventana y miré la ciudad. Inconscientemente empecé a despedirme de todo. El sol estaba ya muy bajo. Las torres y las fachadas adquirirían un tono rosáceo contra el cielo. Habían estallado nuevos incendios. El humo trepaba en enormes columnas negras con alguna ocasional llamarada en el fondo. Probablemente, me dije, no volveré a ver estos conocidos edificios después de pasado mañana. Por un tiempo todavía se podrá volver, pero no al mismo lugar. Los incendios y el tiempo destruirán todo; la ciudad estará muerta y abandonada. Pero ahora, a la distancia, esto todavía parece una ciudad viva.

Mi corazón se resistía a creer lo que me decía la cabeza. Todavía me parecía que aquello era demasiado enorme para ser cierto. Sin embargo, sabía que no era la primera vez en la historia que ocurría una cosa semejante. Los cadáveres de grandes ciudades yacían enterrados en los desiertos y en las olvidadas selvas del Asia. Algunas habían desaparecido hacía tanto tiempo que hasta sus nombres se perdieron. Sin embargo, para los que allí habían vi-

vido su destrucción debió parecer tan imposible como me parecía a mí la destrucción de una gran ciudad moderna...

Pensé que era una de las más persistentes creencias de la raza humana la idea de que "eso no puede ocurrir aquí", la idea de que nosotros estamos libres de posibles cataclismos. Pero ahora el cataclismo había ocurrido. A menos que sucediera un milagro, éste era el principio del fin de Londres... y muy probablemente otros hombres aislados contemplaban el principio del fin de Nueva York, de París, de San Francisco, de Bombay...

Todavía estaba meditando, cuando oí pasos detrás de mí. Me volví y vi que Josella entraba en la habitación. Llevaba un vestido de baile de vaporosa tela celeste, con una chaqueta de pieles blancas. Un collar de diamantes azules brillaba sobre su garganta y en las orejas llevaba también diamantes más pequeños. Parecía salir de un salón de belleza. Cuando atravesó la habitación percibí sus sandalias plateadas y sus finísimas medias. La miré deslumbrado y ella sonrió.

—¿No le gusta? — preguntó con un tono de infantil desilusión.

—Es encantador; está usted hermosa — le dije —. No suponía nada parecido. Ella esperaba algo más. Comprendí que aquel despliegue tenía poco que ver conmigo. Añadí:

—Acaso... ¿se está despidiendo?

—¡Así que ha entendido! ¡Esperaba que así fuera!

—Creo que sí. Me alegro de que lo haya hecho.

Le tendí la mano y la conduje hasta la ventana.

—Yo también me despedía... de todo esto.

Ignoro qué pensamientos atravesaron su mente mientras mirábamos. Yo recordaba la vida y las cosas que acababan. Miramos largo tiempo, absortos en nuestros pensamientos. Después ella

suspiró. Miró el vestido y acarició la delicada tela.

—¿Te parece tonto? — dijo tuteándome—. ¿Te parece que es como cantar mientras arde Roma?

—No, querida — contesté —; gracias por haberlo hecho. Es un gesto que nos recordará que, en medio de todos nuestros errores, había también mucha belleza. No podías estar más encantadora.

—Gracias, Bill. — Su mirada dejó de ser forzada. Hizo una pausa, después añadió —: ¿Te he dado ya las gracias? Si no me hubieras ayudado cuando te encontré...

—Y, si no fuera por ti — contesté —, quizá yo estaría borracho en algún bar. Yo también tengo mucho que agradecer. Ahora no podemos estar solos. — Después añadió, para distraerla: — He encontrado un excelente jerez y otras cosas buenas. Este es un departamento muy bien provisto.

Serví el vino y levantamos las copas.

—Salud, fuerza y suerte — dije.

Ella asintió con la cabeza. Bebimos. —¿Y qué pasaría — preguntó Josella mientras comíamos un succulento "paté" — si apareciera el dueño?

—Le explicaríamos... y creo que se alegraría de tener aquí a alguien que le indicara dónde están las cosas. Pero no creo que venga nadie.

—Tampoco lo creo yo — contestó ella. Sus ojos se detuvieron sobre un pedestal blanco. — ¿Qué es eso? ¿Una radio?

—Un aparato de televisión — contesté —, pero no sirve: no hay corriente.

—¿Quiere eso decir... que ocurre lo mismo en todas partes?

—Mucho me lo temo.

—Va a ser bastante terrible el futuro, ¿verdad, Bill?

—Así es... Pero no quiero estropear la comida — continué —. El placer está antes que los negocios, y el futuro es un negocio dudoso. Hable-

mos de nosotros mismos. Por ejemplo: ¿cuántos novios has tenido y por qué no te has casado todavía? Estoy deseando saberlo. La historia de su vida, por favor, señorita.

BUENO — contestó ella —, nací a unos tres kilómetros de aquí. Desde el primer momento fui la preocupación de mi madre: ella había determinado que yo fuera americana. Pero cuando se decidió a tomar el avión, yo me presenté súbitamente. Llena de impulsos, como ves..., y creo que he conservado siempre algunos.

Siguió charlando. No había nada notable en su vida, pero era evidente que se distraía hablando. Y yo también me distraía. Hablamos de su infancia, del colegio, de la adolescencia...

—Casi me casé a los diecinueve años — explicó —, ¡y ahora me alegro tanto de no haberlo hecho! Pero no me alegré entonces. Tuve una terrible pelea con papá, que sostenía que Lionel era una especie de lagarto. Entonces salí de mi casa y me fui a vivir con una amiga. Y la familia me cortó los viveres, lo que fué una tontería, porque produjo un efecto distinto del que esperaban. O, por lo menos, produjo momentáneamente un efecto opuesto. No es muy divertido ganarse la vida: hay muchas envidias y se hacen demasiados planes que no conducen a nada. De todos modos, no podía vivir a expensas de mi amiga. Y, como quería ganar dinero, escribí el libro.

Creí haber entendido mal.

—¿Tú has escrito un libro? — pregunté.

—Así es — me miró sonriendo —. Debo parecer terriblemente tonta, porque todos se sorprenden muchísimo cuando les digo que he escrito un libro. No era un libro muy bueno..., pero me dió dinero.

—¿Quieres decir que el libro llegó a publicarse?

—¡Oh, sí! Y realmente gané dinero con él.

—¿Cómo se llamaba el libro? — pregunté con curiosidad.

—“El sexo es mi aventura”.

La miré sorprendido y después me di un golpe en la frente.

—¡Josella Playton, naturalmente! ¡No podía recordar dónde había oído ese nombre! ¿Tú escribiste eso? — añadió, incrédulo.

No lograba advertir por qué no pude recordarlo antes. Su retrato había aparecido en todas partes... Una fotografía bastante mala si se la comparaba con el original, y el libro también estuvo en todas partes. Dos grandes bibliotecas circulantes lo habían prohibido, posiblemente a causa del título. Después de esto, el éxito quedó asegurado, y hubo ventas de millares de ejemplares. Josella rió. Me alegré de oír su risa.

—¡Oh — dijo —, pones la misma cara que pusieron mis parientes!

—No les echo la culpa — contesté.

—¿Has leído el libro? — preguntó. Sacudí la cabeza. Ella suspiró.

—La gente es muy rara. Lo único que conoces del libro es el título y la publicidad y, sin embargo, pareces alarmado. En realidad, es un libro inofensivo. Una mezcla de sofisticación en tono verde y de romanticismo en tono rosa, con algunos toques de rojo para colegialas. Pero el título fué una buena idea.

—Depende de lo que entiendas por bueno — sugerí —. Además, firmaste con tu nombre.

—Ese fué un error. Los editores me convencieron de que era mejor que fuera así para fines publicitarios. Tenían razón desde su punto de vista. Por un tiempo fuí bastante famosa. Me reía interiormente cuando veía la cara de la gente que me miraba en los restaurantes o en las calles. Parecía que les era difícil reconciliar lo que veían con lo que habían pensado.

Muchos intrusos se presentaban a verme, y, para librarme de ellos y porque ya había demostrado que no necesitaba regresar a casa, regresé a casa.

“Pero el libro casi estropeó todo. La gente tomaba el título al pie de la letra. Tenía que defenderme contra la gente que no me gustaba, y los que me gustaban parecían asustados u ofendidos. Lo más fastidioso es que ni siquiera era un libro malo... El equívoco fué tontamente chocante y las personas inteligentes debieron haberlo comprendido así.

Hizo una pausa y meditó. Se me ocurrió que la gente inteligente debió haber pensado que la autora de “El sexo es mi aventura” había sido también tontamente chocante, pero no expresé mi idea. Todos cometemos locuras juveniles de las que nos arrepentimos más tarde, pero es mucho más difícil rechazar una locura juvenil que nos ha aportado dinero.

—En cierto modo todo andaba al revés — se quejó Josella —. Estaba escribiendo otro libro para enderezar las cosas. Me alegro de no haberlo terminado nunca: era un libro amargo.

—¿Con un título igualmente alarmante? — pregunté.

Ella meneó la cabeza.

—Se iba a llamar: “Aquí descansan las olvidadas”.

—¡Oh! — exclamé, y medité un poco sobre las implicaciones del título.

AHORA — sugerí —, me parece que es tiempo de trazar planes de campaña. ¿Me permites hacer algunas observaciones?

Descansábamos en dos magníficos sillones. Ella tomaba “cointreau” en una copa pequeña, y yo coñac en un balón de aspecto plutocrático. Josella exhaló el humo de su cigarrillo, bebió un sorbo y dijo:

—Me pregunto si alguna vez volveremos a probar naranjas frescas. ¡Bueno, habla!

—Tenemos que mirar los hechos cara a cara. Lo mejor será irse cuanto antes. Mañana o pasado. Ya se puede presentir lo que sucederá aquí. Por el momento todavía hay agua en los tanques. Pero pronto no la habrá. Toda la ciudad va a apestar como una cloaca. Ya hay algunos cadáveres en las calles, y cada día habrá más —. Noté que se estremecía. Había olvidado la significación especial que aquel hecho podía tener para ella. Me apresuré a añadir: — Eso significará el tífus, o el cólera, o Dios sabe qué otra peste. Es importante irse antes de que empiece algo por el estilo. Después, inmediatamente, tenemos que pensar adónde ir. ¿Tienes algo que sugerir al respecto?

—Bueno, hay que salir de la ciudad, naturalmente. Sugiero un lugar en donde haya un buen suministro de agua, tal vez en las proximidades de un manantial. Y será mejor un sitio alto, donde sople un buen viento que refresque la atmósfera.

—Así es — asentí —, creo que tienes razón. Una colina con un buen suministro de agua... — reflexioné un momento. La zona de los lagos estaba demasiado lejos. ¿Gales, tal vez? ¿Exmoor, o quizá Cornwall? Allí tendríamos el viento marino directamente desde el Atlántico. Pero quedaban también demasiado lejos.

—¿Y por qué no los declives de Sussex? — preguntó Josella —. Conozco allí una encantadora granja situada hacia el Norte, cerca de Pulborough. Se halla en la ladera de una colina. Hay un molino de viento para el agua, y creo que puede también producir corriente eléctrica.

—Parece muy conveniente, pero tal vez demasiado próxima a los centros populosos. ¿No crees que deberíamos buscar más lejos?

—Pero, si vamos demasiado lejos, será difícil abastecerse en las ciudades.

—Es verdad — asentí.

Por el momento dejamos el asunto y empezamos a discutir los detalles de la mudanza. Resolvimos que por la mañana nos procuraríamos un camión, e hicimos una lista de las cosas necesarias. Si terminábamos de cargar, nos pondríamos en marcha esa misma noche. Era cerca de la medianoche cuando terminamos la lista. El resultado parecía el catálogo de una tienda. Pero, gracias a ella, nos habíamos distraído.

Josella bostezó y se puso en pie.

—Tengo sueño — dijo —, y las sábanas de seda me aguardan.

—Buenas noches, vana y dulce visión — dijo.

Ella se volvió sonriendo débilmente y desapareció en la puerta, como una niebla que se desvanece.

Yo me serví una última copa de aquel soberbio coñac, lo calenté entre las manos y bebí.

—Nunca más volveré a ver una figura semejante — me dije. Y, después, antes de deprimirme completamente, me dirigí a mi lecho.

ESTABA a punto de dormirme cuando golpearon a la puerta.

—Bill — dijo la voz de Josella —, ven pronto. ¡Hay una luz!

—¿Qué clase de luz? — pregunté saliendo de la cama.

—Una luz en la calle. Ven a mirar. Ella estaba en el corredor, envuelta en un salto de cama que hacia juego con el dormitorio que había elegido.

—¡Dios mío! — dijo nerviosamente. — No seas tonto — contestó ella irridada —, ven a ver esa luz.

Realmente había una luz. Mirando por la ventana, hacia el noreste, vi un rayo de luz inmóvil, que parecía provenir de una linterna.

—Eso significa que hay alguien que también puede ver — dijo Josella.

—Así es — contesté.

Traté de ubicar la procedencia de la luz, pero en la oscuridad circundante aquello era muy difícil. Sin du-

da, estaba bastante cercana, y provenía de algún edificio alto. Vacilé.

—Es mejor esperar hasta mañana — dije.

La idea de buscar el camino en las calles oscurecidas distaba mucho de serme grata. Y era posible — poco probable, pero posible — que se tratara de una trampa. Un ciego, si era hábil y estaba desesperado, podría encontrar el medio de encender una luz al tacto.

Con una lima de uñas marqué en la ventana la dirección exacta de donde provenía la luz. Después regresé a mi cuarto.

Permanecí despierto más de una hora. La noche magnificaba el silencio de la ciudad, volviendo más desoladores los ruidos que estallaban de vez en cuando. En la calle surgían ocasionales voces, agudas y crispadas de histeria. Una vez se oyó un grito horrible, como el estallido de alguien que se vuelve loco. En alguna parte alguien

sollozaba continua y desesperadamente. Dos veces oí tiros de revólver... Agradecí al poder misterioso que nos había unido, a Josella y a mí.

Hallarnos en completa soledad era lo peor que podía ocurrirnos ahora. Solo, uno dejaba de existir. Estar con alguien significaba tener un propósito, y este propósito alejaba los terrores morbosos.

Traté de olvidar los ruidos pensando en todas las cosas que debía hacer mañana, pasado mañana y todos los días siguientes; procurando adivinar qué significaba aquel rayo de luz y qué podría ofrecernos. Pero los sollozos continuaban, recordándome las cosas que había visto durante el día...

Cuando la puerta se abrió, me senté, alarmado. Entró Josella trayendo una vela encendida. Parecía haber estado llorando.

—No puedo dormir — dijo — estoy horriblemente asustada... ¿Has oído

Cerebros

EL tratamiento quirúrgico de ciertos enfermos mentales (los paranoicos), extirpándoles parte del lóbulo frontal del cerebro, se ha puesto muy de moda en todo el mundo. Como resultado de tantas lobotomías, los biólogos disponen por primera vez de tejido cerebral humano fresco en cantidades que les permiten comparar sus propiedades con los de otros animales. El primer resultado anunciado es que el cerebro humano aprovecha mejor sus proteínas, y es capaz de sobrevivir varias horas sin otro alimento que el oxígeno, mientras que el tejido cerebral de una rata, por ejemplo, se deteriora de inmediato si no se le provee además de glucosa. Nuestro cerebro usa, en vez de glucosa, ácido glutámico que extrae de sus propias proteínas. Por supuesto, nadie sabe si el hecho de que los tejidos cerebrales usados fueran de insanos ha tenido alguna influencia en los resultados.

LOS versátiles cerebros electrónicos han encontrado un uso sorprendente: son capaces de decidir cuál es el mejor entre varios "tests" de orientación profesional propuestos por los psicólogos. Un cerebro preparado por la General Electric especialmente para este trabajo funciona actualmente para elegir los métodos de selección personal que se usan en el ejército norteamericano. ¿Y si el cerebro propone él mismo una nueva clase de "test" y lo declara el mejor de todos? ¿Se podrá confiar en su imparcialidad?

a... esa pobre gente? No puedo soportarlo...

Se acercó como un niño que desea ser consolado. No estoy seguro de que

VI. CITA

CUANDO desperté oí a Josella en la cocina. Mi reloj señalaba las siete. Apenas terminé de afeitarme y vestirme, un olor a tostadas invadió el departamento. Encontré a Josella sosteniendo una sartén sobre el calentador. Su aspecto de seguridad y compostura era difícil de asociar con la aterrorizada figura de la noche anterior. Sus modales tenían también una seguridad práctica.

—Leche condensada. Pero todo lo demás está en orden.

Era difícil imaginar que la figura que tenía ahora ante mis ojos fuera la fantástica visión de una mujer maravillosamente vestida de la noche anterior. Se había puesto un traje de esquiadora azul marino, y de un cinturón de cuero pendía un buen cuchillo de caza. No sé cómo esperaba encontrarla vestida, pero no fué sólo su sentido práctico lo que me sorprendió.

—¿Estoy bien así? — preguntó.

—Muy bien — aseguré. Me miré: — Yo también debía haberlo previsto. Los trajes comunes de hombre no son lo más apropiado para la ocasión — añadió.

—Podrías haber escogido mejor — dijo ella mirando mi traje arrugado. Siguió diciendo: — La luz de anoche provenía de la torre de la Universidad. Estoy segura de ello. No hay otro edificio alto en esa dirección. Y la distancia también parece exacta.

Fuí a la ventana y miré la señal que había trazado. Indudablemente, indicaba la torre de la Universidad. Y noté también otra cosa: en lo alto de la

necesitara consuelo con más urgencia que yo.

Pronto quedóse dormida con la cabeza apoyada en mi hombro.

torre flameaban dos banderas. Esas banderas eran una señal deliberada, el equivalente diurno de la luz. Decidimos aplazar nuestros proyectos e investigar lo que pasaba en la torre.

Salimos del departamento una media hora más tarde, después de haber desayunado. Nuestro camión, en el medio de la calle, estaba intacto. Nos pusimos en marcha.

Se veía poca gente. Probablemente, el aire frío les había indicado la caída de la noche, y la mayoría todavía no había abandonado los escondrijos en donde se refugiaron para dormir. Los pocos transeúntes que se veían ahora en la calle se mantenían más cerca del borde de las aceras que de las casas. La mayoría llevaba bastones o palos con los que tanteaban el camino.

AVANZAMOS sin dificultad hasta llegar frente a la torre de la Universidad.

—Despacio — dijo Josella cuando desembocamos en la calle desierta —. Creo que pasa algo junto a las puertas... — detuvimos el camión y nos metimos en un jardín vecino desde el cual podíamos ver lo que ocurría.

Del lado externo de la verja, a la cabeza de un grupo de personas, un hombre de gorra peroraba volublemente. Pero sus palabras no parecían producir mayor impresión en el hombre que estaba del otro lado de la verja, el cual se limitaba a menear la cabeza en señal negativa.

El hombre que hablaba se volvió y

alcanzamos a ver su perfil. Tendría unos treinta años y facciones huesudas. Lo que se veía de su pelo era oscuro, pero, en conjunto, sus modales eran más notables que su aspecto físico.

Como el coloquio a través de las rejas no parecía progresar, su voz se volvió más fuerte y más enfática, aunque sin producir efecto visible en el otro individuo. No cabía duda de que el hombre que estaba tras las rejas podía ver, y miraba atentamente a través de sus lentes de aros de carey. Detrás de él había tres hombres que indudablemente no eran ciegos. Observaban a la multitud y al orador con cuidadosa atención. El hombre de la parte exterior de la reja parecía excitarse más y más. Su voz se elevó, como si hablara no sólo al que estaba del otro lado, sino también a la multitud.

—Oiga — decía furioso —, esta gente tiene tanto derecho a vivir como usted, ¿no? No es culpa de ellos si están ciegos, ¿verdad? Eso no es culpa de nadie, ¡pero usted será culpable si se mueren de hambre!

Su voz era una curiosa mezcla de grosería y de educación y, por lo tanto, era difícil situarlo socialmente.

—Les he indicado dónde encontrar comida, he hecho lo que he podido por ellos, pero yo soy solo y ellos son miles. Usted también podría indicarles dónde encontrar comida, ¿por qué no lo hace? Porque sólo le importa su pellejo. Conozco a la gente de su calaña. "Vete al diablo si yo estoy bien", ése es su lema.

Escupió con desdén y levantó el brazo.

—Allí — dijo indicando a la ciudad con un amplio gesto —, allí hay miles de pobres diablos que sólo necesitan hallar a alguien que les indique dónde encontrar los alimentos que necesitan. Y usted podría hacerlo. ¿Por qué no lo hace? ¡Dios todopoderoso!, ¿no son ustedes humanos?

La voz del hombre era violenta. Te-

nía una causa que defender, y la defendía apasionadamente. El hombre de detrás de la reja dijo algo que no pudimos oír.

—¿Cuánto? — gritó el hombre que estaba fuera —. ¿Cómo demonios voy a saber cuánto tiempo durará la comida? Lo único que sé es que si los inverguenzas como usted no colaboran, no quedarán muchos vivos para cuando lleguen a rescatarnos. La verdad es que tiene miedo de indicarles dónde hay comida. ¿Por qué? Porque cuantos más pobres diablos coman, menos comida habrá para ustedes. Esa es la verdad, ¿eh?

Nuevamente perdimos la respuesta del otro hombre. Pero, fuera la que fuere, el orador no se tranquilizó. Miró torvamente a través de las rejas y después añadió:

—¡Está bien... usted así lo habrá querido!

Deslizó rápidamente la mano entre las rejas y se apoderó del brazo del otro. Con otro rápido movimiento lo retorció. Tomó luego la mano de un ciego que estaba junto a él y la colocó sobre el brazo del otro.

—Sostenga aquí, compañero — dijo, y se dirigió a abrir las puertas.

El hombre del interior se repuso de la primera sorpresa. Golpeó salvajemente con la mano que le quedaba libre. Un golpe hirió al ciego en el rostro; el ciego dió un grito y apretó aun más el brazo del otro. El jefe de la multitud intentaba, entretanto, abrir las puertas. En aquel momento se oyó un disparo de fusil. La bala rebotó contra la verja. El jefe de la multitud se detuvo un momento, indeciso. Detrás de él se oyeron palabrotas y algunos gritos. La multitud vacilaba entre echar a correr o cargar contra las puertas. Los del interior decidieron por ellos. Vi a uno de los jóvenes del grupo que se había mantenido detrás colocarse algo bajo el brazo; me dejé caer al suelo, arrastrando conmigo a

Josella, al tiempo que la ametralladora empezaba a funcionar.

Disparaban deliberadamente al aire. Sin embargo, el ruido y el zumbido de las balas eran alarmantes. Bastó una sola descarga para arreglar el asunto. Cuando levantamos la cabeza la multitud se dispersaba. El jefe se detuvo un instante para gritar algo ininteligible, y después tomó hacia el Norte, haciendo lo posible para que los dispersos lo siguieran.

MIRE a Josella. Ella me miró a su vez y después bajó la vista. Pasaron algunos minutos.

—¿Bueno? — pregunté al fin.

—El tiene razón — dijo Josella —. ¿Verdad que tiene razón?

Asentí con la cabeza.

—Sí, tiene razón... y no la tiene. No creo que nadie venga a sacarnos de este atoladero... estoy seguro. Esto no mejorará. Podríamos hacer lo que él dice. Podríamos indicar a algunas de estas personas dónde encontrar comida. Podríamos hacer esto unos días, tal vez algunas semanas, pero, ¿qué pasará después?

—Parece tan terrible, tan duro...

—Si miramos las cosas de frente sólo hay una elección posible — dije —: o bien intentamos salvar lo que podemos rescatar del desastre, y esto tiene que incluirnos a nosotros, o bien podemos dedicarnos a prolongar la vida de esta gente por algún tiempo. Y veo, también, que el camino más humano sería, quizá, el camino que conduciría al suicidio. ¿Podemos perder tiempo en prolongar la miseria de esta gente, cuando sabemos que no hay salvación? ¿Es esto lo mejor que podemos hacer para con nosotros mismos?

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Si vemos las cosas de esta manera, no hay elección posible, ¿verdad? Y, aunque pudiéramos salvar a algunos, ¿a quiénes elegir? ¿Quiénes so-

mos nosotros para elegir? ¿Y por cuánto tiempo podríamos ayudarlos?

—Esto no es nada fácil — dije —; no sé cuántas personas podríamos mantener cuando se llegue al final de las reservas actuales, pero supongo que no sería un número muy elevado.

—Ya estás decidido — dijo Josella mirándome. No pude percibir si había o no una nota de desaprobación en su voz.

—Querida — dije —, esto me agrada tan poco como a ti. Te he expuesto rudamente la alternativa que se nos presenta. ¿Debemos ayudar a los que han sobrevivido a la catástrofe para reconstruir cierto tipo de vida? ¿O prefieres un gesto moral que, realmente, será únicamente un gesto?

Ella hundió los dedos en la tierra y dejó deslizar el polvo entre ellos.

—Creo que tienes razón — dijo —, pero tienes razón también cuando dices que es muy desagradable hacerlo.

TODA la multitud había desaparecido ahora. Nos aproximamos a la puerta de la verja y un hombre la abrió para dejarnos pasar.

—¿Cuántos son? — preguntó.

—Únicamente dos. Vimos anoche la señal de ustedes — expliqué.

—Está bien. Vengan a ver al coronel — dijo guiándonos a través del patio.

EL hombre que había denominado "coronel" estaba instalado en un cuartito, no lejos de la entrada, destinado, evidentemente, a los porteros. Era un hombrecito gordo de unos cincuenta años. Su pelo gris era abundante y, lo mismo que su bigote, estaba minuciosamente cuidado. Su cutis parecía pertenecer a un hombre más joven. Según descubrí más tarde, su mente se mantenía también joven. Estaba sentado frente a una mesa con papeles dispuestos en un orden geométrico.

Cuando entramos lanzó sobre nosotros una mirada intensa y fija, que sostuvo un poco más de lo necesario. Reconocí la técnica: quería indicar que él era un posible juez, capaz de descubrir, en una simple mirada, la calidad del hombre que tenía delante, y el recién llegado debía sentir a su vez que encontraba a alguien en quien se podía confiar, alguien que carecía de debilidades; también quería decir aquella mirada que el visitante había sido estudiado y que sus debilidades habían sido debidamente notadas. Lo mejor en estos casos es responder con una mirada similar; así lo hice. El coronel tomó su lapicera.

—Nombres, por favor.

Dimos nuestros nombres.

—¿Direcciones?

—Temo que no sirvan de mucho en las actuales circunstancias — dije —, pero, si realmente quiere saberlas...

El murmuró algo sobre sistema y organización, y escribió las direcciones. Después informamos sobre nuestra edad, ocupación y demás datos. Nuevamente volvió a mirarnos y escribió unas notas en unos trozos de papel, que en seguida archivó.

—Necesitamos hombres. Este es un asunto muy desagradable. Tenemos mucho que hacer. Mucho. El señor Beadley les dirá lo necesario.

Salimos al vestíbulo. Michael Beadley, a quien encontramos poco después, era un tipo completamente distinto: delgado, alto, de hombros anchos, con algo del aire de un atleta dedicado ahora a los libros. Las raras veces en que su cara tenía un aspecto reposado adquiría una expresión de suave tristeza, proveniente de la negrura de sus grandes ojos. Podía tener entre treinta y cinco y cincuenta años. Su aspecto indicaba que no había dormido; sin embargo, nos saludó alegremente e indicó con la mano a una mujer joven, que se encargó nuevamente de escribir nuestros nombres.

—Sandra Telmont — explicó presentándola —; es nuestra secretaria. La aplicación es su característica, así que nos consideramos especialmente dichosos de tenerla entre nosotros en las actuales circunstancias.

La joven inclinó la cabeza y miró algo duramente a Josella.

—Nos hemos visto antes — dijo. Una débil sonrisa iluminó su rostro, agradable pero poco llamativo.

—¡Oh, sí! — añadió luego, como si recordara algo.

—¿Qué te dije? El libro vuelve siempre — dijo Josella.

—¿Qué ocurre? — preguntó Michael Beadley.

Explicué. El miró a Josella con más atención. Ella suspiró.

—Por favor, olvídense del libro — sugirió. Estas palabras parecieron sorprenderlo agradablemente.

—Está bien — asintió. Después se volvió otra vez a la mesa —. ¿Han visto a Jacques?

—Sí, Jacques es el coronel, lo hemos visto — dije.

El hizo una mueca.

—Queremos situaciones claras. No podemos hacer nada sin tener en cuenta lo que ofrecen ustedes — dijo imitando los modales del coronel —. Pero esta es la verdad — prosiguió con su tono habitual —; tendré que darles una idea de cómo están las cosas. Hasta el momento somos treinta y cinco. De todas clases. Esperamos que otros lleguen durante el día. De los que estamos aquí, sólo veintiocho pueden ver. Pensamos partir de aquí mañana por la mañana, para estar a salvo... ya me entienden.

—Nosotros habíamos decidido partir esta tarde — expliqué.

—¿Con qué medios de transporte cuentan?

Hablé de nuestro camión.

—Pensábamos cargar hoy — dije —; por el momento sólo contamos con armas contra trífidos.

El levantó las cejas. Sandrá me miró.
—Es raro que hayan elegido eso como artículo de primera necesidad — dijo Beadley.

Explicué las razones. Ninguno de los dos pareció muy impresionado. Asintió distraídamente y prosiguió:

—Sugiero lo siguiente, en caso de que se unan a nosotros: hagan entrar aquí su camioncito, vacíenlo y salgan en busca de un camión grande. Después... ¿entiende alguno de ustedes algo de medicina? — preguntó brusca-mente.

Meneamos la cabeza. El arrugó el ceño.

—Es una pena. Hasta ahora no hemos encontrado a nadie. Será raro que no necesitemos un médico antes de mucho tiempo... Y todos tendríamos que vacunarnos. De todos modos, no será de mucha utilidad enviarlos a ustedes a buscar cosas de farmacia. ¿Preferieren ocuparse de alimentos?

Me tendió una hoja de papel en donde había escrita una lista de alimentos envasados, sartenes, ollas...

—Escojan siempre la mejor calidad en todo — dijo —. En cuanto a la comida, elijan de acuerdo con el valor nutritivo. Sugiero que se dirijan a los almacenes mayoristas — tomó la lista y escribió en ella dos o tres direcciones —. Latas y paquetes principalmente; no se ocupen de bolsas de harina, por ejemplo, pues ya tenemos quién se ha hecho cargo de ese renglón.

Miró pensativamente a Josella.

—Es un trabajo pesado — prosiguió —, pero es lo más útil que puedo darles por ahora. Hagan todo lo que puedan antes de que anochezca. Esta noche, a las nueve y media, habrá aquí reunión general.

HABIA menos gente en las calles que el día anterior: los pocos transeúntes, al oír el ruido del motor, parecían más dispuestos a trepar a las veredas que a molestarnos.

El primer camión que encontramos nos resultó inútil porque estaba cargado con cajones de madera demasiado pesados para que pudiéramos moverlos. Finalmente encontramos un gran camión, casi nuevo y vacío. Transbordamos y abandonamos el nuestro.

Tuvimos poca dificultad en entrar en el primer almacén que figuraba en la lista. Dentro hicimos un verdadero hallazgo: tres camiones llenos hasta el tope. Uno de ellos contenía únicamente latas de carne envasada.

—¿Podrías conducir uno de estos camiones? — pregunté a Josella.

—No veo por qué no habría de poder. El mecanismo es el mismo, ¿verdad? Y no tendremos dificultades de tránsito.

Decidimos volver y hacernos cargo más tarde de aquellos camiones; subimos otra vez al camión vacío y nos dirigimos a una tienda, donde llenamos el camión con sábanas, frazadas y mantas; continuamos luego en busca de ollas, sartenes y cacerolas. Cuando el camión estuvo cargado, sentimos que habíamos hecho un buen trabajo.

Después de almorzar recogimos el camión ya cargado en el almacén de comestibles y lentamente nos dirigimos, en nuestros respectivos camiones, hacia la Universidad. Dejamos los camiones en el patio y volvimos a salir. A eso de las seis y media regresamos con otro par de camiones bien cargados y el sentimiento de haber cumplido con nuestro deber.

Michael Beadley salió a inspeccionar lo que habíamos traído. Aprobó todo, menos media docena de cajones que yo había añadido al segundo cargamento.

—¿Qué es esto? — preguntó.

—Armas contra trífidos — contesté rápidamente.

El me miró pensativamente.

—¡Oh, es verdad, traía usted al llevar una cantidad de armas contra trífidos! — dijo.

—Creo que posiblemente las necesitaremos — contesté.

El reflexionó. Me percaté de que pensaba que el asunto de los trífidos me tenía un poco trastornado. Probablemente suponía que esta locura — agravada por una fobia proveniente de la herida que hacía poco sufriera — era consecuencia de mi trabajo.

—Vea — sugerí —, entre nosotros hemos traído cuatro camiones cargados. Desearía que hubiera espacio en uno de ellos para las armas contra trífidos; si usted no está de acuerdo, iré a buscar otro vehículo.

—No, deje las armas donde están. No ocupan mucho espacio — decidí.

ENTRAMOS en el edificio y tomamos té en una cantina improvisada, que una mujer madura y de rostro agradable había organizado allí.

—Beadley cree — dije a Josella — que estoy un poco chiflado con el asunto de los trífidos.

—Me temo que pronto se percatará de lo contrario — replicó ella —; es raro que nadie los haya visto hasta ahora.

—Toda esta gente no se ha movido del centro y, por lo tanto, la cosa no es sorprendente. Después de todo, nosotros no hemos visto ninguno hoy.

—¿Cómo supones que hayan podido soltarse? — preguntó Josella.

—Si tiran con bastante fuerza y continuamente de una estaca, ésta termina por soltarse. En las granjas rompían a veces el alambrado agrupándose todos hasta que el alambre cedía.

—¿No podían colocar un alambrado más resistente?

—Podíamos, pero no teníamos intención de tenerlos permanentemente en un lugar. La cosa ocurría raras veces, y los trífidos sólo marchaban de un campo a otro, así que nos limitábamos a empujarlos otra vez detrás de sus alambrados. No creo que ninguno venga aquí intencionadamente. Para un trífido una ciudad debe ser como un

desierto, por eso creo que tenderán a marchar hacia el campo. ¿Has usado alguna vez un revólver contra trífidos?

Josella negó.

—Después de haber solucionado el problema de mi ropa, me parece que deberíamos practicar un poco con los revólveres — sugerí.

REGRESE una hora después, vestido más convenientemente, para descubrir que ella había cambiado su traje de esquiadora por un bonito vestido verde. Tomamos un par de revólveres contra trífidos y nos dirigimos al jardín de la plaza. Llevábamos media hora tirando a lo alto de los matorrales, cuando una joven nos enfrentó con una cámara fotográfica.

—¿Quién es usted, un periodista? — preguntó Josella.

—Más o menos... — contestó la joven —. Estoy encargada de los informes oficiales, y me llamo Elspeth Cary.

—¿Ya hay informes oficiales? — pregunté —. En esto anda el coronel.

—Así es — asintió ella. Se volvió para mirar a Josella: — ¿Así que usted es la señorita Playton?

—Por favor — dijo Josella —, ¿no podríamos olvidar mi reputación en un mundo que desaparece?

—¡Hum! — dijo la señorita Cary, pero cambió de tema —. ¿Qué es esa historia de los trífidos? — preguntó.

Le explicamos.

—Aquí creen — añadió Josella — que Bill está un poco trastornado por ello.

La señorita Cary me miró fijamente. Sus ojos eran tranquilos y observadores.

—¿Está usted muy preocupado con los trífidos? — preguntó.

—Pueden ser bastante molestos cuando no están bajo control — contesté.

Ella asintió.

—Así es. He estado en lugares donde no estaban bajo control. Muy desagradable. Pero en Inglaterra...

—No será fácil tenerlos ahora bajo control — dije.

Su respuesta, si iba a dar una, fué cortada por el ruido de un motor sobre nuestras cabezas. Levantamos la vista y vimos un helicóptero.

—Ese debe ser Ivan —dijo la señorita Cary—, estaba segura de que iba a encontrar un helicóptero. Tendré que retratarlo al aterrizar. Hasta luego —y desapareció corriendo sobre el césped.

Josella se recostó en la hierba, puso las manos detrás de la cabeza y miró las profundidades del cielo. Cuando cesó el ruido de la máquina del helicóptero el lugar pareció más silencioso que antes.

En los ojos de Josella había una mirada ausente. Creí poder adivinar algo de lo que estaba pensando, pero no dije nada. Ella guardó silencio un rato, y después dijo:

—¿Sabes? Una de las cosas más terribles es comprobar cuán fácilmente hemos perdido un mundo que parecía tan seguro y tan firme.

Josella tenía razón. La simplicidad con la que todo había desaparecido era lo más terrible. La costumbre nos hace olvidar las fuerzas que conservan el equilibrio, y creemos que la seguridad es una cosa normal. Pero no lo es. Creo que nunca se me había ocurrido que la superioridad del hombre no se debía exclusivamente a su inteli-

gencia, sino a la capacidad del cerebro para hacer uso de la información que nos da una angosta banda de rayos de luz. La civilización, todo lo que el hombre ha alcanzado, o podrá alcanzar, depende de su capacidad para percibir el radio de vibraciones del rojo al violeta. Sin eso la humanidad está perdida. Vi, por un momento, los milagros que había producido el hombre con tan frágil instrumento...

Josella seguía su pensamiento.

—Va a ser un mundo muy extraño... lo que quede del mundo. No creo que vaya a gustarnos mucho —dijo pensativamente.

Me pareció un punto de vista curioso: como si se protestara por morir, o por nacer. Yo prefería averiguar primero cómo iba a ser ese mundo, y después tomar las medidas que se pudiera contra lo más desagradable, pero no hice ningún comentario.

De tiempo en tiempo oíamos el ruido de los camiones que llegaban a la Universidad. Era evidente que la mayoría de los expedicionarios regresaban a esta hora. Miré la hora y recogí los revólveres contra trífidos que yacían a mi lado.

—Si queremos comer algo antes de la reunión creo que es tiempo de entrar —dije.

VII. CONFERENCIA

CREO que todos habíamos supuesto que la reunión iba a reducirse a una breve charla. Las instrucciones necesarias, el objetivo del día y demás. Realmente no esperaba escuchar todas las extrañas ideas que oímos.

La reunión tuvo lugar en una sala para conferencias. Cuando entramos, media docena de hombres y dos mu-

jeres, que parecían constituir un comité aparte, conferenciaban detrás del escritorio, en la tarima.

Nos sorprendimos al ver que en la platea había unas cien personas. Las mujeres jóvenes predominaban en proporción de cuatro a uno. Sólo cuando Josella me lo dijo advertí que únicamente unas pocas de esas muchachas podían ver.

Michael Beadley dominaba el grupo del comité con su alta estatura. A su lado estaba el coronel. Las otras caras eran nuevas para mí, exceptuando la de Elspeth Cary, que había cambiado su cámara fotográfica por un anotador, probablemente en beneficio de la posteridad. Casi todo el interés se concentraba en un anciano feo, pero de aspecto benevolente, con anteojos de oro dorado y hermosa cabellera blanca. Todos parecían preocupados por lo que él iba a decir.

La otra mujer del grupo era una muchacha de apenas veintidós o veintitrés años. No parecía contenta de estar donde estaba. Lanzaba ocasionalmente miradas inquietas al auditorio.

Sandra Telmont, al entrar deshizo rápidamente el grupo que formaba el comité e invitó a los componentes a ocupar sillas. Luego hizo a Beadley un ademán con la mano, y la reunión comenzó.

El permaneció levemente inclinado unos instantes, mirando al auditorio, a la espera de que cesaran los murmullos. Cuando habló, su voz resonó agradable y llena de entusiasmo.

MUCHOS de los presentes —dijo— se sentirán todavía apabullados por la catástrofe. El mundo que conocíamos ha terminado de golpe. Para algunos eso significará el fin de todo. Pero no lo es. Debo recordarles, sin embargo, que esto puede ser el fin, si dejamos que así sea.

“Aunque el desastre ha sido terrible, ha habido unos cuantos sobrevivientes. Es mejor recordar ahora que no somos los primeros en enfrentar una gran calamidad. Sean cuales sean los mitos existentes al respecto, no cabe duda de que, en algún momento de la historia, hubo un Diluvio Universal. Los que sobrevivieron deben de haberse encontrado frente a una calamidad de magnitud comparable con

la actual; con una calamidad, si se quiere, más formidable. Pero no desesperaron; empezaron de nuevo..., como tendremos que comenzar nosotros.

“El compadecernos de nosotros mismos y el sentir intensamente la tragedia no será de ninguna utilidad. Debemos olvidar esto en seguida, porque tenemos que construir.

“Y para que no nos hagamos ilusiones románticas, quiero recordarles que esto, aunque terrible, no es lo peor que pudo haber pasado. Yo, y probablemente la mayoría de ustedes, hemos pasado la vida esperando algo peor. Desde el 6 de agosto de 1945 las posibilidades de sobrevivir han disminuido terriblemente. Hace dos días ese margen era aún más estrecho que en este momento. Si necesitan dramatizar, les ruego que recuerden los años posteriores a 1945, cuando el sendero de la seguridad se convirtió en una cuerda floja sobre la que debíamos caminar cerrando deliberadamente los ojos a los abismos que nos acechaban debajo. Es un milagro que no hayamos dado el traspie fatal. Pero ese doble milagro no podía prolongarse indefinidamente. Tarde o temprano hubiera ocurrido el traspie, por malicia, por descuido o por accidente: el equilibrio estaba destinado a perderse.

“No debemos prever cuáles hubieran sido las consecuencias. Tal vez no hubiera habido sobrevivientes, tal vez hubiera desaparecido el planeta.

“Veamos ahora nuestra situación: la tierra está intacta, no ha sido dañada y todavía puede dar frutos. Puede proporcionarnos alimentos y materias primas. Tenemos libros que nos enseñarán todo lo que ha sido hecho antes. Aunque quizás sea mejor olvidar ciertas cosas. Y tenemos medios, salud y fuerza para construir de nuevo”.

El discurso no fué largo pero produjo efecto. Probablemente muchos sintieron que estaban al comienzo de

algo, y no únicamente al fin de todo. Pese a que Beadley no dijo más que generalidades, el auditorio pareció más animado cuando él se sentó.

El coronel, que tomó después la palabra, fué directo y práctico. Recordó que, por razones sanitarias, lo mejor era evacuar las ciudades, y esperaban poder hacerlo mañana a las doce en punto. Habían sido recogidos todos los artículos de primera necesidad, así como los extras que podían proporcionar comodidad material. Teniendo en cuenta lo que habíamos almacenado, podríamos independizarnos de los recursos externos por el término de un año. Pasaríamos ese período virtualmente en estado de sitio. Indudablemente querríamos llevar muchas cosas más, pero tendríamos que esperar hasta que el cuerpo médico, (al oír estas palabras la muchacha del comité se ruborizó profundamente) decidiera el momento oportuno para salir del aislamiento e ir en busca de esas cosas. En cuanto al lugar en el que nos aislaríamos el comité había pensado mucho al respecto y había llegado a la conclusión de que una escuela campestre o alguna gran casa de campo serían lo mejor para nuestros propósitos.

Ignoro si el comité había escogido algún lugar determinado, o si la noción militar de que convenía guardar secreto persistía en la mente del coronel, pero creo que el hecho de no mencionar el lugar escogido, o, en su defecto, el lugar probable, fué el error más grande que se cometió esa noche.

Cuando el coronel cesó de hablar, Beadley volvió a tomar la palabra. Dijo algo a la muchacha del comité y después la presentó. Expresó que una de las principales preocupaciones había sido la falta de un médico; con gran alegría, por lo tanto, daba la bienvenida a la señorita Berr. Es verdad que ella no poseía títulos médicos en grandes letras, pero era una

enfermera muy calificada. Y valía más el conocimiento práctico recientemente adquirido que cualquier título conseguido años atrás.

La muchacha, ruborizándose de nuevo, explicó su determinación de cumplir fielmente con su trabajo y anunció que nos vacunaría contra muchas cosas antes que saliéramos de allí.

Cuando terminó, Sandra se levantó y presentó al último orador: el doctor E. H. Vorless, de Edimburgo, profesor de sociología de la Universidad de Kingston.

EL hombre de cabellera blanca avanzó hasta la tarima. Permaneció unos segundos en silencio. Los que quedaron detrás de él lo miraban ansiosamente. El coronel se inclinó para murmurar algo al oído de Beadley, quien asintió, sin dejar de mirar al doctor Vorless. Finalmente el anciano levantó la vista y se pasó la mano por los cabellos.

—Amigos míos —dijo—, creo que soy el más viejo de todos nosotros. En casi setenta años he aprendido y olvidado muchas cosas, aunque no tantas como hubiera deseado. Pero una cosa me ha sorprendido siempre en el estudio de las instituciones hermanas: su variedad más que su fijeza.

“Los franceses han dicho: “otros tiempos, otras costumbres”. Si lo pensamos, nos daremos cuenta de que lo que es virtud en una sociedad es crimen en la otra. Aquello que disgusta en una parte, será considerado laudable en otra; las costumbres condenadas por un siglo han sido aplaudidas por el siguiente. Y veremos también que en cada comunidad y en cada período, se ha creído siempre en la justicia moral de las propias costumbres.

“Naturalmente, como algunas de estas creencias están en conflicto, no todas pueden ser “justas” en un sentido absoluto. Lo más que podemos decir es que algunas costumbres han

sido “justas” en algún período para la comunidad que las adoptó. Pero las comunidades que siguen ciegamente las costumbres, sin tener en cuenta las circunstancias, actúan en contra de sus intereses y se precipitan tal vez hacia su total destrucción”.

El auditorio no comprendía adónde quería llegar el orador y empezó a impacientarse. Generalmente, cuando oían en la radio una cosa parecida acostumbraban a girar el dial. Pero ahora estaban atrapados. El orador decidió ser más claro.

—Por lo tanto —prosiguió— ustedes no esperarán encontrar las mismas costumbres en un pobre pueblecito de la India, con habitantes casi muertos de hambre, por ejemplo, que en el barrio de Mayfair. De otro modo: los medios diferentes crean valores diferentes.

“Digo esto porque el mundo que conocíamos ha desaparecido. Y nuestras condiciones de vida han desaparecido con él. Nuestras necesidades serán diferentes y nuestros propósitos también. Como ejemplo les diré que todos hemos pasado la tarde, con absoluta tranquilidad de conciencia, haciendo algo que, hace dos días, habríamos llamado asalto y robo. Tenemos que encontrar ahora el modo de vida que nos convenga mejor. No se trata simplemente de empezar a construir de nuevo; tenemos que comenzar a pensar de nuevo, lo que es mucho más difícil, mucho más desagradable.

“El hombre es físicamente adaptable en grado sumo. Pero las costumbres de cada comunidad es formar las mentes de los jóvenes según un molde, introduciendo así los prejuicios. El resultado es una sustancia bastante tosca, capaz de resistir la presión de las tendencias innatas y de los instintos. De esta manera ha sido posible crear un tipo de hombre que, contra el sentimiento de su propia conservación, ha sido capaz, a veces, de arriesgar la vida por un ideal...; y también se

ha producido el imbecil que está seguro de todo y sabe lo que es “justo”.

“En la época en que empezamos a vivir tendremos que olvidar muchos prejuicios, o alterarlos radicalmente. Sólo podemos aceptar un prejuicio primordial: la raza debe sobrevivir. Todo lo demás debe subordinarse a esta consideración. Debemos pensar ante cualquier acción que realicemos: “¿Ayudará esto a sobrevivir a nuestra raza o le hará daño?” Si lo que hacemos es útil para perdurar, debemos aceptarlo, aunque entre en conflicto con nuestras ideas hechas.

“Esto no será fácil: los prejuicios son duros para morir. Los sencillos se apoyan en las máximas y en los preceptos; lo mismo hacen los tímidos y los mentales perezosos, y también hacemos todos nosotros, más de lo que imaginamos. Ahora que la organización del mundo que conocíamos ha desaparecido, debemos tener el valor de pensar y de plantear de nuevo. Hay una cosa que debe ser clara para ustedes antes de ingresar en nuestra comunidad: todos tendrán un papel que representar. Los hombres deberán trabajar, las mujeres deberán tener hijos. A menos que acepten esto no habrá lugar para ustedes en nuestra comunidad”.

Después de un instante de mortal silencio añadió:

“Podemos mantener a cierto número de mujeres ciegas porque ellas tendrán hijos que podrán ver. No podemos mantener a hombres ciegos. En nuestro mundo los niños son más importantes que los maridos”.

GUARDO silencio unos segundos, y sólo después comenzaron algunos murmullos aislados que se transformaron pronto en un rumor general.

Miré a Josella. Quedé atónito al verla sonreír atrevidamente.

—¿Qué encuentras tan divertido en esto? —pregunté con un tono brusco.

—La expresión de las caras de la gente —replicó ella.

Tuve que aceptar su explicación. Miré alrededor y después contemplé a Michael. Sus ojos se movían de derecha a izquierda, como si procurara adivinar la reacción del público.

—Michael parece inquieto —observé.

—Tiene razones para preocuparse —dijo Josella.

—Mientras tú estabas afuera, alguien trajo un ómnibus lleno de muchachas ciegas. Probablemente provienen de alguna institución. Me pregunté: ¿por qué recogerlas de una institución cuando hay millones en las calles? La respuesta era evidente: a), como eran ciegas antes de la catástrofe, estaban capacitadas para realizar algunos trabajos; b), todas son jóvenes. La educación no era difícil.

—Depende...

—Silencio —me interrumpió Josella indicándome una mujer alta, más bien joven, que se puso en pie. Por unos instantes pareció que su boca nunca iba a abrirse, aunque finalmente no fué así.

—¿Debemos entender — preguntó con voz acerada — que el orador está defendiendo el amor libre? —y se sentó con una decisión que helaba los nervios.

El doctor Vorless se acarició el pelo antes de responder.

—Creo que la señora debe tener presente que no he mencionado el amor, libre o comparado. ¿Quiere usted aclarar su pregunta?

La mujer volvió a ponerse en pie.

—Creo que el orador me ha entendido. Pregunto si propone la abolición del matrimonio.

—Las leyes que conocíamos han sido abolidas por las circunstancias. Debemos ahora hacer leyes adaptadas a las condiciones actuales, y obligar a cumplirlas si fuera necesario.

—Siempre existirá la ley de Dios y la ley de la decencia.

—Señora: Salomón tenía trescientas o quinientas mujeres, y Dios no estaba en contra de él. Un mahometano se considera respetable con tres esposas. Esta es una cuestión de costumbre. Nuestras leyes, tanto en este sentido como en otros, se decidirán según el beneficio de la comunidad. Este comité ha decidido que, si queremos crear un nuevo orden de cosas y evitar el caer en la barbarie (que es un peligro bastante grande) debemos exigir ciertas cosas de las personas que se unan a nosotros. No podemos volver al pasado. Lo que ofrecemos es una vida de trabajo, y la satisfacción que se obtiene al vencer dificultades. En cambio, pedimos buena voluntad y productividad. Nadie obliga a nadie. La elección es suya. Aquellos que no se sientan atraídos por nuestras propuestas están en libertad de formar una comunidad basada en los principios que crean convenientes. Pero le ruego que piense cuidadosamente si Dios la autoriza a privar a cualquier mujer de cumplir con sus funciones naturales.

Siguió una discusión acalorada, que no llevaba miras de terminar. Cuanto más se discutía, menos extraña parecía la idea del profesor.

JOSELLA y yo nos aproximamos a la mesa donde la enfermera Berr había colocado su equipo. Nos hicieron varias inoculaciones y después seguimos escuchando la discusión.

—¿Cuántos crees que decidirán seguir? —le pregunté.

Ella miró alrededor.

—Casi todos..., mañana por la mañana —contestó.

Yo tenía mis dudas. Había demasiadas discusiones. Josella dijo:

—Si fueras mujer y tuvieras que pensar esta noche antes de dormirte si preferirías tener niños y una organización que te protegiera, o adherir

te a un principio que significa no tener niños y que nadie se ocupe de ti, no tendrías dudas al respecto. De todos modos, la mayoría de las mujeres quieren tener hijos; el marido es sólo lo que el doctor Vorless llamaría el medio para llegar al fin.

—Eres un poco cínica.

—Si crees que eso es cinismo debes tener un carácter muy sentimental. Estoy hablando de mujeres verdaderas, no de muñecas.

—¡Oh! —contesté.

Ella se sentó pensativa, pero, gradualmente, frunció el ceño. Finalmente dijo:

—Lo que me preocupa es cuántos niños querrán de cada mujer. A mí me gustan los niños, pero todo tiene su límite.

El debate prosiguió todavía durante una hora. Finalmente Beadley informó que los que desearan formar parte de la comunidad podrían inscribirse en su oficina al día siguiente a las diez de la mañana. El coronel solicitó que los que supieran conducir camiones se presentaran a verlo a las siete y la reunión se disolvió.



El inconveniente hallado hasta ahora para mantener vida latente a baja temperatura es que los líquidos celulares cristalizan, destruyendo las estructuras fundamentales de la célula. El doctor Basile Luyet, de la Universidad de Saint Louis, logró eliminar este obstáculo mediante un enfriamiento ultra-rápido, y así pudo mantener vivas células del corazón de un embrión de pollo durante un mes, congeladas a doscientos grados bajo cero. Tal vez se alcance así pronto el ideal de los escapistas: "invernarse" hasta que el mundo marche un poco mejor.

Carnes congeladas

HACIENDO la competencia a los mamuts conservados en el hielo de Siberia, acaba de encontrarse en Alaska carne de un superbisonte prehistórico, congelada y conservada a la perfección. Mediciones de su contenido de carbono radiactivo (el famoso Carbono 14) le asignan una edad de 28.000 años. ¿Podrá conservarse igual el protoplasma vivo?

no temblaba cuando tomé la de ella. Por el momento no tuve palabras que decir. Ella añadió:

—Pero eso no es tan sencillo ahora. Di un respingo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Creo que si yo estuviera en el lugar de ellos —señaló hacia la torre de la Universidad—, establecería una regla: dividiría a la gente en grupos. Establecería que cada hombre que se casara con una muchacha con vista debería tomar también dos muchachas ciegas. Estoy segura de que establecería eso.

La miré en medio de las sombras.

—Pero tú no quieres eso —protesté.

—Mucho me temo que sí, Bill.

—Pero...

—¿No crees que ellos deben pensar algo semejante, a juzgar por lo que han dicho?

—Es posible —asentí—. Pero una cosa es la ley y otra...

—¿Quiere decir que no me amas lo bastante como para aceptar otras dos muchachas también?

Tragué saliva. Protesté:

—Vamos, esto es una locura. Es antinatural. ¿Estás sugiriendo...?

Ella me puso la mano sobre la boca.

—Oye, Bill, sé que parece un poco chocante al principio, pero no es una locura. Es muy claro... y no es muy fácil. Todo esto —señaló con la mano— me ha enseñado algo. Es como si viera el mundo de otra manera. Y una de las cosas que veo es que los sobrevivientes estaremos más cerca los unos de los otros, dependeremos más los unos de los otros... Seremos... como una tribu.

“Todo el día he visto a desdichados que morirán muy pronto. Y todo el día me he dicho: “Si no fuera por la gracia de Dios...” Y después he añadido: “Esto es un milagro. Yo no merezco haberme salvado más que esta gente. Pero ha ocurrido. Todavía estoy aquí, y tengo que justificarlo”.

Me he sentido más cerca que nunca de la gente. Me he preguntado qué es lo que yo podría hacer para ayudar a algunos.

“Yo podría ser una de esas muchachas ciegas, tú podrías ser uno de esos desdichados que vagan por las calles. Si tratamos de hacer felices a algunos, devolveremos algo... una parte íntima de lo que debemos. ¿Comprendes, verdad, Bill?”

Medité unos momentos.

—Creo —dije— que éste es el argumento más extraño que he oído hoy... o nunca... Sin embargo...

—¿Sin embargo es justo, verdad, Bill? Sé que es justo. He procurado ponerme en el lugar de una de esas muchachas ciegas, y lo sé. ¿Debemos darles algo de nuestra gratitud, o simplemente debemos dejarlas a causa de los prejuicios que nos han enseñado? Eso es lo único que realmente cuenta en estas circunstancias.

Permanecí unos instantes en silencio. Tuve la certeza de que Josella creía todo lo que decía. Pensé en mujeres como Florence Nightingale y Elizabeth Fry. No se puede hacer nada con esas mujeres... y generalmente se demuestra al fin que tienen razón.

—Está bien —dije finalmente—, si crees que así debe ser. Pero...

Me interrumpió.

—¡Oh, Bill, sabía que entenderías! Estoy muy, pero muy contenta. Me haces muy feliz.

Después de un instante:

—Espero... —comencé a decir.

Josella me acarició la mano:

—No tendrías que preocuparte, querido: elegiré dos muchachas bonitas e inteligentes.

—¡Oh! —dije.

SEGUIMOS sentados en la pared, tomados de la mano, mirando los árboles... que no veíamos. Al menos yo no los veía. De pronto en el

edificio, detrás de nosotros, resonó un fonógrafo tocando un vals de Strauss. La música invadió nostálgicamente el patio vacío. Por un momento el sendero se convirtió en el espectro de una sala de baile: un torbellino de dolor, con la luna como una araña de caireles.

Josella se puso en pie. Con los bra-

zos extendidos y llevando el compás con las manos y los dedos bailó, ligera como la espuma, en el gran círculo de la luz de la luna. Se acercó a mí, con los ojos brillantes y tendiendo los brazos.

Bailamos, en el borde del futuro desconocido, ante el eco del pasado que se iba.

VIII. FRUSTRACION

CAMINABA por una ciudad desierta y desconocida, donde una campana llamaba angustiada y sepulcralmente y perdidas voces gritaban en el vacío: “¡La Bestia está suelta! ¡Cuidado! ¡La Bestia está suelta!”, cuando desperté y comprobé que una campana realmente tañía. Era una campana de mano que resonaba con un sonido tan agudo y sorprendente que, por un momento, no recordé dónde estaba. Cuando me senté, todavía aturdido, llegó un sonido de voces gritando: “¡Fuego!” Salté de entre las mantas y me precipité al corredor. Allí había humo, ruido de pasos apresurados y de puertas que se cerraban de golpe. La mayor parte de los ruidos parecían provenir de la derecha, donde la campana seguía aún sonando y continuaban los gritos; por eso seguí aquella dirección. Un poco de luz lunar se filtraba por las altas ventanas al final del corredor, iluminando la tiniebla lo bastante como para permitirme evitar a la gente que tanteaba y trataba de orientarse a lo largo de las paredes.

Llegué a las escaleras. Bajé lo más rápidamente que pude, entre el humo que se espesaba. Cerca del final de la escalera tropecé y caí hacia adelante. La tiniebla se transformó en una sú-

bita oscuridad en la cual una luz estalló como una nube de agujas, y eso fué todo...

PRIMERO sentí dolor de cabeza. Después, cuando abrí los ojos, un deslumbramiento. En el primer parpadeo, la luz me pareció muy brillante, pero, cuando abrí otra vez los ojos cuidadosamente, resultó ser la luz de una ventana común. Me percaté de que estaba acostado en una cama, pero no me senté para averiguar más. Una especie de pistón parecía golpear en mi cabeza, quitándome toda energía. Permanecí inmóvil, quieto... hasta que descubrí que tenía atadas las muñecas.

Aquello me sacó del letargo, pese al golpeo de la cabeza. La atadura no era dolorosa, pero sí muy eficaz: varias vueltas de alambre en cada muñeca y un complejo nudo que no pude alcanzar, con los dientes. Miré alrededor: el cuarto era pequeño y, salvo por la cama que yo ocupaba, estaba vacío.

—¡Eh! —grité—. ¿No hay nadie aquí?

Después de un minuto más o menos se oyó ruido de pasos afuera. Se abrió la puerta y apareció una cabeza. Era una cabeza pequeña, y llevaba gorra.

Tenía una expresión picaresca y una oscura sombra de barba adornaba la cara. Pero el hombre no miró de frente, sino más bien en mi dirección.

—¡Hola, amigo! —dijo bastante cordialmente—. ¿Así que ya volvió en sí? Espere un poco y le traeré una taza de algo.

La indicación de esperar era superflua, pero no tuve que hacerlo mucho tiempo. En unos minutos regresó con un recipiente.

—¿Dónde está usted? —preguntó.

—Frente a usted, en la cama —dije.

Tanteó con la mano izquierda, dió la vuelta a la cama y me tendió el recipiente.

—Ahí tiene, compañero. El sabor le parecerá un poco raro, porque me parece que Charlie le echó demasiado ron, pero no creo que a usted le importe mucho.

Tomé el recipiente con alguna dificultad entre ambas manos atadas. El té era fuerte y dulce. Tal vez el ron le daba un sabor extraño, pero me pareció la vida misma.

—Gracias —dije—. Mi nombre es Bill.

Me informó que él se llamaba Alf.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté.

Se sentó en el borde de la cama y me tendió un paquete de cigarrillos y fósforos. Tomé un cigarrillo, encendí primero el suyo, luego el mío, y le devolví la caja.

—Usted recuerda, tal vez, compañero —dijo—, que hubo un poco de barullo ayer a la mañana en las puertas de la Universidad.

Le dije que recordaba perfectamente.

—Bueno, Coker, el muchacho que hizo el discurso se enojó bastante.

—Está bien, ellos lo han querido —dijo—. Nos encontramos con un par de muchachos y una vieja que todavía veían, y entre ellos arreglaron todo. Es un gran tipo ese Coker.

—¿Quiere usted decir que él fingió

todo... que no hubo incendio ni cosa por el estilo?

—¡Fuego! Lo único que hicieron fué tender un par de alambres para hacer tropezar a la gente, encender un montón de papeles en el vestíbulo y tocar la campana. Contábamos con que los que pudieran ver serían los primeros en bajar. A medida que tropezaban, Coker y otro muchacho les daba un golpe para hacerles perder el sentido y nosotros los transportábamos al camión. Facilísimo.

—¡Ah! —dijo un poco rudamente—. Parece muy inteligente ese Coker.

—¿Cuántos caímos en la trampa?

—Un par de docenas... aunque después resultó que cinco o seis estaban ciegos. Llenamos el camión y dejamos que los demás se las arreglaran por su cuenta.

FUERAN cuales fueren los sentimientos de Coker con respecto a nosotros, Alf no nos tenía animosidad. Todo el asunto parecía divertido. Mentalmente me saqué el sombrero ante él: en su posición, probablemente me habría sido muy difícil divertirme con nada. Terminé el té y acepté otro cigarrillo.

—¿Y qué piensan hacer ahora?

—Coker quiere dividirnos en grupos y poner a uno de ustedes en cada grupo. Tendrán que ayudarnos a mantenernos vivos hasta que algo arregle la situación.

—Comprendo —dije.

El movió la cabeza hacia mí. Alf no era ningún tonto: en el tono de mi voz descubrió más de lo que yo creía haber dicho.

—¿Cree usted que durará mucho tiempo? —pregunté.

—Lo ignoro. ¿Qué dice, Coker?

Parece ser que Coker no se había comprometido a dar detalles. Pero Alf tenía su propia opinión al respecto.

—Hablando francamente, le diré que

no creo que nada ni nadie venga a arreglar la situación. Si alguien pudiera hacerlo ya lo habrían hecho. No, nadie vendrá.

No contesté.

—Supongo que usted también ve las cosas así, ¿verdad? —preguntó.

—Las cosas no se presentan muy bien —reconocí—, pero no hay que perder la esperanza... Tal vez desde el exterior...

Meneó la cabeza.

—Ya estarían aquí. No, compañero, nadie vendrá.

Después añadió:

—No era una vida tan mala la que tuvimos, mientras duró.

Hablamos un poco sobre su vida pasada. Había tenido muchos oficios, cada uno de los cuales parecía incluir una o dos actividades ocultas y clandestinas. Finalizó diciendo:

—De todos modos no la pasé mal. ¿Qué hacía usted?

Le expliqué mi trabajo. No pareció impresionado.

—¡Los trífidos! Maldito asunto. No son naturales, si quiere que le diga mi opinión francamente.

Alf se fué, dejándome un paquete de cigarrillos. Me pregunté qué pensarían los demás capturados sobre el asunto. Especialmente qué pensaría Jossella.

Me levanté de la cama y estudié la habitación en la cual me encontraba prisionero, que era semejante a la de un hotel de tercera categoría. No había posibilidad de escaparse, por ahora. Y decidí esperar hasta que llegara un momento conveniente. No debía ser difícil que se le presentara una oportunidad a un hombre normal, entre tantos ciegos.

CUANDO Alf reapareció con comida y el inevitable recipiente de té, Coker lo acompañaba. Parecía más fatigado que cuando yo lo había visto. Llevaba unos papeles bajo el brazo.

Me lanzó una mirada investigadora.

—¿Ya sabe lo que debe hacer? —preguntó.

—Alf me ha informado.

—Bien —puso los papeles sobre la cama, tomó uno y lo desplegó: era un plano de Londres. Señaló una zona marcada con lápiz azul—. Su grupo trabajará en esta área exclusivamente. Usted deberá encontrar comida y lo necesario para su grupo dentro de esta sección únicamente, ¿entiende?

—¿Y si me niego? —pregunté mirándolo.

—La gente tendrá hambre, y entonces será mucho peor para usted. Algunos de los muchachos son rudos, y no hacemos esto para divertirnos. Mañana por la mañana usted y su grupo serán conducidos en camiones a la sección que les corresponde. Después su deber será mantener vivo el grupo hasta que alguien llegue en nuestra ayuda.

—¿Y si no viene nadie? —pregunté.

—Alguien tiene que venir —dijo torvamente—. De todos modos, ése es su trabajo, y tenga cuidado de no salir de su área.

Lo llamé cuando salía.

—¿Tienen ustedes aquí a una tal señorita Playton? —pregunté.

—No conozco los nombres de ustedes —contestó.

—Una muchacha rubia, de estatura mediana, ojos azules grisáceos...

—Hay aquí una muchacha rubia de mediana estatura, pero no le he mirado los ojos: tengo cosas más importantes que hacer —y, diciendo esto, se fué.

Estudié el mapa. No quedé muy entusiasmado con el distrito que me destinaban. En las circunstancias presentes habría preferido un lugar con más posibilidades de encontrar almacenes y tiendas. De todos modos, pensaba permanecer allí sólo el tiempo estrictamente necesario.

CUANDO Alf volvió a presentarse le pregunté si quería llevar una nota a Josella. Meneó la cabeza.

—Lo siento, compañero. No está permitido.

Le expliqué que se trataba de un billete inocente, pero él se mantuvo firme. No tenía motivos para confiar en mí y no podía leer la nota para comprobar si era efectivamente inofensiva. De todos modos yo carecía de papel y lápiz, así que me resigné. Después de insistir, Alf accedió a comunicar a Josella que yo estaba allí y a averiguar la zona a la cual estaba destinada. No concedió esto de muy buena gana, pero estuvo de acuerdo en que, si alguna vez se arreglaban las cosas, sería para mí más fácil encontrarla si sabía en dónde comenzar a buscar.

Después de esto quedé a solas con mis pensamientos. Sabía que tenía que decidirme inmediatamente sobre lo que debía hacer. Pero estaba aturdido. Horas después, cuando me dormí, todavía me hallaba confundido.

No podía enterarme de lo que pensaba Josella. No recibí respuesta directa de ella. Pero una vez, en la noche, Alf asomó la cabeza. Su comunicación fue breve:

—El barrio de Westminster —dijo—. ¡Diablos, no creo que encuentre mucho que comer en la Cámara de los Comunes!

EL me despertó temprano a la mañana siguiente. Venía acompañado por un hombre grandote, de miradas vivaces, que traía consigo, ostentosamente, un cuchillo de carnicero. Alf avanzó y dejó caer un montón de ropa sobre la cama. El compañero cerró la puerta y se apoyó contra ella, mientras me vigilaba con ojos experimentados y jugaba con el cuchillo.

—Déme sus manos, compañero —dijo Alf.

Le tendí las manos. El tanteó los

alambres y los cortó con una tijera.

—Ahora póngase esa ropa, compañero —añadió retrocediendo.

Me vestí bajo las miradas del otro hombre, que no me perdía de vista, como un halcón. Cuando terminé de vestirme, Alf sacó un par de esposas. Vacilé. El hombre de la puerta avanzó un poco. Para él, evidentemente, aquél era el momento más divertido. Decidí que no había llegado aún el instante de resistir y tendí las manos. Alf me colocó las esposas. Después de esto salió y regresó con el desayuno.

Dos horas después volvió a presentarse el otro hombre, con el cuchillo siempre en evidencia. Indicó la puerta.

—Vamos —dijo.

Con la desagradable sensación de tener el cuchillo en la espalda, descendí varias escaleras y atravesé un vestíbulo. En la calle esperaban un par de camiones llenos. Coker y dos compañeros estaban de pie junto a uno de ellos. Hizo señas de que me acercara y, sin decir nada, me pasó una cadena por los brazos. Uno de los extremos de la cadena se sujetaba a la muñeca de un fuerte hombre ciego, y el otro en la de un individuo decididamente fuerte.

Yo quedaba entre ellos. No querían correr riesgos.

Los tres trepamos torpemente en el camión y el vehículo se puso en marcha.

Nos detuvimos en los alrededores de Swiss Cottage y descendimos. Habría unas veinte personas a la vista, vagando, aparentemente sin destino fijo. Al oír el ruido de los motores todos se volvieron hacia nosotros con expresión de incredulidad en los rostros y, como si los moviera un mecanismo, comenzaron a acercarse esperanzados a nosotros, gritando mientras se aproximaban. Los chóferes de los dos camiones que nos habían traído nos gritaron que nos apartáramos. Los

camiones retrocedieron y regresaron por donde habían venido. La gente se detuvo. Uno o dos gritaron, llamando a los camiones, pero la mayoría continuó desesperada y silenciosa su vagabundo.

Me volví a mis compañeros.

—Bueno, ¿qué quieren hacer primero? —pregunté.

—Encontrar un refugio —dijo uno de ellos—. Necesitamos un lugar para dormir.

Pensé que, por lo menos, tenía que hacer esto por ellos. Una vez que habíamos llegado aquí tenía que encontrar un centro, una especie de cuartel general y colocarlos allí. Se necesitaba un lugar donde poder reunir y almacenar los alimentos, y donde todos se reunieran. Conté la gente: cincuenta y dos personas en total, catorce de ellas mujeres. Lo mejor era encontrar un hotel. Así no habría que preocuparse por las camas.

El lugar que escogimos fue una especie de casa de pensión, formada por cuatro casas del período victoriano unidas entre sí. Ya había instaladas en el lugar una media docena de personas. Las encontramos todas reunidas y asustadas en uno de los vestíbulos: un viejo, una mujer madura (que había sido la dueña del hotel), un hombre y tres muchachas. La dueña tuvo bastante presencia de ánimo como para amenazarnos, pero sus amenazas, aunque fueron del más severo estilo de

caja de pensión, no produjeron resultado. El viejo trató de apoyarla protestando un poco. Los demás sólo volvieron nerviosamente los rostros hacia nosotros.

Explicué que nos instalaríamos allí. Si no les agradaba, podían irse; pero si preferían quedarse y compartir todo por igual, eran dueños de

hacerlo. No parecieron muy contentos. Sus reacciones sugerían que, en alguna parte, habían almacenado provisiones que no querían compartir. Cuando comprendieron que teníamos la intención de juntar nuestras provisiones, su actitud cambió perceptiblemente y se prepararon a hacer lo que pudieran.

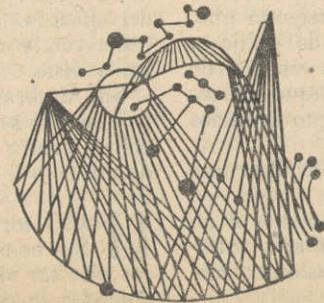
DECIDI permanecer allí un día o dos para ayudar a la gente a instalarse. Presentí que Josella debería sentir lo mismo respecto al grupo que le había tocado en suerte. Era un individuo de ingenio este Coker: no se puede soltar al niño una vez que lo tenemos en los brazos. Pero después me escaparía y me uniría a Josella.

En los días siguientes trabajamos sistemáticamente, saqueando los almacenes cercanos, que eran, en su mayoría, bastante pequeños. El frente de las tiendas había sido muy maltratado. Las vidrieras estaban rotas, el suelo estaba repleto de latas a medio abrir y de paquetes desparramados que yacían en una pegajosa y maloliente masa entre los fragmentos de vidrios. Pero, en general, el daño era superficial y las pérdidas escasas, y descubrimos detrás de los mostradores grandes cajones intactos.

No era nada fácil para hombres ciegos mover pesados cajones y cargarlos en carretillas. Además, debían llevarlos hasta el refugio que habíamos escogido y almacenarlos. Pero con la práctica comenzaron a adquirir cierta destreza.

Lo más fastidioso era que muy poco o nada podía hacerse, a menos que yo dirigiera. Por lo tanto, era imposible hacer trabajar a más de un grupo a la vez, aunque hubiéramos podido formar docenas.

Una vez que empezamos, yo estuve dema-



siado ocupado durante el día para preocuparme más que del trabajo que teníamos a mano, y por la noche sentía tanto cansancio que me dormía en seguida. De vez en cuando me decía: "Mañana a la noche estarán bien instalados... Podrán mantenerse un tiempo, en todo caso. Entonces desapareceré de aquí y me uniré a Josella".

Esto parecía muy sencillo, pero cada día la partida se volvía más difícil. Algunos habían comenzado a aprender algo, pero era todavía demasiado poco para que el almacenaje y la apertura de latas pudieran continuar sin mi presencia. Según marchaban las cosas, yo me volvía cada vez más, y no menos, indispensable.

Y no era culpa de ellos. Por eso el asunto se volvía difícil. Algunos eran muy empeñosos. Cien veces al día maldecía a Coker por haberme puesto en aquella situación. Pero las maldiciones servían sólo para hacerme pensar en cómo podría terminar aquello...

TUVE la primera intuición del fin en la cuarta, o quizá en la quinta mañana, mientras nos preparábamos a salir. Una mujer gritó desde arriba diciendo que había dos enfermos graves.

A mis dos perros guardianes no les agradó la noticia.

—Oigan — les dije —, estoy harto de estar atado. Por otra parte, nos arreglaríamos mucho mejor sin eso.

—¿Y usted se escaparía entonces a reunirse con sus antiguos camaradas, los que pueden ver? — preguntó uno.

—No los estoy engañando — dije —. Podría haber despistado a este par de gorilas. No lo he hecho porque no tengo nada contra ellos, excepto acusarlos de ser muy aburridos...

—Oiga... — empezó a explicar uno de los gorilas.

—Pero — proseguí diciendo — si no me dejan ver qué tienen esos enfermos, me escaparé en cualquier momento.

Mis guardianes comprendieron que yo tenía razón, aunque, cuando llegamos a la habitación de los enfermos, tuvieron buen cuidado de retroceder únicamente lo permitido por la longitud de la cadena.

Los enfermos eran dos hombres, uno joven, otro maduro. Ambos tenían fiebre y se quejaban de atroces dolores en los intestinos. Yo no entendía mucho de enfermedades, pero lo que vi bastó para preocuparme. Ordené que fueran trasladados a una de las casas vecinas y que una de las mujeres se encargara de cuidarlos bien.

Esé fué el principio de un día lleno de contratiempos. El siguiente contratiempo de naturaleza muy distinta, ocurrió a eso del mediodía.

Habíamos vaciado la mayor parte de los almacenes cercanos y decidí extender un poco nuestro radio de acción. Decidí actuar en una calle situada un kilómetro hacia el Norte. Allí, naturalmente, encontramos almacenes, pero encontramos también otra cosa.

Al dar vuelta la esquina me detuve. Frente a un almacén un grupo de hombres retiraba cajones y cargaba con ellos un camión. Tuve tentaciones de retirarme a otra parte para evitar disturbios: era inútil entrar en conflicto contra nadie cuando había muchos almacenes disponibles para los grupos que estuvieran suficientemente organizados. Pero no quiso el destino que yo decidiera. Mientras yo reflexionaba, un joven pelirrojo apareció en la puerta del almacén. No cabía duda de que podía ver, y un instante después nos había visto.

Sin titubear, se llevó la mano al bolsillo. Tras un momento una bala golpeó contra la pared situada detrás de mí.

HUBO un segundo de indecisión. Sus hombres y los míos volvieron sus ojos sin vista, en un esfuerzo por entender lo que ocurría. Después, el

hombre disparó de nuevo. Creo que apuntó hacia mí, pero la bala hirió a mi compañero de la izquierda, que lanzó un gruñido que parecía de sorpresa y se dobló con una especie de suspiro. Retrocedí detrás de la esquina, arrastrando al otro perro guardián conmigo.

—Rápido — dije —, déme las llaves de estas esposas. No puedo hacer nada si estoy encadenado.

El hombre hizo una mueca. Evidentemente tenía una sola idea en la cabeza.

—¡Vamos — dijo —, a mí usted no me engaña!

—¡Por Dios, qué estupidez! — dije tirando de la cadena que arrastraba el cuerpo del segundo perro guardián para poder protegernos de la mejor manera.

El hombre empezó a discutir. Sabe Dios en qué sutilezas se perdía su confuso cerebro. Pero la cadena estaba ahora bastante suelta como para permitirme levantar los brazos. Lo hice y dejé caer ambos puños sobre su cabeza, que golpeó contra la pared. Encontré la llave en uno de sus bolsillos.

—Oigan — dije a los demás —, vuélvanse todos y caminen en línea recta. No se separen. En marcha.

Me liberé de la cadena y, trepando una pared, me encontré en un jardín. Lo atravesé y espí cuidadosamente sobre el ángulo más lejano de la pared. El joven de la pistola no nos había seguido: seguía dando instrucciones a su grupo. ¿Y para qué habría de apurarse? Como no habíamos contestado a su disparo, comprendió sin duda que carecíamos de armas; por otro lado, no podíamos alejarnos de prisa.

Cuando terminó de dar órdenes se dirigió tranquilamente hacia un punto desde donde podía ver a mi grupo que retrocedía. En la esquina se detuvo a mirar a los dos perros guardianes tirados en el suelo. Probablemente la ca-

dena le hizo creer que uno de ellos había sido los ojos del grupo, porque metió la pistola en el bolsillo y comenzó a seguir lentamente a los otros.

No era esto lo que yo esperaba, y tardé un minuto o dos en comprender su plan. Después advertí que lo más provechoso para él sería seguirlos hasta el cuartel general y ver si podía apoderarse de las cosas allí almacenadas. Debo admitir que el pelirrojo era más rápido que yo para aprovechar las oportunidades. Me alegré de haber dicho a mi grupo que marchara en línea recta. Probablemente se cansarían después de un rato, pero supuse que ninguno sería capaz de encontrar por sí mismo el camino del hotel y guiar de esta manera a nuestro enemigo. Si no se separaban, yo podría recogerlos más tarde sin dificultad. Lo importante por el momento era decidir qué podía hacerse contra un hombre provisto de una pistola y decidido a utilizarla.

Lo único que yo podía hacer era no perderlo de vista y esperar que se presentara la oportunidad favorable para competir con él. Rompí una rama de un árbol, crucé la pared y empecé a tantear con la rama a lo largo del cordón de la vereda, esperando confundirme con los centenares de ciegos que recorrían las calles de esta manera.

El pelirrojo marchaba unos cincuenta metros delante de mí, y mi grupo otros cincuenta delante de él. Recorrimos así cerca de medio kilómetro. Comprué, con alivio, que ninguno de los de mi grupo intentaba separarse para dirigirse hacia nuestro hotel. Empezaba a preguntarme cuánto tiempo pasaría antes de que comprendieran que habían andado bastante, cuando ocurrió una cosa inesperada. Un hombre que marchaba a la zaga del grupo se detuvo finalmente. Dejó caer el bastón y se curvó llevándose los brazos al vientre. Después cayó al suelo y se volvió, enloquecido de dolor. Los otros

no esperaron por él. Probablemente oyeron sus gemidos, pero no se les ocurrió que los profiriera alguien del grupo.

El pelirrojo miró al hombre caído y vaciló. Se detuvo a unos pasos de distancia, observándolo. Después, lenta y deliberadamente, sacó la pistola del bolsillo y tiró a la cabeza del hombre.

EL grupo se detuvo al oír el disparo. También yo me detuve. El joven pelirrojo no intentó aproximarse al grupo; pareció que, de pronto, perdía interés en seguirlos. Se volvió y retrocedió por el medio de la calle. Yo recordé que debía representar un papel, y empecé nuevamente a tantear con el bastón. Cuando pasó junto a mí pude ver su cara: estaba preocupada y una mueca contraía sus mandíbulas. . . Continué marchando como si fuera ciego hasta que estuve a conveniente distancia de él, y después corrí a unirme con mi grupo. Detenidos por el ruido del disparo, los hombres discutían si debían continuar marchando o no.

Los interrumpí diciéndoles que, ya que no estaba ligado a mis dos perros guardianes, organizaríamos las cosas de manera distinta. Yo iría a buscar un camión y regresaría en diez minutos, más o menos, para conducirlos al hotel. La única novedad que encontramos en el hotel era que otros dos hombres y una mujer, atacados de fuertes dolores de vientre, habían sido llevados a la casa vecina.

Hicimos todos los preparativos posibles para la defensa contra cualquier merodeador mientras yo no estuviera en la casa. Después recogí otro grupo, lo hice subir al camión y partimos, esta vez en dirección opuesta.

YO recordaba un lugar en donde había muchas tiendas y almacenes. Con ayuda del plano de la ciudad pude encontrar el sitio, que estaba

maravillosamente intacto. Fuera de dos o tres vidrieras rotas, parecía que todo se había cerrado para el fin de semana.

Pero había algunas diferencias. En primer lugar, jamás había habido allí tanto silencio, y varios cuerpos yacían en la calle. Por aquel entonces esto era ya un hecho común. En realidad, me sorprendía no encontrar más cadáveres, y había llegado a la conclusión de que la mayoría de la gente buscaba siempre una especie de refugio, ya fuera por miedo o por debilidad. Esta era una de las razones por la que no era muy tentador entrar en las casas.

Detuve el camión frente a una tienda de provisiones y escuché unos instantes. El silencio nos envolvió como una manta. No se oía ruido de bastones golpeando la calle y no había nadie a la vista. Nada se movía.

—¡Bueno —dije—, abajo, muchachos!

La puerta del almacén cedió fácilmente. Adentro había grandes cantidades de manteca, quesos, tocino, azúcar y demás. La gente había aprendido ya a trabajar más rápidamente. Los dejé ocupados mientras examinaba la habitación de atrás y la bodega.

En tanto yo estaba abajo investigando el contenido de unos cajones, oí gritos afuera. En seguida escuché ruido de pasos precipitados sobre mi cabeza. Un hombre cayó por la entrada de la bodega. Quedó allí inmóvil. Supuse que se libraba una batalla con otro grupo enemigo. Pasé sobre el hombre caído y trepé cuidadosamente la escalera, con un brazo levantado para proteger la cabeza.

Primeramente vi numerosos zapatos, desagradablemente cercanos y retrocediendo hacia la entrada. Me apresuré a salir antes de que me pisaran. Salí al tiempo que una de las ventanas frontales se quebraba. Tres hombres cayeron dentro. Un largo látigo verde

entró tras ellos y alcanzó a golpear a uno. Los otros dos se deslizaron entre los vidrios rotos y, trastabillando, se refugiaron en el fondo de la tienda. Se apretujaron contra los demás y otros dos hombres cayeron por la trampa abierta de la bodega.

ME bastó una mirada sobre aquel látigo para comprender lo ocurrido. Durante los últimos días había casi olvidado a los trífidos. Poniéndome de pie sobre un cajón pude ver más allá de las cabezas de los hombres. Vi tres trífidos: uno en medio de la calle y dos más cercanos, sobre la vereda. Cuatro hombres yacían allí en el suelo. Comprendí inmediatamente por qué aquellos almacenes estaban intactos y por qué no había visto a nadie transitando por los alrededores. Al mismo tiempo me eché en cara no haber mirado mejor los cadáveres que yacían en las aceras. Una marca roja habría bastado para prevenirme.

—¡Quietos! —grité—. No se muevan de donde están.

Salté del cajón, empujé a los dos hombres que estaban más cerca y cerré la trampa de la bodega.

—Allí hay una puerta trasera —dije—. Serenidad ahora.

Los dos primeros hombres parecieron tranquilizarse algo. Pero en ese instante, por la ventana rota un trífido lanzó su silboso agujijón en la habitación. Un hombre gritó al caer. Los otros, llenos de pánico, me arrastraron con ellos. Hubo una confusión en la puerta. Detrás de nosotros los agujijones silbaron dos veces más antes de que pudiéramos salir.

Ya en la otra habitación miré alrededor, sin aliento: éramos ahora siete.

—¡Quietos!... —dije nuevamente—. Aquí estamos bien.

Me dirigí a la puerta. El fondo de la tienda estaba fuera del alcance del agujijón de los trífidos. . . , mientras éstos permanecieran afuera. Pude llegar

hasta la trampa y abrirla nuevamente. Ayudé a subir a los dos hombres que habían caído cuando yo salí. Uno de ellos tenía un brazo roto; el otro sólo estaba contuso.

Para evitar a los trífidos, salimos por la puerta trasera, a través del estrecho callejón que comunicaba con un garage. Amontoné a mi grupo en un gran automóvil, abrí las puertas del garage y regresé corriendo al coche.

Los trífidos no tardaron en advertir lo que ocurría. Su siniestra sensibilidad les indicó que algo pasaba. Cuando salimos, un par de trífidos avanzaba ya hacia la entrada. Sus agujijones golpearon inútilmente los vidrios cerrados. Yo giré rápidamente, golpeando a unos y atropellando al otro. Después estuvimos en la calle, en busca de un lugar más saludable.

LA noche siguiente fué la peor desde que había ocurrido la catástrofe. Libre de los dos guardianes, tomé un cuartito donde podía estar solo. Encendí seis velas y me senté, tratando de pensar. Acabábamos de descubrir que uno de los hombres que se habían enfermado el día anterior estaba muerto; otro agonizaba y había cuatro nuevos enfermos. Cuando terminó nuestra comida nocturna, otros dos se enfermaron. Yo ignoraba el nombre de la enfermedad. Pensé en el tifus, pero creí recordar que el período de incubación era mayor. Lo único que sabía es que, ante esta enfermedad, el pelirrojo había usado su pistola y había cambiado de parecer en cuanto a seguirnos.

Empecé a preguntarme si realmente había ayudado a mi grupo. Los había ayudado a sobrevivir entre un grupo enemigo, por un lado, y los trífidos, por el otro. Pero ahora aparecía esta enfermedad. Y, finalmente, yo sólo había aplazado el momento en que se morirían de hambre.

Ahora, por más que meditaba, no veía ninguna solución.

Pensaba también en Josella. Las mismas cosas, quizá peores, ocurrían tal vez en su distrito...

Empecé a pensar en Michael Beadley y en su grupo. Siempre supe que la actitud de ellos era más lógica, pero ahora reflexioné que tal vez fuera también más humana. Habían comprendido que sólo unos pocos podían salvarse. Tratar de dar a los otros un poco de vacía esperanza era casi una crueldad.

Además, debíamos pensar en nosotros. ¿Qué sentido tenía habernos salvado? Seguramente no podíamos destruir nuestras fuerzas en una tarea interminable. Decidí ir a buscar a Josella al día siguiente.

Oí el picaporte y la puerta se abrió con lentitud.

—¿Quién es? — pregunté.

—¡Oh, es usted! — dijo una voz de muchacha. Entró cerrando la puerta.

—¿Qué quiere? — le pregunté.

Era alta y esbelta. Parecía tener menos de veinte años. Su pelo era ligeramente ondulado, color castaño. Sus movimientos, tranquilos. Algo en su figura llamaba la atención. Guiada por el sonido de mi voz, adivinó dónde me encontraba. Si sus ojos castaño dorados no me hubieran mirado por encima del hombro, hubiese tenido la seguridad de que ella me analizaba.

Esperé a que hablara. Se me había hecho un nudo en la garganta. Era una muchacha joven y bonita. Tenía toda la vida ante sí...

—¿Se irá usted de aquí? — preguntó. Era una pregunta sólo a medias, más bien parecía una afirmación.

—Nunca he dicho eso — me defendí.

—No — consintió —, pero eso es lo que dicen los otros, y tienen razón, ¿verdad?

No contesté, y ella prosiguió:

—No puede hacerlo. No puede dejarlos de esta manera: necesitan de usted.

—No sirvo aquí para nada — con-

testé —; todas las esperanzas son falsas.

—¿Y si no lo fueran?

—No es posible. Ya lo habríamos sabido. ¿Cree usted que no he pensado en ello? Le aseguro que no sirvo aquí para nada. He sido como las inyecciones que se dan a un enfermo mortal.

Ella no respondió en seguida. Después de un momento de silencio dijo:

—La vida es una cosa preciosa... hasta en estas circunstancias. ¡Es tan difícil! — exclamó, como si pensara en voz alta —. Si pudiera verlo... ¿Es usted joven? Su voz parece ser la de un hombre joven.

—Tengo menos de treinta años — contesté.

—Yo cumplí dieciocho... el día del cometa.

No pude decirle nada. La pausa se prolongó. Dejé caer las manos a los lados. Por un momento creí que iba a hablar, pero no lo hizo.

—¿Qué puedo hacer sino prolongar esta miseria? — pregunté.

Ella se mordió los labios.

—Ellos decían que... tal vez usted fuera solo. Creí que... — su voz se quebró —, que si usted tenía a alguien, a alguien aquí... usted... tal vez, no quisiera dejarnos. ¿Se quedaría usted en ese caso?

—¡Dios mío! — dije suavemente.

La miré. Sus labios temblaban. Probablemente la vida hubiera podido ser maravillosa para ella, y el amor muy dulce...

—Usted será bueno conmigo, ¿verdad? — preguntó —. Yo no...

—¡Basta, basta! — dije —. No debe decirme eso. ¡Váyase, por favor!

Pero no se fué. Siguió allí, con sus ojos que no podían verme.

—¡Váyase! — repetí.

No era sólo ella quien me reprochaba: eran miles y miles de jóvenes vidas destrozadas... Se aproximó.

—Pero usted está llorando — dijo.

—¡Váyase, por favor, váyase! — repetí.

Ella vaciló, después se volvió y tanteó un poco, buscando la puerta.

—Puede decirles que me quedo — le dije cuando salía.

LO primero que percibí a la mañana siguiente fué un terrible hedor. Antes había habido ráfagas aquí y allá, pero el tiempo había sido fresco y no lo percibimos tanto. No daré detalles sobre aquel olor: los que lo han conocido no lo olvidarán jamás; además, es indescriptible. Surgió durante semanas enteras de todas las ciudades y pueblos, y fué traído por cada bocanada de aire. Aquella mañana, al despertarme, creí que había llegado el fin. La muerte es sólo el sorprendente cese del movimiento: pero la podredumbre es el fin.

Me pregunté luego qué ocurría en el edificio. Todo estaba curiosamente tranquilo. Pude oír una voz gruñendo en otro cuarto, y nada más. Me vestí alarmado. En la escalera escuché de nuevo: no se oían pasos en la casa. Me pareció que la historia se repetía, que estaba otra vez en el hospital...

—¡Eh! ¿No hay nadie? — grité.

Contestaron varias voces. Abrí una puerta. Encontré a un hombre enfermo y delirante. No podía hacer nada por él. Cerré la puerta.

En el piso de abajo gritó una voz de mujer:

—¡Bill! ¡Bill!

Acostada en un cuartito estaba la

muchacha que me había visitado la noche anterior. Vi que también estaba enferma.

—No se acerque — dijo cuando yo entré —. ¿Es usted, Bill? Sabía que se quedaría. Pero ellos no quisieron creerme. Tuvieron que arrastrarse para partir. Les dije que usted no los abandonaría..., pero no me creyeron. Y ahora todos se han ido..., todos los que podían irse...

—¿Qué ha pasado? — pregunté.

—Más y más enfermos, constantemente. Se asustaron.

Su cara se contrajo. Se apretó el cuerpo con los brazos y se retorció. Cuando pasó el espasmo, su frente estaba llena de sudor.

—Por favor, Bill, no soy muy valiente. ¿No podría darme algo para... para terminar cuanto antes?

—Sí — contesté —, puedo hacer eso por usted.

En diez minutos regresé de la farmacia. Le di un vaso de agua y puse la droga en su otra mano.

Ella dijo:

—¡Ha sido tan inútil vivir..., y todo pudo haber sido tan distinto! Adiós, Bill, y gracias por haber querido ayudarnos.

La miré mientras yacía. Me erreci contra la estupidez de la muerte... ¡Ella hubieran dicho: "Lléveme con usted", pero ella había dicho: "Quédese con nosotros".

Y no supe jamás su nombre.

IX. EVACUACION

DESDE los dieciséis años mi interés por las armas había desaparecido, pero, en un medio que se volvía salvaje, uno tenía que estar preparado para comportarse como un salvaje. En St. James Street había una se-

rie de armerías, capaces de vender desde una simple pistola hasta un fusil para matar elefantes.

Dejé St. James Street con un mezclado sentimiento de seguridad y de bandidismo. Nuevamente poseía un

útil cuchillo de caza. En mi bolsillo tenía una pistola fabricada con la precisión de un instrumento científico, y en el asiento, junto a mí, varias cajas de cartuchos. Había elegido una pistola en lugar de un fusil: el golpe era igualmente efectivo, capaz de decapitar un trífido con una precisión pocas veces lograda por una bala de fusil. Y ahora se podían ver trífidos en el centro mismo de Londres. Todavía evitaban las calles cuando podían, pero vi a varios en Hyde Park y a otros en Green Park. Probablemente estuvieran allí como adorno; quizás algunos fueran ejemplares incapacitados, pero... tal vez no lo fueran.

Finalmente llegué a Westminster.

La quietud mortal, la sensación de que todo había acabado, se acentuaba allí.

Dominaba la escena la Cámara de los Comunes, con las manecillas del reloj detenidas a las tres y seis minutos. Era difícil imaginar que aquel edificio no significaba ya nada, que era sólo una pretenciosa construcción de piedra destinada a convertirse en ruinas. De aquella mole severa, que había lanzado al mundo entero ecos de buenas intenciones y tristes expedientes, caerían un día los techos: nadie podría impedirlo, y a nadie le importaría. Abajo corría el imperturbable Támesis. Así seguiría corriendo hasta que los muelles cedieran un día y el agua invadiera Westminster, que iba a convertirse nuevamente en una isla en medio de un pantano.

Las ocho horas que pasé recorriendo el barrio no me dieron ninguna pista y me decepcionaron. Me pareció entonces que lo más lógico era regresar al edificio de la Universidad. Supuse que Josella debía de haber pensado lo mismo, y confiaba también en que algunos de los raptados hubieran regresado, en un esfuerzo por reunirse. No era, con todo, una esperanza muy fuerte, porque el sentido común decía que los

demás debían haber abandonado la Universidad días atrás.

Dos banderas flameaban aún sobre la torre y se recortaban en el cálido aire del crepúsculo. De las dos docenas de camiones que habían llenado el patio, cuatro permanecían todavía allí. Detuve el automóvil junto a estos camiones y entré en el edificio. Mis pasos resonaron en el silencio.

—¡Hola, hola! —grité—. ¿No hay nadie aquí?

Mi voz voló como un eco por los corredores, se convirtió en un murmullo y después hubo únicamente silencio. Me encaminé al lado opuesto del edificio y volví a llamar. Otra vez el eco murió sin que nada lo quebrara, perdiéndose suavemente. Sólo al regresar vi una inscripción con tiza en el lado interno de la puerta de salida. En grandes letras estaba escrita una dirección:

TYNSHAM MANOR
TYNSHAM
CERCA DE DEVIZES (WILTS)

¡Aquello era algo, al fin!

REFLEXIONE. Aproximadamente en una hora sería ya de noche. Devizes debía estar por lo menos a cien kilómetros de distancia. Salí y examiné los camiones. Uno de ellos era el último que yo había traído, el camión en donde había colocado las despreciadas armas contra trífidos. El resto de la carga lo constituía un variado montón de comidas e instrumentos. Sería más prudente llegar en aquel camión que con las manos vacías en un automóvil. Sin embargo, a menos que se tratara de una cosa urgente, no me pareció apropiado guiar de noche por caminos quizá peligrosos un camión con una carga tan pesada. Era mejor pasar aquí la noche. Partir por la mañana temprano parecía mucho más conveniente. Con toda rapidez transporté las cajas de cartuchos del automóvil al camión. Conservé conmigo la pistola.

Encontré el cuarto del cual había huído cuando la falsa alarma de incendio exactamente como lo había dejado: mis ropas estaban sobre una silla y hasta la cigarrera y el encendedor se hallaban donde yo los había colocado, junto a mi improvisada cama.

Era demasiado temprano para acostarse. Encendí un cigarrillo, puse la cigarrera en el bolsillo y decidí salir.

Antes de entrar en el jardín de Russell Square miré cuidadosamente: empezaba a desconfiar de los espacios abiertos. Inmediatamente descubrí a un trífido. Estaba en el rincón noroeste, perfectamente inmóvil, pero mucho más alto que las plantas que lo rodeaban. Me aproximé un poco e hice saltar la corola de un solo tiro. En la silenciosa plaza, el ruido fué casi tan alarmante como la que hubiera provocado una bomba. Me cercioré de que no había otros trífidos ocultos; finalmente entré en el jardín y me senté apoyando la espalda contra un árbol.

Tal vez permanecí así veinte minutos. El sol estaba bajo y la mitad de la plaza yacía en sombras. Pronto tendría que entrar: mientras hubiera luz podía defenderme, pero en la oscuri-

dad cualquier cosa podría deslizarse sigilosamente hasta mí. Quizá dentro de muy poco tiempo pasaría las horas de oscuridad con el mismo terror que mis remotos antepasados, vigilando, siempre con desconfianza, la noche que rodeaba su cueva. Lancé una última mirada a la plaza, como si se tratara de una página de historia que quería aprender antes de seguir adelante. De pronto oí ruido de pasos en el camino.

Me volví con la pistola preparada. Seguramente Robinson Crusoe no se sorprendió más al ver una huella que yo al oír estos pasos, porque no eran los pasos vacilantes de un ciego. En la escasa luz avisté una figura que se movía. Cuando la figura dejó el camino y entró en el jardín vi que se trataba de un hombre. Era seguro que me había visto antes de que yo lo oyese, porque se dirigía hacia mí.

—No necesita disparar —dijo levantando sus manos vacías.

Sólo lo reconocí cuando estuvo a unos pocos metros de distancia. Simultáneamente él me reconoció.

—¡Oh! ¿Es usted? —dijo.

Yo seguí apuntando.

—¡Hola, Coker! ¿Qué tal? ¿Sigue

El Super - Constellation

EN la carrera por el dominio del aire no hay primados definitivos. Cuando el Comet británico, de propulsión a chorro, viajó de Londres a Johannesburg en 24 horas, pareció que ningún avión americano se le iba a poder comparar durante mucho tiempo, y que se había demostrado la superioridad de la propulsión a chorro sobre el motor de pistón. Pero se anuncia ahora que un nuevo Super-Constellation construido por la Lockheed Aircraft Corp., podrá llevar 99 pasajeros (es decir el triple del Comet) con mayor rapidez en viajes largos. El avión tendrá cuatro motores "turbo-compuestos" Curtis-Wright de 3.250 h. p. cada uno, que utilizan la fuerza del escape para accionar tres pequeñas turbinas que aumentan en un 20 % la potencia de las hélices. Aunque su velocidad (540 km. por hora) sea inferior a la del Comet, no necesita reabastecerse de combustible tan a menudo como éste. Entre Londres y Johannesburg, el Comet hace cinco paradas, y el Super-Constellation hará sólo una.

buscando guías para los ciegos? — pregunté.

—No. Puede bajar el revólver. Es usted demasiado ruidoso. Por eso lo he descubierto. No — repitió —, estoy escarmentado. Quiero salir de aquí.

—Yo también — dije, y bajé el revólver.

—¿Qué pasó con su grupo? — preguntó.

Le expliqué. El asintió.

—Pasó lo mismo con el mío. Y lo mismo con los demás. Y, sin embargo, hemos procurado...

—Equivocadamente — contesté.

Asintió otra vez.

—Sí — reconoció —, creo que el grupo de ustedes tenía razón desde el principio, pero no parecía bien, no parecía justo hace una semana. Estaba equivocado; creí que yo era el único que tomaba las cosas seriamente, pero, en realidad, no las tomé bastante en serio. No podía creer que las cosas continuarán, no podía creer que no vendrían a ayudarnos. Y debe ocurrir lo mismo en todas partes: en Europa, en Asia, en América... ¡Imagínese a América castigada de este modo! Y así debe ser, porque de lo contrario ya habrían venido a arreglar las cosas, como siempre lo hacen. No: creo que ustedes entendieron mejor desde el principio.

Meditamos unos momentos. Después pregunté:

—Esa enfermedad, esa plaga..., ¿qué supone usted que es?

—Lo ignoro, compañero. Pensé que se trataba de tifus, pero el tifus tarda más en germinar... No sé cómo estoy sano, a menos que sea porque me he mantenido lo más lejos posible de los apestados y porque pude ver si lo que comía era limpio. He comido de latas que yo mismo abría, y he bebido cerveza embotellada. Pero no pienso quedarme aquí mucho tiempo. ¿Adónde piensa ir usted?

Le hablé de la dirección escrita en la puerta.

—Es... — comencé, pero me detuve bruscamente. En una de las calles resonó el motor de un auto que se ponía en movimiento. El rumor se perdió en la distancia.

—Bueno, otro que se va — dijo Coker —. ¿Tiene usted idea de quién escribió esa dirección?

Me encogí de hombros. Era lógico pensar que se tratara de algún miembro del grupo que Coker había atacado, o tal vez de alguna persona con vista cuyos compañeros ciegos no habían podido encontrar. No podía decirse con seguridad cuánto tiempo llevaba allí la inscripción. Coker reflexionó un instante.

—Creo que es mejor que seamos dos. Me quedaré con usted y veremos qué hacemos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo — asentí —. Propongo descansar ahora y partir mañana temprano.

COKER aún dormía cuando yo me desperté. Me sentí mucho más cómodo con mi traje de esquiador y mis pesados zapatos que con las ropas que me había dado el grupo de Coker. Cuando regresé trayendo varias latas de comida él estaba ya levantado y vestido. Durante el desayuno decidimos presentarnos en Tynsham conduciendo cada uno un camión cargado, en vez de ir ambos en un vehículo.

—Y cuide que las ventanas estén bien cerradas — sugerí —. Hay muchas granjas de trífidos en los alrededores de Londres, especialmente hacia el Oeste.

—He visto algunos de esos horribles brutos — dijo distraídamente.

—Yo los he visto... actuando — le dije.

En el primer garage que encontramos cargamos nafta rompiendo la bomba. Después, resonando como una caravana de tanques en las calles solitarias, nos dirigimos hacia el Oeste, con mi camión al frente.

La marcha fué fatigosa. A cada rato debíamos girar en torno de un vehículo abandonado. Con frecuencia dos o tres vehículos juntos obstruían el camino y teníamos que empujarlos.

FINALMENTE, Londres quedó atrás. Detuve el camión y bajé, para hablar con Coker. Cuando él paró el motor el silencio se cerró sobre nosotros; sólo se oía el rumor del metal que se enfriaba. Comprobé de pronto que, desde la partida, los únicos seres vivientes que habíamos visto eran unos gorriones. Coker descendió del camión. Se paró en medio del camino, escuchó y miró alrededor.

—Y más allá, ante nosotros, yacen desiertos de amplia eternidad... — murmuró.

Lo miré intensamente. Su expresión grave y pensativa se transformó en una sonrisa.

—¿O prefiere a Shelley? — preguntó.

*Mi nombre es Ozymandias, rey de
[reyes,
¡Atended mis obras, oh poderosos, y
[desesperad!*

—Vamos a comer algo — añadió después de recitar.

—Coker — le dije mientras terminábamos de comer, sentados junto al mostrador de una tienda y untando con mermelada unos bizcochos —, ¿qué es usted? La primera vez que lo encontré estaba perorando (disculpe la palabra) como un atorante de los muelles. Ahora me cita a Marvell. No entiendo nada.

Sonrió.

—Tampoco yo lo entiendo — dijo —. Es el resultado de ser un producto híbrido: nunca se sabe lo que se es realmente. Mi madre tampoco lo supo nunca, o, por lo menos, nunca pudo probarlo, y siempre protestó contra mí porque no consiguió que le pasaran una renta para mantenerme. Esto me

amargó un poco la vida cuando era niño, y cuando dejé el colegio empecé a concurrir a reuniones políticas, a la clase de reuniones en las que siempre se protesta por algo. Finalmente, me mezclé con los grupos políticos. Creo que se divertían conmigo. Pero me cansé de eso y de que rieran cada vez que yo decía lo que pensaba. Supuse que necesitaba un poco de conocimientos para poder reírme a mi vez de ellos; y entonces empecé a concurrir a clases nocturnas y aprendí también a hablar correctamente, por si llegaba la ocasión. Mucha gente no entiende que hay que hablar a un hombre con sus propias palabras para que nos tome en cuenta. Si se habla vulgarmente y se cita a Shelley, todos creen que es usted muy gracioso, una especie de payaso, pero no prestan atención a lo que usted dice. Tienen que oír la jerga a la que están acostumbrados. A veces la gente oye la voz, no las palabras, y si es una voz a la que no están acostumbrados, creen que las palabras son también una fantasía. El sistema inglés de castas es maravilloso. Desde que lo entendí me ha ido muy bien en la oratoria. No será un trabajo tranquilo, pero está lleno de interés y de variedad. Wilfred Coker., especialista en reuniones y comicios. Discursos sin objeto. Ese soy yo.

—¿Qué quiere decir "discursos sin objeto"? — pregunté.

—Bueno, yo proporciono la palabra hablada como el impresor la palabra escrita: el impresor no necesita creer en todo lo que imprime.

Guardé un momento de silencio.

—¿Cómo se ha salvado usted de estar ciego? — pregunté después —. ¿Estaba acaso en el hospital?

—No. Estaba echando un discursito sobre la parcialidad de la policía en el asunto de una huelga. Empezamos a las seis, y a las seis y media la policía deshizo la reunión. Yo me escondí en una bodega. Bajaron, pero no me

encontraron porque yo me había acurrucado entre la viruta. Oí por un rato sus pasos arriba y después todo quedó en silencio. Pero yo permanecí allí: no quería caer en una trampa. Estaba bastante cómodo entre la viruta, y me quedé dormido. Por la mañana, cuando saqué la nariz fuera, descubrí lo que había ocurrido.

Hizo una pausa y añadió:

—Bueno, todo eso ha terminado. No creo que mis dotes de orador lleguen a ser muy necesarias de ahora en adelante.

No lo contradije. Teníamos que comer.

—Vamos, tenemos que apurarnos —dijo—. *Mañana, frescos campos y nuevos pastos*, si quiere otra cita —añadió.

—La cita es inexacta —contesté—. Debemos decir “bosques” y no “campos”.

Hizo una mueca.

—¡Demonios, compañero, tiene usted razón! —reconoció.

X. TYNSHAM

ERA difícil que nadie dejara de encontrar la residencia principal de Tynsham. Más allá de las pocas cabañas que constituían la aldea, el alto muro que cercaba la propiedad corría junto al camino. Lo seguimos hasta llegar a unas puertas con verja de hierro. Detrás de las puertas había una mujer joven, en cuyo rostro una expresión de seriedad y de responsabilidad borraba todo aspecto humano. Estaba equipada con un fusil que sostenía torpemente. Hice señas a Coker para que se detuviera y llamé a la muchacha al frenar el camión.

—¿Es ésta la residencia de Tynsham? —pregunté.

EMPECE a experimentar la ligereza de espíritu que ya mostraba Coker. La vista del campo abierto daba esperanzas. Era verdad que nadie recogería las cosechas y que nadie tomaría la fruta de los árboles. Era verdad que todo crecería al azar. Pero, a diferencia de las ciudades, aquello no se había detenido, no estaba muerto para siempre. Aquí se podía trabajar, esperar y buscar el futuro. Mi vida de la semana anterior se me antojó semejante a la de una rata que vive de migajas y de los desperdicios de la basura. Al mirar los campos mi espíritu se dilató.

El alma humana no puede perseverar en lo trágico. Bajo un amplio cielo azul, donde flotaban algunas nubes como témpanos celestiales, las ciudades eran un recuerdo menos angustioso, y el sentimiento de la continuidad de la vida nos refrescó como un viento. Quizá esto explique, aunque no sirva como disculpa, el hecho de que, de vez en cuando, me pusiera a cantar mientras manejaba.

No me contestó, y preguntó a su vez:

—¿De dónde vienen? ¿Cuántos son?

Me hubiera gustado que no jugara con su fusil en la forma en que lo hacía. Brevemente expliqué quiénes éramos, de dónde veníamos, qué cargamento traíamos y aseguré que no teníamos compañeros escondidos en los camiones. Dudo que me creyera. Después de inspeccionar el contenido de los camiones y comprobar la veracidad de lo que yo afirmara, consintió en dejarnos entrar.

—Siga a la derecha — me dijo.

Más allá de una corta avenida de álamos había un parque arreglado se-

gún la moda de fines del siglo XVIII y lleno de magníficos árboles. La casa ocupaba un terreno muy extenso y tenía un aspecto confortable.

El camino nos llevó hasta un amplio patio, donde encontramos varios camiones. Las cocheras y los establos se extendían alrededor. Coker detuvo también su camión y ambos descendimos. No había nadie a la vista.

Entramos por la puerta trasera del gran edificio, que estaba abierta, y penetramos en un largo corredor. Al final del mismo había una cocina de imponentes dimensiones, de donde nos llegaba una ola de aire cálido y un olor a comida. Al final del corredor, detrás de una puerta, se oían voces y ruidos de platos, pero tuvimos que atravesar otro corredor oscuro y otra puerta antes de encontrar gente.

Creo que el lugar en que entramos había sido el comedor de servicio: era lo bastante amplio como para contener cómodamente un centenar de mesas. Los ocupantes actuales, en número de cincuenta o sesenta, se sentaban en dos largas filas. Inmediatamente comprendí que estaban ciegos. Mientras esperaban pacientemente, unas pocas personas con vista trabajaban. Sobre una mesa tres muchachas dividían unos pollos. Me dirigí a ellas.

—Acabamos de llegar —dije—. ¿Qué debemos hacer?

La muchacha a la que me había dirigido se detuvo y dijo:

—Podrían ayudar a servir la mesa.

Yo me encargué de dos grandes baldes llenos de papas y repollo. Mientras pelaba las papas, examinaba a los ocupantes de la habitación. Josella no estaba entre ellos, y tampoco reconocí a ninguna de las personas que habían hablado en el edificio de la Universidad, aunque una o dos mujeres me parecieron caras conocidas. Uno de ellos era un clérigo. Todos los hombres y casi todas las mujeres estaban ciegos.

Coker también había examinado la habitación.

—Parece que están bien establecidos —dijo en voz baja—. ¿Todavía no la ha visto?

Sacudí la cabeza, comprendiendo con desesperación que había esperado encontrar a Josella más de lo que me confesara a mí mismo.

—Es curioso —prosiguió diciendo Coker—, no he encontrado prácticamente a ninguna persona de mi grupo, excepto aquella muchacha —añadió señalándomela.

—¿Lo ha reconocido? —pregunté.

—Creo que sí. Me lanzó una mirada furiosa.

CUANDO terminamos de servir, tomamos unos platos y nos sentamos a la mesa. La cocina no era mala o, probablemente, me pareció así después de vivir una semana consumiendo latas de conservas. Al final de la comida dieron un golpe en la mesa. El clérigo ciego se puso en pie. Esperó que todos guardaran silencio antes de hablar:

—Amigos míos: es conveniente que, al terminar este otro día, agradezcamos a Dios su gran misericordia al preservarnos en medio del desastre. Roguemos para que se compadezca de aquellos que aún vagan solos en la oscuridad. Esperemos que sean guiados hasta nosotros para poder sobrevivir, todos juntos, a las tribulaciones y las pruebas que nos esperan, y para construir, con Su ayuda, un mundo mejor para Su mayor gloria.

Inclinó la cabeza.

—Dios Todopoderoso...

Después cantaron un himno. Luego todos se dividieron en grupos, y cuatro de las muchachas con vista los guiaron para salir del comedor.

Encendí un cigarrillo. Coker tomó también uno distraídamente, sin hacer comentarios. Una muchacha se acercó a nosotros.

—¿Quieren ayudar a levantar la mesa? —preguntó—. La señorita Durrant estará aquí muy pronto.

—¿La señorita Durrant? —interrogué.

—Es la organizadora. Tendrán que conversar con ella.

UNA hora después oímos que había regresado al fin la señorita Durrant. La encontramos en una pequeña habitación, iluminada por dos velas. Reconocí inmediatamente a la mujer que había protestado en la conferencia. Por el momento ella prestó atención a Coker.

—Me han dicho —dijo fríamente, mirando a Coker como si fuera un leproso— que usted organizó la irrupción en la Universidad.

Coker asintió y esperó.

—Entonces debo decirle de una vez por todas que en nuestra comunidad no aceptamos métodos brutales.

Coker asintió levemente. Con sus mejores palabras dijo:

—Es un punto de vista. ¿Cómo juzgar quiénes fueron los más brutales? ¿Los que sintieron una responsabilidad inmediata y permanecieron en su puesto, o los que vieron la responsabilidad en el futuro y se alejaron?

Ella continuó mirándolo. Evidentemente esperaba encontrarse con un tipo muy distinto de hombre. Ni su respuesta ni sus maneras eran las que ella había supuesto. Se volvió hacia mí.

—¿Usted también participó en el asunto? —preguntó.

Explicué mi participación negativa y pregunté a mi vez:

—¿Qué es lo que ha ocurrido con Michael Beadley, el coronel y los demás?

—Se han ido a otra parte —contestó rudamente—. Esta es una comunidad limpia y decente, con ideales cristianos, que esperamos mantener. La decadencia, la inmoralidad y la falta de fe son responsables de los males del mundo. Tendremos que construir una sociedad

donde esto no se repita. Los cínicos y los superintelectuales no tendrán lugar aquí, pese a las brillantes teorías con que disfracen sus vicios y su materialismo. Somos una comunidad cristiana y seguiremos siéndolo —terminó en forma provocativa.

—¿Dónde fueron los otros? —pregunté.

Respondió secamente:

—Se fueron, y nosotros permanecemos aquí. Eso es lo que importa: que nosotros estamos libres de su influencia; ellos, que se consideran superiores a las leyes divinas y humanas, pueden ir en pos de su condena eterna, si lo desean.

Terminó esta declaración con un gesto que significaba que yo perdía el tiempo si quería discutir el asunto, y se volvió a Coker:

—¿Qué puede usted hacer? —preguntó.

—Muchas cosas —dijo él tranquilamente—. Puedo hacerme útil en muchos menesteres hasta que se descubra dónde soy más necesario.

Ella vaciló, un poco sorprendida.

—Muy bien. Vea cómo están las cosas y vuelva a verme mañana por la mañana.

Pero no era tan fácil despedir a Coker. Quiso saber el tamaño de la propiedad, el número de personas en la casa, la proporción de ciegos y de personas con vista, junto con otros detalles.

Antes de salir pregunté por Josella. La señorita Durrant frunció el ceño.

—Creo que conozco ese nombre. ¿Estuvo en la lista de los conservadores en la última elección?

—No creo. Ella... escribió una vez un libro —explicué.

—¡Ah...! —Súbitamente recordó—. Realmente, señor Masen, no me parece que ella sea el tipo de persona para quedar en una comunidad como la que estamos construyendo aquí.

EN el corredor Coker se volvió a hablarle. En el crepúsculo alcancé a percibir su mueca.

—Es un poco opresivo este ambiente —dijo—. Esa mujer necesita ayuda. Sabe que la necesita, pero nunca lo reconocería.

Se detuvo frente a una puerta abierta. Era un dormitorio de hombres.

—Voy a charlar con estos muchachos. Hasta luego.

Lo vi entrar en el dormitorio y saludar alegremente:

—¡Hola, camaradas! ¿Qué tal? —gritó con su tono populachero.

REGRESE al comedor.

La única luz provenía de tres velas colocadas sobre una mesa. Junto a las velas una muchacha intentaba remendar algo.

—¡Hola! —dijo—. Es espantoso, ¿verdad? ¿Cómo se las arreglaban antiguamente sin luz eléctrica?

—No son días del pasado —contesté—, éste será también el futuro... si encontramos quien nos enseñe a fabricar velas.

Ella levantó la vista y me miró.

—¿Usted ha llegado hoy de Londres?

—Sí.

—¿Están muy mal las cosas allá?

—Todo está terminado —contesté.

Le pedí que me diera una idea general de la situación. Después de la irrupción de Coker, habían quedado en la Universidad la señorita Durrant, Michael Beadley y pocas personas más que conservaban la vista y habían decidido partir en seguida en una docena de camiones. Llegados a Tynsham, lugar escogido por su aislamiento, se había producido una profunda discordia entre Michael y los suyos, que consideraban la situación demasiado seria y el trabajo por cumplir demasiado grande para perder tiempo en tratar de apaciguar un grupo dividido por prejuicios y disensiones, y Florence Durrant, que no deseaba vivir en

una comunidad que no observaba las leyes de Dios. Sólo compartían las ideas de esta última cinco muchachas normales y varios ciegos, pero ningún hombre con vista. En estas circunstancias, Michael Beadley y los suyos se habían ido y la señorita Durrant había quedado en Tynsham, batiéndose por sus principios.

Durante los primeros días, las muchachas con vista destruyeron todos los trífidos que se encontraban en el jardín y en la huerta. Mientras tanto, llegaron varias personas más, todas ciegas, y se quedaron.

La muchacha no pudo darme ningún indicio sobre el paradero de Josella. Evidentemente, era la primera vez que oía el nombre y mis descripciones no provocaron ningún recuerdo.

MIENTRAS hablábamos, se encendieron de pronto las luces eléctricas de la habitación. La muchacha las miró como si estuviera en presencia de un milagro. Apagó las velas y, mientras remendaba, miraba de vez en cuando las bombillas, como para cerciorarse de que todavía estaban allí.

Unos minutos después apareció Coker.

—Esto ha sido obra suya, ¿verdad? —pregunté señalando las luces.

—Sí —reconoció—, aquí tienen una planta eléctrica independiente. Es mejor utilizar el gas que dejarlo evaporar.

—¿Quiere usted decir que podíamos haber encendido las luces todo el tiempo que hemos estado aquí? —preguntó la muchacha.

—Si se hubieran tomado el trabajo de hacer andar el motor, por supuesto —respondió mirando Coker a la muchacha—. Si quería luz, ¿por qué no intentó hacer marchar el motor?

—No sabía que existiera y, además, no entiendo nada de máquinas ni de electricidad.

Coker siguió mirándola, pensativo.

—Y, por lo tanto, siguió usted sen-

tada en la oscuridad —prosiguió—, pero, ¿cuánto tiempo creen que podrán sobrevivir si se sientan a esperar en la oscuridad en lugar de hacer las cosas?

ELLA se sintió herida por la agresividad del tono de Coker.
—No es culpa mía si no entiendo de esas cosas.

—No estoy de acuerdo —repuso Coker—, no será culpa suya, pero es una falta que usted contribuye a crear. Y es una afectación considerarse demasiado espiritual para entender de mecánica. Es una forma de vanidad mezquina y tonta. Todos empezamos por no saber nada de nada, pero Dios nos ha dado el cerebro para descubrir las cosas. Hasta las mujeres pueden descubrirlas.

Ella lo miró, bastante enojada al parecer. Dijo:

—No veo motivo para despreciar a las mujeres por... por culpa de una vieja máquina.

Coker alzó los ojos al cielo.

—¡Dios me valga! ¡Y yo he insistido en que las mujeres tienen tanto cerebro como los hombres, cuando se deciden a utilizarlo!

—Usted ha dicho que éramos mezquinas y vanidosas.

—No estoy tratando de decir cosas agradables. Y lo único que he dicho es que, en el mundo que ha terminado,

las mujeres tenían interés en ser parásitos.

—¡Y todo porque no sé manejar una máquina ruidosa y maloliente!

—¡Diablos —dijo Coker—, olvídese un momento del motor, por favor!

—Entonces, ¿por qué...?

—Oiga, si usted tuviera un hijo, ¿preferiría que fuera un salvaje o un hombre civilizado?

—Un hombre civilizado, naturalmente.

—Entonces tendrá que procurarle un medio civilizado —explicó Coker pacientemente—. Lo que él aprenda lo aprenderá de nosotros, y nosotros tenemos que aprender todo lo que podamos, y vivir tan inteligentemente como nos sea posible hacerlo, para darle el máximo. Esto significa un trabajo muy duro y mayores preocupaciones. Un cambio en las condiciones debe producir cambios en los puntos de vista.

LA muchacha examinó unos momentos a Coker.

—Con sus ideas creo que se encontraría mejor en la comunidad del señor Beadley —dijo—. Aquí no tenemos intenciones de cambiar de puntos de vista, o de abandonar nuestros principios. Si las opiniones de la gente decente y respetable no son de su agrado, será mejor que se vaya a otra parte —y con una risa desdenosa se alejó de allí.

XI. ¡ADELANTE!...

LA mañana siguiente fué agobiado. Me dediqué a ayudar en distintas tareas y a hacer muchas preguntas.

Había pasado una noche atroz. Sólo cuando me acosté comprendí hasta qué punto esperaba encontrar a Josella en

Tynsham. No pude dormir: permanecí despierto en la oscuridad, sintiéndome extraño y vacío. Estaba tan seguro de que ella y el grupo de Beadley debían de estar allí, que sólo había pensado en reunirme con ellos. Por



primera vez comprendía que, aunque encontrara al grupo, tal vez no encontraría a Josella.

Lo más duro era pensar que tal vez había caído víctima de la peste que disolvió nuestros grupos. No pensé en ello hasta que me vi forzado a considerar también esta posibilidad.

En la claridad desvelada de la noche, hice un descubrimiento: mi deseo de unirme con el grupo de Beadley era muy inferior a mi deseo de encontrar a Josella. Si cuando encontrara al grupo, ella no estuviera allí...

AL levantarme observé que la cama de Coker estaba vacía y decidí hacer averiguaciones. Nadie había pensado en tomar los nombres de las personas que no se sintieron atraídas por la comunidad de Tynsham. Al describir las no las recordaban con precisión. Pude descubrir que no se había presentado ninguna muchacha con un traje azul de esquiadora, pero no podía estar seguro de que estuviera todavía vestida de ese modo. Mis preguntas terminaron por hacer que todos se hartaran de mí y que aumentara mi sentimiento de frustración. Existía una remota posibilidad de que una muchacha llegada un día antes que nosotros fuera ella, pero me parecía imposible que Josella hubiese producido tan escasa impresión...

COKER reapareció a mediodía. Había encontrado a la mayoría de los hombres sumidos en profunda tristeza porque el vicario les había asegurado que podían hacer infinidad de cosas útiles: canas, por ejemplo, o tejer, y Coker hizo lo posible por alegrarlos con perspectivas más halagüeñas. Dijo a la señorita Durrant que, a menos que algunas de las mujeres ciegas aliviaran el trabajo de las que tenían vista, la comunidad se iba a deshacer en diez días; y también dijo que, si Dios oía la plegaria del clérigo para que llega-

ran más ciegos, el trabajo sería absolutamente imposible. Hizo también otras observaciones sobre la necesidad de almacenar alimentos y de crear un trabajo útil para los ciegos, cuando ella lo interrumpió. El pudo darse cuenta de que estaba mucho más preocupada de lo que quería demostrar, pero la decisión que la hiciera cortar relaciones con el otro grupo fué también causa de que no quisiese atender a Coker. Le hizo saber que ni él ni sus puntos de vista armonizaban con la comunidad.

—El inconveniente de esa mujer es que quiere mandar —dijo Coker—. Va a convertir esto en un verdadero desastre, a menos que se organice rápidamente. ¿Ha visto ya toda la organización externa?

SACUDI la cabeza. Le dije cómo había pasado la mañana.

—No parece que las cosas hayan cambiado para usted. ¿Qué ha decidido hacer?

—Voy a buscar al grupo de Michael Beadley —le dije.

—¿Y si ella no está allí?

—Espero que esté allí. ¿En qué otra parte podría estar?

Iba a contestar algo, pero se detuvo. Después dijo:

—Me parece que iré con usted, aunque no creo que aquel grupo se ponga más contento que éste de verme... He visto deshacerse un grupo y presumo que lo mismo pasará con este en que estamos, más lenta y más desagradablemente, quizás. ¿Es raro, verdad? Las intenciones decentes parecen ser ahora las más peligrosas. Es una pena, porque en este lugar las cosas podrían ir bien, pese a la gran proporción de ciegos. Sólo se necesita organización.

—Y voluntad de organizarse —sugerí.

—También eso —asintió—. Lo malo es que, a pesar de todo lo ocurrido, todavía no lo comprenden. No quie-

ren aceptar la verdad: eso volvería todo demasiado definitivo. En el fondo de su pensamiento esperan siempre que suceda algo favorable.

—Es verdad, y no sorprendente —contesté—. Fué necesario mucho para convencernos a nosotros, y ellos no han visto lo que nosotros vimos. Y, de alguna manera, aquí, en el campo, las cosas parecen menos decisivas y fundamentales.

—Pero ningún milagro los salvará —dijo Coker.

—Déles tiempo. Ya lo comprenderán, como lo hemos comprendido nosotros. Siempre tiene usted prisa. El tiempo ya no es oro, no lo olvide.

—El dinero ya no cuenta, es verdad, pero el tiempo sí. Tendrán que pensar en las cosechas, en la molienda, en el forraje de invierno para el ganado...

—Todo no es tan urgente, Coker. Había grandes almacenajes de harina en las ciudades y seremos muy pocos para consumirla. Todavía podemos vivir con lo acumulado. Lo inmediato es enseñar a trabajar a los ciegos.

—De todos modos, los que tienen aquí vista se quebrarán también. Basta que eso le ocurra a uno solo para que llegue el desastre.

Reconocí que tenía razón.

POR la tarde logré ver a la señorita Durrant. Nadie sabía dónde habían ido Michael Beadley y su grupo, pero yo me resistía a creer que no hubieran dejado alguna indicación para los que quisiesen seguir. Al principio creí que la señorita Durrant iba a negar toda información. Y no sólo porque la fastidiara mi preferencia por el otro grupo: es que la pérdida de cualquier hombre capaz era penosa en tales circunstancias. Pero no tuvo la debilidad de pedirme que me quedara. Al fin dijo secamente:

—Creo que pensaban ir cerca de

Beaminsterk, en Dorset. No puedo decirle más.

Informé a Coker. El echó una mirada alrededor. Después meneó la cabeza, como lamentando algo.

—Está bien —dijo—, saldremos mañana de aquí.

A las nueve de la mañana siguiente estábamos ya lejos de Tynsham, en nuestros dos camiones. El tiempo era siempre bueno. En el campo abierto el aire estaba apenas impregnado de hedor, aunque era ya muy desagradable en la mayoría de las aldeas. Rara vez encontramos algún cuerpo yaciendo en el campo o junto al camino: lo mismo que en Londres, la preocupación principal parecía haber sido la de buscar cualquier refugio. La mayoría de las calles de las aldeas estaban vacías, y la campiña tan desierta como si toda la raza humana y los animales hubieran desaparecido. Al fin llegamos a Steeple Honey.

Vimos la aldea mientras descendíamos una colina. Se reclinaba contra un puente de piedra que cruzaba un riacho centelleante. Era un lugar pequeño, con una iglesia en el centro; en los extremos se veían varias cabañas recientemente blanqueadas. No parecía que ningún acontecimiento hubiera ocurrido en más de un siglo para distraer la tranquila vida que se deslizaba debajo de los techos de paja. Pero, al igual que en las otras aldeas, no había ahora aquí ningún movimiento, ni salía humo de las chimeneas. Sin embargo, cuando descendíamos la colina mis ojos percibieron algo.

EN uno de los extremos del puente una casa sobresalía un poco del camino, de manera que quedaba enfrentándonos oblicuamente. En la pared se veía el nombre de una posada, y en una ventana se agitaba algo blanco. Cuando nos aproximamos, pude observar a un

hombre moviendo frenéticamente una toalla. Pensé que debía ser ciego, porque, de otro modo, hubiera salido al camino para detenernos.

Hice señas a Coker y puse los frenos al camión. El hombre de la ventana dejó de agitar la toalla. Gritó algo que no pude entender por el ruido de los motores al detenerse. En el silencio pudimos oír el ruido de los pasos del hombre al bajar una escalera. Se abrió la puerta y apareció bajo el dintel tendiendo ambas manos hacia adelante. Como un relámpago algo surgió del jardín y lo golpeó. El hombre lanzó un grito agudo y cayó al suelo.

Tomé mi revólver y salí del camión. Me moví cautelosamente hasta que pude ver a un trífido oculto entre las sombras de un matorral. De un tiro le hice pedazos la corola.

Coker había descendido también. Miró al hombre en el suelo y al trífido descabezado.

—¡No!, ¡no es posible que haya estado esperándolo! —dijo—. Es pura casualidad... No podía saber que saldría por esa puerta... ¿No podía saberlo, verdad?

—Hay una especie de conspiración para no creer todo lo concerniente a los trífidos —dije, y añadí—: Es posible que haya más trífidos escondidos en los alrededores.

—Creo que no me vendría mal un trago —dijo Coker.

EL pequeño bar detrás del mostrador de la posada estaba intacto. Nos servimos cada uno un whisky. Coker vació de golpe su vaso. Me lanzó una mirada preocupada.

—Esto no me ha gustado nada. Nada. Usted debe saber mucho más sobre esos condenados trífidos que la mayoría de la gente, Bill. Fué... pura casualidad que estuviera allí esperando, ¿verdad?

—Creo... —empecé a decir, pero

me detuve al escuchar un tamborileo. Abrí la ventana. Hice otra descarga sobre el ya mutilado trífido, esta vez a la altura de la terminación del tallo. El tamborileo se detuvo.

—El principal inconveniente de los trífidos —dije mientras me servía otro vaso— es lo poco que sabemos de ellos. Le expliqué algunas teorías de Walter. Coker me miró sorprendido.

—¿Usted me sugiere realmente que están hablando cuando producen ese sonido raspante?

—No lo sé aún —reconocí—, pero me atrevo a asegurar que es una especie de señal. Walter creía que se trataba de verdaderas conversaciones, y Walter sabía más que nadie sobre los trífidos.

VOLVI a cargar la pistola. —¿Y verdaderamente mencionó la ventaja de los trífidos sobre los hombres ciegos?

—Hace ya varios años de eso —contesté.

—Es una curiosa coincidencia, de todos modos.

—Cualquier golpe del destino puede parecer una curiosa coincidencia...

Bebimos y nos dispusimos a partir. Coker miró por la ventana. Después me tomó el brazo y señaló. Dos trífidos marchaban hacia el cerco donde estuviera oculto el primero. Esperé a que se detuvieran y decapité a ambos de dos tiros.

—¿Otra coincidencia? ¿O venían a ver qué había pasado con su compañero? —preguntó Coker.

LEGAMOS a Beaminsterk a eso de las cuatro de la tarde. Entramos en el centro de la ciudad sin encontrar ninguna señal que sugiriera la presencia del grupo de Beadley.

En el primer momento la ciudad parecía tan poco viva como todas las que habíamos visto. La calle principal, lle-

na de tiendas, estaba desierta; sólo vimos un par de camiones a uno de los lados. Habíamos avanzado unos veinte metros cuando un hombre surgió detrás

de uno de los camiones y nos apuntó con un rifle. Tiró deliberadamente sobre mi cabeza y después apuntó más bajo.

XII. PUNTO MUERTO

ESA es la clase de advertencia que no discuto. Frené el camión.

El hombre era grande y rubio. Manejaba el rifle con familiaridad. Hizo con la cabeza una señal para que bajáramos. Descendí con las manos en alto. Otro hombre, acompañado por una muchacha, surgió de atrás de uno de los camiones detenidos. La voz de Coker gritó:

—¡Mejor que deje ese fusil, compañero! Ustedes están al descubierto. Le conviene no disparar.

El rubio dejó de mirarme para mirar a Coker. En aquel momento pude haber saltado sobre él, pero solamente dije:

—Mi compañero tiene razón: somos gente de paz.

El hombre bajó el rifle, no muy convencido. Coker surgió de atrás de mi camión.

—¿Qué pasa aquí? ¿Estamos entre antropófagos? —preguntó.

—¿Son únicamente dos personas? —interrogó a su vez el rubio.

Coker lo miró.

—¿Qué esperaba? ¿Una delegación? Sí, somos únicamente dos.

EL trío se tranquilizó en forma visible. El rubio explicó:

—Creímos que pudieran ser ustedes una banda de otra ciudad. Esperamos que vengan a atacarnos, en busca de comida.

—Presumo —explicó Coker— que no han visto ustedes últimamente ninguna otra ciudad. Ya no tendrán que preocu-

parse por ataques. Las bandas, probablemente, estarán haciendo lo mismo que hacen ustedes ahora.

—¿No cree usted por lo tanto que vendrán a atacarnos?

—Es seguro que no—. Miró a los tres—. ¿Pertenece usted al grupo de Beadley?

—¿Qué es el grupo de Beadley? —preguntó el rubio.

Yo sentía bastante fatiga después de manejar varias horas bajo el sol. Sugerí que conversáramos en un lugar más cómodo. Detrás de los camiones estacionados había cajones de provisiones y, detrás de éstos, estaba la entrada de un bar. Mientras bebíamos cerveza, Coker y yo narramos nuestras aventuras.

Ellos eran un trío muy curioso. El hombre rubio resultó ser miembro de la Bolsa: se llamaba Stephen Brennell. La muchacha, su novia, era bonita y hacía gala de una petulancia superficial y un aire de no sorprenderse de nada. Tenía una convicción decidida de que nada grave podría ocurrirle a América y de que todo consistía en aguardar un poco hasta que llegaran los americanos para arreglar las cosas. Era la persona menos preocupada que yo había encontrado desde la catástrofe.

EL tercero, un joven moreno, guardaba un profundo resentimiento contra el destino: había trabajado duramente y había economizado para tener una tienda de receptores de radio.

—¡Vean a Ford —nos dijo— y a lord Nuffield! Este empezó con una tienda no más grande que la mía, ¡y vean adónde llegó! Eso era lo que yo pensaba hacer. ¡Lo que ahora ocurre no es justo! —El no quería aceptar la realidad de la situación: pensaba que éste era, probablemente, un intervalo de prueba. Un día regresaría a su tienda de radiotelefonía y se pondría en camino para llegar a ser millonario.

Lo que más me desilusionó fué que no supieran nada sobre el grupo de Beadley. En realidad, sólo habían encontrado un grupo en una aldea sobre la orilla del Devon, donde un par de hombres armados les habían ordenado no acercarse. Esos hombres, afirmaban, eran evidentemente lugareños. Coker sugirió que su actitud significaba que pertenecían a un grupo muy pequeño.

—Si hubieran pertenecido a un gran grupo habrían mostrado más tranquilidad y más curiosidad —afirmó—. Con todo, si el grupo de Beadley anda por los alrededores, tendremos que dar con ellos—. Preguntó al rubio —: ¿Qué le parece si nos unimos con ustedes? Podremos ayudarnos mutuamente y, cuando encontremos al grupo que buscamos, las cosas serán más fáciles para todos.

Los tres se miraron interrogativamente y después asintieron.

—Está bien. Ayuden a cargar los camiones y nos pondremos en marcha —dijo el rubio.

POR su aspecto, se veía que Charcot había sido una vez una plaza fuerte Y ahora volvían a fortificarla. Las paredes del edificio eran muy gruesas. Por lo menos tres de las ventanas delanteras estaban equipadas con ametralladoras y Stephen señaló otras dos sobre el techo. Detrás de la puerta principal había un pequeño arsenal de morteros, de bombas y también, como señaló orgullosamente, de varios lanzallamas.

—Saquemos un depósito de armas —explicó.

Mientras examinaba el material comprendí por primera vez que la catástrofe, por lo mismo que había sido terrible, resultaba más misericordiosa que un desastre menor. Si el diez o el quince por ciento de la población se hubiera salvado, era seguro que las pequeñas comunidades como ésta habrían tenido que combatir contra bandas acosadas por el hambre. Tal como estaban las cosas, todos los preparativos bélicos de Stephen hubiesen sido probablemente inútil. Pero un instrumento podía ser de utilidad: señalé los lanzallamas.

—Estos vendrán bien para los trífidos —dije.

—Tiene razón. Son muy efectivos. Los usamos para eso. Incidentalmente, esto es lo más apropiado para los trífidos. Se puede disparar hasta que salten hechos trizas, sin que se muevan. Pero basta una caricia de estos lanzallamas para liquidarlos.

—¿Han sido muy molestados por los trífidos? —pregunté.

Aparentemente no era así. De vez en cuando habían tropezado con alguno, que había sido prontamente rechazado. En sus expediciones tuvieron suerte, mas por lo general sólo abandonaban sus vehículos en terrenos edificadas, donde existían pocas posibilidades de que pudieran ocultarse trífidos.

AQUELLA noche, cuando oscureció todos subimos a la azotea. La luna no había aún aparecido. Vimos un paisaje completamente negro. Ninguno pudo descubrir la menor luz quebrando aquellas tinieblas. Y nadie recordaba tampoco haber visto durante el día ninguna huella de humo en la distancia. Yo estaba muy deprimido cuando descendimos nuevamente al comedor iluminado por lámparas.

—Sólo nos queda una cosa que hacer —dijo Coker—: dividir la región en secciones y registrarlas.

Pero no parecía muy convencido. Creo que él pensaba, como yo, que el grupo de Beadley debía de haber continuado encendiendo una luz por la noche, y dando alguna otra señal durante el día.

Sin embargo, a falta de algo mejor, dividimos el mapa en secciones, procurando que, en cada sección, hubiera un terreno más elevado desde donde se pudiera ver a lo lejos.

EL día siguiente bajamos a la ciudad en un camión y después nos dividimos, cada uno en un automóvil, para iniciar la búsqueda.

Ese fué, sin duda, el día más melancólico que yo pasara desde que recorrí Westminster en busca de rastros de Jossella.

Al comienzo fué mejor. El camino estaba abierto al sol, y los árboles eran frescos y verdes. De vez en cuando se veían algunos pájaros. Y había también flores salvajes junto a las praderas, todo con su aspecto habitual.

Pero a ambos lados del camino el paisaje no era tan bello: vi terrenos en donde el ganado yacía muerto, o vagaba ciego, y donde las vacas abandonadas gemían dolorosamente.

No era agradable pasar junto a las granjas. Para mayor seguridad yo ventilaba un poco el interior del coche abriendo apenas lo alto de la ventanilla, pero cerraba hasta esa rendija cuando veía una granja.

HABIA muchos trífidos. A veces los vi atravesando un campo, o inmóviles contra los cercos. Habían encontrado algunas granjas a su gusto y se establecían allí, mientras esperaban que el ganado muerto llegara al grado de putrefacción necesario. Los veía ahora con un asco que nunca me inspiraron antes. Cosas horribles y extrañas, que algunos de nosotros habíamos creado en nuestra descuidada ambición, y que los demás cultivaron en todo el mundo.

La naturaleza apenas era culpable. Habían sido cultivados, del mismo modo que se cultivan flores o se crían grotescas parodias de perros... Los detestaba ahora algo más que por su costumbre de comer carroña: los detestaba por que ellos, más que nada, parecían prosperar y florecer en medio de nuestro desastre.

AL avanzar el día creció mi sentimiento de soledad. Una vez empecé a imaginar cosas. Vi un brazo haciendo señas desde una ventana, pero, cuando me acerqué, comprobé que era una rama balanceándose contra la ventana. Vi un hombre en medio de un campo, pero los largavistas demostraron que se trataba de un espantapájaros. Oí que me llamaban unas voces apenas perceptibles por el ruido del motor: y era una vaca que gemía a la distancia.

Durante la tarde, muy descorazonado y desesperanzado, continué recorriendo tenazmente la sección que me había correspondido en el mapa, porque no me atrevía a aceptar la convicción que crecía en mí. Al fin me convencí de que, en caso de que hubiera algún grupo en el área que se me destinara, se hallaría deliberadamente oculto. Regresé al lugar en donde habíamos dejado el camión profundamente deprimido. Ninguno de los demás había regresado aún y, para pasar el tiempo y para mantener el control de los nervios, entré en el bar más cercano y me serví un buen coñac.

STEPHEN fué el primero en volver. La expedición parecía haberlo afectado tanto como a mí, porque meneó la cabeza al ver mi mirada interrogante y se dirigió directamente a la botella de coñac. Diez minutos después regresó emocionado y ambicioso de la tienda de receptores. Traía consigo a un hombre joven, desahogado, de miradas enloquecidas, que parecía no haberse lavado o afeitado en varias semanas. Este hombre habría vi-

vido siempre por los caminos y ésa era, en apariencia, su única profesión. Una noche, no podía decir de qué día, encontró una granja muy cómoda para pernoctar. Se durmió inmediatamente, pues estaba muy cansado. A la mañana siguiente se despertó en medio de una pesadilla y todavía no estaba seguro de si era él o el mundo el que estaba enloquecido. Nos pareció que había perdido un poco el juicio, aunque recordaba perfectamente el uso de la cerveza.

Después de una media hora regresó Coker: no había tenido más suerte que Stephen o yo.

AQUELLA noche, de vuelta en Charcot, nos reunimos nuevamente sobre el mapa. Coker marcó nuevas áreas para registrar. Lo miramos hacer sin entusiasmo. Fué Stephen quien dijo lo que todos, inclusive Coker, estábamos pensando:

—Vean: hemos recorrido todo en un círculo de unas quince millas. Está claro que el grupo no anda por los alrededores. O la información que tenemos no es exacta, o ellos decidieron seguir adelante. Pienso que es una pérdida de tiempo continuar buscando como lo hemos hecho hoy.

—¿Qué sugiere entonces? —preguntó Coker.

—Bueno, me parece que podríamos recorrer más terreno desde el aire. Estoy seguro de que cualquiera que oiga el motor de un avión saldrá a hacer señales.

Coker meneó la cabeza.

—¿Por qué no pensamos antes en eso? Tiene que tratarse de un helicóptero, naturalmente, pero, ¿dónde lo conseguiremos y quién va a manejarlo?

—Yo puedo manejarlo —dijo con seguridad el experto en radiotelefonía.

Algo en su tono nos llamó la atención.

—¿Ha manejado ya algún helicóptero? —preguntó Coker.

—No —contestó el joven—, pero no creo que sea muy difícil hacerlo una vez que se le tome la mano.

—¡Hum! —repuso Coker con cierta reserva.

Stephen dijo que había cerca dos aeródromos de la Real Fuerza Aérea y que una estación de taxis aéreos operaba desde Yeovil.

PESE a nuestras dudas, el experto en radiotelefonía tuvo razón. Parecía tener absoluta confianza en su instinto para la mecánica. Después de practicar media hora regresó volando en helicóptero a Charcot.

Durante cuatro días la máquina recorrió en círculo los alrededores. Los dos primeros días Coker hizo de observador; yo lo reemplacé en los dos últimos. En conjunto descubrimos diez pequeños grupitos. Ninguno conocía al grupo de Beadley y Josella no estaba tampoco en ninguno de ellos. Eran grupos de dos o tres personas. El mayor estaba compuesto por siete. Nos saludaban llenos de esperanza, pero, cuando descubrían que formábamos parte de un grupo similar al de ellos y que no éramos la avanzada de una gran expedición de rescate, su interés decaía. No podíamos ofrecerles nada que ya no tuvieran. Algunos se volvieron irrazonablemente agresivos en su desilusión y llegaron a amenazarlos, pero la mayoría sólo pareció decepcionada. Generalmente se mostraban poco inclinados a unirse con otros grupos: preferían apoderarse de lo que encontraban y construir refugios mientras llegaban los americanos a rescatarlos. Todos parecían tener una idea fija en este sentido. Nos aseguraban que los americanos no podían haber permitido que ocurriera una cosa como ésta en su país. Sin embargo, y pese a que tenían el pensamiento fijo en las hadas madrinas americanas, dejamos a cada grupo con un mapa en donde se indicaba la situación aproximada de los grupos que ya

habíamos encontrado, para el caso de que cambiaran de idea y desearan ayudarse mutuamente.

Los vuelos no fueron en modo alguno agradables, pero era preferible esto a recorrer la tierra solo en un automóvil. De todos modos, después del cuarto día de búsqueda infructuosa, decidimos abandonar.

Por lo menos fué lo que decidieron los otros, no yo. Mi interés era personal, el de ellos no lo era. Las personas que encontrarán, fueran quienes fueren, eran desconocidas para ellos. Pero yo buscaba al grupo de Beadley como medio, no como fin. Si al encontrarlos yo descubría que Josella no estaba allí, seguiría buscando. Pero no podía exigir a los otros que hicieran lo mismo.

Comprendí con asombro que en todo este tiempo no había encontrado a nadie que buscara a otra persona. Casi todos se habían separado violentamente de sus parientes o amigos, de todo lo que los unía al pasado, y empezaban una nueva vida entre extraños. Sólo yo había formado un nuevo vínculo, y con tanta rapidez que apenas tuve tiempo de advertir su importancia...

CUANDO se tomó la decisión de abandonar la búsqueda, Coker dijo:

—Ahora tenemos que ocuparnos un poco de nosotros mismos.

—Lo que significa almacenar para el invierno y continuar como estamos. ¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Stephen.

—Yo también me lo he preguntado —repuso Coker—. Eso marchará al principio, pero, ¿qué haremos después?

—Si se terminan las provisiones encontraremos muchas más —dijo el experto en radiotelefonía.

—Los americanos llegarán antes de Navidad —terció la muchacha novia de Stephen.

—Escuche —repuso Coker paciente-

mente—, deje por el momento a los americanos en paz. Trate de imaginar, si puede, un mundo en el que no haya americanos. ¿Puede hacerlo?

La muchacha lo miró sorprendida.

—Pero tiene que haber americanos —dijo.

Coker suspiró tristemente. Se volvió hacia el experto en radiotelefonía.

—Los almacenes no estarán siempre ahí. Estamos empezando un mundo nuevo. Para comenzar tenemos un capital, pero ese capital no durará eternamente. Podríamos comer todos los alimentos almacenados en varias generaciones, es verdad, pero los alimentos no se conservarán. Buena parte se deteriorará pronto. Y no sólo la comida. Todo se deshará, lenta pero seguramente. Si queremos comer cosas frescas el año que viene tendremos que cultivarlas y, dentro de algún tiempo, tendremos que producir todo. Los tractores se oxidarán algún día, y no tendremos gasolina para hacerlos andar; entonces tendremos que volver a la naturaleza y a los caballos, si encontramos caballos.

“Esta es una pausa, una bendita pausa, mientras nos reponemos del golpe, pero no es más que una pausa. Después tendremos que arar y, más adelante, deberemos aprender a fabricar arados y, más tarde aún, a trabajar el hierro. Ahora estamos en un camino de retroceso, hasta que estemos en condiciones de aprovechar lo que tenemos. Hasta entonces no será posible que nos detengamos en el sendero que nos lleva al salvajismo. Pero, si logramos detenernos, tal vez podremos volver a trepar lentamente”.

NOS miró para ver si lo escuchábamos.

—Podemos hacer esto, si queremos hacerlo. Lo más valioso que tenemos ahora son nuestros conocimientos. Por eso podremos empezar más allá que donde empezaron nuestros antepasados.

Tenemos todo escrito en los libros, si nos tomamos el trabajo de buscarlo.

Los otros miraban a Coker curiosamente. Era la primera vez que le oían echar un discurso.

—Ahora —prosiguió—, por lo que yo sé de historia afirmo que, cuando todos tienen que trabajar duramente para poder comer y no se puede pensar en el descanso, la cultura se detiene y el progreso también. Por lo tanto, si queremos preservar nuestra cultura, la gente que no sea directamente productiva deberá encargarse de pensar; será gente que, en cierto modo, parecerá disfrutar del trabajo de los otros, pero será en realidad, como una inversión a largo plazo. La cultura ha crecido en las ciudades y en las grandes instituciones, que se mantenían por el trabajo del campo. Por lo tanto, tendremos que mantener a nuestra vez al jefe, al maestro, al médico.

—¿Y luego? —preguntó Stephen.

—He pensado en la comunidad que Bill y yo vimos en Tynsham. Ya les hemos hablado de ellos. La mujer que la dirige necesita ayuda, y la necesita inmediatamente. Tiene unas cincuenta o sesenta personas entre las manos y sólo aproximadamente una docena puede ver. Y ella no puede continuar así. Y sabe que no puede, pero no quiso debernos nada: por eso no nos pidió que nos quedáramos. Pero se alegraría mucho si regresáramos y solicitáramos ser admitidos.

—Dios mío —dije—, ¿cree usted que deliberadamente nos dió una pista falsa?

—No lo sé. Tal vez cometo una injusticia contra ella, pero es muy raro que no hayamos encontrado ninguna señal del grupo de Beadley, ¿verdad? De todos modos, yo he decidido regresar a Tynsham. Primero: si alguien no se hace cargo del lugar todo se irá al diablo, y eso sería una pérdida y una vergüenza para toda esa gente. Segun-

do: el lugar está mucho mejor situado que éste. Hay una granja que será fácil poner en orden. Podría extenderse si fuera necesario. Este lugar daría mucho más trabajo al principio.

—Además, la granja es grande y produciría lo suficiente como para darnos tiempo de educar a los ciegos y a los niños con vista que nacerán después. Creo que puede hacerse y haré allí todo lo posible, y si a la señorita Durrant no le gusta, puede tirarse al río.

—Ahora bien: sé que, en cierto tiempo, puedo organizar la comunidad tal como ahora se encuentra, pero, si todos nosotros fuéramos allá, necesitaríamos únicamente unas pocas semanas para organizar todo. Entonces viviríamos en una comunidad destinada a prosperar y a mantenerse por su propia cuenta. La alternativa contraria es continuar formando parte de un grupito destinado a decaer y a sentirse más y más desesperadamente solo con el correr del tiempo. ¿Qué opinan?

SIGUIÓ una discusión y pedidos de detalles, pero hubo escasas dudas en conjunto. Los que habíamos efectuado las búsquedas teníamos el presentimiento de la espantosa soledad que podía sobrevenir. Ninguno tenía vínculos en la casa en la que estábamos. Había sido elegida por la facilidad que ofrecía para defenderla, y eso era todo. La mayoría podía ya experimentar la desolación que empezaba a rodearnos. El pensamiento de formar parte de un grupo mayor y más variado era muy atractivo. Sólo la novia de Stephen parecía dudar.

—Ese lugar, Tynsham... ¿figura en los mapas? —preguntó llena de inquietud.

—No se preocupe —la tranquilizó Coker—, está marcado en todos los mejores mapas americanos. En cuanto a eso, no debe abrigar temores.

EN las primeras horas de la mañana siguiente comprendí que yo no regresaría a Tynsham con los demás. Tal vez iría más adelante, pero no ahora...

Y luego, como un relámpago, recordé la conversación que había tenido con Josella en "nuestro" departamento: pude verla allí sentada, con su vestido celeste de baile y la luz de las velas reflejándose en sus diamantes mientras hablábamos... "¿Y si fuéramos a Sussex? Conozco una encantadora granja hacia el Norte..." Comprendí entonces lo que debía hacer.

Informé a Coker por la mañana. El comprendió, pero se apresuró a quitarme un poco las esperanzas.

—Está bien, haga lo que le parezca mejor —asintió—. Espero..., bueno, de todos modos ya sabe dónde encontrarnos y siempre podrá ir a Tynsham y ayudarnos a lidiar con esa mujer.

XIII. VIAJE DE ESPERANZA

LA mañana estuvo llena de pequeños inconvenientes. Primero entró agua en el carburador; desvié unos doce kilómetros hacia el Norte creyendo ir hacia el Este, y cuando advertí mi error me encontré aislado en un camino fangoso a kilómetros de distancia de todo. Quizás estas demoras o una reacción natural hicieron mucho para destruir las esperanzas con las que emprendí la marcha. Cuando todo estuvo arreglado era la una de la tarde y el día había clareado.

Salió el sol. Todo pareció nuevo y brillante, pero ni siquiera eso pudo alejar la depresión que se estaba apoderando de mí. Ahora que dependía de mí mismo, no podía alejar el sentimiento de soledad, el mismo sentimiento que había experimentado el día en que

AQUELLA mañana empezó a llover. El agua caía profusamente mientras subía en mi ya familiar camión; sin embargo, me sentía alegre y esperanzado. Coker bajó a despedirme. Tenía especial interés en hacerlo, porque el recuerdo de su primer plan fracasado y de sus consecuencias pesaba sobre su conciencia. Se paró junto al camión con el pelo aplastado por la lluvia, chorreando agua por el cuello, y tendió la mano.

—Viaje despacio, Bill: en estos días no hay ambulancias y seguramente ella preferirá verlo llegar sano y salvo. Buena suerte..., y pida disculpas a la señora en mi nombre, cuando la encuentre.

La palabra fué "cuando", pero el tono significaba "si".

Les auguré buena suerte y me alejé por el barroso camino.

nos habíamos dividido para salir en busca del grupo de Michel Beadley, pero con doble intensidad. Aquel día aprendí que la soledad era mucho más que la falta de compañía. Era algo que podía apretar y oprimir, algo que podía deformar lo ordinario y jugarnos trampas con la mente. Algo como una amenaza alrededor, tendiendo los nervios y retorciéndolos de alarma, no permitiéndonos olvidar nunca que no había nadie para ayudarnos, que no había nadie a quien le importara lo que pudiera pasarnos. Uno se sentía como un átomo perdido en el infinito, y era como si algo agazapado estuviera esperando la oportunidad de asustarnos horriblemente. Y eso era lo que la soledad intentaba realmente hacer, lo que uno no podía permitir que hiciera...

SOLO la esperanza de encontrar compañía me impidió regresar para unirme con Coker y los otros.

Los espectáculos que veía en el camino tenían poco que ver con este sentimiento. Aunque algunos fueran horribles, yo ya estaba endurecido para soportarlos. El horror los había abandonado, del mismo modo que el horror de los grandes campos de batalla se desvanece en el curso de la historia. Tampoco veía ya esas cosas como parte de una amplia e impresionante tragedia. Mi lucha era sencillamente un conflicto personal contra mis instintos. Una acción continuamente defensiva, en la que la victoria era imposible. Sabía en lo más hondo que no me podría mantener solo mucho tiempo.

Para entretenerme empecé a conducir a gran velocidad. En una aldea cuyo nombre he olvidado, al dar vuelta a una esquina, choqué contra unos furgones que bloqueaban toda la calle. Felizmente mi camión no sufrió más que algunos rasguños, pero los otros dos vehículos se golpearon con diabólica violencia, de modo que separarlos fue un asunto penoso para un hombre solo y en un espacio reducido. Tardé una hora en solucionar el problema, y de este modo conseguí distraerme.

Después de esto marché con más cuidado, excepción hecha de cuando penetré en el Bosque Nuevo. El motivo fue haber percibido, entre los árboles, un helicóptero volando a escasa distancia. Desgraciadamente los árboles se espesaban a los lados del camino y el helicóptero quedó oculto. Apreté el acelerador, pero, cuando llegué a campo abierto, la máquina no era más que una manchita flotando a la distancia, hacia el Norte.

UNOS kilómetros más adelante llegué a una aldea bonitamente edificada sobre una pradera triangular. A primera vista era encantadora, con

sus cabañas de techo de paja y tejas rojas, con sus jardines floridos como en un libro de ilustraciones. Pero no me aproximé a mirar los jardines al pasar: muchos mostraban la extraña forma de un trífido asomando amenazadoramente entre las flores. Estaba casi fuera de la aldea cuando una figurita surgió de uno de los últimos jardines y corrió hacia mí agitando los brazos. Frené, miré alrededor en busca de trífidos, recogí el revólver y descendí.

La niña vestía un traje de algodón azul, medias blancas y sandalias. Podría tener unos nueve o diez años. Una niña muy bonita, aunque sus oscuros rizos estaban despeinados y su carita sucia de lágrimas secas. Me tiró de la manga.

—¡Por favor, por favor —dijo rápidamente—, venga a ver qué le ha sucedido a Tommy!

LA miré. La horrible soledad del día se disipó. Mi mente parecía salir de un encierro. Tuve ganas de abrazar a la niña y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Le tendí la mano y ella la tomó. Juntos caminamos hacia la puerta por la que ella había salido.

—Tommy está allí —dijo señalando.

Un niño de unos cuatro años yacía entre los canteros de flores. Era evidente por qué estaba allí.

—Esa "cosa" lo hirió —dijo la niña— y él cayó. Y trató también de herirme cuando quise acercarme. ¡Una cosa horrible!

Miré y vi la corola de un trífido surgiendo sobre el alambrado que rodeaba el jardín.

—Tápate los oídos, voy a hacer un estruendo —dije.

Ella obedeció y yo hice estallar la corola del trífido.

—¡Qué "cosa" espantosa! —dijo la niña—. ¿Está muerto ahora?

Estaba por asegurarle que así era, cuando el trífido empezó a frotar las ramitas contra su tallo, como lo había

hecho el de Steeple Honey. Tiré de nuevo para silenciarlo.

—Sí —dije—, ahora está muerto.

Nos acercamos al niño. La marca escarlata aparecía vivamente en su mejilla. La niña se arrodilló junto a él.

—Es inútil —le dije suavemente.

Ella me miró con nuevas lágrimas en los ojos.

—¿Tommy también está muerto?

Me incliné a su lado.

—Me temo mucho que sea así.

Después de un momento ella dijo:

—¡Pobre Tommy! ¿Lo...? lo enterraremos como a los perritos?

—Sí —contesté.

En todo el sobrecogedor desastre esa fue la única tumba que cavé... Una tumba muy pequeña. Ella hizo un ramillete de flores y lo colocó encima. Después nos alejamos de allí.

SE llamaba Susan. Le parecía que, mucho tiempo atrás, algo les había ocurrido a su padre y a su madre, y ambos quedaron ciegos. Su padre salió en busca de ayuda, y no regresó más. La madre salió después, dando a los niños expresas instrucciones de no dejar la casa. Regresó llorando. Al día siguiente volvió a salir y, esta vez, no regresó. Los niños comieron lo que encontraron y después empezaron a tener hambre. Finalmente Susan tuvo tanta hambre que desobedeció las instrucciones de su madre y salió a pedir ayuda a la señora Walton, la dueña del almacén. El almacén estaba abierto, pero la señora Walton no se encontraba allí. Nadie apareció cuando Susan llamó y, por eso, ella decidió apoderarse de algunos bizcochos y dulces e informar después a la señora Walton.

Había visto algunas de las "cosas" al regresar. Una de ellas intentó golpearla, pero se equivocó con respecto a su estatura, y el agujón pasó sobre su cabeza. Se asustó y regresó corriendo a casa. Desde entonces tuvo mucho cuidado con las "cosas" y previno a

Tommy que tuviera también cuidado. Pero Tommy era tan pequeño que esa mañana, cuando bajó a jugar no pudo ver la "cosa" escondida en el jardín vecino. Susan quiso aproximarse media docena de veces, pero siempre veía temblar y moverse levemente la corola del trífido...

CASI una hora después decidí hacer alto para pasar la noche. La caja en el camión hasta encontrar una casita apropiada y después comimos juntos. Yo no entiendo mucho de niños, pero esta chica parecía capaz de ingerir enormes cantidades de comida, y confesó que una dieta de bizcochos, dulces y caramelos era menos satisfactoria de lo que había supuesto. Después que la limpié un poco y que la peiné siguiendo sus instrucciones, empecé a sentirme contento de los resultados. En cuanto a ella, el placer de haber encontrado a alguien con quien hablar le hizo olvidar por un tiempo todas las cosas que le habían sucedido.

Lo comprendí porque yo experimentaba lo mismo.

Pero apenas la había acostado y dejado sola la oí sollozar.

—Está bien, Susan —dije—, no es nada. En verdad Tommy no ha sufrido... Fue demasiado rápido —me senté en la cama a su lado y le tomé la mano. Ella dejó de llorar.

—No es Tommy únicamente —dijo—, fué después de Tommy, cuando no había nadie, absolutamente nadie. Estaba muy asustada...

—Lo sé —contesté—, yo también estaba muy asustado.

Ella me miró.

—¿Pero ahora no estás asustado?

—No, y tú tampoco. ¿Sabes? Si estamos juntos no tendremos miedo.

—Sí —contestó ella tras un momento de grave meditación—, creo que así es...

Y discutimos de muchas cosas hasta que ella se quedó dormida.

A DONDE vamos ahora? — preguntó Susan a la mañana siguiente. Contesté que íbamos a buscar a una mujer.

—¿Dónde está? — preguntó Susan. Yo no estaba muy seguro de dónde la encontraríamos.

—¿Cuándo la encontraremos? — preguntó Susan.

Mi respuesta fué también vaga en este punto.

—¿Es una señora bonita? — preguntó Susan.

—Sí — repuse, contento de dar al fin una respuesta definitiva.

Susan, por algún motivo, pareció satisfecha de mi respuesta.

—Bien — contestó aprobando.

A causa de ella traté de no pasar por las grandes ciudades, pero era imposible evitar muchas visiones desagradables en el campo mismo. Susan las observaba con el mismo desaprensivo interés con que miraba las cosas normales. No la alarmaban, pero le sugerían preguntas. Considerando que el mundo en el que ella iba a crecer carecía de los eufemismos del mundo en el que yo había crecido, hice lo que pude para hablar de los horrores y curiosidades de la misma manera objetiva.

A mediodía empezó a llover de nuevo. Cuando a las cinco de la tarde tomamos el camino que llevaba a Pulborough aún llovía a cántaros.

—¿Adónde vamos ahora? — preguntó Susan.

—Eso es lo malo — reconocí —, es por aquí, en alguna parte — y señalé hacia la línea brumosa del Sur.

HABIA tratado de recordar qué otras cosas había dicho Josella sobre el lugar, pero sólo recordaba que la casa estaba en las colinas noroñas, y yo tenía la impresión de que debía enfrentar los bajos y pantanosos terrenos que separaban las colinas de Pulborough. Pero las colinas se extendían por millas hacia el Este y hacia el Oeste.

—Tal vez lo mejor será ver si descubrimos alguna señal de humo — sugerí.

—Es muy difícil ver en la lluvia — dijo Susan razonablemente.

Media hora después cesó de llover. Bajamos del camión y nos sentamos en una pared. Estudiamos cuidadosamente los declives de las colinas, pero ni la penetrante vista de Susan ni mis largavistas pudieron descubrir ninguna traza de humo o de cualquier actividad humana. Empezó a llover de nuevo.

—Tengo hambre — dijo Susan.

La comida no me interesaba en aquel momento. Ahora que estaba tan cerca, la ansiedad dominaba todo otro sentimiento. Mientras Susan comía, salí en el camión y trepé a una colina para ver un poco mejor. No había vida ni movimiento en todo el valle, fuera de algunas ocasionales ovejas o vacas y de algún trífido atravesando los campos.

Tuve una idea y regresé a la aldea. No me agradaba llevar a Susan, porque sabía que el lugar sería muy desagradable, pero tampoco podía dejarla donde estaba. Cuando llegamos comprobé que el espectáculo la afectaba menos que a mí. Los niños tienen distintas reacciones frente a lo terrible, hasta que se les enseña qué cosas deben chocarles. Susan pareció más interesada que disgustada. Toda depresión desapareció ante el deleite que experimentó al equiparse con un impermeable de seda roja, demasiado grande para ella. Mi búsqueda también obtuvo recompensa: regresé con un farol delantero que había encontrado en un venerable Rolls-Royce.

Instalé el farol junto a la ventanilla del camión. Cuando estuvo listo sólo nos quedó esperar que anoqueciera y que cesara de llover.

CUANDO fué de noche ya sólo lo-
vznaba. Yo di luz y un magnífico rayo atravesó la noche. Lentamente hice girar el farol, manteniendo la luz a la

altura de las colinas, mientras vigilaba simultáneamente toda la línea en espera de una luz de respuesta. Pero siempre la noche de las colinas permaneció negra. Luego empezó a llover con fuerza. Puse la luz de frente y esperé, escuchando el tamborileo de las gotas sobre el techo, mientras Susan dormía recostada contra mi brazo. Pasó una hora antes de que el tamborileo disminuyera y cesara totalmente. Susan se despertó y yo empecé a mover otra vez la luz lentamente. Lo había hecho una media docena de veces cuando Susan gritó:

—¡Mira, Bill! ¡Mira! ¡Allí hay una luz!

Señalaba un poco a la izquierda. Apagué la luz y seguí la dirección de su dedo. Era difícil estar seguro: si la vista no nos engañaba, se percibía en la distancia un resplandor como de luciérnaga. Además, mientras mirábamos, volvió a llover a cántaros. Cuando miré con los largavistas ya no podía distinguirse nada.

Vacíle antes de ponernos en marcha. Era posible que la luz, en caso de que fuera una luz, no fuera visible desde el llano. Nuevamente encendí el farol y esperé pacientemente. Pasó casi una hora antes de que acampara. En ese instante, sin querer esperar más, apagué nuestra luz.

—¡Allí está! — gritó Susan —. ¡Mira, mira!

Allí estaba, y era lo bastante brillante como para disipar mis dudas, aunque los largavistas no me dieron detalles precisos.

ENCENDI de nuevo e hice el signo **V** en alfabeto Morse, que es la única letra que conozco del código Morse, fuera del SOS. Mientras esperábamos la otra luz parpadeó y luego empezó una serie de movimientos lentos o deliberadamente largos, que no significaban nada para mí. Lancé otras dos V, marqué en el mapa aproxima-

damente la dirección de la luz y encendí nuestros focos delanteros.

—¿Es la señora quien hacía señas? — preguntó Susan.

—Tiene que ser ella — contesté —, tiene que ser ella.

Para atravesar los pantanos debimos seguir un sendero que nos llevó hacia el Oeste, y después regresar al Este bordeando las colinas. A eso de un kilómetro algo tapó la luz y, para que fuera aún más difícil encontrar el camino entre las praderas oscuras, empezó a llover nuevamente.

Tuve que prestar toda mi atención al volante, mientras la niña espiaba las colinas esperando que reapareciera la luz. Llegamos al punto en que la línea de mi mapa coincidía con lo que parecía nuestro camino actual sin que la luz reapareciera.

Continuamos por el camino del bajo. Finalmente Susan vió un resplandor entre las ramas de la derecha. Después de varias vueltas inútiles, llegamos a un descenso en la ladera, desde donde pudimos ver una ventana iluminada, aproximadamente a un kilómetro del declive.

Aún entonces no fué fácil encontrar el camino. Continuamos trepando dificultosamente, pero cada vez veíamos la luz más cerca. Era indudable que aquella pradera no estaba hecha para el tránsito de camiones pesados. Tuvimos que marchar entre matorrales que arañaban los costados del coche como si quisieran hacernos retroceder.

FINALMENTE, vimos agitarse una linterna delante de nosotros. Se movía indicándonos el sendero hacia un portón de entrada. Después la linterna permaneció inmóvil en el suelo. Me aproximé a la distancia de un metro o dos del portón y detuve la marcha. Al abrirse el portón una luz me hirió súbitamente en los ojos. Alcancé a ver una figura metida en un impermeable que brillaba, empapado.

Un ligero temblor destruía la fingida calma de la voz que habló:

—¡Hola, Bill! Has tardado mucho tiempo.

Descendí de un salto.

—¡Oh, Bill!, no puedo... Oh, que-

rido, te he esperado tanto... Oh, Bill... — dijo Josella.

Yo había olvidado a Susan hasta que oí su voz.

—Se están empapando, tontos. ¿Por qué no la besas adentro? — preguntó.

XIV. SHIRNING

AUNQUE llegué a la granja de Shirning con el presentimiento de que casi todos mis pesares habían terminado, no tardé mucho en percatarme de mi error. Pude estrechar a Josella entre mis brazos, pero, por diferentes razones, no fué tan fácil llevarla a Tynsham.

Desde que se me ocurrió dónde podría encontrarla, le imaginé — en forma un poco cinematográfica — luchando valerosamente contra las fuerzas de la naturaleza. En realidad era así, pero el escenario era distinto a lo que yo suponía. Mi sencillo plan de decirle: "Vamos a reunirnos con el grupo de Coker" tuvo que ser abandonado.

No es que Shirning me pareciera menos atractivo que Tynsham, sino que reunirse con un grupo mayor era, evidentemente, lo mejor que podía hacerse. Shirning era un lugar encantador. La palabra "granja" parecía casi un título de cortesía. Había sido una granja unos veinticinco años atrás, y todavía conservaba algo del aspecto de granja, aunque, en realidad, se había convertido en una propiedad campestre. Sussex y los condados vecinos abundaban en casitas y cabañas que los fatigados londinenses adaptaron a sus necesidades. Interiormente el edificio había sido modernizado y reconstruido. En el exterior, los cortijos y los canteros presentaban un aspecto más suburbano que rural y desde hacía varios años los

únicos animales que allí vivían eran los caballos de montar. Del campo, sin utilizar, no emanaban olores rústicos: estaba cubierto de césped, como una cancha de golf. Las praderas que se veían desde las ventanas, debajo de las tejas rojas, habían sido cultivadas hacía tiempo por los ocupantes de otras granjas menos celestiales. Los galpones y los cobertizos estaban en buenas condiciones.

PROVISTA de manantial y planta eléctrica, la granja ofrecía muchas ventajas, pero, mientras la examinaba, comprendí la sabiduría de Coker al hablar del esfuerzo colectivo. Yo no entendía nada de cultivos, pero comprendí que se necesitaría muchísimo trabajo para alimentar a seis personas.

Las otras tres personas estaban ya allí cuando llegó Josella. Se llamaban Dennis, Mary Brent y Joyce Taylor. Dennis era el dueño de casa. Joyce había ido a hacer una visita de duración indefinida, para acompañar a Mary y ayudarla en los quehaceres de la casa antes que naciera el niño que ésta esperaba.

La noche de los reflejos verdes — o del cometa, debería decir, en caso de que alguien creyera aún en el cometa — había allí otros dos huéspedes, Joan y Ted Danton, pasando una semana de vacaciones. Los cinco salieron al jardín para ver las luces. Por la mañana, los

cinco se despertaron ante un mundo completamente en sombras. Primero intentaron telefonar, pero cuando vieron que esto era imposible, aguardaron pacientemente la llegada del lechero. Como nadie se presentó, Ted se ofreció a ir a averiguar qué había ocurrido. Dennis lo hubiera acompañado si no se lo hubiese impedido el estado casi histérico de su mujer. Ted partió solo. Y no regresó. Unas horas después, y sin decir nada a nadie, Joan partió también, presumiblemente en busca de su marido. Y tampoco volvió.

DENNIS había contado el tiempo manejando al tacto las manecillas del reloj. Al final de la tarde, fué imposible aguardar más. Quiso ir hasta el pueblo. Ambas mujeres se opusieron. Él cedió debido al estado de Mary, y Joyce decidió intentarlo ella misma. Salió y empezó a buscar el camino tanteando con un bastón. Acababa de dejar el umbral cuando algo hirió su mano izquierda como un latigazo, produciéndole una quemadura como de hierro candente. Retrocedió dando un grito y se desmayó en el vestíbulo, donde Dennis la encontró. Felizmente no había perdido del todo el sentido

y se quejaba del dolor de la mano. Dennis, tocando la herida, adivinó al tacto de qué se trataba. Pese a estar ciegos él y Mary, aplicaron a Joyce fomentos calientes, mientras trataban, con una especie de torniquete, de extraer el veneno. Después de esto, Joyce permaneció varios días en cama, esperando que pasara el efecto del veneno.

ENTRETANTO, Dennis había hecho algunas pruebas al frente y al fondo de la casa. Abriendo apenas la puerta había sacado una escoba, extendiéndola a la altura de la cabeza. Todas las veces, había oído una especie de silbido mientras la escoba temblaba levemente en su mano. Lo mismo ocurrió en una de las ventanas frente al jardín, pero las ventanas altas parecían libres de la plaga. Hubiera intentado salir si no hubiese sido por la ansiedad de Mary. Ella estaba segura de que los trífidos podían atacarlo en cualquier parte y, por lo tanto, insistió en que no saliera.

Felizmente tenían bastante comida como para sobrevivir, aunque era difícil prepararla. Casi todo el día siguiente Dennis lo pasó fabricando una especie de casco. Como tenía alambre tejido

Satélites artificiales

COMO se recordará, a fines de 1951 se reunió en Londres el Segundo Congreso Internacional de Astronáutica (intervino en él el doctor Tabanera, representando a la Sociedad Argentina Interplanetaria) para estudiar los problemas de construcción y uso de satélites artificiales. La seriedad y coherencia de los trabajos allí presentados confirmó que el primer paso hacia las estrellas puede ser dado ya. La idea de tener una fortaleza militar casi invulnerable, perpetuamente sobre territorio enemigo, fué calurosamente explotada por las revistas norteamericanas, y tropieza con un solo inconveniente: el costo. Pero el ingeniero Wyld acaba de diseñar una "astronave" apenas más grande que una V-2, capaz de permanecer un par de días en una órbita alrededor de la Tierra, llevando uno o dos tripulantes. Este proyecto cuenta con el apoyo de todos los partidarios de hacer las cosas paso a paso, y en opinión de su autor vendría a ser el "modelo T" de una estación espacial.

bastante fino, tuvo que colocar varias capas y superponerlas. Le llevó cierto tiempo hacerlo. Luego, equipado con el casco y con un par de guantes, pudo partir hacia el pueblo. Un trífido lo golpeó apenas se hubo alejado tres metros de la casa. Dennis tanteó hasta encontrarlo y le retorció el tallo. Unos minutos después otro trífido golpeó contra su casco. No pudo encontrar a este segundo trífido*, aunque descargó una media docena de golpes antes de darse por vencido. Tanteó hasta llegar al galpón de las herramientas y luego atravesó la pradera, equipado ahora con tres grandes ovillos de hilo de jardinería, que dejaba caer en el camino para saber después cómo regresar.

En la pradera nuevos agujijones intentaron herirlo. Tomó mucho tiempo en llegar al pueblo y el hilo se terminó antes. Y todo el tiempo, caminó en medio de un silencio aterrador. De vez en cuando se detenía y llamaba, pero nadie le respondía. Más de una vez temió perderse, pero, cuando sus pies encontraron un camino más nivelado, supo dónde estaba y, para confirmarlo, descubrió también un poste de señales. A partir de allí marchó al tanteo.

DESPUES de un trecho que le pareció bastante largo oyó que sus pasos resonaban de un modo diferente. A uno de los lados encontró un sendero y después una pared. Un poco más adelante descubrió un buzón y comprendió que finalmente había llegado al pueblo. Volvió a gritar. Una voz de hombre le respondió a la distancia, pero las palabras fueron ininteligibles. Gritó otra vez y comenzó a marchar según la dirección en que había oído la voz. La respuesta fué súbitamente cortada por un grito. Después reinó el silencio. Sólo entonces comprendió que el pueblo sufría la misma plaga que su propia casa. Se sentó en el borde del sendero para meditar lo que debía hacer.

Por el aire adivinó la proximidad de la noche. Debía de hacer cuatro horas que había salido... y lo único razonable era regresar. De todos modos, no había motivo para regresar con las manos vacías. Con el bastón tanteó siguiendo la pared hasta dar con los letreros de latón que decoraban el almacén del pueblo. Por lo menos tres veces en los últimos cincuenta metros los agujijones habían intentado herirlo. Otro agujijón lo golpeó cuando abrió la puerta del almacén, mientras tropezaba contra un cuerpo que yacía en el suelo. Era el cadáver ya frío de un hombre.

Tuvo la impresión de que otros habían visitado el almacén antes que él. Sin embargo, descubrió un buen trozo de tocino. Lo metió en una bolsa junto con paquetes de manteca, margarina, bizcochos y azúcar, añadiendo también una serie de latas de un estante que, según creía recordar, estaba dedicado a los comestibles envasados... De todos modos no podía equivocarse con las sardinas. Después buscó unos ovillos de piolín, se cargó la bolsa al hombro y emprendió el regreso.

Una vez se perdió y le fué difícil dominar el pánico mientras volvía sobre sus pasos para tratar de orientarse. Finalmente reconoció que estaba en terreno ya recorrido. Al tanteo encontró el hilo que había dejado en el viaje de ida y lo unió al piolín. A partir de entonces el regreso fué relativamente fácil.

Dos veces en la semana repitió su viaje al almacén del pueblo, y cada vez los trífidos le parecieron más numerosos. Lo único que quedaba por hacer al desolado trío era esperar. Y entonces, milagrosamente, había aparecido Josella.

COMPRENDI muy pronto que la idea de partir inmediatamente para Tynsham era imposible. En primer término, Joyce Taylor estaba aún demasiado débil... Cuando la miré me

sorprendió que estuviera viva. La rapidez de Dennis le había salvado la vida, pero su incapacidad para darle remedios apropiados o comida conveniente retardaron su restablecimiento. Hubiera sido una locura intentar llevarla en un largo viaje en auto por una semana o dos. Y el próximo alumbramiento de Mary hacía que el viaje tampoco fuera recomendable para ella. Lo mejor era esperar que ambas crisis hubieran pasado.

Nuevamente me incumbió la tarea de robar y abastecer. Esta vez debí trabajar con más orden, ya que mi trabajo no se redujo sólo a la sección alimentos, sino que también incluyó gasolina para el alumbrado, gallinas que pusieran huevos; dos vacas que acababan de dar a luz (y que aún sobrevivían, aunque las costillas casi les rompían la piel), artículos sanitarios para Mary y una sorprendente lista de artículos varios.

El lugar estaba invadido por los trífidos en una proporción como yo no había visto hasta entonces. Casi diariamente aparecían uno o dos nuevos frente a la casa, y la primera tarea del día era deshacerles las corolas a tiros, hasta que levanté una alambrada para impedirles entrar en el jardín. Aun entonces se acercaban y aguardaban hasta que se disparaba contra ellos.

Enseñé a Susan a utilizar un revolver contra trífidos. Rápidamente se convirtió en una experta en destruir "las cosas", como continuaba llamándolos. Su tarea diaria era tomar venganza contra ellos.

JOSELLA me contó lo que había pasado después de la alarma de incendio en el edificio de la Universidad. Había sido arrastrada por su grupo como yo por el mío, pero su modo de tratar a las dos mujeres que la custodiaban fué expeditivo: les lanzó un ultimátum: o bien le daban libertad, en cuyo caso ella las ayudaría, o bien, si

la forzaban, llegaría un momento en el que se verían obligadas a beber el cianuro o el ácido prúsico que Josella les indicara. Podían elegir. Y, como es de suponer, las mujeres eligieron lo mejor.

Las días siguientes habían sido muy semejantes para ella y para mí. Cuando su grupo se disolvió, Josella razonó casi exactamente como lo había hecho yo. Se apoderó de un auto y fué a Hampstead a buscarme. No encontró ningún sobreviviente de mi grupo, y tampoco tropezó con el hombre pelirrojo.

PERMANECIO allí hasta el crepúsculo, cuando decidió dirigirse otra vez a la Universidad. Por precaución dejó el auto a unas dos cuadras del edificio y se aproximó a pie. Cuando estaba todavía a cierta distancia de las puertas oyó un disparo. Se escondió en el jardín en donde nos habíamos refugiado antes. Desde allí vió a Coker avanzando también cautelosamente. Sin saber que era yo quien había disparado contra un trífido en la plaza, e ignorando igualmente que el disparo era el motivo de la cautela de Coker, Josella sospechó alguna trampa. Y, como no quería ser atrapada por segunda vez, regresó al auto. No tenía idea de dónde habían ido los demás, ni siquiera sabía si habían partido. El único refugio que se le ocurrió fué el lugar que mencionara casi casualmente cuando conversamos aquella noche en el departamento. Decidió dirigirse allí, esperando que, en caso de que yo hubiera sobrevivido, recordaría y la buscaría.

—Me acurrugué y dormí en el interior del coche una vez que salí de Londres — dijo —. Todavía era muy temprano cuando llegué aquí a la mañana siguiente. El ruido del motor hizo que Dennis se asomara a una ventana alta y que me previniera contra los trífidos. Vi que había una docena o más

alrededor de la casa, como si esperaran que alguien saliera de allí. Dennis y yo nos gritamos instrucciones. Los trífidos se movieron y uno de ellos avanzó hacia mí; me refugié en el fondo del coche. Como continuaba acercándose puse en marcha el motor y lo atropellé. Pero quedaban los otros y yo no contaba con más arma que mi cuchillo. Fué Dennis quien resolvió la dificultad.

—Si puede gastar un poco de gasolina, derrámela en el camino y déle fuego con un trapo encendido — sugirió —, eso los alejará.

—Y así fué. Desde entonces he usado ese sistema; es un milagro que no hayamos incendiado la casa...

CON la ayuda de un libro de cocina, Josella había preparado algunos platos y puesto cierto orden en la casa. El trabajo, el aprendizaje y las cosas que debía improvisar la habían mantenido demasiado ocupada para pensar en lo futuro. No vio a nadie durante esos días, pero, en la certeza de que debía haber otros grupos, buscó siempre señales de humo o de luces en el valle. Pero no vio humo ni apareció una sola luz hasta la noche de mi llegada.

En cierto modo el más afectado de los tres ocupantes de la casa era Dennis. Joyce estaba todavía demasiado débil. Mary guardaba un poco de reserva y parecía encontrar compensación en la perspectiva de su futura maternidad. Pero Dennis parecía un animal cautivo. No decía, como otros, palabrotas inútiles, pero había en él una profunda amargura, como si lo hubieran encerrado en una jaula en la que no tenía intenciones de permanecer. Ya antes de mi llegada había hecho que Josella encontrara el sistema de escritura Braille en la enciclopedia y que hiciese una copia para que él lo aprendiera. Pasaba el día trazando notas que intentaba descifrar después. Procura-

ba hacer esto o aquello con una torpe persistencia: no pedía ayuda, y si alguien se la ofrecía, reaccionaba con una penosa amargura. Yo me asombraba de las cosas que aprendía paciente y dolorosamente, pero lo que más me sorprendió fué la construcción de un eficaz casco de protección contra los trífidos al segundo día de su ceguera, con un claro sentido defensivo.

LO excitaba acompañarme en mis expediciones de saqueo y se ponía muy contento cuando podía ayudarme a mover cajones pesados. Deseaba libros en el sistema Braille, pero, como estos libros se encontraban principalmente en las ciudades, decidimos esperar hasta que no hubiera peligro de contagio para ir a buscarlos.

LOS días pasaban rápidamente para los tres que podíamos ver. Josella se ocupaba sobre todo de la casa y Susan aprendía a ayudarla. Yo tenía también bastante trabajo. Joyce había mejorado bastante y pronto pudo levantarse. Poco después de esto comenzaron los dolores de Mary.

Pasamos todos una mala noche. El que más sufrió fué, probablemente, Dennis, sabiendo que la vida de su mujer dependía de los cuidados de dos muchachas empeñosas pero inexpertas. El dominio de sí mismo que demostró en esta oportunidad despertó mi admiración.

Al alba, Josella descendió de la habitación de Mary; parecía muy cansada.

—Es una nena. Ambas están muy bien — dijo, y guió a Dennis hasta la habitación.

Regresó unos momentos después y bebió el coñac que yo había preparado para ella.

—¡Gracias a Dios es una cosa muy sencilla! — exclamó —. La pobre Mary tenía muchísimo miedo de que la criatura fuera también ciega, pero, na-

turalmente, no es así. Ahora Mary está llorando porque no puede ver a su hija.

Bebimos.

—Es muy extraño — dije — la forma en que la vida continúa. Como una semilla: se cree que todo está muerto, pero la vida persevera. Y ahora tenemos un nuevo ser surgiendo en medio de todo esto...

Josella escondió la cara entre las manos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Tendrá que seguir siendo así siempre... , continuar y continuar y continuar?

Diciendo esto rompió a llorar.

TRES semanas después fuí a Tynsham con el objeto de ver a Coker y ponernos de acuerdo para nuestro traslado. Tomé un auto para hacer el viaje de ida y vuelta en un día. Cuando regresé, Josella me esperaba en el vestíbulo.

—¿Qué pasa? — preguntó al observar mi cara.

—Que no iremos allá — dije —. Tynsham no existe más.

Ella me miró con sus grandes ojos abiertos.

—¿Que ha sucedido?

—No lo sé. Parece que la peste hubiera llegado hasta allí.

Describí brevemente la situación. Las puertas estaban abiertas a mi llegada y la presencia de trífidos sueltos en el parque me previno algo sobre lo que debía esperar. El olor, cuando salía del auto, lo confirmó. Me forcé a entrar en la casa. Parecía haber sido abandonada una o dos semanas antes. Asomé la cabeza en dos habitaciones. Lo que vi fué más que suficiente. Llamé y el eco de mi voz resonó en la casa vacía. No seguí adelante.

En la puerta principal habían dejado un papel con un anuncio, pero sólo quedaba un trozo. Pasé mucho tiempo buscando el resto de la hoja de papel, pero no pude encontrarla. En

el patio del fondo no había camiones y casi todos los abastecimientos habían desaparecido también. No quedaba más recurso que volver al auto y regresar a Shirning.

—¿Y qué haremos ahora? — preguntó Josella cuando terminé mi relato.

—No hay más remedio, querida, que quedarse aquí. Aprenderemos a mantenernos. Y así lo haremos... , a menos que llegue alguna ayuda. Tal vez exista una organización en alguna parte...

Josella meneó la cabeza.

—Creo que es mejor olvidar la posibilidad de ayuda. Millones y millones de personas han esperado una ayuda que no llega.

—Pero — dije — debe de haber infinidad de grupitos como éste desaparecidos por toda Europa... , en todo el mundo. Algunos llegarán a unirse. Y empezarán a reconstruir.

—¿En cuánto tiempo? — preguntó Josella —. ¿En cuántas generaciones? Tal vez eso suceda después que hayamos muerto. No: el mundo ha desaparecido y quedamos nosotros... . Tenemos que hacer nuestras vidas. Tenemos que planear el futuro como si nunca hubiéramos de recibir ayuda...

Su cara mostró una extraña expresión de desaliento que yo nunca había visto antes. Hizo una mueca.

—Querida... — dije.

—¡Oh, Bill, Bill, yo no he nacido para esta clase de vida! Si tú no estuvieras aquí...

—¡Cállate! — exclamé acariciándole el pelo. Ella se recobró pronto.

—Perdón, Bill. La compasión por uno mismo es detestable. Nunca más volverá a pasarme esto. Estoy decidida a ser la mujer de un granjero. Y de todos modos me gusta ser tu mujer, Bill, aunque no se trate de un matrimonio muy respetable, ni auténtico.

—¿Qué pasa?

Súbitamente rió con una risa que no le oía desde hacía tiempo.

—Recuerdo cuánto me asustaba la idea de mi boda.

—Eso revela un recato muy laudable aunque en verdad un poco inespereado — dije.

—Bueno, no se trata exactamente de eso. Pero tenía a mis editores, y a los periódicos, y a los noticiarios. ¡Cómo se hubieran divertido! Hubiera aparecido otra edición de mi estúpido libro... Probablemente hubieran he-

cho un nuevo film, y habría habido retratos en todos los periódicos. No creo que eso te hubiese gustado mucho.

—Sé de otra cosa que me hubiera gustado menos — dije —. ¿Recuerdas aquella noche, a la luz de la luna, cuando pusiste una condición?

Ella me miró.

—Bueno, después de todo las cosas no se presentan tan mal — contestó sonriendo.

XV. EL MUNDO SE REDUCE

A partir de entonces escribí un diario. Es una mezcla de diario, de lista de almacén y de lugares comunes. Hay allí una enumeración de los sitios adonde me llevaron mis expediciones, detalles de los abastecimientos obtenidos, cálculos de las cantidades disponibles, observaciones sobre el estado de nuestras propiedades y detalles de lo que debía arrojarse primero para evitar el deterioro. La comida, el combustible y las semillas eran objeto de diarias búsquedas, pero, en modo alguno, las únicas cosas que debíamos hacer. Hay listas de ropas, de instrumentos, de repasadores y sábanas, de arneses, de utensilios de cocina, de alambre, alambre y más alambre y también de libros.

Según el diario, a la semana de mi regreso de Tynsham empecé a levantar una alambrada contra los trífidos. Ya había levantado alambradas para mantenerlos lejos de la casa y del jardín, pero ahora mi ambicioso plan era limpiar de ellos aproximadamente unas cien hectáreas alrededor de la casa. Tuve que levantar una que aprovechara todos los accidentes del terreno, y, detrás de ella, otra que impidiera que el ganado o nosotros nos apro-

ximáramos a los aguijones. Fué un trabajo pesado y aburrido, que tardé varios meses en realizar.

Al mismo tiempo estudié cosas de granja. Pero la profesión de granjero no se aprende en los libros.

Felizmente teníamos tiempo para cometer errores y para aprender gracias a ellos. La certeza de que pasarían varios años antes de quedar librados a nuestros propios recursos nos salvó de desesperarnos con las muchas desilusiones que sufrimos.

PARA evitar prudentemente el peligro decidí dejar que pasara un año entero antes de regresar a Londres. La gran ciudad era el lugar donde podía obtener cosas de más provecho, pero también era el más deprimente. Aún parecía que una varita mágica pudiera hacer vivir todo nuevamente, aunque muchos de los vehículos en las calles empezaban a enmohecerse. Al año siguiente, el cambio fué todavía más notable. Grandes trozos de revoque caídos de las fachadas, tejas y chimeneas derrumbadas invadían las veredas y las calles. Hierba y malezas habían crecido en las alcantarillas, obstruyendo el drenaje. Las hojas taponaban las ca-

ñerías de las casas, de modo que la hierba y hasta pequeñas plantas crecían en los techos. Casi en todas las casas había una costra verdosa, debajo de la cual la humedad pudría los techos. Por muchas ventanas se veían techos caídos y paredes perdiendo el papel y llenas de manchas de humedad. Los jardines de los parques y de las plazas eran trozos de selva invadiendo casi las calles vecinas. Las plantas crecían en todas partes: en las rajaduras del cemento, entre las piedras del pavimento, en los asientos de los coches abandonados. En todas partes parecían querer precipitarse sobre los espacios áridos creados por el hombre. Y, frente a estas cosas vivas, la ciudad parecía menos deprimente. Cuando se pensó que ninguna varita mágica podía ya despertarla, todos los fantasmas desaparecieron, perdiéndose lentamente en la historia.

UNA vez, no ese año ni al año siguiente, sino mucho después, volví a Picadilly Circus. Miré la desolación y traté de recordar las muchedumbres que otrora desfilaran por allí. Ya no pude hacerlo. Esas muchedumbres se habían convertido en algo tan lejano como el público del Coliseo de Roma o los ejércitos asirios, y, en cierto modo, me parecían más extrañas. La nostalgia que a veces se apoderaba de mí en las horas de descanso me conmovía más que el escenario mismo de la catástrofe. En el campo podía recordar con placer la vida pasada, pero, entre las ruinas, entre los edificios que lentamente se deshacían, sólo recordaba la confusión, el fracaso, la marcha sin sentido, el vacío clamor, y ya no era consciente de todo lo que habíamos perdido...

En mi primer viaje a Londres fuí solo y regresé con armas contra trífidos, papel, repuestos para maquinarias, libros en sistema Braille y una máquina de escribir que Dennis deseaba

ardientemente; bebidas, dulces, discos y más libros para los demás. Una semana después, Josella me acompañó en un viaje más práctico, en busca de ropas, no sólo para las personas mayores, sino también para la hija de Mary y para el hijo que ella a su vez estaba esperando. La visita provocó en ella gran inquietud y jamás volvió a hacer otra.

Al final del cuarto año realicé mi último viaje y comprobé que volver a Londres ofrecía peligros a los que no valía la pena exponerse. La primera señal fué un ruido semejante a un trueno que pareció venir de los suburbios. Detuve el camión y vi una gran nube de polvo que surgía de un montón de escombros y obstruía la calle. Evidentemente, el paso del camión había dado el último sacudón a una casa a punto de desmoronarse. No derribé más edificios aquel día, pues me dominó el miedo de quedar sepultado entre un torrente de ladrillos. Desde entonces me dediqué a los pueblos pequeños y casi siempre los recorría a pie.

No fuí a Brighton, que era, indudablemente, el lugar que teníamos más cerca. Cuando llegué allí por primera vez otros se habían apoderado ya del lugar. No sé cuántos ni quiénes eran. Sólo descubrí un muro de piedras levantado en la calle principal donde habían escrito:

¡FUERA DE AQUI!

El anuncio fué reforzado en ese momento por un disparo de fusil. No había nadie a la vista con quien discutir... y, además, yo no tenía intenciones de hacerlo.

Volví al camión y regresé meditando. Me preguntaba si no llegaría un momento en el que los preparativos de defensa de Stephen podrían ser necesarios. Para mayor seguridad, conseguí varias ametralladoras y morteros del mismo lugar de donde había saca-

do los lanzallamas que utilizábamos contra los trífidos.

EN noviembre del segundo año nació el primer hijo de Josella. Lo llamamos David. El placer que yo sentía al verlo se veía enturbiado a veces cuando pensaba en el mundo en el cual lo habíamos hecho vivir. Pero esto preocupaba a Josella mucho menos que a mí. Realmente lo adoraba. Parecía una compensación de lo mucho que había perdido y, paradójicamente, empezó a preocuparse menos por el porvenir. De todos modos, el niño tenía una alegría de vivir que era un buen augurio sobre su futura capacidad de desenvolverse en la vida y, por lo tanto, reprimí mis preocupaciones e intensifiqué el trabajo sobre aquella tierra que un día iba a mantenernos a todos.

POCO después de estos acontecimientos, Josella me llamó la atención sobre los trífidos. Durante tantos años estuve acostumbrado a ellos en mi trabajo, que casi habían llegado a formar para mí parte normal del paisaje. También me había acostumbrado a usar máscaras de alambre y guantes para protegerme, de modo que apenas prestaba atención a estas cosas cuando me las ponía para salir. En realidad había terminado por pensar tan poco en ellos como se puede pensar en los mosquitos en un país infectado de malaria. Josella los mencionó una noche mientras yacíamos en cama, cuando el único sonido era el crujido intermitente y distante de las ramitas contra los tallos.

—Ultimamente lo hacen con mucha frecuencia —dijo.

Al principio no entendí a qué se refería. Aquel sonido estaba siempre como fondo en todos los lugares en los que yo había vivido y trabajado últimamente. Apenas había prestado atención. Escuché.

—No me parece que haya mucha diferencia —dije.

—No es diferente. Pero ha aumentado... porque ahora hay muchos más trífidos que antes.

—No lo he notado —dije con indiferencia.

Después de levantar la alambrada, mi interés en los trífidos había decrecido. La impresión que traía de mis expediciones era que los trífidos hacían en todas partes igual daño que antes. Recordé que, cuando llegué a Shirming, me sorprendió lo abundantes que eran allí, y supuse, por consiguiente, que debería haber numerosas granjas de trífidos en el distrito.

—Claro que son muchos. Míralos mañana —dijo Josella.

Por la mañana recordé sus palabras y miré por la ventana mientras me vestía. Comprobé que Josella tenía razón. Podía verse un centenar de trífidos solamente desde la ventana. Lo mencioné a la hora del desayuno. Susan pareció sorprendida.

—Pero cada vez llegan más —dijo—. ¿No lo has notado?

—Tengo otras cosas en que preocuparme —contesté, un poco enfadado por su tono—. Y no son peligrosos del otro lado de la alambrada. Siempre que tengamos cuidado de arrancar las semillas que caigan aquí, pueden hacer lo que les dé la gana en otra parte.

—De todos modos —dijo Josella, un poco inquieta—, ¿hay alguna razón para que vengan aquí en número tan crecido? Estoy segura de que así es, y quisiera saber por qué lo hacen.

La cara de Susan volvió a mostrar su irritante expresión de sorpresa.

—El los trae —dijo señalándome.

—No señales —respondió Josella automáticamente—. ¿Qué quieres decir? Estoy segura de que Bill no los trae.

—¡Pero sí! El hace los ruidos y ellos vienen.

—¡Oye! —dijo—. ¿Qué quieres de-

cir? ¿Es que los llamo en sueños o qué?

Susan pareció enojada.

—Está bien. Si no me crees, ya te mostraré después del desayuno —anunció. Y se retiró en un ofendido silencio.

CUANDO terminamos el desayuno, Susan se levantó de la mesa y regresó con mi fusil y mis prismáticos. Salimos al campo. Ella manejó los prismáticos hasta enfocar a un trífido moviéndose muy lejos de los alambros. Después pasó los anteojos. Vi al trífido atravesando un campo. Estaba a más de un kilómetro de distancia de nosotros y marchaba hacia el Este.

—No dejes de mirarlo —dijo Susan. Disparó al aire.

Unos pocos segundos después el trífido cambió visiblemente de dirección y enfrentó al Sur.

—¿Has visto? —preguntó Susan.

—Bueno... Parece que... ¿Estás segura? Intenta otra vez —sugerí. Ella movió la cabeza.

—Sería inútil. Todos los trífidos que oyeron el disparo vienen ahora en esta dirección. Dentro de diez minutos se detendrán a escuchar. Si están bastante cerca como para oír a los que se hallan junto a la alambrada continuarán acercándose. Si están demasiado lejos y nosotros hacemos otro ruido se acercarán más. Pero si no oyen nada, esperarán un rato y después continuarán el camino que seguían antes.

Debo reconocer que quedé sorprendido ante la revelación.

—Bueno —reconocí—, los has observado muy bien, Susan.

—Siempre los vigilo. Los odio —dijo ella, como si esta explicación fuera suficiente.

Dennis se había unido con nosotros.

—Estoy de acuerdo con Susán —dijo—. No me gusta esto. Hace tiempo que no me gusta. Estos condenados están detrás de nosotros.

—Vamos... —comencé.

—Te aseguro que saben más de lo que creemos. ¿Cómo saben? Se soltaron en el momento en que nadie podía detenerlos. Rodearon esta casa al día siguiente. ¿Puedes explicar esto?

—Esto no es nuevo para ellos —dije—. En la selva acostumbran a agazaparse cerca de los caminos. Con frecuencia invadirían las aldeas si no los rechazaran. En muchos lugares han sido una plaga.

—Pero no aquí. Aquí fueron inofensivos hasta que las circunstancias los favorecieron. Ni siquiera intentaban hacer daño. Pero lo hicieron inmediatamente cuando fué posible hacerlo, como si hubieran sabido que las circunstancias los favorecerían.

—Sé razonable, Dennis; piensa en lo que quieres decir —contesté.

—Sé muy bien lo que quiero decir. No hago teorías, pero afirmo una cosa: se aprovecharon de nuestra desventaja con una velocidad increíble. Y también afirmo que ahora hay como una especie de sistema que los dirige. Están tan ocupado que no te percataste de cómo se amontonaban esperando fuera de la alambrada... pero Susán lo notó. ¿Qué crees que esperan?

NO intenté contestar inmediatamente. Dije después de un instante:

—¿Opinas que es mejor que deje de usar el revólver que los atrae y que utilice en su lugar un fusil contra trífidos?

—No se trata sólo del revólver, se trata de todos los ruidos —dijo Susán—. El tractor es lo peor, porque hace mucho ruido y es continuo, de modo que pueden saber fácilmente de dónde proviene. Pero también pueden oír a la distancia la máquina de producir electricidad. Los he visto darse vuelta en dirección hacia aquí cuando la oyen.

—Quisiera —dijo con cierta irritación— que no dijeras más que oyen como si fueran animales. No son ani-

males. No pueden oír. Son plantas.
—De todos modos, oyen —dijo Susan tercamente.

—Bueno, de todos modos los combatiémoslos —prometí.

ASI lo hicimos. La primera trampa fué una especie de tosco molino que producía un ruido como de martilleo. Lo fijamos a la distancia de una milla. Dió resultado. Hizo que los trífidos se retiraran de junto a nuestra alambrada y de otros puntos. Cuando hubo varios centenares alrededor del molino, Susan y yo descendimos en auto, provistos de lanzallamas, y los destruimos. La trampa dió resultado una segunda vez, pero después sólo un número muy pequeño prestó atención al ruido del molino. Nuestra segunda trampa fué una especie de cerco que construimos dentro de la alambrada, luego retiramos la alambrada propiamente dicha y la reemplazamos por una puerta. Elegimos un punto estratégico desde donde podía oírse la máquina eléctrica, y dejamos la puerta abierta. Después de un par de días cerramos la puerta y destruimos a los doscientos o más trífidos que quedaron encerrados. Esto también tuvo éxito al principio, pero no cuando volvimos a intentarlo en el mismo lugar, y pronto el número de trífidos que atrapábamos declinó sensiblemente.

Una excursión a los alrededores, provistos de lanzallamas, hubiera sido bastante efectiva, pero nos hubiese llevado mucho tiempo; además, nos quedaba poco combustible para los lanzallamas. Terminado el combustible, las valiosas armas no servirían para nada, porque yo ignoraba la fórmula y el método para producirlo.

Las dos o tres veces que utilizamos morteros contra los trífidos, el resultado fué desalentador. Los trífidos, al igual que los árboles, pueden ser muy dañados sin perecer por ello.

CON el tiempo, el número de trífidos que rodeaban nuestra alambrada aumentó, pese a nuestras trampas y ocasionales matanzas. No intentaban allí nada ni hacían nada. Simplemente aguardaban, hundiendo las raíces en el suelo. A lo lejos parecían tan inactivos como cualquier cerco de plantas y, de no ser por el crujido de las ramitas, nadie los hubiese notado. Pero bastaba que saliera un auto al campo para que comprendiéramos que estaban alerta. El coche recibía tal número de agujonazos, que era necesario limpiar más tarde el veneno que quedaba impregnado en él.

De vez en cuando se nos ocurría alguna idea para combatirlos: por ejemplo, derramar una solución de arsénico en el terreno que bordeaba la alambrada, pero las retiradas eran sólo temporarias.

DURANTE un año ensayamos todas estas trampas, hasta la mañana en que Susan se precipitó en nuestro cuarto para anunciarnos que "las cosas" habían roto la alambrada y rodeaban la casa.

Ella se había levantado temprano, como de costumbre para ordeñar las vacas. El cielo que vio por la ventana de su cuarto era gris, pero cuando descendió, encontró oscuridad completa. Comprendiendo que ocurría algo raro encendió la luz. Cuando vio unas *correas* hojas verdes apretadas contra los vidrios de las ventanas, comprendió lo que ocurría.

Yo atravesé el dormitorio en puntillas y cerré de golpe la ventana. Un agujonazo azotó el aire y golpeó contra el vidrio. Vimos a un grupo de trífidos apretados contra la pared de la casa. Los lanzallamas estaban en uno de los galpones. No quise arriesgarme cuando fuí a buscarlos. Me puse ropa gruesa y guantes, un casco de cuero y lentes debajo de la máscara de alambre

y me abrí paso entre los trífidos con el cuchillo más grande que pude encontrar en la casa. Los agujonazos golpeaban tan frecuentemente la máscara de alambre tejido que terminaron por mojarla y el veneno comenzó a deslizarse en una fina espuma. También los anteojos se mojaron, y lo primero que hice al llegar al galpón fué lavarme la cara. De regreso sólo me atreví a usar un lanzallamas, por miedo a incendiar la casa, pero eso bastó para apartar a los trífidos y permitirme regresar con cierta tranquilidad.

JOSELLA y Susan aguardaron provistas de bombas contra incendios mientras yo, con un aspecto que recordaba al de un buzo o al de un habitante de Marte, arrojaba llamas desde las ventanas altas contra la multitud de trífidos. En poco tiempo muchos se incendiaron y los demás huyeron. Susan, también vestida convenientemente, los persiguió con un lanzallamas, mientras yo atravesaba el campo para comprobar qué había ocurrido. De inmediato pude ver el lugar donde los trífidos se agolpaban, balanceando los troncos y agitando las hojas. Casi todos se dirigían hacia la casa. Fué fácil echarlos: los detuve con el lanzallamas y en seguida empezaron a retroceder. Alguno de ellos, ocasionalmente, parecía revisar las filas y apresurar a los retrasados. Unos veinte metros más allá la alambrada yacía por el suelo, con los postes arrancados.

Libres ya de los trífidos, Josella, Susan y yo pasamos casi todo el resto del día reparando la alambrada. Pasaron otros dos días antes que Susan y yo tuviéramos la certeza de haber recorrido todos los rincones y de haber terminado con el último de los intrusos. Terminamos haciendo una inspección a lo largo de la alambrada y reforzando los lugares que parecían más débiles. Cuatro meses después los trífidos irrumpieron de nuevo.

ESTA vez quedaron algunos trífidos quebrados junto a la alambrada. Juzgamos que habían sucumbido bajo la presión que hizo ceder a la alambrada y que, al caer, habían sido pisoteados por los demás.

Era evidente que debíamos tomar mejores medidas defensivas. Electrificar la alambrada parecía lo más fácil para mantenerlos a distancia. Descubrí felizmente un generador del ejército, montado sobre una cureña, y lo traje a la casa. Susan y yo nos pusimos a trabajar. Antes que hubiéramos terminado, los trífidos habían vuelto a penetrar por otro punto.

Creo que el sistema de electrificación habría sido efectivo si lo hubiéramos hecho funcionar todo el tiempo. Pero no podíamos gastar tanto combustible. La gasolina era uno de nuestros tesoros más preciosos: siempre podíamos contar con alimentos en una u otra forma, pero la gasolina no estaba siempre a nuestro alcance y nos era absolutamente indispensable. Sin ella, no hubiéramos podido realizar más expediciones y, por lo tanto, no habría sido imposible abastecernos. Se hubiera impuesto una vida completamente primitiva. Así, la alambrada recibía descargas eléctricas sólo unos minutos dos o tres veces al día. Las descargas hacían retroceder a los trífidos unos metros e impedían, por lo tanto, que continuaran presionando contra la barrera. Colocamos también un alambre de alarma en la segunda alambrada, para poder arreglar los puntos débiles antes que hubiera peligro de que cedieran.

LOS inconvenientes surgían de la aparente facilidad de los trífidos para aprender por experiencia. Descubrimos, por ejemplo, que advirtieron nuestra costumbre de electrizar la alambrada un rato por la mañana y otro por la noche. Notamos que se mantenían alejados la hora aproximada en que cargábamos la máquina, y que empe-

zaban a acercarse apenas la máquina se detenía. Al momento, nos fué imposible decir si asociaban realmente la carga del alambre con el sonido de la máquina, pero, más adelante, no tuvimos dudas de que así era.

Esto hizo que lanzáramos las descargas en cualquier momento, pero Susan, que los observaba continuamente, afirmó bien pronto que el tiempo que la descarga los mantenía alejados se abreviaba día a día. Sin embargo, el alambre electrificado y las ocasionales matanzas nos defendieron de los trífidos durante un año, y en los años siguientes estuvimos bastante prevenidos como para impedirles ser algo más que una molestia menor.

En la seguridad de nuestro terreno cerrado, continuamos aprendiendo agricultura, y la rutina de la vida se estableció gradualmente.

UN día, en el verano de nuestro sexto año, Josella y yo fuimos a la costa, en la especie de tractor que utilizábamos ahora, pues los caminos empeoraban constantemente. Aquella excursión fué una fiesta para Josella. Había pasado meses sin salir fuera de la alambrada. Los cuidados de la casa y de los niños la ocupaban tanto que no había podido alejarse, pero, últimamente, Susan estaba lo bastante crecida como para poder hacerse cargo de las cosas, y tuvimos un sentimiento de alivio cuando trepamos las colinas. En los declives sureños nos detuvimos.

Era un perfecto día del mes de junio, con ligeras nubecitas atravesando el cielo azul. El sol brillaba sobre la playa y el mar con la misma intensidad que cuando esas playas estaban pobladas por bañistas y el mar se llenaba de pequeños barcos. Guardamos silencio unos momentos, después Josella dijo:

—¿No sientes todavía que, si cerraras los ojos unos instantes, al volver a abrirlos todo sería como antes, Bill?... A mí me ocurre a veces.

—A mí, en cambio, me ocurre ahora con escasa frecuencia —dije—. Pero yo he visto mucho más que tú. Sin embargo...

—¡Mira las gaviotas! ¡Exactamente como antes!

—Este año hay muchos más pájaros —dije—. Eso me alegra.

DESDE lejos, el pueblito parecía aún el conjunto de casas de techos rojos habitadas por la clase media retirada, pero la impresión sólo podía durar unos minutos. Aunque veíamos las tejas, las paredes eran apenas visibles. Los cuidados jardines estaban recubiertos de maleza, manchada, aquí y allá, por flores descendientes de las que fueron una vez cultivadas plantas. Hasta los caminos eran una alfombra verde a la distancia. Pero al llegar comprobábamos que el suave verde era ilusorio: encontrábamos allí duras malezas.

—Hace sólo unos pocos años —dijo Josella— la gente se quejaba porque estas casas destruían el paisaje. ¡Míralas ahora!

—El campo se está vengando —dije—; la naturaleza parecía dominada en aquella época. ¿Quién hubiera supuesto que tenía aún tanta fuerza?

—Esto me asusta un poco. Es como si todo surgiera, celebrando con alegría la derrota de la raza humana. ¿Nos hemos estado engañando, acaso? ¿Crees que realmente estamos terminados, Bill?

En mis excursiones yo había tenido muchas oportunidades de meditar sobre lo que tanto la preocupaba ahora.

—Si tú no fueras tú, querida, te daría una respuesta heroica...

—Pero como yo soy yo...

—Te digo la verdad..., casi: mientras hay vida hay esperanza.

VOLVIMOS a mirar la escena en silencio.

—Creo —dije—, solamente creo, que tenemos una posibilidad muy dé-

bil, tan débil que pasará mucho, mucho tiempo antes que nos recordemos algo. Si no fuera por los trífidos, diría que nuestras posibilidades son múltiples y buenas..., aunque se verán los resultados dentro de bastante tiempo. Pero los trífidos son un verdadero peligro. Son algo que ninguna civilización tuvo que combatir antes. ¿Van a arrebataros el mundo, o seremos capaces de detenerlos?

—El problema es encontrar alguna manera sencilla de terminar con ellos. A nosotros no nos va tan mal... Podemos mantenerlos alejados. Pero nuestros nietos, ¿cómo los combatirán? ¿Tendrán que pasar la vida encerrados, luchando contra los trífidos incansablemente?

—Estoy seguro de que hay una manera sencilla de acabar con ellos. Pero, con frecuencia, las cosas sencillas requieren investigaciones laboriosas. Y nosotros carecemos de medios para eso.

—Pero contamos con todos los recursos que siempre hubo; esos recursos están todavía a nuestro alcance —dijo Josella.

—Materialmente sí, pero no mentalmente. Lo que necesitamos es un grupo de expertos que termine para siempre con los trífidos. Estoy seguro de que podría hacerse. Si pudiéramos producir algún tóxico de hormonas para crear un estado de desequilibrio en los trífidos... Sería posible si se trabajara con inteligencia.

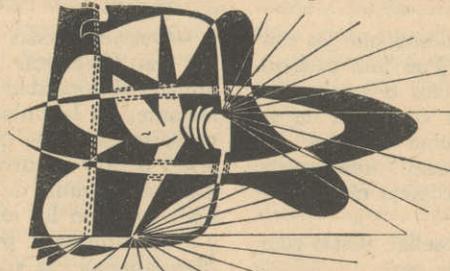
—Si crees eso, ¿por qué no lo intentas? —preguntó ella.

—Por muchas razones. En primer término, no estoy suficientemente preparado. Soy un modesto bioquímico, y estoy solo. Sería necesario un grupo de investigadores, un laboratorio y equipo.

Finalmente, las investigaciones llevarían mucho tiempo. Y, aunque yo pudiera dedicarme a eso, necesitaría también el medio de producir hormonas sintéticas en gran cantidad, es decir, una fábrica entera.

—La gente podría llegar a especializarse.

—Sí, cuando pudieran dejar de ocuparse de lo más importante: mantenerse vivos. He coleccionado gran cantidad de libros de bioquímica en la esperanza de que puedan un día ser útiles a alguien... Enseñaré a David todo lo que sé y él podrá continuar con probable éxito la investigación.



JOSELLA hizo una mueca al ver un grupo de cuatro trífidos, atravesando el valle al pie de la colina.

—Si yo fuera niña ahora —dijo pensativamente—,

creo que pediría que me dieran una razón para entender lo ocurrido. A menos que creyera que había nacido en un mundo destruido sin razón..., en cuyo caso encontraría que la vida carece de sentido. Y es terriblemente difícil, porque parece que fuera eso lo que ha sucedido...

HIZO una pausa y después añadió: —¿Crees que estaríamos justificados en inventar un mito para los niños? ¿La historia de un mundo de maravillosa inteligencia, pero tan malo que debió ser destruido?... ¿O que se destruyó a sí mismo accidentalmente? ¿Un nuevo Diluvio Universal, tal vez? Eso no les daría un sentimiento de inferioridad; les daría incentivo para construir, y esta vez, para construir algo mejor.

—Sí —dije después de reflexionar—, es bueno decir la verdad a los

niños, les facilita las cosas más adelante. Pero, ¿por qué pretender que se trata de un mito?

—¿Qué quieres decir? Los trífidos fueron... el error o la equivocación de alguien, lo reconozco, pero, ¿y lo demás?

—No creo que podamos culpar a nadie por los trífidos. Los aceites que se les extraían eran muy valiosos. Nadie es capaz de prever adónde puede llevarnos un descubrimiento importante. Y en condiciones normales, manejábamos bastante bien a los trífidos. Nos beneficiamos con ellos mientras las circunstancias fueron favorables para nosotros.

—No fué culpa nuestra que las condiciones cambiaran. Fué una catástrofe, como los terremotos o los huracanes... Lo que una compañía de seguros llamaría una obra de Dios. Tal vez fué eso simplemente: una especie de Juicio Final. El cometa no lo creamos nosotros.

—¿Lo crees así, Josella? ¿Estás completamente segura de eso?

Ella me miró.

—¿Quieres decir que no crees que se tratara de un cometa?

—Exactamente — asentí.

—No entiendo... ¿Qué otra cosa podía haber sido?

ABRI un paquete de cigarrillos y encendí uno para cada uno de nosotros.

—¿Recuerdas lo que Michael Beadley dijo una vez sobre la cuerda floja en la que habíamos caminado durante años?

—Recuerdo, pero...

—Bueno, creo que lo que ocurrió es que perdimos el equilibrio, y que algunos de nosotros pudo sobrevivir.

Aspiré mi cigarrillo mirando al mar y al infinito cielo azul.

—Había — continué —, y tal vez todavía existan, inmenso número de armas satélites girando alrededor de la

Tierra. Amenazas dormidas esperando que algo o alguien las despertara ¿Qué había en ellas? Tú lo ignoras y yo lo ignoro. Secretos de estado. Sólo podíamos adivinar: polvos radiactivos, virus, bacterias... Supongamos ahora que alguna de esas armas satélites haya estado destinada a producir radiaciones que el ojo humano no podía soportar, algo que haría arder o heriría gravemente el nervio óptico...

JOSELLA me apretó con fuerza la mano.

—¡Oh, Bill, no es posible!... Es diabólico... No puedo creerlo... ¡Oh, no, Bill!

—Querida: todas esas armas satélites eran diabólicas... ¿Crees que si hubiera sido posible crear un arma semejante, no la hubieran creado? Después, supongamos que se cometió un error, o quizá ocurriera un accidente. Tal vez alguna de esas armas topó realmente con los restos de un cometa y el mecanismo se puso en marcha... Naturalmente, se suponía que esas armas iban a actuar sobre un terreno determinado, pero comenzaron a funcionar allá en el espacio, o, quizás, cuando se pusieron en contacto con la atmósfera... De todos modos podrían haber actuado en tal forma que la gente del mundo entero sufriera las radiaciones.

—En realidad podemos únicamente adivinar lo que sucedió. Pero sea como fuere estoy seguro de que hemos sido nosotros los causantes de la catástrofe. Y luego surgió también aquella extraña peste, que no era precisamente tifus...

—Me parece una coincidencia muy curiosa que, a pesar de que durante miles de años hemos estado expuestos a la llegada de un cometa destructor, la catástrofe haya ocurrido precisamente unos pocos años después de descubrirse las armas satélites, ¿verdad? No; creo que nos hemos mantenido mucho tiempo en la cuerda floja, con-

siderando los peligros a los que estábamos expuestos, pero, finalmente, hemos perdido pie.

—Dices las cosas de manera muy convincente —dijo Josella.

Se interrumpió y guardó silencio por un rato. Después volvió a hablar.

—Creo que, en cierto modo, eso es más horrible que la idea de que la naturaleza nos haya golpeado ciegamente. Y sin embargo, yo no lo siento así. Estoy más esperanzada, porque al menos ahora comprendo las cosas. Si la catástrofe ocurrió de ese modo, podremos impedir que vuelva a ocurrir otra vez... Será uno de los errores que nuestros descendientes evitarán. ¡Y había tantos, tantos errores! Pero nosotros los pondremos sobre aviso.

—¡Oh! —contesté—, de todos modos, después que se libren de los trífidos y que consigan salir de este embrollo, habrá muchos errores nuevos y exclusivamente suyos que cometerán.

—Pobrecitos —murmuró Josella como si viera a nuestros infinitos descendientes—, no les dejamos mucho, ¿verdad?

CONTINUAMOS todavía allí, mirando el mar, y después nos encaminamos al pueblo.

Al final de una búsqueda en la que conseguimos todas las cosas anotadas en nuestra lista, nos sentamos a almorzar en la playa, bajo el sol.

—Debemos hacer estas salidas con más frecuencia —dijo Josella—. Ahora que Susan está crecida yo estaré libre de obligaciones.

—Si alguien merece descanso seguramente que eres tú —contesté.

Lo dije con el sentimiento de que me habría gustado visitar con ella los lugares y las cosas que habíamos conocido mientras aun fuera posible hacerlo. Cada año se cerraba más el cerco alrededor de nosotros. Ya para ir hacia el Norte debíamos dar una vuel-

ta de varios kilómetros para evitar terrenos que volvieron a convertirse en pantanos. Los caminos se deterioraban rápidamente a causa de las lluvias, de las inundaciones y de los matorrales que rompían la armonía de la superficie. Ya podíamos calcular el tiempo en el que aun podríamos traer un tanque de aceite de vuelta a la casa. Los tractores continuarían marchando sobre terreno seco, pero, dentro de no mucho, sería difícil encontrar camino abierto para ningún vehículo.

—Y debemos hacer una última cosa —dije a Josella—; deberás volver a vestirme como aquella noche y...

—¡Silencio! —exclamó Josella, levantando un dedo y prestando atención.

Contuve el aliento y agucé el oído. Algo, una sensación más que un ruido, atravesaba el aire. Era débil, pero aumentaba gradualmente.

—¡Es... un aeroplano! —exclamó Josella.

MIRAMOS hacia el Oeste, protegiéndonos del sol con las manos. El ruido era todavía tan débil como el zumbido de un insecto. Y aumentó tan lentamente que sólo podía provenir de un helicóptero. Un aeroplano hubiera pasado ya por sobre nuestras cabezas.

Josella lo vio primero: era un punto sobre la costa que se dirigía hacia nosotros, marchando paralelo a la ribera. Nos pusimos en pie e hicimos señales. Cuando el punto aumentó de tamaño, nosotros acrecentamos nuestros esfuerzos y, sin percatarnos de que era inútil, gritamos con toda la fuerza de nuestras voces. El piloto no podía dejar de vernos en la playa abierta, pero en lugar de continuar avanzando hacia nosotros, viró hacia el Norte, hacia tierra adentro. Seguimos agitando los brazos, esperando que aun pudiera vernos. Pero la máquina no se

volvió; deliberada e imperturbablemente se encaminó hacia las colinas.

Dejamos de hacer señales y nos miramos.

—Si vino una vez, puede volver otra —dijo Josella tercamente, pero sin mayor convicción.

PERO la vista del aparato transformó el día. Su presencia destruyó mucho de la resignación que cuidadosamente habíamos elaborado para protegernos. Nos habíamos dicho siempre que probablemente existían otros grupos, pero que su situación no sería superior a la nuestra.

XVI. CONTACTO

ACABABAMOS de recorrer quizás la mitad del camino de regreso a Shirling cuando Josella notó el humo. En el primer momento parecía una nube, pero, al acercarnos a lo alto de la colina, pudimos ver la columna grisácea de donde surgía. Josella señaló, sin decir una palabra. Los únicos incendios que habíamos visto desde hacía cierto tiempo fueron algunos estallados espontáneamente el último verano. Ambos comprendimos de inmediato que la columna se elevaba desde las proximidades de Shirling.

Lancé el tractor a cuanto velocidad era posible en los deteriorados caminos. Sentimos que, pese a esto, era como si nos arrastráramos. Josella permanecía en silencio, con los labios apretados y sin quitar la vista del humo. Comprendí que buscaba alguna señal de que el incendio no provenía del mismo Shirling. Pero a medida que nos aproximábamos, menos dudas nos quedaban. Atravesamos la última pradera casi sin sentir los agujones

La presencia del helicóptero, como una visión del pasado, despertó algo más que los recuerdos: sugirió que alguien estaba en mejor situación que nosotros... ¿Tal vez sentimos alguna envidia? Pero también comprendimos que, aunque habíamos sido afortunados, éramos criaturas sociables por naturaleza.

La inquietud provocada por el helicóptero cambió el curso de nuestros pensamientos. En tácito acuerdo comenzamos a recoger las cosas y, cada uno absorto en sí mismo, nos dirigimos al tractor y emprendimos el camino de regreso.

que castigaban el vehículo al pasar. Luego, al dar la vuelta, comprendimos que no era la casa la que ardía sino la pila de leña.

AL oír la bocina, Susan llegó corriendo a tirar de la cuerda que abría el portón. Gritó algo que no pudimos escuchar debido al ruido del motor. Su mano libre señalaba, no el fuego, sino el frente de la casa. Al entrar en el patio comprendimos el motivo. Cuidadosamente colocado en medio de nuestro jardín, estaba el helicóptero. Cuando descendimos del tractor, un hombre con chaqueta de cuero y pantalones de montar salió de la casa. Era alto, rubio, y estaba quemado por el sol. En seguida me pareció que lo había visto antes en alguna parte. Movié el brazo y rió alegremente cuando nos acercamos.

—Usted es Bill Masen, supongo... Mi nombre es Simpson, Iván Simpson.
—Recuerdo —dijo Josella—; usted trajo un helicóptero aquella noche al edificio de la Universidad.

—Así es. Me alegro de que se acuerde. Pero para mostrarle que no es usted la única en tener buena memoria, le diré que usted es Josella Playton, autora de...

—Está usted equivocado —contestó Josella firmemente—. Yo soy Josella Masen, autora de David Masen.

—¡Ah, sí, acabo de ver la edición original! ¡Una obra muy buena!

—Un momento —interrumpí—, ese fuego...

—No hay peligro. Sopla en dirección contraria a la casa. Aunque temo que hayan perdido toda la leña.

—¿Qué ocurrió?

—Susan no quiso que yo dejara de ver la casa. Cuando oyó el ruido del motor del helicóptero tomó un lanzallamas para hacer señales. La pila de leña estaba cerca... A cualquiera le hubiera ocurrido lo mismo.

FUIMOS al interior de la casa a reunimos con los otros.

—A propósito —dijo Simpson—, Michael me ha pedido encarecidamente que primero me disculpe con usted.

—¿Connigo?

—Usted fué el único que vió el peligro de los trífidos y nadie le creyó.

—Pero, ¿quiere usted decir que sabía que me encontraría aquí?

—Hace unos días descubrimos más o menos el lugar en donde debía usted encontrarse gracias a un individuo que todos recordaremos siempre: Coker.

—¡Así que Coker también se ha salvado! —dije—. Después de lo que vi en Tynsham temí que la peste hubiera terminado con él.

Un rato más tarde, cuando ya habíamos comido y lo habíamos convidado con nuestro mejor coñac, nos contó la historia.

Cuando el grupo de Michael Beadley partió, dejando Tynsham confiado a los cuidados prácticos y morales de la señorita Durrant, se dirigieron al

noreste, hacia Oxfordshire. Deliberadamente la señorita Durrant nos había dado una dirección equivocada.

ENCONTRARON allí una propiedad que, en el primer momento, pareció ofrecerles todo lo necesario y, seguramente, hubieran podido quedarse en ella, como lo habíamos hecho nosotros en Shirling. Pero al aumentar el peligro de los trífidos, las desventajas del lugar fueron obvias. En un año, tanto Beadley como el coronel quedaron muy descontentos con las perspectivas. Ya habían trabajado mucho, y al final del segundo año decidieron de común acuerdo retirarse. Para construir una comunidad tenían que pensar en el porvenir. También tenían que considerar que, cuanto más se demoraran, más difícil sería retirarse. Necesitaban un lugar amplio para extenderse y desarrollarse; un terreno con defensas naturales, que, una vez libre de trífidos, pudiera fácilmente mantenerse sin ellos. En la actualidad, perdían muchísimo tiempo levantando alambradas. Y cuando aumentaba el número de personas, la extensión de las alambradas debería también prolongarse. Es claro que la mejor línea protectora sería el agua. En este sentido discutieron mucho sobre las conveniencias de diversas islas. A causa del clima eligieron la isla de Wight, pese a algunas dudas sobre el terreno que debería ser limpiado. En el siguiente mes de marzo, se trasladaron.

—Cuando llegamos allí —dijo Iván— los trífidos eran más abundantes que en el otro lugar. Apenas empezábamos a establecernos en una gran casa de campo cerca de Goldshill, y ya empezaron a apretarse a montones contra las paredes. Los dejamos acercarse durante unas dos semanas y después los atacamos con los lanzallamas.

—Una vez que terminamos con los primeros, dejamos que volvieran a amontonarse y volvimos a destruirlos,

y así se hizo varias veces. Podíamos hacerlo muy bien porque, de terminar con todos ellos, no necesitaríamos ya los lanzallamas. Sólo podía haber un número limitado de trífidos en la isla, y cuantos más venían a atacarnos mejor nos parecía el asunto.

"Tuvimos que repetir la operación docenas de veces antes de percibir los efectos. Las paredes quedaron rodeadas de troncos quemados y mutilados antes que empezaran a acobardarse. Existían muchos más de lo que supuérámos."

—Por lo menos había media docena de granjas cultivando trífidos de alta calidad en la isla, sin mencionar los jardines privados —dije.

—Eso no me sorprende. Parecería que hubiera habido centenares de granjas. Antes que empezara todo esto habría dicho que existían sólo unos millares de trífidos en todo el país, pero, probablemente, se trataba de centenares de miles.

—Así es —contesté—. Crecían prácticamente en todas partes y eran muy provechosos. No parecían tantos cuando estaban atados en las granjas. De todos modos, a juzgar por la cantidad que hay en los alrededores, deben de haber ahora grandes áreas del país completamente libres de ellos.

—Es cierto —asintió—, pero en cuanto se establece un grupo en un lugar empiezan a juntarse. Se puede ver esto desde el aire. Hubiera comprendido que aquí había alguien hasta sin la señal de Susan. Los trífidos forman un cerco oscuro alrededor de todos los lugares habitados.

"Sin embargo, nosotros logramos disminuir la multitud que se apiñaba contra nuestras paredes. Tal vez no les agradó caminar sobre los cadáveres quemados de sus congéneres. Entonces salimos a cazarlos en lugar de esperar que vinieran hacia nosotros. Esta fué nuestra preocupación principal durante varios meses. Reco-

rimos los últimos confines de la isla. Cuando terminamos, juzgamos haber destruído a todos los trífidos allí existentes, grandes o pequeños. Pero, sin embargo, aparecieron algunos al año siguiente, y también al otro año. Todas las primaveras realizábamos intensas batidas a causa de las semillas que volaban desde tierra firme, y siempre pudimos terminar con ellos.

"Entretanto, nos organizábamos. Eramos cincuenta o sesenta personas. Yo realizaba vuelos en el helicóptero y, cuando veía señales de vida en alguna parte, descendía e invitaba a los grupos a unirse con nosotros. Algunos lo hicieron, pero un número sorprendente pareció no interesarse: habían dejado de ser gobernados y, pese a todas sus dificultades, preferían que fuera así. En el sur de Gales hay grupos que han comenzado una especie de comunidad en tribus y que rechazan la idea de organizarse, como no sea lo estrictamente necesario. Lo mismo pasa en otros puntos de la región carbonífera. Generalmente los jefes son hombres que estaban en el interior de la mina cuando ocurrió la catástrofe, de modo que no vieron las luces verdes, aunque sólo Dios sabe cómo lograron salir de allí.

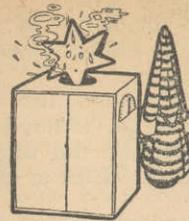
"Algunos odian tanto la idea de cualquier intervención, que disparan contra el helicóptero. Hay un grupo así en Brighton..."

—Ya lo sé —dije—, también me echaron a mí de allí.

—Hace poco aumentó el número de comunidades semejantes. Es a causa de ellas que no hemos descubierto antes el escondrijo de ustedes. El terreno no parecía muy propicio para aproximarnos. No sé qué piensan esos grupos... Quizá tengan comida y teman que los demás quieran arrebatar-sela. Como es inútil arriesgarse, los he dejado en paz.

"Pero como muchos grupos nos si-

Traen cola...



POR fin se ha propuesto una teoría razonable sobre el origen de la cola de los cometas. El Dr. Whipple, de Harvard, afirma que la mayoría de estos cuerpos celestes son bloques de menos de cinco kilómetros de diámetro, formados por hielo y gases solidificados (amoníaco y metano principalmente, tal como en Júpiter, Saturno, etc.). La luz del Sol no sólo evapora parte de esos gases, sino que los "empuja" hacia afuera, y es en ese viento de luz que ondea la cabellera del cometa. Aunque pueden transcurrir siglos o milenios entre dos pasajes sucesivos cerca del Sol, se calcula que cada vez que lo hace el cometa pierde el medio por ciento de su masa en esa evaporación. Es el sistema para adelgazar de los baños turcos...

Vuelos supersónicos

UN nuevo avión de combate norteamericano, el XF-91, fabricado por la Republic Aviation Corp., ha alcanzado una velocidad supersónica en vuelo horizontal. Ya otros aviones habían cumplido esta hazaña, pero se trataba de aparatos experimentales.

Aplicación de los ultrasonidos

SE ha inventado un aparato electrónico capaz de medir la velocidad con que circula la sangre en una vena o arteria, sin necesidad de hacerle perforaciones. Dos diminutos cristales se colocan frente a frente con el vaso sanguíneo entre ambos y se transmiten uno al otro sonidos de altísima frecuencia, ya inaudibles: ultrasonidos. Las modificaciones que sufre la señal ultrasonora al atravesar la sangre permiten calcular la velocidad de ésta.

Pececillos sin padre

EL doctor Spurway, de la Universidad de Londres, ha logrado producir partenogénesis, o nacimiento virginal, en los peces. Varios peces, hembras, naturalmente, pusieron huevos fértiles sin haber tenido contacto alguno con machos. Los pececillos sin padre fueron trece en total, y todos hembras.

Ultrapesca

EL ultrasonido se usa ahora para perseguir ballenas. El mismo aparato creado para detener submarinos recibiendo el eco de una onda ultrasónica ha sido adoptado con todo éxito por los balleneros ingleses que operan en aguas australes. Con él se mantiene localizado al animal, aunque se sumerja, hasta el momento de arponearlo.

guieron, en un año llegamos a ser más o menos unas trescientas personas... No todas con vista, es verdad.

"Hace sólo un mes que encontré al grupo de Coker, y una de las primeras cosas que preguntó fué si lo habíamos encontrado a usted. No les fué muy bien a ellos, especialmente al principio.

"Unos días después que Coker regresó a Tynsham, un par de mujeres provenientes de Londres trajeron la peste. Coker las aisló a los primeros síntomas, mas era demasiado tarde. El decidió retirarse rápidamente. La señora Durrant se opuso. Quiso quedarse a cuidar a los enfermos y partir después, si era posible. Nunca lo hizo.

"El grupo de Coker llevó la peste consigo. Tuvieron que mudarse tres veces más antes de librarse de ella. Entretanto habían llegado hasta Devonshire y decidieron establecerse allí. Pero pronto tropezaron con las mismas dificultades que tuvimos nosotros y que han tenido ustedes. Coker permaneció allí tres años y después razonó aproximadamente como lo hicimos nosotros. Pero no buscó una isla. Prefirió atrincherarse entre un río por un lado y una alambrada por el otro. Pasaron los primeros meses construyendo su barrera y después persiguieron a los trífidos que habían quedado dentro, como lo hicimos nosotros en la isla. Por desgracia, el terreno era más difícil de trabajar que el nuestro y nunca se vieron completamente libres de trífidos. Al principio la alambrada fué bastante segura, pero no podían confiar enteramente en ella, como nosotros confiábamos en el mar, y perdían mucho tiempo realizando patrullas.

"Coker cree que les iría bien si los niños fueran lo bastante crecidos como para trabajar, pero la vida sería siempre dura. Cuando los encontré, no vacilaron mucho en seguirme. Cargaron sus botes de pesca y estuvieron

instalados en la isla en un par de semanas. Cuando Coker descubrió que usted no estaba entre nosotros, sugirió que debería encontrarse todavía por aquí, en alguna parte."

—Puede usted decirle que ya no le guardamos ningún rencor después de esto —dijo Josella.

—Coker va a sernos muy útil —dijo Ivan— y, según lo que él nos ha dicho, lo mismo ocurrirá con usted —añadió mirándose—. Usted es bioquímico, ¿verdad?

—Biólogo —contesté.

—Bueno, no hace al caso lo que usted sea exactamente. El hecho es que Michael ha iniciado algunas investigaciones para terminar científicamente con los trífidos. Será necesario hacerlo si queremos prosperar. Lo malo es que la gente que se ocupa del asunto ha olvidado casi por completo toda la biología que había aprendido en el colegio. ¿Qué le parecería convertirse en profesor? Sería un trabajo muy provechoso.

—No puedo pensar en otro que lo sea más —contesté.

—¿Quiere usted decir que nos invita a todos a su refugio de la isla? —preguntó Dennis.

—Los invito a unirse con nosotros de buena voluntad —replicó Ivan—. Bill y Josella recordarán quizá los principios establecidos aquella noche en la Universidad. Esos principios todavía rigen. No vamos a reconstruir: vamos a construir algo nuevo y mejor. Algunas gentes no están de acuerdo con nosotros, pero si no están de acuerdo, no nos sirven. No queremos un partido opositor que trate de perpetuar los errores del pasado. Quisiéramos que la gente con esas ideas se fuera a otra parte.

—Otra parte no es una oferta muy tentadora en las actuales circunstancias —dijo Dennis.

—¡Oh, no queremos decir que los entregamos a los trífidos! Pero había

cierto número de personas que pensaba así y, por lo tanto, se separaron de nosotros, recorrieron las islas del Canal y empezaron a limpiar una como lo habíamos hecho nosotros en la isla de Wight. Partió casi un centenar de personas. Y creo que les va muy bien.

"Por lo tanto, ahora tenemos un sistema de aprobación mutua. Los recién venidos pasan seis meses con nosotros, y después se celebra un Concejo. Si no están conformes, lo dicen; y si nosotros no lo estamos, lo decimos también. Si están de acuerdo, se quedan; de lo contrario, tratamos de enviarlos a la otra isla... o a tierra firme, si tienen la originalidad de preferirlo.

—Parece un poco dictatorial. ¿Cómo se forma ese Concejo? —preguntó Dennis.

Ivan meneó la cabeza.

—No tenemos tiempo para discutir detalles constitucionales ahora. Lo mejor para conocernos es que vengan con nosotros. Si le gustamos, usted se quedará con nosotros...; y, en todo caso, creo que cualquier isla les parecerá mejor que ésta cuando transcurran unos años.

AL atardecer, después que Iván hubo partido hacia el Sur, salí y me senté en mi banco favorito, en un rincón del jardín.

Miré al valle recordando las cuidadas praderas que allí habían existido. Ahora todo se volvía salvaje. Los campos descuidados estaban llenos de matorrales y de charcos de agua estancada. Los grandes árboles comenzaban a sumergirse lentamente en la tierra empapada.

Pensé en Coker y en su charla sobre el jefe, el maestro y el médico... y en todo el trabajo que se necesitaría para mantenernos en nuestras pocas hectáreas. Pensé en cómo nos afectaría a cada uno de nosotros el se-

guir allí encerrados. En los tres ciegos, que se sentían inútiles y frustrados a medida que transcurría el tiempo. En Susan, que tendría la oportunidad de encontrar un marido y de tener hijos si salíamos de allí. En David y en la hijita de Mary y en otros niños que pudieran venir y que deberían convertirse en labriegos en cuanto fueran bastante fuertes. En Josella y en mí, teniendo que trabajar más duramente a medida que envejeciéramos, porque habría más personas que alimentar y mucho más trabajo manual que realizar...

Y los trífidos aguardaban paciente-mente. Pude ver centenares en un oscuro cerco verde, más allá de la alambrada. Investigáramos: algún enemigo natural, algún veneno, algo debería encontrarse para terminar con ellos. Los trífidos contaban con el tiempo. Sólo tenían que esperar a que terminaran nuestros recursos. Primero el fin de la gasolina, después el momento en que no tendríamos más alambre para reconstruir los cercos... Y ellos o sus descendientes continuarían esperando cuando el alambre se oxidara...

CON todo, Shirning era nuestro hogar; suspiré.

Oí unos ligeros pasos sobre la hierba. Josella se sentó junto a mí. Apoyé cariñosamente el brazo sobre sus hombros.

—¿Qué piensan del asunto? —le pregunté.

—Están muy inquietos, pobrecitos. Debe de ser duro para ellos imaginar a los trífidos esperando, cuando no pueden verlos. Y, finalmente, aquí conocen el terreno y la casa. Ha de ser terrible ir^a a un lugar desconocido cuando se es ciego. Sólo saben lo que les decimos. No creo que entiendan bien que aquí la vida se volverá imposible. Creo que, si no fuera por los niños, diría sencillamente que no. Es

su casa y todo lo que les ha quedado. Sienten mucho dejarla—. Hizo una pausa y después añadió—: Creen eso, pero, en realidad, ya no es su casa, es nuestra, ¿verdad? Hemos trabajado aquí duramente—. Puso su mano sobre la mía—. Tú la has hecho y conservado para nosotros, Bill. ¿Qué piensas? ¿Permaneceremos aquí todavía un año o dos?

—No —dije—, he trabajado porque todo dependía de mí. Ahora todo parece... un poco inútil.

—¡Oh, no, querido! Los caballeros andantes no fueron inútiles. Tú has luchado por todos nosotros y has mantenido alejados a los dragones.

—Lo he hecho principalmente por los niños —dije.

—Sí, los niños —dijo ella.

—Y siempre he pensado en las palabras de Coker: la primera generación: obreros; la segunda: salvajes... Creo que es mejor reconocerse derrotado antes que eso llegue.

JOSELLA me apretó la mano.
—No es una derrota, Bill, es... ¿cómo decirlo?, una retirada estratégica. Nos retiraremos para trabajar y planear para el día en que podamos regresar. Y algún día retornaremos. Nos enseñarás a destruir hasta el último

XVII. RETIRADA ESTRATEGICA

TAL como Josella lo había dicho, no teníamos necesidad de apurarnos. Mientras pasábamos el verano en Shirming yo proveía las necesidades del nuevo hogar en la isla, e hice varios viajes para transportar lo más necesario de nuestros abastecimientos. Entretanto, la pila de leña había sido destruída. No necesitábamos más combustible que para hacer andar la co-

trífido y recobramos esta tierra que nos han quitado.

—Tienes mucha fe, querida.

—¿Y por qué no tenerla?

—Bueno, al menos los combatiré.

¿Cuándo partimos?

—¿No crees que podríamos pasar aquí el verano? Será un descanso para todos... sin tener que almacenar para el invierno. Y necesitamos un descanso.

—Así es —asentí.

PERMANECIMOS mirando mientras la sombra invadía el valle.
Josella dijo:

—Es muy extraño, Bill. Ahora que puedo irme, realmente, no lo deseo. A veces esto me ha parecido una prisión... pero en este momento parece una traición dejarlo. Aquí he sido más feliz que en ninguna otra parte, pese a todo.

—En cuanto a mí, querida, no puede decirse siquiera que antes estuviera vivo. Pero tendremos tiempos mejores, te lo prometo.

—Es tonto, y sin embargo lloraré al irme. Lloraré a mares. No debe importarte.

Però las cosas se presentaron de tal manera que estuvimos demasiado ocupados para llorar.

cina unas semanas, pero ese combustible era necesario y, por lo tanto, Susan y yo partimos a la mañana siguiente en busca de carbón.

El tractor no era muy apropiado para esto, de modo que salimos en un camión. Aunque el depósito más cercano de carbón estaba a unas diez millas de distancia, las muchas vueltas que debimos dar, porque algunos ca-

minos estaban cerrados y otros en muy malas condiciones, nos ocuparon casi todo el día. No hubo mayores inconvenientes, pero la noche estaba cerca cuando regresamos.

Al enfrentar el último recodo de la pradera, con los trífidos golpeando el camión continuamente, vimos algo que nos sorprendió. Más allá de la puerta, en el patio, había un vehículo de apariencia monstruosa. La vista de este vehículo nos sorprendió tanto que quedamos un rato sin aliento, hasta que Susan se puso el casco y los guantes para descender a abrir la puerta.

Después fuimos juntos a examinar el vehículo. Su carrocería sugería un origen militar. Parecía una mezcla de cabina de crucero y de coche caravana construído por un aficionado.

Susan y yo lo observamos y después nos miramos entre nosotros, levantando las cejas. Entramos en la casa para enterarnos de lo que ocurría.

EN la sala encontramos, además de los habitantes de la casa, a cuatro hombres vestidos con trajes de esquiador. Dos de ellos llevaban pistolas pendientes de la cadera derecha; los otros dos habían colocado ametralladoras en el suelo, junto a las sillas que ocupaban.

Cuando entramos, Josella nos miró con una cara sin expresión.

—Este es mi marido; Bill, éste es el señor Torrence. Nos ha informado que es oficial, o algo por el estilo. Tiene algunas propuestas que hacemos.

Jamás había oído mayor frialdad en su voz.

Durante un segundo no supe qué responder. El hombre que ella señalaba no dió señales de reconocermelo, pero yo lo reconocí de inmediato. Las facciones que se han visto en momentos angustiosos se fijan siempre en la mente. Además, estaba la característica del pelo rojo. Recordé cómo aquel eficiente joven había hecho retroceder

a mi grupo en Hampstead. Hice una inclinación de cabeza. Y él me dijo:

—¿Es usted el propietario de esta granja, señor Masen?

—La granja pertenece al señor Brent —contesté.

—Quiero decir: ¿es usted el organizador de este grupo?

—En las actuales circunstancias, sí.

—Bueno —su voz parecía indicar que ahora las cosas estaban claras—. Yo soy el comandante de la región del sudeste —dijo.

HABLO como si esto fuera algo importante para mí. Pero no lo era. Así se lo dije.

—Eso significa —explicó— que soy el oficial ejecutivo en jefe del Concejo de Emergencia para la Región del Sudeste Británico. Como tal, es mi deber supervisar la distribución y colocación del personal.

—Realmente —dije—, ignoraba la existencia de ese... Concejo.

—Así es. Nosotros ignorábamos también la existencia de ustedes hasta que vimos su fogata.

Esperé a que continuara.

—Cuando aparece un grupo semejante —prosiguió diciendo—, mi deber es investigar, asesorarlo y hacer los arreglos necesarios. Por lo tanto debe usted comprender que estoy aquí en misión oficial.

—¿Representando a un Concejo oficial? ¿O se trata de algún Concejo elegido por voluntad propia?

—Debe existir orden y ley —dijo secamente. Después, cambiando de tono, prosiguió:— Su lugar está muy bien elegido, señor Masen.

—El señor Brent es el propietario —corregí.

—Dejemos por el momento al señor Brent en paz. El está aquí solamente porque usted hizo posible que él y su familia pudieran permanecer aquí.

Miré a Dennis: su cara permanecía impertérrita.

—Sin embargo, es su propiedad —insistió.

—Era, querrá usted decir. Pero la sociedad que le permitió tener esta propiedad ya no existe. Los títulos de propiedad han cesado de ser válidos. Además, el señor Brent es ciego, y, por lo tanto, no se le puede reconocer ninguna autoridad.

—¡De veras! —dije.

AQUEL hombre me había desagrado desde el principio. El conocerlo mejor no cambiaba mi primera impresión. Prosiguió:

—Se trata de sobrevivir. El sentimiento no puede intervenir en las medidas prácticas y necesarias. La señora Masen me ha dicho que son ustedes ocho personas en total. Cinco adultos, esta muchacha y dos niños. Todos ustedes pueden ver, excepto estos tres —señaló a Dennis, a Mary y a Joyce.

—Así es —reconoció.

—Es muy desproporcionado, ¿sabe usted? Temo que deberá haber aquí algunos cambios. En estos tiempos tenemos que ser realistas.

Josella me lanzó una rápida mirada. Vi que me prevenía contra algo. Pero, en todo caso, yo no tenía intenciones de ceder. Conocía los métodos del pelirrojo y estaba pronto a enfrentarlo. Probablemente él se dió cuenta de mis intenciones.

—Es mejor que se entere usted de la situación —dijo—. El Cuartel General está en Brighton. Londres se volvió pronto imposible para nosotros. En Brighton pudimos limpiar y aislar parte de la población, y gobernamos allí. Brighton es una gran ciudad. Cuando pasó la peste y pudimos recorrerla encontramos muchas tiendas. Hace poco hemos realizado excursiones a otros lugares. Pero en la actualidad los caminos se están volviendo intransitables para los vehículos. Naturalmente, esperábamos esto. Creíamos poder so-

brevivir todavía varios años... pero no es así. Es posible que fuéramos demasiados desde el principio. De todos modos, ahora tenemos que dispersarnos. La única forma de vivir es trabajando la tierra. Y, para poder hacerlo, tenemos que dividirnos. La proporción es de una persona con vista para diez ciegos, además de los niños.

LA granja de ustedes está en condiciones de mantener a dos grupos. Les traeremos diecisiete ciegos, lo que representará veinte personas con los tres ciegos que hay ya aquí, además de los hijos que puedan tener.

Lo miré sorprendido.

—¿Sugiere usted realmente que veinte personas y sus hijos pueden vivir del producto de esta tierra? —dije—. Eso es en absoluto imposible. Nos hemos preguntado muchas veces si el producto de la tierra bastaría para nosotros solos.

—Es absolutamente posible. Y le ofrezco el mando de los dos grupos que instalaremos aquí. Si usted no está conforme pondremos a otra persona para hacerse cargo.

—Vea primero la granja —dije—. No es posible lo que usted pretende.

—Le aseguro que es posible, señor Masen. Naturalmente, tendrán que reducir sus pretensiones... Todos haremos lo mismo, por unos años, pero cuando los niños crezcan la situación mejorará. Durante seis o siete años, esto representa un trabajo bastante duro para usted; es inevitable. Pero, después, podrá ir descansando poco a poco hasta que su tarea sea sólo la de supervisor. Seguramente eso lo recompensará por los años de intenso trabajo.

—Tal como están ustedes ahora, ¿que les ofrece el futuro? Nada más que un trabajo agobiador, hasta que mueran sobre los surcos; y el mismo destino tendrán sus hijos, sólo para mantenerse. ¿Dónde están aquí los futuros

jefes y administradores? Según se encuentran las cosas, usted estará envejecido y todavía en la misma situación dentro de veinte años, y todos sus hijos serán labriegos. En cambio nosotros le ofrecemos la posibilidad de ser el jefe de un grupo que trabajará para usted, y de una herencia que dejar a sus hijos.

EMPECE a entender lentamente.

Dije, pensativo:

—¿Me ofrece usted una especie de feudo medieval?

—¡Ah, veo que empieza a entender! Naturalmente, ése es el estado natural y lógico para el mundo tal como está ahora.

No cabía duda de que el hombre hablaba seriamente. Repetí:

—Pero la granja no puede mantener a tantas personas.

—Es posible que, durante los primeros años, sólo pueda alimentarlos con trífidos; ese alimento no faltará por aquí, según veo.

—Comida para el ganado —dije.

—Pero útil y rica en vitaminas. Y los mendigos, especialmente los mendigos ciegos, no pueden elegir.

—¿Realmente, sugiere usted que reciba a toda esa gente y los mantenga con forraje?

—Escuche, señor Masen: si no fuera por nosotros, ninguno de esos ciegos estaría vivo, y lo mismo ocurriría con sus hijos. Es asunto de ellos cumplir nuestras órdenes, tomar lo que les damos y agradecerlos. Si rechazan lo que les ofrecemos... bueno, será el día de su funeral.

No me pareció apropiado expresar mis sentimientos sobre su filosofía. Intenté otro tema:

—Pero no entiendo... ¿Qué tienen que ver en esto usted y su Concejo?

—La suprema autoridad y el poder legal están en manos del Concejo. Y el Concejo controla las fuerzas armadas.

—¡Las fuerzas armadas!... —repetí.

—Así es. Las fuerzas existen y existirán, aunque sea por medio de levas en los feudos. En cambio, tendrá usted derecho a recurrir al Concejo en caso de ataque o rebelión.

EMPECE a sentirme confundido. —¡Un ejército! Seguramente una pequeña fuerza policial...

—Veo que no ha comprendido usted toda la situación. La catástrofe, como usted sabrá, no se ha limitado a estas islas. Ha sido una catástrofe mundial. En todas partes hay el mismo caos; debe ser así, porque de lo contrario, ya nos habríamos enterado. Probablemente, en cada país hay unos pocos sobrevivientes. ¿No comprende usted que el primer país que se organice será el país que podrá establecer el orden en otras partes? ¿Desearía usted que dejáramos este privilegio a otro país y lo convirtiéramos en la primera potencia mundial? Seguramente, no. Nuestro deber nacional es levantarnos lo antes posible y empezar a dominar, para impedir que se organice contra nosotros alguna oposición peligrosa. Por lo tanto, cuanto antes podamos crear un ejército mejor será.

Durante algunos minutos nadie habló. Luego Dennis lanzó una risa forzada:

—¡Dios mío! Hemos pasado todo esto y ahora este hombre propone empezar una guerra.

Torrence dijo rápidamente:

—No creo que me hayan entendido. La palabra "guerra" es una exageración. Será sólo cuestión de administrar tribus que han vuelto al estado primitivo.

—A menos, por supuesto, que la misma idea se les ocurra a ellos —dijo Dennis.

Me percaté de que Josella y Susan me miraban intensamente. Josella señaló a Susan y yo comprendí el motivo.

—Veamos las cosas con claridad — dije—. Usted espera que las tres personas que aquí vemos seamos responsables por veinte ciegos y un número indefinido de niños. Me parece que...

—Los ciegos no son totalmente inútiles. Pueden hacer mucho, empezando por ocuparse de sus propios hijos y preparar su comida. La cosa puede reducirse a supervisión y dirección. Pero serán ustedes dos, señor Masen; usted y su mujer, no tres...

MIRE a Susan, que estaba muy tiesa en su mameluco azul, con una cinta roja en el pelo. Me lanzó una mirada angustiada.

—Somos tres —dije.

—Lo siento, señor Masen. Está establecido que haya un vidente por cada diez ciegos. La muchacha vendrá al Cuartel General. Allí le daremos trabajo hasta que sea capaz de ocuparse de un grupo.

—Mi mujer y yo consideramos a Susan como a nuestra hija —dije bruscamente.

—Repito que lo siento, pero esa es la ley.

Lo miré fijamente. El me devolvió la mirada. Al fin dije:

—De todos modos, queremos garantías con respecto a ella.

Percibí algunas respiraciones tensas. Torrence se puso más amable:

—Le daremos todas las seguridades del caso —dijo.

Asentí.

—Quiero tiempo para pensarlo. Todo esto me parece muy nuevo y sorprendente. Pero se me ocurren algunos problemas. Los equipos están aquí muy viejos. Es difícil encontrar equipos nuevos que no estén deteriorados. Veo que, dentro de poco, necesitaré unos caballos fuertes.

—Tampoco es fácil conseguir caballos. Tenemos pocos abastecimientos. Al principio tendrá que utilizar la fuerza humana en grupos.

—Además —dije— está la cuestión del alojamiento. Los galpones son demasiado estrechos para nuestras necesidades actuales.

—En eso podremos ayudarlo — prometió.

Discutimos los detalles durante veinte minutos o más. Al final el pelirrojo mostraba casi afabilidad; después me libré de él enviándolo a efectuar un recorrido por la granja, con Susan como guía.

—Bill, ¿qué pretendes? — preguntó Josella apenas se cerró la puerta. Le expliqué lo que sabía sobre Torrence y sus métodos.

—Eso no me sorprende —dijo Dennis—. Lo que me sorprende es que, de repente, siento bastante cordialidad hacia los trífidos. Creo que, sin la intervención de ellos, habría muchas más bandas de salteadores. ¡Si debemos a ellos que no vuelva la servidumbre, bien venidos sean entonces los trífidos!

—Todo es absurdo —dije—. ¿Cómo podríamos Josella y yo hacernos cargo de esa gente y combatir también a los trífidos? Pero —añadí— no podemos contestar con un “no” rotundo a una proposición hecha por cuatro hombres armados.

—Entonces tú no estás...

—Querida —dije—, ¿realmente me ves convertido en señor feudal, dominando a los siervos y villanos con un látigo... aunque los trífidos no acabarán primero conmigo?

—Pero dijiste...

—Oigan —expliqué—, está oscureciendo. Es demasiado tarde para que se vayan ahora esos hombres. Deberán pasar aquí la noche. Creo que mañana tendrán intenciones de llevarse a Susan. Es un buen rehén. Y probablemente dejarán a uno de ellos para que nos vigilen. ¿Creen que podremos soportar esto?

—No, pero...

—Bueno, creo que lo he convencido

ahora de que acepto su idea. Esta noche, en la comida, pareceremos estar de acuerdo. Que sea una buena comida. Todos deberán comer mucho. Que los niños coman también hasta hartarse. Saquen las mejores bebidas. Que Torrence y sus hombres beban, pero nosotros seremos sobrios. Al final de la comida desapareceré por un rato. Ustedes continuarán en la fiesta. Tomen algunos discos para ellos, o algo por el estilo. Y todos deben parecer muy alegres. Otra cosa: nadie deberá mencionar a Michael Beadley y a su gente. Es probable que Torrence conozca la existencia de la colonia de la isla de Wight, pero no sabe que nosotros también la conocemos. Ahora necesito que me proporcionen una bolsa de azúcar.

—¿Azúcar? — preguntó Josella.

—O una buena cantidad de miel. Creo que la miel servirá lo mismo.

TODO el mundo se portó convenientemente en la comida. Josella trajo la fuerte sidra de su fabricación para aumentar las bebidas otodoxas y todo marchó muy bien. Los visitantes parecían muy felices y confiados cuando desaparecí discretamente.

Tomé un paquete de frazadas, ropa, un saco de comida que había dejado preparado y me dirigí al tractor. Llené el tanque de nafta hasta el tope. Después presté atención al extraño vehículo de Torrence. Por medio de una linterna encontré la entrada del depósito de nafta y eché allí aproximadamente un litro de miel. Derramé el resto de la miel en el tanque.

Oí que el grupo cantaba y, en apariencia, seguían todos muy divertidos. Después de añadir armas contra trífidos y otros utensilios a la carga del camión, volví a reunirme con los demás, hasta que la reunión se disolvió en una atmósfera que hasta a un observador avezado hubiera parecido de máxima cordialidad.

ESPERAMOS dos horas para que los hombres estuvieran dormidos. Había salido la luna y el patio estaba envuelto en luz blanca. Yo me había olvidado de aceitar las puertas del garage y me estremecí a cada crujido. Los demás me siguieron. Los Brent Joyce conocían el lugar bastante bien como para no necesitar guía. Detrás de ellos venían Josella y Susan, llevando a los niños. La voz de David se levantó una vez, pero Josella le tapó la boca con la mano. Se sentó al frente, todavía llevándolo en brazos. Ayudé a los otros a meterse en el interior y cerré la puerta. Después me senté junto a Josella, le di un beso y lancé un gran suspiro.

A través del patio los trífidos se aproximaban a la puerta, como solían hacerlo cuando los habíamos dejado tranquilos unas horas.

Felizmente la máquina del tractor se puso en seguida en marcha. Dirigió el vehículo contra el alambrado y arrojamos al suelo a una docena de trífidos, mientras los demás golpeaban furiosamente con los agujijones; y seguimos nuestra marcha.

Una vuelta del camino nos permitió enfrentar la granja de Shirming. Detuve el tractor. Se veían luces en algunas ventanas y, mientras mirábamos, se encendieron los faros del vehículo, iluminando la casa. Oímos el ruido de un motor. Tuve un momento de inquietud, aunque sabía que no podían alcanzarnos. La máquina del vehículo se detuvo junto a la puerta. Oímos otra vez el arranque. Prosiguió resonando ásperamente, pero sin resultado.

Los trífidos habían descubierto que la alambrada estaba rota. Gracias a las luces del automóvil y la luz de la luna pudimos ver sus siniestras formas en procesión hacia el patio, mientras los demás se precipitaban por las praderas para seguir a los primeros...

Miré a Josella. No lloraba. Miró a David, que dormía en sus brazos.

—Realmente tengo todo lo que necesito —dijo— y algún día volverémos aquí, Bill.

—La confianza de una esposa es muy alentadora, querida, pero... ¡no, qué demonios, volveré a traerte! —dije.

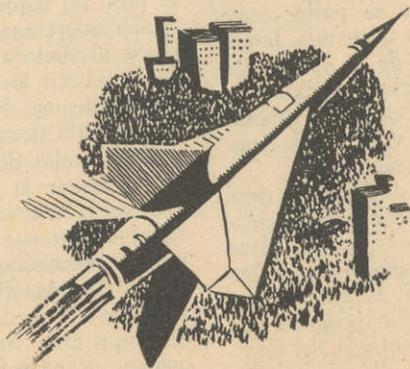
Descendí a fin de retirar los desperdicios del frente del tractor y limpiar el veneno del parabrisas, para poder ver el camino, sobre las crestas de las colinas, hacia el sudoeste.

Y aquí termina mi historia personal. El resto se encontrará en la excelente historia de la colonia hecha por Elspeth Cary.

Todas nuestras esperanzas están aquí. No parece posible ahora que pue-

da realizarse el plan feudal de Torrence, aunque existen todavía algunos de los feudos creados, donde los habitantes llevan una vida miserable. Pero muchos han desaparecido ya. De vez en cuando Iván nos informa de la desaparición de un feudo, y que los trífidos que lo rodeaban han partido en busca de otros.

Tenemos que pensar que la tarea a realizar es únicamente nuestra. Creemos ahora conocer el camino, pero todavía hay mucho trabajo y búsquedas que efectuar antes del día en que nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos, atraviesen los estrechos en una gran cruzada para hacer retroceder más y más a los trífidos, destruyéndolos incansablemente hasta borrarlos de la faz de la Tierra que ellos usurparon.



Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Correo Argentino. Franqueo a pagar. Cuenta N° 574. Tarifa reducida. Conces. en trámite. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N°

Distribuidores: CAPITAL FEDERAL: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570. INTERIOR: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

(Viene de la tapa)



WILLY LEY nació en Alemania, en 1906, y reside desde hace muchos años en los Estados Unidos. Desde muy joven, asociando una imaginación ambiciosa a una inclinación científica muy seria, se dedicó a investigar las posibilidades de la propulsión a chorro. Su libro más famoso e

importante es "Rockets, Missiles and Space Travel", que es una obra fundamental en esa rama de la técnica. Otros de sus estudios versan sobre temas de física y de ciencias naturales, y especialmente cohetes, telecontrol y viajes interplanetarios.

A su rigor científico y a su fantasía creadora, Willy Ley une otra cualidad extraordinaria: su entusiasmo contagioso, que proviene de su capacidad de hacer atrayentes y comprensibles los problemas más difíciles y las cuestiones más abstractas; su facilidad comunicativa, que se revela en su estilo literario terso y ameno, y en el éxito sin precedentes de su programa de divulgación científica por televisión que se transmite en los Estados Unidos.

En "La Conquista del Espacio", la vigorosa personalidad de Willy Ley se presenta en su plenitud: el libro apasiona como una aventura, pero es una obra de ciencia. Está al alcance de todos, pero es discutido en todos los ambientes científicos.

CHESLEY BONESTELL es arquitecto y técnico cinematográfico, pero, sobre todo, artista. Y un artista de excepción, porque sus pinturas no pueden ser consideradas simplemente "con-

cepciones artísticas". Una vista de Saturno desde su sexto satélite tiene que ser una obra de imaginación, en cuanto, hasta ahora, ningún artista ha llegado hasta él. Si pudiese hacerlo, el pintor se encontraría ante ciertas dificultades, porque la temperatura es allí de aproximadamente -100° , y la atmósfera está compuesta casi exclusivamente de gas metano. . .

Sin embargo, para ejecutar pinturas de esta clase no bastan fantasía y arte. El artista debe poseer, además, grandes conocimientos de los problemas astronómicos. No basta con saber que los anillos de Saturno están formados por innumerables millones de pequeñas "lunas" de todo tamaño. Hay que saber por qué eso es así, cómo ha sido deducido teóricamente y comprobado por la observación, y cómo se difundirá la luz del Sol en esas circunstancias.



Añádase una técnica muy especial, un "ojo artístico", un infinito cuidado en los detalles y la habilidad de integrar todos estos elementos —y tenemos un resumen de las cualidades requeridas.

Sólo Chesley Bonestell puede pintar así. Las pinturas astronómicas de "La Conquista del Espacio", su obra maestra, dan una impresión inefable: parece que, a través de ellas, se anulan el tiempo y el espacio, que el porvenir y el infinito nos envuelven y nos absorben. Su realismo fotográfico, su perfección formal, su verdad expresiva subyugan y asombran.

Sólo un poeta podía imaginar ciertas visiones. Sólo un hombre de ciencia podía darles valor documental. Y sólo un gran señor del pincel podía plasmarlas en obras de arte.

MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

EN EL PROXIMO NUMERO

más allá

PUBLICARA

NOVELA COMPLETA:

Los viejos mueren ricos por H. L. Gold. *Una sensacional excursión en el reino ilimitado del tiempo.*

CUENTOS:

Recuerdo borrado por Peter Phillips. *Jamás se borrarán de su recuerdo esos robots sentimentales...*

Categoría Fénix por Boyd Ellanby. *La prolongación artificial de la vida no tiene sentido en un mundo esclavo.*

Raza de Guerreros por Robert Sheckley. *¿A quién hay que matar en un combate? ¿Al enemigo? ¿Está seguro?*

La Bolsa por William Morrison. *Una "cosa" con subiduría infinita en un asteroide perdido en el espacio.*

LA CONTINUACION DE:

La Conquista del Espacio por Willy Ley, con las incomparables ilustraciones de Chesley Bonestell.

UNA SERIE DE CUADROS Y GRAFICOS SOBRE EL SISTEMA SOLAR.



MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

\$ 5.-